

ANDRES A. CACERES

LA GUERRA DEL 79: SUS CAMPAÑAS

(Memorias)



UNMSM CEDOC
MILLA BATRES EDITORIAL

LA GUERRA DEL 79: SUS CAMPAÑAS

m e m o r i a s

ANDRES A.CACERES

LA GUERRA DEL 79 : SUS CAMPAÑAS

(Memorias)

Redacción y notas por
JULIO C. GUERRERO



Editor / CARLOS MILLA BATRES

UNMSM-CEDOC

Croquis, mapas y planos dibujados
por LUIS HOYOS SALAZAR

Edición y diagramación: CMB

Reservados todos los derechos
© Carlos Milla Batres
Lima, enero de 1973

Impreso en el Perú



UNMSM-CEDOC

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor

Virgilio

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

He aquí un libro que reúne el doble interés del asunto y del hombre. Del asunto, porque por primera vez van a conocer en América sucesos militares de aquella guerra infortunada para el Perú; y del hombre, porque el Mariscal don Andrés Avelino Cáceres desempeñó en ella un papel tan preeminente, que su figura fue respeto para el enemigo y símbolo para el país, que vio en él al héroe de la resistencia y la encarnación del sentimiento patrio.

Las Memorias de Cáceres vienen a constituir una autobiografía militar del mariscal. ¿Autobiografía? ¿No será biografía más bien? La parte que el comandante Julio C. Guerrero ha tenido en la redacción y ordenación de las Memorias es tan grande, que, sin vacilar, las diríamos biografía. Más el espíritu de Cáceres las anima; la prodigiosa memoria del caudillo las dicta, y la adhesión y el entrañable cariño del comandante hacia su jefe le permiten una compenetración tal, que si el que escribe es Guerrero, el que habla es Cáceres. Por eso son autobiografía.

El 10 de octubre de 1923 moría en el balneario de Ancón, cerca de Lima, a los 87 años, el benemérito mariscal del Perú, don Andrés Avelino Cáceres, cuya actuación militar y política dejó una profunda huella en la vida de su país. Como político, sus actos llevaron el sello del más arraigado nacionalismo y el anhelo de bien y de progreso para su patria, dentro de las fundamentales normas de orden y de respeto a las leyes constitucionales. Como soldado, sus hechos militares le colocaron a la altura de los héroes más puros, en la máxima contienda que ha sostenido el Perú: la guerra de 1879.

Ya la campaña que hizo a las órdenes del gran mariscal Castilla, defendiendo la libertad de los negros esclavos del Perú; y su actuación en la batalla de la Palma y más tarde en el sitio de Arequipa, que se había sublevado contra el gobierno legal, y luego, en la campaña del Ecuador; y después, en el valeroso combate del Dos de Mayo contra la escuadra española, que pretendía imponerse a las antiguas colonias ibéricas, iban revelando al soldado que en la guerra del Pacífico contra Chile había de destacarse por su serenidad, heroico

arrojo y talento táctico en el primer período de aquella lucha, en que se dieron las cinco grandes batallas campales de San Francisco, Tarapacá, Tacna, San Juan y Miraflores, y que había de alentar y encarnar por sí solo el segundo período, conocido en el Perú con el nombre de Campaña de la Breña. Sus éxitos y la audacia de sus operaciones militares llegaron a infundir tan serios temores al enemigo vencedor, que Chile no consideró definitiva su victoria con la posesión del litoral peruano y vio que, antes, le era preciso destruir la tenaz resistencia del caudillo de la sierra.

Durante dos años y ocho meses, desde abril de 1881 hasta el 10 de octubre de 1883, toda la actividad del ejército de Chile se redujo a destruir el ejército de Cáceres, escaso, mal equipado y sin recursos, sostenido solo por el aliento vital que le comunicaba su caudillo, a quien el patriotismo trasfiguraba en el genio vengador de la nacionalidad infortunada, que hace un último esfuerzo en Huamachuco y no pudo impedir ya la firma del Tratado de Ancón, por el que pasan a Chile la región de Tarapacá y, durante diez años, las provincias de Tacna y Arica.

Le falta ya al héroe el campo de batalla; pero aún puede luchar; aún puede enarbolarse la bandera del mantenimiento y defensa de las leyes tutelares de la nacionalidad, constituyendo un partido, en cuyas filas figuren los más entusiastas partidarios de la resistencia indefinida al invasor y aquel selecto grupo de la juventud que había acompañado en sus campañas al héroe. Y en torno al soldado de la Breña se forma el Partido Constitucional.

Empujado por la opinión pública, Cáceres abrió campaña contra el gobierno de Iglesias, firmante del tratado e impuesto por Chile, y, después de una larga brega y un movimiento estratégico audaz y afortunado, se apoderó de Lima, convocó nuevas elecciones y fue ungido Presidente Constitucional, ocupando la silla presidencial desde 1886 hasta 1890.

No obstante el estado de penuria de la hacienda pública y la destrucción completa de todos los elementos de progreso, llevada a cabo por el enemigo, el gobierno de Cáceres se esforzó por remediar los males causados por la guerra, organizó un pequeño pero buen ejército, reorganizó las escuelas y colegios y pacificó el país convulsionado.

Terminado su período de mando, fue nombrado ministro plenipotenciario en Francia.

En 1894 regresó al Perú y fuero elegido nuevamente presidente de la república. Pero los enemigos del militarismo le hicieron la revolución, la cual, dirigida por don Nicolás de Piérola, atacó Lima, sosteniéndose un sangriento combate los días 17 y 18 de marzo de 1895 hasta que Cáceres, apremiado por el cuerpo diplomático y el delegado apostólico, y deseoso de evitar mayor derramamiento de sangre, convino en entregar el poder a una junta de gobierno y que se convocara a nuevas elecciones.

Cáceres se retiró del país y vivió por algún tiempo en la Argentina, donde se le tributaron las mayores consideraciones.

En 1900, ya en el Perú, fue elegido senador por el Callao.

En 1901, plenipotenciario en Italia. En 1911, plenipotenciario en Alemania y Austria-Hungría.

En 1914 regresó al Perú y presidió la convención de los partidos políticos que proclamó Presidente de la república al doctor José Pardo. Mas tarde apartóse de la política seguida por Pardo, por considerar que no correspondía a las aspiraciones del país. Fue el alma del momento inicial de opinión en favor de la candidatura presidencial de don Augusto B. Leguía, y luego elemento decisivo y activo en la revolución del 4 de julio de 1919, que elevó al poder al señor Leguía, aclamado ya por la opinión pública.

El 10 de noviembre del mismo año, fecha de su natalicio, la Asamblea Constituyente le otorgó la alta dignidad de Mariscal de la Nación.

Desde entonces el mariscal se dedicó a reorganizar el Partido Constitucional, del que era jefe y fundador, y acompañar con su prestigio y sus fuerzas políticas al presidente Leguía. En los últimos años (1921-1923), se resintió su salud, un tanto alterada, más que por las enfermedades, por efecto de los años, y se estableció el mariscal alternativamente en los balnearios de Miraflores y Ancón.

Por entonces regresa también al Perú el comandante Guerrero, unido al mariscal por un íntimo afecto, y Cáceres continúa la confección de sus memorias, que ya había empezado en Alemania, cuando era ministro del Perú, y Guerrero agregado militar a su legación. De esa colaboración íntima, de esa plena consagración al pensamiento del mariscal, han brotado estas páginas, en que la mano de Guerrero sirve de portavoz a la palabra de Cáceres.

JOSE R. GARCIA DIAZ

Berlín, octubre de 1924.

INTRODUCCION

El mariscal Cáceres fue para mí como un padre espiritual y como fiel discípulo suyo, estuve algún tiempo a su lado. Escuché de sus labios la narración vibrante, nítida de su larga faena consagrada totalmente al servicio de la patria.

Por tanto, oí cuanto se relacionaba con esta zona cronológica de su actividad militar, y construí sobre sus relatos y manuscritos este libro de sus Memorias, que el ilustre caudillo no llegó ya a verlo publicado, como fuera la obsesión postrera de su vida. Pero sí tuvo la satisfacción de ver terminada la redacción de la obra y de revisar él mismo los originales. Y luego le complació sobremedida la inserción en "El Nuevo Diario", órgano del Partido Constitucional, que se publicaba por entonces en Lima de algunos capítulos de sus Memorias, y a cuyos redactores escribió la expresiva carta que se reproduce en la pág. 89 de este tomo.

El 20 de setiembre de 1923 vi por última vez al gran soldado de la patria en el balneario de Ancón, lugar de su residencia. Al día siguiente debía embarcarme para Europa. Escuché con unción sus últimas recomendaciones; y al despedirme contristóse mi espíritu saturándose de honda pena. ¡Fatal presentimiento! No volvería a verle más. El 11 de octubre, al tocar el barco en el puerto de Amberes (Bélgica) recibí un cablegrama comunicándome la infausta noticia de su fallecimiento.

La primera edición de estas Memorias se publicó en Berlín, Alemania, en 1924. Pero, por particulares circunstancias conexas, no quedaron más que unos cuantos ejemplares disponibles, motivo por el cual el libro es muy poco conocido en nuestro país.

En las Memorias del mariscal Cáceres, salen a luz por primera vez (como lo anotara ya un comentarista) acontecimientos hasta ahora desconocidos, así como se esclarecen otros, artificiosamente situados dentro del marco histórico de nuestra contienda armada con Chile.

"Ningún acontecimiento en la vida de los pueblos —ha dicho Hartmann— lleva tan marcadamente el sello de la realidad como la guerra". De ahí que cuando se trata de cuestiones de índole histórico-militar, de asuntos que atañen hondamente a la historia patria, ha de decirse la verdad, toda la verdad, con sus pelos y señales, no solo con respecto al dato histórico sino poniendo en transparencia las fallas y los errores cometidos determinantes de los fracasos, descalabros y derrotas sufridas, para prever su repetición y no sean germen de irreparables desastres en lo futuro.

Esto es lo que ha deseado el caudillo de La Breña. Y tengo por cierto haber interpretado rigurosamente su pensamiento y sus anhelos.

En esta segunda edición de sus Memorias se han introducido ligeras modificaciones y ampliado algunas notas, conforme a las postreras indicaciones del propio mariscal, lo que no fue posible hacer en la primera edición por hallarse ya en prensa en Berlín; se han rectificado asimismo algunas fechas y corregido erratas de bulto deslizadas en la edición anterior.

J.C.G.

Cajamarca, agosto de 1972.

CAUSAS DE LA GUERRA

BREVE OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LOS ANTECEDENTES HISTORICOS Y LOS ORIGENES DEL CONFLICTO

Por la gran trascendencia y las profundas modificaciones que la guerra con Chile ha producido en el Perú, antes de entrar a narrar mi actuación en ella, paréceme oportuno hacer una breve exposición acerca de las causas que la motivaron.

Este primer capítulo de mis Memorias es, pues, un resumen general de los antecedentes histórico-políticos del conflicto, elaborado con el acopio de datos tomados, ora de los documentos oficiales de la época, ora de las publicaciones relativas a esta guerra.

Al independizarse de España sus colonias americanas transformándose en estados soberanos, éstos reconocieron por límites los mismos que tuvieron en 1810, último año de la dominación ibérica en el continente.

Según esto, la frontera meridional de Bolivia y septentrional de Chile estaba fijada por el río Paposo, o Salado, a 25 grados de latitud sur, el cual río formaba también el límite austral del desierto de Atacama, perteneciente a Bolivia.

Mientras este desierto no tuvo importancia industrial alguna, permaneció bajo el poder tranquilo de Bolivia hasta 1842. Pero en este año envió el gobierno chileno una comisión al norte de su territorio en busca de los depósitos de guano, que se aseguraba existían en las costas de esa región, entre Caldera y Bolivia, y que podían ser una gran fuente de riqueza para el erario chileno.

La comisión se puso efectivamente en marcha y, recorriendo la costa, salió del territorio chileno y siguió adelante hasta dar con los

ansiados depósitos de guano, que al fin halló, pero ya en territorio boliviano, 30 leguas al norte del río Salado. Comprobada así la existencia de guano en el desierto de Atacama, declaró Chile, por medio de una ley (31 de octubre de 1842), propiedad del estado todos los depósitos de guano existentes en el desierto de Atacama, y después hizo otra ley creando la nueva provincia chilena de Atacama.

Bolivia, al conocer este hecho, reclamó sus derechos diplomáticamente ante la cancillería de Santiago; pero como careciera de la fuerza necesaria para imponerse, dejó transcurrir el tiempo hasta el año 1863, en el cual expidió el congreso boliviano la ley de 5 de junio autorizando al ejecutivo declarar la guerra a Chile, por la usurpación del territorio nacional desde el Salado hasta Mejillones (30 leguas de costa boliviana).

Pero no pudo llevarse a cabo esta guerra entre Chile y Bolivia, pues por esta época se suscitaban nuevas cuestiones entre España y sus antiguas colonias de América, obligando a éstas a unirse ante el peligro común y postergar sus particulares querellas.

Aliáronse, en efecto, las repúblicas del Perú, Chile, Bolivia y Ecuador y declararon la guerra a España, la cual terminó felizmente con el glorioso combate del 2 de Mayo de 1866, en la bahía del Callao, dando por resultado la retirada de la escuadra española de las aguas del Pacífico y el arreglo de la contienda, satisfactorio y honroso tanto para los españoles como para los americanos del sur.

Restablecidas las relaciones entre Chile y Bolivia, firmaron estas repúblicas el tratado de 1866 (10 de agosto), durante el gobierno de Melgarejo, reconociendo por límite el paralelo 24 de latitud meridional y obteniendo Chile el derecho a la mitad de los productos aduaneros de la exportación del guano extraído de la región comprendida entre los grados 23º y 25º de latitud meridional, esto es de la región formada por un grado de territorio boliviano y otro de territorio chileno. Pero las condiciones comerciales de este tratado fueron origen de muchas discordias, y se creyó conveniente celebrar otro, que fue firmado en agosto de 1874 (a los ocho años) y cuyos artículos principales fijaban: "1º: el límite entre Bolivia y Chile es el paralelo 24 de latitud austral, desde el mar hasta los Andes; 4º: los derechos de exportación sobre los minerales (ya no guano) explotados en la zona comprendida entre los grados 23 y 25 no excederán de la cuota establecida anteriormente, y las personas, industrias y capitales chilenos no estarán sujetos a otras contribuciones que las que actualmente existen". Lo estipulado en este tratado debía durar 25 años.

Y, por último, en un tratado complementario que se firmó el año siguiente, (1875), se fijaba: "Artículo 2º: todas las cuestiones a que diere lugar la inteligencia y ejecución del tratado del año anterior (6 de agosto de 1874) deberán someterse a arbitraje."

Más tarde, en 1878, la asamblea nacional boliviana expidió una ley (14 de febrero), por la cual ratificaba un contrato celebrado por

el ejecutivo (noviembre de 1873) con la *Compañía anónima de salitres y ferrocarril de Antofagasta*, a condición de que ésta abonara diez centavos por cada quintal de salitre que exportase.

Pero apenas se publicó esta ley, el gerente de dicha compañía invocó la protección del gobierno de Chile, el cual reclamó inmediatamente cerca del de Bolivia contra la ilegalidad de este impuesto, que era contrario al artículo 4º del tratado de 1874, el cual prohibía a Bolivia imponer a las personas, industrias y capitales chilenos impuestos mayores que los existentes.

Bolivia contestó fundadamente diciendo que esta contribución de diez centavos no afectaba al artículo 4º del tratado, pues solo era una compensación de carácter privado impuesto a la compañía a condición de aprobar el contrato particular de ésta con el gobierno, y que además la tal compañía, por su carácter de anónima, no podía tener otra nacionalidad que la boliviana, en cuyos registros se hallaba inscrita.

Chile insistió en sus reclamaciones, y amenazó con declarar nulo el tratado de 1874, si no suspendía Bolivia el impuesto de los diez centavos.

El gobierno de Bolivia, por dignidad y en justicia, no suspendió el impuesto, y ordenó (17 de diciembre) al prefecto de Cobija, poner en vigor la ley de 14 de febrero y cobrar a la Compañía la contribución devengada desde la fecha de la promulgación de la ley.

El gobierno de Chile propuso entonces al de Bolivia (nota de 20 de enero de 1879) someter la cuestión a arbitraje, previa la suspensión del cobro de los diez centavos decretado por el gobierno de Bolivia.

Por otro lado, mientras ocurrían estos incidentes y cambios de notas entre los gobiernos de aquellas repúblicas, el gerente de la compañía de salitres, que era el causante del conflicto, protestó ante escribano público del juicio incoado contra él y elevó un recurso al gobierno boliviano declarando no aceptar la ley de 14 de febrero.

El gobierno boliviano, en vista de esto, declaró (1º de febrero de 1879) rescindida y sin efecto la *transacción* de 1873 acordada con la Compañía de Salitres de Antofagasta y suspendidos, por consiguiente, los efectos de la ley de los diez centavos, facultando al ministro del ramo para dictar las órdenes convenientes a fin de reivindicar las salitreras detentadas por la compañía.

Ante este decreto, y lejos de reclamar en la corte de Bolivia contra la rescisión, como era de esperar, permaneció la compañía en silencio. Al mismo tiempo el representante de Chile en La Paz dirigió al gobierno de Bolivia una nota (8 de febrero de 1879), intimándole a dar una respuesta dentro de 48 horas sobre si aceptaba o no someter a arbitraje la nueva cuestión surgida por el decreto de 1º de febrero, que declaraba la rescisión del contrato celebrado en 1873 entre el gobierno boliviano y la compañía de salitres.

No habiendo Bolivia dado respuesta a esta nota-ultimatum, el encargado de negocios chileno en La Paz, declaró, el 12 de febrero, roto el tratado de límites de 1874 entre ambas repúblicas.

Aquel mismo día salían de Caldera dos barcos de guerra, el blindado *Cochrane* y la corbeta *O'Higgins*, llevando las tropas de desembarco que debían ocupar Antofagasta, puerto boliviano, en cuya rada les esperaba ya el *Blanco Encalada* y adonde llegaron el 14, y lo ocuparon en nombre de Chile.

El 18 del propio mes lanzó Chile un Manifiesto a las naciones amigas, en el cual declaraba haberse apoderado del territorio boliviano de Antofagasta a título de "reivindicación", alegando, por supuesto, las razones que le parecían más apropiadas para cohonestar el hecho.

El 1º de marzo, el gobierno de Bolivia expidió un decreto cuyo artículo 1º decía: "Quedan cortados todo comercio y comunicaciones con la República de Chile mientras dure la guerra que ha promovido a Bolivia", y el 2º: "Los chilenos residentes en territorio boliviano serán obligados a desocuparlo en el término de diez días contados desde la notificación".

Este decreto fue considerado por el gobierno chileno como una declaración expresa de guerra que Bolivia hacía a Chile (ya en posesión de Antofagasta) y que, por consiguiente, desde entonces comenzaba la guerra, tocando a Chile, en represalia, invadir el territorio del estado agresor. Hecho este razonamiento, ordenó el gobierno chileno a sus fuerzas expedicionarias, que ya ocupaban Antofagasta hacía dieciséis días, procedieran a apoderarse de los restantes puertos y poblaciones bolivianas del territorio de Atacama hasta el río Loa, que era el límite entre Atacama y el departamento peruano de Tarapacá.

Como Bolivia no tenía en esos puertos sino unos pocos soldados que servían de policías, y dada la enorme distancia que los separaba de la capital y otros centros poblados y de recursos en el interior de la república, no pudo oponer resistencia al invasor, con excepción de la que tuvo lugar en el pueblecito de Calama, donde habíanse refugiado algunos soldados y paisanos que fugaban de los puertos de Antofagasta, Caracoles, Tocopilla, Mejillones y Cobija.

Esta resistencia opuesta en Calama (23 de marzo) al chileno por un reducido número de patriotas bolivianos, culminó con la encarnizada lucha en el puente de Topater, donde cayó acribillado a tiros el bravo atacameño Eduardo Abaroa, rechazando virilmente la intimación a rendirse.

Chile entonces, con sus fuerzas ya desembarcadas, se apoderó y quedó pronto dueño de todo el territorio de Atacama, que era también todo el litoral boliviano de la costa del Pacífico.

CAUSAS DE LA GUERRA ENTRE EL PERU Y CHILE

Mientras esto ocurría entre Bolivia y Chile, las gestiones del Perú se encaminaban a evitar a todo trance la guerra entre esas repúblicas.

Desde el momento en que se conoció en Lima la fuerte tensión de las relaciones diplomáticas entre Bolivia y Chile, ordenó el Perú a sus representantes en uno y otro país emplear toda su habilidad e influjo para evitar una ruptura de las relaciones entre dichas repúblicas vecinas, y finalmente ofrecer los buenos oficios del Perú para el arreglo pacífico de las cuestiones en disputa. Al principio, la noticia fue recibida aparentemente con agrado por el gobierno de Chile. Pero cuando el representante peruano pidió a la cancillería chilena la suspensión de la orden dada para ocupar Antofagasta, hasta telegrafiar a Lima y recibir la respuesta, fueron rechazados los buenos oficios del diplomático peruano, y se llevó adelante la orden usurpadora.

Pese a esta repulsa, y ocupado ya Antofagasta, el gobierno del Perú nombró un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario *ad hoc* para ofrecer a Chile la amistosa mediación del Perú. Dicho enviado salió del Callao el 22 de febrero, comunicándose a Santiago telegráficamente su salida. Durante el viaje ya se había difundido completamente entre las masas chilenas la noticia de la ida de nuestro ministro y del objeto que llevaba. La prensa y los azuzadores de la guerra, no omitieron ningún medio para propagarla y crear una densa atmósfera de aversión hacia el Perú, su enviado y la misión que llevaba a Chile, lo cual se vio claramente el día en que el señor José Antonio de Lavalle, el ministro nombrado, llegó a Valparaíso.

El 4 de marzo de 1879, por la mañana, fondeaba en la rada de Valparaíso el vapor que conducía al ministro peruano Lavalle. Una muchedumbre de más de 3,000 hombres del pueblo esperaba que pusiera pie en tierra para hacerle objeto de sus airados insultos y amenazas. A la una de la tarde, sobre poco más o menos, desembarcó nuestro ministro y se dirigió al hotel Central por la calle que le formaron unos 200 soldados del ejército y numerosa policía, situada allí para contener los desmanes del populacho. Demudado y pálido, el ministro Lavalle, marchando por en medio de esa muchedumbre hostil, más parecía un sentenciado que llevaran al suplicio que el ministro de un país amigo y mediador en la contienda surgida entre Bolivia y Chile.

Felizmente, la enérgica actitud del intendente de Valparaíso, Altamirano, y la presencia de fuerza armada, impidieron que el populacho consumase el atentado que proyectaba. Ese mismo día, a las cinco de la tarde, se dirigió el ministro peruano en tren a Santiago, y por la noche se llevó a cabo en Valparaíso el anunciado mitin de protesta contra la misión peruana.

Una gran multitud, de 8,000 personas aproximadamente, recorría las calles lanzando toda clase de improperios contra el Perú y sus representantes. Numerosos grupos de gente fueron al hotel en busca del ministro mediador, y una vez convencidos de que ya no se encontraba en Valparaíso, se dirigieron al consulado peruano, al cual atacaron a pedradas, y arrancaron y quemaron el escudo, salvándose el cónsul gracias a la reiterada y oportuna intervención del intendente.

No obstante el mal recibimiento hecho a Lavalle en Valparaíso, el gobierno de Santiago le prodigó toda clase de consideraciones y le manifestó su sentimiento por los hechos bochornosos llevados a cabo por el populacho porteño. Usuales argucias de la diplomacia. La cortesía del gobierno, empero, en nada disminuyó el acre tono de la prensa santiaguina contra el Perú.

Durante los primeros días de la llegada del ministro Lavalle, fueron muchas las dificultades que se le presentaron para ponerse al habla con el presidente Pinto y el ministro de relaciones exteriores, y dar comienzo cuanto antes a su misión mediadora. Al fin, el 11 de marzo, se realizó la primera conferencia, en la cual Lavalle expuso en nombre de la paz y los verdaderos intereses de Bolivia y Chile, la propuesta de mediación del gobierno peruano para llegar a un acuerdo.

Tal propuesta consistía en el restablecimiento de la situación al estado en que se encontraba antes de los últimos acontecimientos, esto es, primero, la desocupación del territorio de Bolivia por parte de Chile; segundo, la suspensión del decreto de rescisión dado por Bolivia, así como de la ley por la cual gravó con diez centavos a cada quintal de salitre que exportaba la Compañía de Salitres de Antofagasta; tercero, el sometimiento de estas diferencias al árbitro que ambos gobiernos tuviesen a bien designar.

Este era el punto de vista justiciero y sereno del gobierno peruano y tales las únicas instrucciones dadas a su ministro para que formulase su propuesta al gobierno de Chile, la cual, de ser aceptada, hubiera conducido indudablemente a una solución del conflicto.

Pero, por desgracia, las intenciones de Chile eran distintas de las que, al parecer, le llevaron a ocupar Antofagasta. La cuestión no versaba ya sobre la violación de los pactos celebrados por Bolivia con los ciudadanos o el gobierno de Chile, sino en la posesión misma del territorio boliviano comprendido entre los paralelos 23 y 24.

Así lo declararon el presidente y el ministro de relaciones al señor Lavalle en la conferencia del 11 de marzo, agregando que por deferencia a la mediación del gobierno peruano no tenían inconveniente en someter a arbitraje tal cuestión, es decir, saber a quién pertenecía el territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 que las fuerzas chilenas habían ocupado, pero con la condición de que Chile conservaría la posesión de dicho territorio hasta la última sentencia de los árbitros.

De esta manera, el ministro Lavalle se encontró ante una nueva cuestión, para tratar sobre la cual no tenía instrucciones de su gobierno, debiendo comunicárselo inmediatamente, como así lo expresó e hizo.

A su vez, el ministro de relaciones de Chile, señor Fierro, preguntó al plenipotenciario peruano, al finalizar la conferencia, lo que había de cierto sobre un tratado secreto de alianza celebrado entre el Perú y Bolivia en el año de 1873, del cual tenía noticia, aunque no muy segura. Lavalle contestó que ignoraba la existencia de tal tratado, pero que, habiendo oído hablar de él en Chile, había pedido ya informaciones a su gobierno sobre este asunto.

Efectivamente, estas informaciones estaban ya camino de Santiago, y habían sido enviadas por el gobierno de Lima, previendo que Lavalle sería interrogado al respecto, pero aún no habían llegado el 11, día de la conferencia. En ellas se decía a Lavalle que afirmara la existencia del *tratado de alianza* defensiva entre Bolivia y el Perú, pero que el Perú ya no se vería obligado a cumplirlo si Chile retiraba sus fuerzas del litoral boliviano y, por el contrario, quedaría en actitud de facilitar los medios para un arreglo decoroso entre Bolivia y Chile.

El tratado de alianza defensiva fue firmado el 6 de febrero de 1873, siendo presidente de Bolivia el señor Adolfo Ballivián y del Perú el señor Manuel Pardo, a iniciativa del primero y ante la complicación creciente de las relaciones entre Bolivia y Chile.

El objeto de este tratado, como puede verse, era garantizar la integridad y soberanía de ambas repúblicas y defenderlas contra toda agresión exterior.

Era un pacto sugerido más por el temor que por el deseo de garantizar verdaderamente tal soberanía, para lo cual hubiera bastado que Bolivia y el Perú se armaran y robustecieran su entonces debilísimo poder militar. Un artículo adicional estatua que ese tratado debía mantenerse en secreto mientras las altas partes contratantes no juzgasen necesaria su publicación.

No obstante esto, era ya conocido el tratado por los políticos y diplomáticos chilenos desde que se firmó, como bien lo prueban las alusiones que hizo el ministro de relaciones chileno, y además el hecho de haber sido invitada la Argentina, después de ajustada la alianza, a formar parte de ella, asunto que fue discutido en la cámara de diputados, que aprobó el tratado; pero más tarde el senado aplazó su aprobación, y la alianza quedó solo subsistente entre el Perú y Bolivia.

Del 11 al 19 de marzo no hubo negociaciones de ningún género entre Lavalle y la cancillería chilena. Este último día 19, se realizó la segunda conferencia. En ella el ministro de relaciones exteriores de Chile, después de hacer grandes protestas de simpatía al Perú, ratificó su declaración sobre la imposibilidad de desocupar el territo-

rio boliviano como base del arbitraje propuesto por el Perú, para no abandonar a los ciudadanos chilenos que lo habitaban, al despotismo y a la perpetua anarquía de Bolivia, y le propuso: primero, el proyecto del gobierno chileno de buscar, con la mediación del Perú, un arreglo directo e inmediato con Bolivia; segundo, el de trasladar las negociaciones a Lima; tercero, nombrar plenipotenciario en el Perú a don Domingo Santa María; y cuarto, conservar el mayor secreto sobre esta cuestión.

El día 20 de marzo visitó Santa María al ministro Lavalle, y le manifestó que, instado por el presidente de Chile para ir a Lima, había accedido y resuelto partir el 29, si nada acontecía en ese intervalo, pues temía llegar demasiado tarde, dada la actividad amenazadora del Perú, con el envío de 2,000 hombres a la frontera de Bolivia.

El 21 volvió a visitar Santa María al ministro peruano, y le dijo que de acuerdo con el presidente había decidido no trasladarse a Lima, porque abrigada el temor de llegar muy tarde. Poco después, el mismo día, el presidente de Chile invitó al señor Lavalle a ir a su casa, donde le expuso la necesidad en que se encontraba de saber si el Perú se declaraba o no neutral en la guerra entre Chile y Bolivia, declarada ya por esta nación en su decreto de 1º de marzo.

El plenipotenciario peruano respondió que, enviado por su gobierno para proponer la mediación, no había recibido instrucciones para declarar cuál sería la conducta de su gobierno en el caso de no ser posible un arreglo amistoso entre Bolivia y Chile, y que a su entender creía que el Perú no podía declarar *a priori* su neutralidad tratándose de una guerra entre países vecinos que afectaba a sus intereses, y que sólo podría declararla condicionalmente en el caso de que Chile, habiendo rechazado las primeras bases de mediación, formulara otras para trasmitirlas a Lima, en cuyo caso el gobierno del Perú podría quizá declarar su neutralidad.

El presidente, le propuso entonces que de hecho quedara la cuestión tal como estaba, es decir, ocupando Chile los territorios bolivianos, y, en cuanto a la de derecho, se volviera el asunto al estado en que se hallaba antes de 1866, debiendo someterse a arbitraje el dominio real de los territorios, para lo cual era preciso que el Perú se declarase neutral.

Nuestro plenipotenciario, no obstante la seguridad que tenía de que esas bases serían rechazadas por Bolivia, convino en trasmitirlas a Lima telegráficamente, debiendo redactar el despacho el mismo presidente, quien no lo envió jamás.

El 24 del mismo mes celebró una nueva conferencia entre el presidente y nuestro ministro, en la cual expuso el primero que la opinión pública en Chile le obligaba a romper con el Perú, y que además los marinos y militares chilenos creían ser el actual el momento preciso para acometer al Perú, por encontrarse éste más débil que

Chile y porque más tarde podían cambiar las condiciones; pero que no existiendo realmente motivos para ir a la guerra contra el Perú, podía evitarse todo si éste declaraba su neutralidad. Además, le dijo que era necesario transmitiera Lavalle tal propuesta a Lima para decidir a su gobierno, quien la conocía ya también por medio del plenipotenciario chileno en el Perú.

El 25 escribió el presidente chileno a nuestro ministro, insistiendo en pedirle la declaración de neutralidad del Perú. Pero al mismo tiempo supo Lavalle que la escuadra chilena había recibido orden de mantenerse lista para zarpar hacia las costas del Perú a la primera señal.

El 31 recibió Lavalle copia del tratado de alianza del Perú y Bolivia, y le dio lectura ante el presidente, manifestando que, como se podía ver, el pacto ese no envolvía amenaza alguna para la seguridad de Chile, y que sólo era un tratado general de alianza estrictamente defensiva.

El 1º de abril publicaba la prensa santiaguina la noticia de que el gobierno había pedido autorización al congreso para declarar la guerra al Perú; y por la noche, el pueblo de Santiago asaltó el consulado del Perú, arrancó el escudo y lo hizo pedazos.

Ese mismo día, el plenipotenciario peruano pasó una nota a la cancillería chilena, pidiéndole dijera lo que había de cierto sobre la declaración de la guerra al Perú y exigiéndole sus pasaportes, si esta era una realidad. Tal nota no tuvo respuesta.

El día 3, por la mañana, dirigió Lavalle otra nota urgente a la cancillería chilena sobre el mismo asunto, y por la tarde recibió una contestación, en la cual se le decía que la conducta del Perú era muy irregular entonces, pues había firmado un pacto secreto de alianza con Bolivia y no quería declararse neutral; a lo cual contestaba el gobierno de Chile con franqueza, declarando rotas sus relaciones con el Perú y considerándolo como beligerante.

Este mismo día 3, en Lima, el plenipotenciario Godoy declaraba al gobierno del Perú la decisión del suyo y pedía sus pasaportes, y en Santiago el gobierno chileno despedía al plenipotenciario peruano. Finalmente, el 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipú, hacía publicar el gobierno de la Moneda, por bando, la declaración de la guerra al Perú y Bolivia.

ESTADO ECONOMICO, POLITICO Y MILITAR DEL PERU AL ROMPERSE LAS HOSTILIDADES

Como se sabe, el Perú de hoy, que antes era el más rico virreinato español y al principio el legendario imperio del Tahuantinsuyo, está situado en la parte occidental de la América del sur y bañado por el Océano Pacífico.

En 1879 limitaba con el Ecuador y Colombia por el norte; con el Brasil por el este y con Bolivia por el sureste y sur, siendo las lí-

neas divisorias las mismas que en la época de la independencia y la segregación del Alto Perú hecha por Bolívar en 1825.

Para nuestro objeto, sólo insistiré en los límites con esta última república por el sur.

La línea divisoria era el río Loa, que corre de este a oeste, poco más o menos, desde los Andes donde nace, hasta el Pacífico que recibe sus aguas. Este río separaba los departamentos de Tacna y Tarapacá, que eran los más meridionales del Perú, del territorio de Atacama, que estaba al sur y pertenecía a Bolivia, siendo a la vez su único litoral. Al sur de Atacama, desde el río Paposo, se extendía la provincia de Copiapó, perteneciente a la república de Chile.

Tal era la situación y extensión geográfica.

En 1876 se hizo un censo de la población del Perú, el cual dio un total de 2'704,998 habitantes, de los cuales más de la mitad eran indios, una cuarta parte mestizos, y el resto blancos, negros y chinos.

Las industrias estaban atrasadas, siendo las principales la agricultura y la minería, y, por este tiempo, sobre todo las del salitre y extracción del guano, de las cuales se sostenía el erario público, las mismas que habían levantado el crédito nacional en el exterior y dado origen a los grandes empréstitos.

Por esta época, alcanzaba la deuda exterior a 640 millones de soles y los intereses anuales a 40 millones. Pero no llegando los ingresos a esta cantidad, suspendiéronse los pagos y comenzó a hacer economías disminuyendo el ejército y desatendiendo la marina.

Aunque se gozaba de relativa paz interna, no por esto habían desaparecido las ambiciones de los caudillos, y la pasión política exaltaba los ánimos en las filas mismas del ejército. El antiguo orgullo criollo miraba las cosas a través de una vanidad nacional mal fundada. Creía que el valor y los arrestos heroicos bastaban para imponer el respeto a la malquerencia de los vecinos, y daba poca importancia a las fuerzas organizadoras y económicas de la nacionalidad. Parece que la imprevisión era pecado capital de todos los gobiernos que sucedieron a Castilla, quien, en un arranque profético, había advertido: "Si Chile compra un buque, el Perú debe comprar dos", dando a entender con esto dos cosas: cuál era el enemigo que debíamos temer y por qué lado estaba el peligro: por el mar.

Pero no se le tomó en cuenta, y mientras se perdía el tiempo en la lucha de intereses internos, generalmente egoísta, se hacía caso omiso del peligro exterior que amenazaba de muerte a la república. Y efectivamente, tal peligro existía, incubábase en la sombra, era lactado por una vieja ambición, robustecía, armábase, y sólo esperaba un momento oportuno para dar un feroz zarpazo en las carnes vivas de nuestra nacionalidad. Los hechos más tarde así lo comprobaron.

Nuestro poder militar por esos descuidados tiempos era, no sólo relativamente, sino en sí mismo, muy débil y escaso.

La marina y el ejército, los dos brazos de la defensa nacional, estaban exangües, sin nervios ni vitalidad.

Nuestra extensa costa no presentaba sino un solo puerto artillado, el Callao, cuyos cañones no alcanzaban a proteger sino un radio de pocos kilómetros. Estos cañones, en número de 53 y de distintos sistemas y calibres, desde 32 hasta 500 libras, estaban desmontados. Las municiones existentes no llegaban a 1,800 tiros.

El resto de la extensa costa estaba defendido únicamente por la escuadra.

La escuadra peruana se componía de dos blindados:

El monitor *Huáscar*, de 1,130 toneladas, con un blindaje de 4 y 1/2 pulgadas y un andar de 12 millas por hora. Estaba armado de dos cañones de a 300 libras y dos de a 40.

La fragata *Independencia*, de 2,000 toneladas, con un blindaje de 4 y 1/2 pulgadas y un andar de 11 millas; armado de dos cañones de a 150 libras y doce de a 70.

La corbeta *Unión*, de 1,150 toneladas; llevaba doce cañones de a 70 y uno de a 9. Andar: 13 millas.

La *Pilcomayo*, de 600 toneladas, contaba con dos cañones de a 70, cuatro de 40 y cuatro de a 12. Andar: 10 millas.

De estas unidades navales, sólo las dos primeras podían considerarse como fuerzas efectivas de combate y las demás como auxiliares.

Los proyectiles eran escasos.

Todos los buques hallábanse en mal estado y necesitaban muchas reparaciones para poder entrar en campaña. Las tripulaciones no estaban debidamente adiestradas, sobre todo en lo concerniente a la práctica de tiro.

Teníamos, además, los viejos monitores *Atahualpa* y *Manco Cápac*, con sus maquinarias inutilizadas, anclados en la rada del Callao¹.

En cuanto al ejército, su efectivo, por ese tiempo, incluyendo la gendarmería, ascendía a 5,500 hombres.

La infantería estaba constituida por los batallones: *Pichincha* Nº 1, *Zepita* Nº 2, *Ayacucho* Nº 3, *Callao* Nº 4, *Cuzco* Nº 5, *Puno* Nº 6, *Cazadores* Nº 7 y *Lima* Nº 8, constando cada uno de 450 hombres, por término medio.

El armamento de la infantería consistía en fusiles de diversos sistemas. En los parques existían 2,430 fusiles "peruanos" (Castañón-Chassepot) 600 *Chassepot*, 2000 *Minie* y algunos centenares de *Peabody*, *Comblain* y *Remington*. Y un total de poco más de un millón de tiros de bala.

La caballería se componía de los regimientos *Húsares de Junín* Nº 1, *Lanceros de Torata* y *Guías* con 300 a 450 soldados cada uno. Usaba carabinas *Martini-Henry* y *Spencer*, y sables. Los caballos eran de poca alzada y escasamente adiestrados.

La artillería constaba de dos regimientos: el de *Artillería de Campaña* y el *2 de Mayo*, con 1,000 hombres en junto.

El material de artillería consistía en cañones de a 4, de a 6 y de a 9 libras. En total unas 30 piezas, entre antiguas y modernas, de ánima lisa y rayadas.

Los cuerpos de tropa estaban distribuidos en diversos puntos del territorio: en el Cuzco el batallón Zepita N° 2; en Ayacucho, el regimiento 2 de Mayo; los restantes en Lima y Chorrillos y el Callao.

Fuera del ejército de línea había la guardia nacional. Se componía entonces de unos 60,000 hombres, pero hacía más de cuatro años que no habían sido llamados para ejercicios.

ESTADO ECONOMICO, POLITICO Y MILITAR DE BOLIVIA

Bolivia tuvo que sufrir, como todos los estados suramericanos, las consecuencias de su mala organización administrativa y política. El atraso de sus industrias y la carencia de vías de comunicación, no le habían dado un puesto respetable entre los demás pueblos. Sus pocos aunque buenos productos eran exportados sobre todo por los puertos de Arica y Mollendo. Sus ingresos fiscales eran escasos y apenas bastaban para cubrir los gastos más indispensables del presupuesto.

La continuas revoluciones que la habían ensangrentado, fueron otras tantas causas que detenían su progreso. Una de las más funestas fue sin duda la que llevó al poder a Melgarejo, en cuya época se firmó el tratado que cedió a Chile un grado de su territorio en el rico desierto de Atacama y que más tarde fue uno de los más poderosos pretextos de la guerra con Chile. El gobierno de Daza cometió igualmente errores y despropósitos grandes, como se verá después.

Bolivia no tenía buque de guerra alguno.

Por esta época su ejército de línea no era superior a 2,300 hombres de las tres armas.

La infantería se componía de tres batallones: el N° 1 (Colorados), el N° 2 y el N° 3, repartidos en diversos lugares del territorio.

Su armamento consistía en fusiles Remington (los Colorados), unos centenares de Martini-Henry y fusiles de fulminante.

La caballería tenía dos escuadrones: el de *Húsares* y el de *Coraceros*. Usaba carabina Remington, pero carecía de sables en casi su totalidad.

La artillería constaba de un batallón, con dos cañones de a 3 libras y 4 ametralladoras.

La guardia nacional se calculaba en 54,000 hombres.

En cuanto al personal del ejército, componíase de mestizos (en pequeño porcentaje) y de indios en su mayor parte, con muy deficiente instrucción militar.

No obstante el reducido efectivo de este ejército, su movilidad hacía sumamente difícil por las enormes distancias que debía recorrer y por la falta de medios de transporte.

Así, pues, resumiendo, las fuerzas armadas de los aliados del 79, en pie de paz, al romperse las hostilidades, eran en todo unos 7,000 soldados, mal armados y mal organizados, y una marina diminuta para defender un litoral de más de 400 leguas.

ESTADO ECONOMICO, POLITICO Y MILITAR DE CHILE

La población de Chile en la época de la guerra ascendía a más de dos millones de habitantes, raza mestiza de gran homogeneidad.

Sus industrias más importantes eran la agricultura y la minería, siendo el trigo y el cobre los principales productos de su comercio de exportación.

Su deuda externa e interna ascendía a más de diez millones de libras esterlinas. Su presupuesto era escaso para satisfacer los gastos de la administración pública, y el pago de los intereses de sus deudas. De los tres millones a que ascendían sus ingresos, una tercera parte los empleaba en el pago de intereses.

Estaba gobernado por una vieja oligarquía que dominaba y explotaba al pueblo con dureza.

Parece que en la mente de sus gobernantes hubiera prevalecido siempre la idea de la conquista. Razón por la cual desde mucho antes que estallara el conflicto del Pacífico, había venido Chile robusteciendo con solicitud alarmante su poderío naval y militar.

La marina chilena se componía, al estallar la guerra, de las siguientes naves:

El *Blanco Encalada* y el *Almirante Cochrane*, blindados gemelos de 3,600 toneladas y un blindaje de nueve pulgadas. Armados con seis cañones de 250 libras, otros varios de menor calibre y ametralladoras. Andar: 10 millas por hora.

Las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco* de 1,670 toneladas. Llevaban tres cañones de a 150 libras, dos de a 70 y dos de a 40. Andar: 8 millas.

La cañonera *Magallanes*, tenía un cañón de a 150 libras y otro de a 70. Andar 10 y medio millas.

La corbeta *Abtao*, contaba con dos cañones de a 150 libras. Un andar de 10 millas.

La cañonera *Covadonga*, disponía de dos cañones de a 70 y tres de a 32. Un andar de 7 millas.

La corbeta *Esmeralda*, con 12 cañones de a 40 libras y un andar de 6 millas.

Los blindados eran buques recientemente construidos, de doble hélice, y con todos los adelantos de la época.

En lo referente al ejército, componíase en época de paz de 7,000 hombres perfectamente organizados, armados y ejercitados en el servicio de campaña. Al estallar la guerra, elevóse rápidamente su efectivo a 15,000 hombres de las tres armas, en excelentes condiciones. Chile contaba además con una numerosa guardia nacional.

El armamento de la infantería consistía principalmente en fusiles Comblain con bayonetas.

El de la caballería, en carabinas Spencer y Winchester y sables.

La artillería tenía cañones de campaña y montaña sistema Krupp, y abundante munición.

Chile poseía 13,000 fusiles Comblain y tres millones de cartuchos, fuera de varios miles de otros sistemas, como Minie, Gras, Beaumont y Kropatschek con sus respectivas dotaciones de munición. Pero todos estos sistemas estaban unificados en cuanto al calibre (o lo fueron luego en las maestranzas), de modo que puede decirse que había uniformidad en el armamento de la infantería.

La tropa estaba formada por fornidos individuos de los campos y poblaciones, mestizos de español e indio, en su gran mayoría. La oficialidad, constituida por elementos de las mejores clases sociales, y contaba con muchos técnicos europeos.

Puede verse, pues, patentemente, la ventajosa diferencia que hacía el ejército chileno, superior al aliado, peruano-boliviano, a cuya inferioridad contribuían, su poca preparación militar, el mal armamento, la escasez de municiones, el servicio administrativo pésimo o nulo y la rivalidad continua entre los altos jefes, lo cual debilitaba su eficaz actuación.

Todo esto era bien conocido por los chilenos, políticos y militares, que marcharon confiadamente por el camino de sus conquistas, largo tiempo meditadas y preparadas.

CAMPAÑAS DEL MAR

(1879-1880)

DEL CUZCO A IQUIQUE

Cuando Chile promovió la guerra al Perú, me encontraba en la ciudad del Cuzco, al mando del batallón Zepita Nº 2, desempeñando al propio tiempo el cargo de prefecto y comandante general del departamento. En estas circunstancias, recibí orden del gobierno para aumentar las plazas de mi batallón en el mayor número que fuera posible y ponerme en seguida en marcha hacia el puerto de Mollendo, entregando la prefectura al coronel Luna, y dejando a sus órdenes una compañía del Zepita que serviría de núcleo para la formación de un nuevo cuerpo de tropa.

Llegado que hube a Mollendo, se me ordenó unir mi batallón con el 2 de Mayo, que mandaba el coronel Manuel Suárez. Estas dos unidades constituyeron luego la segunda división, bajo el mando del coronel Belisario Suárez.

En dicho puerto encontrábase ya la primera división del coronel Velarde, compuesta de los batallones Cazadores del Cuzco Nº 5, al mando del coronel Víctor Fajardo, y Cazadores de la Guardia Nº 7, que obedecía al teniente coronel Bustamante.

De Mollendo emprendimos viaje por mar hasta Iquique, sin contratiempo alguno.

Con las dos supradichas divisiones dióse comienzo a la formación del Ejército del Sur, para cuyo mando en jefe había sido designado el general Juan Buendía, quien llegó a Iquique a mediados del mes de abril, instalando en dicho lugar su cuartel general. Acompañábale como jefe de estado mayor el general Pedro Bustamante, quien fue luego sustituido por el coronel Belisario Suárez, pasando yo a ocupar el puesto de comandante general de la segunda división.

Poco después se me ordenó constituirme en el lugar denominado Alto de El Molle —punto destinado al depósito de víveres y al hospital militar— con la misión de vigilar la costa por el lado sur de Iquique. A los tres días de mi llegaba a ese sitio (5 de abril) apareció la escuadra chilena y dio comienzo al bloqueo del puerto. Desde entonces víme obligado a establecer el servicio de avanzadas hacia las caletas cercanas, para vigilarlas.

COMBATE NAVAL DE IQUIQUE

La escuadra enemiga permaneció frente a Iquique hasta el 16 de mayo, fecha en que abandonó la rada, tomando rumbo al norte y dejando únicamente a la *Esmeralda* y la *Covadonga*, para sostener el bloqueo. Pocos días después, el 21 de mayo, por la mañana, vi desde el Alto de El Molle, aparecer por el lado norte los blindados peruanos *Huáscar* e *Independencia*. La *Esmeralda* se encontraba fondeada en la bahía, y la *Covadonga* fuera de ella, en acecho de nuestros buques.

Tan luego como las naves chilenas advirtieron la presencia de las peruanas, pusiéronse en movimiento. La *Covadonga* se acercó a la bahía para prevenir sin duda a la *Esmeralda*, y luego ambas salieron fuera para observar, regresando en seguida rápidamente hacia la costa. El *Huáscar* y la *Independencia* avanzaban, entretanto, con dirección a los buques chilenos, y los pobladores de Iquique acudían a la playa para presenciar el combate. Mientras el *Huáscar* se dirigía contra la *Esmeralda*, la *Covadonga* pegábase más a la costa, perseguida por la *Independencia*, y emprendía por fin rumbo al sur.

El combate entre el *Huáscar* y la *Esmeralda* fue porfiado y tenaz y duraba ya más de una hora, cuando una batería de la artille-

ría de tierra obligó al buque chileno a cambiar de sitio, alejándose de la playa. En estas circunstancias, el *Huáscar* embistió con el espolón a la *Esmeralda*, sin conseguir echarla a pique, entablándose, con la aproximación, un vivo fuego de fusilería entre las tripulaciones. Luego, tras dos nuevas embestidas, logró el *Huáscar* hundir a la nave enemiga.

En los momentos en que el *Huáscar* echaba a pique a la *Esmeralda*, la *Covadonga* se deslizaba a lo largo de la playa, cercana a mi campamento, perseguida aún por la *Independencia*. Entonces ordené a mis tropas que hostilizaran al buque enemigo con descargas cerradas de fusilería, lamentando no contar con algunos cañones para prestar una ayuda más eficaz a la *Independencia* y contribuir así quizás a la destrucción del barco enemigo.

La *Covadonga* contando con su pequeño calado, huía costeando. Así cruzó la Punta de El Molle, y se encontraba ya cerca de Punta Gruesa, cuando la *Independencia*, dando toda fuerza a su máquina, trató de embestirla a muy corta distancia, por la popa. La *Covadonga* pasó la Punta, sobre un banco, sin sufrir nada en su casco, en tanto que la *Independencia*, de mayor calado, chocando contra el mismo arrecife, quedó encallada. La *Covadonga*, al darse cuenta de lo que sucedía a su enemiga volvió rumbo al norte, y colocándose a la altura de la *Independencia* descargaba sobre ella, recias andanadas. La *Independencia* contestó con algunos tiros de sus cañones medio sumergidos, sin tocar la nave contraria. En este trance, los marineros de la *Independencia* comenzaron a arrojar al agua para salvarse a nado, y al propio tiempo se descolgaban botes para el resto de la tripulación. La *Covadonga* comenzó a hacer nutrido fuego sobre los naufragos, a los que protegían mis tropas con descargas cerradas desde la playa próxima, logrando salvar a buen número de ellos. Ordené en seguida que fueran trasladados a mi campamento, donde les proporcioné los auxilios más urgentes. Entre los naufragos se encontraba mi cuñado, el doctor Dianderas, médico del buque, que salió semidesnudo, con sólo el pantalón.

Por otro lado, inmediatamente que se inició el naufragio, mandé avisar a Iquique, exponiendo lo ocurrido, para que viniera el *Huáscar* en auxilio.

Cuando el buque chileno divisó nuestra nave dióse inmediatamente a la fuga, cesando así en la infame tarea de asesinar a los naufragos peruanos. Grau trató de inquirir el estado en que había quedado la *Independencia*, a fin de ver si podía sacarla a flote y en esta labor demoró algún tiempo. La *Covadonga* huía mientras tanto a toda máquina, aumentando la distancia que la separaba del *Huáscar*. Viendo Grau la inutilidad de sus esfuerzos para desencallar la nave, y después de haber salvado a los últimos naufragos y trasladado a bordo al comandante Moore y al resto de los tripulan-

tes de la *Independencia*, reanudó la persecución de la *Covadonga*. No pudiendo darle caza, regresó a Iquique el mismo día por la noche, y allí permaneció hasta el 24 del propio mes de mayo, en que hizo rumbo al sur. De esta manera quedó temporalmente suspendido el bloqueo chileno en Iquique.

CONCENTRACION DE LAS TROPAS ALIADAS EN TARAPACA-TACNA

Mientras tanto, iban llegando a Iquique otras divisiones peruanas para formar juntamente con las bolivianas, que se concentrarían en Tacna, el ejército aliado.

El presidente, general Mariano Ignacio Prado, que se encontraba en Arica, se trasladó a Iquique, y vino luego a inspeccionar mi campamento. Inquirió todo lo relativo al ánimo de las tropas, la calidad del rancho que se les daba y el servicio que realizaban. Después de lo cual regresó a Iquique, tomando en consideración algunas sugerencias que, sobre la distribución de las tropas, me permití hacerle.

Permanecían por entonces en Iquique algunos generales sueltos, cuyas continuas discordias afectaban la disciplina de la oficialidad. El presidente Prado introdujo algunas modificaciones en los mandos divisionarios y dio colocación a algunos jefes. Así, al coronel Justo Pastor Dávila, a la sazón prefecto de Tarapacá, le nombró comandante general de la división Vanguardia, que mandaba hasta entonces el general La Coterá, designando para la prefectura al general López Lavalle. A los generales Bustamante, La Coterá y Beingolea les envió de comisión a Lima.

Con estas y otras medidas dictadas por el general Prado, se regularizó el servicio en Iquique.

Entretanto, los buques chilenos volvían a bloquearlo, y nuestras tropas se mantenían a la expectativa para evitar el desembarco.

TERMINO DE LA CAMPAÑA NAVAL: CAPTURA DEL HUÁSCAR

Después del combate naval de Iquique, sólo nos quedó el *Huáscar* como la única unidad apreciable que podíamos oponer a la escuadra enemiga. En esta época el *Huáscar* redobló su actividad y realizó numerosas expediciones llevando tropas, armas y abastecimientos a Arica; convoyando los trasportes y haciendo frecuentes incursiones a la costa chilena, y manteniendo en continua inseguridad y alarma la línea de comunicaciones entre Antofagasta y Valparaíso.

Esta memorable campaña del *Huáscar* duró cerca de cinco meses, hasta el 8 de octubre de 1879, en que fue capturado en Punta Angamos, después de un desigual y encarnizado combate con la es-

cuadra chilena, y en el cual sucumbieron heroicamente el contralmirante Grau y el segundo y tercer comandante de la nave, comandante Elías Aguirre y teniente Rodríguez; cayendo heridos los tenientes Palacios y Carbajal. Al alférez Pedro Garenzon tocóle entonces tomar el mando del ya destrozado monitor y ordenó abrir las válvulas de sumersión. Cuando el *Huáscar* comenzaba a hundirse, maquinistas chilenos precipitaron a cerrarlas, impidiendo así el hundimiento de la gloriosa nave, que aún mantenía enarbolada su bandera.

Con la captura del *Huáscar* estaba destruido nuestro poder naval, y, por consiguiente, nuestras costas quedaron desde entonces a merced del enemigo.

CAMPAÑA DE TARAPACA

EL EJERCITO PERUANO-BOLIVIANO DE TARAPACA

Al finalizar el mes de abril llegó a Tacna el ejército boliviano, al mando del presidente y capitán general de Bolivia, general Hilarión Daza. Tenía, a grandes líneas, la composición siguiente:

General en jefe: el presidente y capitán general.

Jefe de estado mayor: general Manuel Othón Jofré.

Primera División: jefe general Carlos de Villegas.

Segunda División: jefe general Casto Arguedas.

Tercera División: jefe general Pedro Villamil.

Legión Boliviana, a órdenes directas del capitán general.

Constaba el ejército boliviano de 5,900 hombres. Pero el armamento, con excepción del de algunos batallones, era anticuado, consistente en fusiles de ánima lisa y fulminante. En vista de lo cual, el alto mando peruano hubo de proporcionar al ejército boliviano 2,000 fusiles Chassepot en calidad de préstamo, mientras llegaban a Bolivia los fusiles Remington que había adquirido en Estados Unidos.

El efectivo del ejército peruano en la zona de Tarapacá ascendía a unos 4,500 hombres, siendo aumentado poco después por la división Bustamante, formada en Lima, y otros contingentes de reciente creación.

Del ejército boliviano concentrado en Tacna vinieron a Iquique las divisiones primera (1,700 hombres) y la tercera (1,500 hombres) de los generales Villegas y Villamil, respectivamente, dando así constitución al Ejército Aliado de Tarapacá, cuya fuerza presente en los días centrales de octubre, alcanzaba la cifra, en globo, de 10,000 soldados, con 18 piezas artilleras.

Estaba distribuido en la forma siguiente:

Comandante en jefe: general Juan Buendía, con su cuartel general en Iquique.

Jefe de estado mayor: coronel Belisario Suárez.

Primera División (coronel Velarde) y 5a. (coronel Ríos) en Iquique.

Segunda División (coronel Cáceres) y 3a. (coronel Bolognesi) en Alto de El Molle.

División Vanguardia: cuarta (coronel Dávila) y Exploradora, 6a. (general Bustamante) en La Noria.

En una nueva composición del ejército boliviano, la tercera división pasó a constituir la segunda, a órdenes del propio general Villamil, quedando la primera bajo el mismo mando del general Villegas.

Los cuerpos de tropa integrantes de estas divisiones bolivianas situáronse, escalonadamente, desde el norte de Pisagua hasta el sur de Iquique, en Alto de Hospicio (batallones *Victoria* e *Independencia*), Mejillones (*Aroma*, *1º de Cochabamba*), Agua Santa (*Vengadores de Potosí*) y en San Juan, San Lorenzo e Iquique.

Además de estas fuerzas, existían en Arica, cuartel general del general Prado, supremo director de la guerra, unos 4,000 soldados peruanos, y en Tacna, con el capitán general Hilarión Daza, cerca de 3,000 bolivianos.

La guarnición peruana de Pisagua formábanla alrededor de 200 guardias nacionales y 50 artilleros, que servían los dos cañones montados en los extremos norte y sur de la bahía. El mando de la plaza estaba encomendado al teniente coronel Isaac Recavarren.

El ejército chileno, ya concentrado en la región de Atacama, en número de más de 15,000 hombres, hallábase listo para invadir el departamento de Tarapacá.

LOS CHILENOS DESEMBARCAN EN PISAGUA

Con la captura del *Huáscar*, quedaron los chilenos dueños del mar y proyectaron desembarcar su ejército en uno de los puertos del litoral de Tarapacá.

A últimos de octubre, el 28, una escuadra chilena compuesta de cuatro barcos de guerra y numerosos trasportes, formando un total de 19 buques, zarpaba de Antofagasta, rumbo al norte, conduciendo un ejército de 10,000 soldados, excluyendo los hombres empleados en diversos servicios. El día 2 de noviembre, en la madrugada, se presentó el convoy en la rada de Pisagua. Los buques de guerra, después de situarse convenientemente, abrieron fuego contra los dos cañones instalados en la bahía. Ambas piezas contestaron el fuego enemigo, pero fueron pronto acalladas. Comenzó entonces el bombardeo a la población, al que siguió el ataque de las fuerzas desembarcadas contra la pequeña guarnición que la defendía.

El pequeño pueblo de Pisagua, había ya sufrido los horrores del incendio (18 de abril) producido por las bombas lanzadas por los buques enemigos, durante su vandálica correría por la costa de Tarapacá.

La defensa del sector de Pisagua estaba confiada a la división boliviana del general Villamil, cuyas tropas se encontraban distribuidas en Alto de Hospicio, Mejillones del Perú y Agua Santa.

Cuando se presentaron las naves chilenas, bajaron de Alto de Hospicio los batallones bolivianos *Victoria e Independencia* que, unidos a las fuerzas peruanas de Recavarren (haciendo un total de unos 900 hombres), se opusieron al desembarco del enemigo ofreciéndole una valiente resistencia.

Después de una porfiada lucha de casi ocho horas, dominados los defensores por la artillería de los buques enemigos y tras haber rechazado varias veces a las tropas de desembarco, cedieron, al fin, y batiéronse en retirada, siguiendo la línea del ferrocarril que asciende en zig-zag hacia el interior.

Dos días antes del ataque chileno, había ido a Pisagua el general Buendía, con objeto de inspeccionar las tropas allí establecidas, encontrándose así en el combate, ocasionalmente.

Dueños los chilenos de Pisagua, procedieron a desembarcar su material de guerra y el resto de sus tropas, sin inconveniente posterior, y se posesionaron del ferrocarril que va de Pisagua a Dolores.

DE POZO ALMONTE A SAN FRANCISCO

En la mañana del 3 de noviembre recibió el coronel Suárez, en Iquique, un telegrama del general Buendía, en el cual le ordenaba la concentración del ejército aliado en la región La Noria-Pozo Almonte, dejando la división Ríos en Iquique para resguardar la plaza.

Mientras se llevaba a cabo la ordenada concentración, envió el jefe de estado mayor un escuadrón de caballería (peruano-boliviano), al mando del comandante Sepúlveda, para explorar en dirección de Agua Santa-Dolores. Pero el 6 de noviembre, a las cuatro de la tarde, fue sorprendido Sepúlveda y destrozado en Germania, por un destacamento chileno que también venía en exploración hacia el sur. La sorpresa nos costó la pérdida de Sepúlveda y de todo el escuadrón. Este desgraciado encuentro nos permitió, sin embargo, informarnos de la presencia de caballería enemiga en las cercanías de Agua Santa.

A poco se supo que considerable número de tropas enemigas ocupaba Dolores; y recibióse orden del supremo director de la guerra, general Prado, transmitida telegráficamente desde Arica, de emprender la marcha sobre el enemigo, para atacarle en combinación con las fuerzas del general Daza, que debían acampar el 16 en Tana, cerca de Camarones.

Puestos de acuerdo los jefes peruanos y bolivianos sobre el itinerario que debía seguirse, y resuelta ya la marcha sobre el enemigo, se la inició el 16 de noviembre por la tarde.

Al salir de Pozo Almonte, el general boliviano Villamil y yo nos estrechamos la mano de aliados y amigos, prometiéndonos volver a estrechárnosla vencedores, después del combate. ¡El destino quiso otra cosa!

La primera noche recorrimos cuatro leguas del desierto que separa Pozo Almonte de Dolores. El 17, seguimos la marcha durante la mañana hasta Pozo Ramírez, y por la noche de este mismo día avanzamos hasta Negreiros, adonde llegamos al amanecer del 18. Se descansó aquí casi todo el día y ya extinguiéndose la tarde proseguimos el caminar hasta un caserío, en donde se hizo alto hacia medianoche y se reunieron los jefes aliados con el general Buendía y el jefe de estado mayor, para concertar la forma de avance hacia Dolores. En dicho lugar y con motivo de la ruta que se debía seguir, promovióse una acalorada discusión entre los jefes presentes, en la cual se exaltaron tanto los ánimos, que poco faltó para que se dieran de sablazos. El comandante Rubín de Celis, ayudante del general Buendía, vino entonces a referirme lo que pasaba insinuándome que fuera yo a apasiguar a los jefes, lo cual conseguiría dada la consideración que me guardaban. Respondí a Rubín de Celis que no podía separarme de mi división y que se dirigiese al coronel Manuel Suárez, cuya intervención sería muy a propósito para conseguir tal objeto. El coronel Suárez, efectivamente, logró que los jefes se pusieran de acuerdo.

La marcha se continuó entonces, pero ya no directamente a Dolores, sino sesgando un poco al noroeste, a fin de encubrir el movimiento al enemigo mediante las lomas que se alzan por ese lado.

Habíase dispuesto asimismo que el orden de marcha fuese a la vez el de combate. Para lo cual se formó una "vanguardia de guerrillas"² y seguidamente constituyéronse tres escalones de marcha:

Primer escalón, al mando del general Bustamante e integrado por las divisiones: *Vanguardia* (Dávila), *Exploradora* (Bustamante) y la primera división boliviana (Villegas); 6 piezas de artillería y dos escuadrones de caballería.

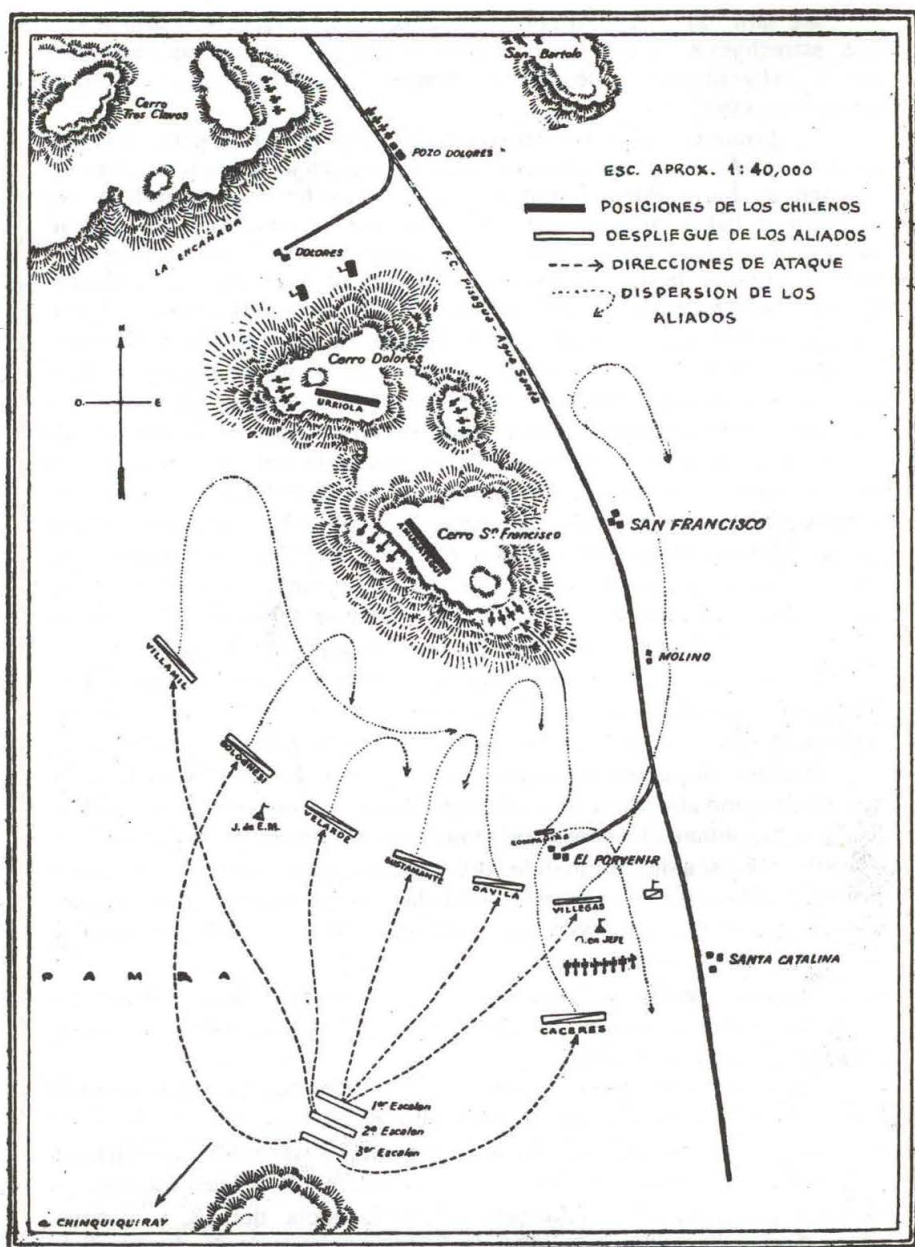
Segundo escalón, a órdenes del coronel Manuel Suárez, compuesto de la primera división (Velarde), tercera división boliviana (Villamil) y 12 piezas de artillería.

Tercer escalón, bajo mi mando, formado por la segunda división (Cáceres) y la tercera división (Bolognesi).

Seguía a continuación la impedimenta, transportada en carretas y acémilas. El comandante en jefe marchaba en el primer escalón.

En esta disposición caminamos toda la noche del 18, y al amanecer del 19 llegábamos a loma de Chinquiray, desde donde divisamos tropas enemigas en la cima del cerro San Francisco.

DESASTRE DE SAN FRANCISCO (19 de noviembre de 1879)



CROQUIS Nº 1

Batalla de San Francisco, 19 de noviembre de 1879

Poco después entrábamos en el gran llano de San Francisco. El entusiasmo de las tropas fue grande al avistar al enemigo en la cima del cerro. Y se hizo alto para los preparativos del combate.

El general Buendía, incitado por la exaltación de las tropas, pensó acometer al enemigo esa misma mañana. Y con tal fin bosquejó el correspondiente plan de ataque, y luego mandó citar a una junta de jefes para exponérselo.

De mediados de octubre a la segunda quincena de noviembre, el ejército aliado había experimentado considerable número de bajas, por causas diversas. Su efectivo a su llegada a San Francisco alcanzaba la cifra de 7,400 hombres (de los cuales 4,200 peruanos y 3,200 bolivianos) y 18 cañones. El de los chilenos sumaba unos 6,000 soldados con 34 piezas artilleras.

El cerro San Francisco que, se alza sobre el llano de este nombre, ostenta una singular configuración. Lo forman dos collados, que rematan en sendas mesetas de vasta amplitud, separados por una cañada de escasa depresión. Su altura es de 150 metros, y domina la pampa en su mayor extensión. Sus pendientes son suaves; siendo sólo la del sur un tanto escarpada.

El gran macizo, en su conjunto, es también conocido con el nombre de Dolores. Sin embargo, déjase, generalmente, esta segunda denominación para la altura del norte, y la de San Francisco para la del sur. Por su costado este, corre la línea férrea Pisagua-Agua Santa. Inmediata a esta vía y a corta distancia del cerro Dolores está situada la aguada o pozo de Dolores. Hacia el sur del cerro San Francisco y en sus cercanías se encuentra la aguada llamada El Porvenir.

Una vez realizado el despliegue del ejército aliado con las divisiones Bustamante, Dávila y la boliviana de Villegas a la derecha (*ala derecha*, mandada por el general Buendía); la de Velarde, Bolognesi y la boliviana de Villamil a la izquierda (*ala izquierda*, mandada por el coronel Suárez) y formando la reserva general la segunda división de mi mando, rompióse la marcha de avance con intención de atacar al enemigo en sus propias posiciones, de las que no se movía.

A pesar de las fatigas de la marcha nocturna, nuestros batallones avanzaron briosamente en dirección del enemigo; y nos encontrábamos ya en media pampa, cuando se mandó hacer alto y seguidamente armar pabellones y descansar.

Mientras permanecíamos en tal situación, vimos que se reforzaban las fuerzas chilenas con trenes cargados de soldados, que llegaban de rato en rato, pues a nuestra entrada en el llano notamos que aún no había mucha tropa enemiga ocupando el cerro.

Y si inmediatamente después de practicado el despliegue hubiéramos emprendido el ataque, seguramente habría sido nuestro el triunfo, porque hubiéramos atacado al enemigo con superioridad de fuerzas, pudiendo aislarlo de su base de Pisagua, y aprovechar al pro-

pio tiempo el efecto moral que sin duda le causó nuestra superioridad numérica y nuestro decidido avance de las primeras horas.

Pero este alto intempestivo en media pampa nos hizo perder todas estas ventajas. Estacionados allí, bajo los rigores de un sol abrasador, sin agua para saciar la sed, no se consiguió sino que el desaliento invadiera el ánimo de los soldados. Los jefes nos mirábamos estupefactos, no explicándonos el por qué de semejante determinación del mando en jefe, que censuraban duramente la mayor parte de los jefes, especialmente los bolivianos. Díjose que obedecía a que se esperaba aviso del general Daza, cuyas fuerzas debían atacar al enemigo desde el lado opuesto. Pero a poco se propagaba velozmente en las filas la desagradable noticia de que Daza no atacaría y había contramarchado a Arica, produciendo el consiguiente efecto desmoralizador en las tropas.

Sin embargo, a eso de las tres de la tarde, se me presentó un ayudante del jefe de estado mayor, trasmitiéndome la orden de que se había dispuesto atacar al enemigo y que avanzara con mi división. Efectivamente, vi que se ponía en movimiento todo el ejército. Avancé con mis tropas hasta colocarme a la distancia conveniente en la pampa, al sur del cerro San Francisco, donde mandé hacer alto en espera de ulteriores órdenes. Momentos después se dirigió hacia mí el jefe de estado mayor coronel Suárez, para decirme: "Felizmente he conseguido del comandante en jefe que se suspenda el ataque, postergándolo para mañana a primera hora...".

Aunque algo extrañado de tal disposición, hube de cumplirla al punto, y replegué mi división al lugar que antes ocupaba. Las otras divisiones retrocedían también a ocupar sus anteriores asentamientos. Luego ordené se procediera a preparar el rancho, y que fueran las tropas, por compañías, a beber y llenar sus cantimploras en el pozo cercano El Porvenir, pues aún no habían almorzado y estaban sedientos.

En seguida, y por orden del coronel Suárez, mandé a la sexta compañía (de guerrilla) del Zepita, para que en unión de otra boliviana, del Illimani (también de guerrilla), destacada de la división Villegas, fueran a resguardar dicha aguada.

Todas estas marchas y contramarchas, efectuadas en presencia y a tiro de fusil del enemigo, parece que le tenían perplejo, encerrándole en la más completa inactividad, pues no se le notó actitud agresiva alguna.

Después de dar las órdenes convenientes a los jefes de batallón, me aparté momentáneamente de mis tropas dirigiéndome hacia el sitio donde se encontraba el jefe de estado mayor. En el trayecto topé con el coronel Velarde, que llevaba la misma dirección, y juntos continuamos hacia adelante, lamentando que se hubiera dejado pasar la ocasión más propicia para acometer al enemigo; por la mañana, antes de que fuera completamente reforzado.

Llegado que hubimos a la presencia del jefe de estado mayor, encontramos a éste rodeado de varios jefes bolivianos que censuraban en alta voz las medidas tomadas por él y el comandante en jefe. Al verme, Suárez se dirigió a mí y díjome: "Vea usted lo que pasa y si así podremos triunfar...".

Esperando que los ánimos se calmaran, resolvimos seguir adelante hacia el cerro, para observar las posiciones enemigas, y avanzamos hasta corta distancia de su base. Allí nos encontrábamos, cuando llegó el coronel Dávila, seguramente con el mismo objeto, y comenzó a desatarse en impropiedades contra el comandante en jefe y el jefe de estado mayor. Entre Velarde y yo le hicimos ver amistosamente que no convenía seguir el ejemplo de los jefes bolivianos, que desmoralizaba a las tropas. A lo cual replicó Dávila: "Con estos jefes inútiles, bien pueden llevarnos los diablos...". Este jefe, discoló de carácter, andaba siempre en pugna con el coronel Suárez, desprestigiándole y haciéndole perder su reputación en el ejército, teniendo yo que llamarle, no pocas veces, al orden y contenerle en sus ultrajes, pues el coronel Suárez era un jefe activo, organizador y esforzado en el cumplimiento de su deber.

En estas circunstancias, vimos que el general Buendía avanzaba, escoltado por un escuadrón peruano y seguido de dos batallones bolivianos, en actitud al parecer de ataque contra las posiciones enemigas. Observábamos este aparatoso movimiento de tropas, cuando del grupo de soldados que se encontraban en la aguada El Porvenir, disputándose un chorro de agua y dándose de empujones, partió un tiro de fusil.

Inmediatamente la artillería chilena de la parte meridional del cerro San Francisco disparó un cañonazo contra esos soldados, sin causarles daño alguno. Entonces, esas dos compañías, que resguardaban el pozo, se lanzaron paso al trote contra los chilenos y comenzaron a trepar el cerro, rivalizando la una con la otra.

El comandante Espinar, que pertenecía a la ambulancia y que en aquellos momentos se encontraba a caballo cerca de la aguada, provocando a los chilenos, púsose a la cabeza de dichas compañías, señalándoles, a grandes voces, los cañones enemigos como el objetivo del ataque.

Nosotros nos encaminamos inmediatamente y a toda prisa a ponernos al frente de nuestras divisiones.

Las dos compañías de guerrilla entraban ya, entre tanto, en contacto de fuego con el enemigo, cuando los batallones bolivianos, que venían a la zaga del general Buendía, detuviéronse de pronto en la pampa, hacia la parte sur del San Francisco, y comenzaron a disparar a su antojo sobre las posiciones enemigas de la cima del cerro, causando grave daño, por la espalda, a las tropas de guerrilla, que ya combatían en la falda del collado.

Empeñada así la contienda de manera intempestiva, por la impulsabilidad de esas dos compañías, inicióse el avance general de acuerdo con el plan de la mañana, pero en forma harto desarticulada. Así:

Los batallones de la división Vanguardia y parte de las fuerzas bolivianas de Villegas (del ala derecha) avanzan hasta cerca del pie de la pendiente sureste del San Francisco, con el propósito de apoyar a las compañías de guerrilla.

Las tropas de la división Exploradora (también del ala derecha), que avanzan siguiendo la línea férrea, en dirección a Pozo Dolores, son de pronto tomadas de flanco por la artillería chilena del San Francisco y compelidas a retroceder.

Comenzado ya el movimiento de avance del ala derecha, como acaba de indicarse, empieza el suyo el ala izquierda. Las divisiones Velarde y Bolognesi avanzan hasta menos de un kilómetro del pie del declive suroeste del collado meridional; pero el cañoneo enemigo paraliza luego su progresión.

La división boliviana Villamil que marcha por el costado oeste del San Francisco, con la intención de rodear las posiciones enemigas por la encañada, la interrumpe a mitad del camino. Parada que ha de costarle muy caro, pues pronto es encarmentada por el fuego artillero del cerro Dolores, que desordena su formación y produce el desbande de sus tropas.

Aquellos, ya aludidos, batallones bolivianos que seguían a Buendía y se detuvieron voluntariosamente en la pampa, contrariando las órdenes, al advertir la fuga de las tropas de Villamil, empezaron a amotinarse produciendo descomunal algazara. Y todo cuanto se hizo para traerlas al orden fue en vano; por el contrario, el desorden que causaron fue mayor; y, por último, se dispersaron, disparando a discreción, dando gritos de "¡a Oruro!", "¡a Oruro!"... y reclamando el pré que se les debía.

La confusión fue enorme, extendiéndose por toda la pampa y dando por resultado la desertión en masa de todas las tropas bolivianas que se encontraban en el llano; y en este alud viéronse también arrastradas algunas tropas peruanas y, lo que es peor, hasta algunos jefes.

Yo moví mi división, que por el hecho de constituir la reserva había permanecido hasta entonces en su puesto, hacia el foco del trastorno producido por los soldados bolivianos, y con miras de avanzar en apoyo de los batallones que trataban a su vez de apoyar a las compañías de guerrilla que seguían combatiendo en el espolón sur del San Francisco. Pero, el coronel Suárez, que observó el movimiento de mis tropas, galopó a mi encuentro y detúvose diciéndome: "Salve usted a su división para que no se vea envuelta en este desorden, como las otras", y me indicó colocarme junto a nuestra artillería,

emplazada cerca de El Porvenir, indicación que cumplí no muy de grado, pues mi deseo era avanzar en socorro de nuestras fuerzas del sur del cerro.

Mientras tanto, las compañías de guerrilla del Zepita y del Illimani que habían comprometido el combate sin orden alguno y prematuramente, tras sostener larga y reñida lucha, con alternativas, retrocedían por la ladera meridional del San Francisco, combatiendo cuerpo a cuerpo con la infantería chilena, que ya enormemente reforzada contraatacaba impetuosamente defendiendo sus cañones.

Nuestros valerosos soldados de las guerrillas aliadas intentaron repetidas veces apoderarse de las piezas enemigas, logrando poner las manos en ellas; pero el potente fuego de fusilería del avversario, los obligó a retroceder causándoles numerosas bajas, contándose entre ellas el bravo comandante Espinar.

La llamada Batalla de San Francisco redujose, pues, a esta cruenta refriega de la extremidad sureste del cerro de este nombre, terminada la cual y desaparecidas las tropas bolivianas cesaron los fuegos.

En el campo no quedaron sino tropas peruanas. Las divisiones de los coroneles Dávila y Velarde, no obstante haber sido envueltas en la desorganización y desorden que introdujeron los soldados bolivianos, pudieron rehacerse prontamente y volver al orden, con pequeñas bajas.

Bien avanzada ya la tarde, cuando todo había concluido y el desastre estaba consumado, se me aproximó el coronel Suárez profundamente abatido; y habiéndole dicho que tomase el escuadrón de caballería para reunir a los dispersos, repúsome que la caballería con sus jefes habían abandonado el campo, que parte de la división Exploradora habíase dispersado, y que también el comandante en jefe había desaparecido. “Esto es inconcebible —añadió—, pues esas tropas se han dispersado sin ser formalmente atacadas; como usted ve, los chilenos no han hecho más que defenderse, rechazando el ataque a sus posiciones y han continuado tranquilos en la altura, sin acusar intento atacante alguno”.

La “Batalla de San Francisco”, si bien no pasó de ser —como se ha visto— una acción táctica de escasa magnitud; tuvo, sin embargo, trascendentales proyecciones de carácter estratégico. Fue ciertamente un triunfo obsequiado por los aliados al enemigo común, pues en rigor no hubo derrota de las armas aliadas, sino que ellas mismas causaron su desastre.

Las fuerzas peruanas que quedaron en el campo fueron las siguientes: la primera división, sin su comandante general, coronel Velarde; la segunda división que yo mandaba; la tercera del coronel Bolognesi; la del coronel Dávila y la artillería, al mando del coronel Castañón.

En tal situación esperábamos que los chilenos, viendo la dispersión de las tropas aliadas, bajarían de sus posiciones para perseguirlas; pero no se dieron ninguna prisa para hacerlo, y continuaron en ellas. Solo poniéndose ya el sol descendieron como dos compañías del cerro, pero fueron inmediatamente contenidas por una compañía del Zepita, que mandé a su encuentro y por algunos tiros que les hizo la artillería.

Poco después y en vista de esta impasibilidad del enemigo, nos reunimos en junta los coroneles Bolognesi, Castañón, Dávila, Fajardo y yo, con el jefe de estado mayor, coronel Suárez, para resolver la actitud que debíamos tomar y, tras breve examen de la situación, optamos por emprender la retirada hacia Arica, por Tiliviche, aquella misma noche.

RETIRADA DEL EJERCITO DE SAN FRANCISCO A TARAPACA

Resuelta la retirada hacia Arica, esperamos la noche para emprenderla.

El orden de marcha fue el siguiente: en primer término, la artillería, al mando del coronel Castañón; en seguida la división del coronel Dávila; después la del coronel Bolognesi, la del coronel Velarde, bajo el mando del coronel Herrera, y, por último, mi división, cerrando la izquierda y a la vez encargada de proteger la retirada.

Esta la emprendimos por el despoblado, entrada ya la noche; pero luego se tropezó con el inconveniente de que el jefe de estado mayor no atinaba a señalar la dirección precisa de la marcha, pues se carecía de un mapa de la región y no teníamos ni siquiera una brújula para orientarnos, ni había tampoco un guía experto conocedor del terreno. Felizmente un soldado del batallón Zepita, llamado Durazno, que en otro tiempo había trabajado en las salitreras, ofrecióse como guía y fue puesto a las órdenes del coronel Dávila, que marchaba en cabeza.

Caminamos algunas horas por los calichales, siguiendo al guía, cuando noté cierto entorpecimiento en la marcha, que me indujo a inquirir la causa que lo motivaba y me dirigí a la derecha, donde se hallaban el jefe de estado mayor y el coronel Dávila, encontrándoles perplejos ante la idea de que el guía nos hubiera guiado mal. Llamé entonces al soldado y le pregunté si estaba seguro del camino que llevaba, a lo cual me respondió estar atolondrado a causa de los gritos y amenazas continuas del coronel Dávila y que, en verdad, se había desorientado. Hice ver entonces a Dávila que todo provenía del mal trato dado al guía, sin razón para ello, y que suspendiese sus amenazas, permitiendo a aquel hombre poder orientarse nuevamente. Enseguida me volvía a retaguardia, para continuar con mi división.

A poco de esto, ocurrió un incidente que alarmó grandemente a las tropas. Hacia medianoche, vino de la cabeza de la columna la voz de "alto y silencio". Me dirigí al instante al jefe de estado mayor para indagar lo que pasaba. El coronel Suárez, díjome: "Paréceme que el enemigo nos flanquea; se siente a poca distancia un tropel...". Después de escuchar un momento y cerciorarme de que efectivamente marchaban tropas por nuestro flanco, dije a Suárez: "No es posible continuar en esta incertidumbre, sin saber si es el enemigo el que realmente nos flanquea; voy a indagarlo". Y me encaminé hacia el sitio de donde partía el rumor de los pasos, y a la distancia conveniente di la voz de "Alto y quién vive", a la que se me respondió: "Perú". Acerquéme, y encontré al batallón de los "Cabitos", que mandaba el coronel Herrera. Este batallón, por la distancia que le separaba del que le precedía, se había extraviado en la oscuridad y marchaba indistintamente por compañías, algunas de las cuales, ya cansadas y desviadas del resto de su batallón, habían hecho alto y quedándose rezagadas, mientras el primer jefe continuaba su camino con la primera compañía, sin darse cuenta de lo que pasaba con las restantes de su batallón.

Este cuerpo extraviado de los "Cabitos" fue, pues el que en su confusión tomaron los jefes que iban a la cabeza por el enemigo y produjo tanta zozobra. Después de ordenar que las compañías ocuparan sus puestos, me dirigí al jefe de estado mayor diciéndole: "Me parece conveniente que recorramos toda la columna para cerciorarnos del estado de la marcha", con lo que convino Suárez, y nos encaminamos juntos primero hacia la cabeza de la columna, donde marchaba la artillería. Pero nuestra sorpresa fue grande al no encontrar ningún artillero, inclusive al coronel, pues a las voces de "alto", "silencio", "el enemigo" que se dieron en las filas, los artilleros abandonaron los cañones y haciendo uso de los mulos, fugaron alejándose del sitio donde estábamos. Días después aparecieron en Tarapacá.

Continuando la inspección en el resto de la columna, encontramos a la mayor parte de las divisiones fraccionadas en grupos, con excepción de la del coronel Bolognesi y la mía, que cubría la retaguardia.

En tal estado, era imposible continuar la marcha. La tropa estaba sumamente cansada, sobre todo los cuerpos salidos de la escuela de clases, formados de muchachos en su mayoría, y la noche estaba completamente oscura a causa de la densa camanchaca. Resolvióse entonces pernoctar allí y esperar a que amaneciera para reacondicionar la tropa y proseguir la retirada.

En la madrugada del día siguiente, despejada ya un tanto la niebla, se procedió a reunir a los soldados que dormían en la pampa a discreción, envueltos en sus capotes. Pero en el acto notamos, con asombro, que no habíamos avanzado gran cosa y nos hallábamos no

muy distantes de las posiciones enemigas, de donde procuramos alejarnos prontamente. Además, se observó que la dirección que habíamos tomado durante la noche no correspondía a la de Tiliviche, sino a la de Tarapacá, no quedándonos otro recurso que seguir este camino. La espesa niebla nos había librado de que el enemigo nos descubriera y atacara en tal desventajosa situación.

Clareaba ya el día cuando reanudamos la penosa marcha a través de la desértica zona moteada de calichales; y tras caminar un buen trecho hicimos alto cerca de una oficina salitrera, para reunir la tropa, que marchaba desperdigada, y ordenar la columna. Después de lo cual, se continuó la marcha ya bajo los rigores de un sol canicular hasta una pequeña aldea llamada Curaña, donde la tropa pudo descansar y refrescarse, experimentando con esto un gran alivio, pues la sensación de la sed fue tal durante la marcha, que los soldados tuvieron que ponerse en la boca piedresillas o una bala de plomo, por indicación mía, para humedecerla y mitigar así un tanto la sed, provocando la secreción de la saliva. Por casualidad, llevaba yo un limón en el bolsillo, y cortando rebanadas muy delgadas se las daba a algunos muchachos de la banda de guerra del Zepita, que se ahogaban materialmente de sed. Y algunos viéronse tan acosados por ésta, que llegaron a beber sus propios orines.

En Curaña encontramos algunas cabras, que los soldados, hambrientos como estaban, degollaron, aparejándose en seguida un buen rancho.

Desde este sitio, el coronel Suárez envió un propio a Tarapacá avisando la próxima llegada del ejército a dicho lugar.

BATALLA DE TARAPACA

Después de atravesar la pampa del Tamarugal, sufriendo todo género de contratiempos, llegamos a Tarapacá en la tarde del 22 de noviembre, donde gracias a la actividad del coronel Suárez se pudo proporcionar a nuestras tropas el alojamiento y rancho de que tan necesitadas estaban. Allí encontramos al general Buendía con otros jefes que, abandonando el campo de San Francisco, habían adelantado su retirada, conducta que censuré y propuse la correspondiente sanción.

Sin pérdida de tiempo nos reunimos en junta los comandantes divisionarios, presididos por el jefe de estado mayor, para considerar la situación y acordar las medidas más convenientes. El jefe de estado mayor envió orden telegráfica, este mismo día, a la división Ríos, que había quedado aislada en Iquique, para que se trasladara inmediatamente a Tarapacá.

Tarapacá es un pequeño pueblo asentado hacia el fondo de un angosto valle, cuya mayor anchura no pasa de unos 800 metros. Há-

llase dominado a todo lo largo y a ambos lados por cerros de escabrosa pendiente, y su vegetación es alimentada por el riachuelo que lo atraviesa de norte a sur. Por el costado este de la quebrada se alzan los cerros Redondo y Tarapacá, y al sur del pueblo hállase la cuesta denominada Visagra. En el mismo valle se encuentran los pueblecitos de Pachica y Quillahuasa, al norte de Tarapacá, y las aldeas de San Lorenzo y Huaraciña, al sur.

Como el pueblo no diera abasto para el alojamiento y sustento de todas las tropas, se acordó, el 25, mandar las divisiones Vanguardia, del Coronel Dávila, y la primera del coronel Herrera, a Pachica, distante unos 15 kilómetros, dejando en Tarapacá la división Exploradora, del coronel Bedoya, la tercera del coronel Bolognesi y la segunda de mi mando.

A estas fuerzas se unió, el 26 por la tarde, la del coronel Ríos que formaba la quinta división (unos 800 hombres), venida de Iquique, en cumplimiento de la orden del coronel Suárez, haciendo cuatro jornadas a través de las pampas de Isluga y entrando en Tarapacá por el sur de la quebrada.

Con la incorporación de la división Ríos, el efectivo del ejército peruano, ya reconstituido, ascendía aproximadamente a 4,500 hombres, y tenía el siguiente orden de batalla:

Comandante en jefe
General Juan Buendía

Jefe de estado mayor
Coronel Belisario Suárez

Primera división

Comandante general: coronel Alejandro Herrera
Batallón *Cazadores del Cuzco* N° 5 Jefe: coronel Víctor Fajardo
Batallón *Cazadores de la Guardia* N° 7 Jefe: coronel Mariano Bustamante

Segunda división

Comandante general: coronel Andrés A. Cáceres
Batallón *Zepita* Primer jefe: coronel Andrés A. Cáceres;
Segundo jefe: comandante Juan Zubiaga
Batallón *2 de Mayo* jefe: coronel Manuel Suárez.

Tercera división

Comandante general: coronel Francisco Bolognesi
Batallón *Ayacucho* N° 2 jefe: coronel Agustín Moreno
Batallón *Guardias de Arequipa* jefe: coronel Carrillo Ariza.

División Vanguardia (4a.)

Comandante general: coronel Justo Pastor Dávila.
Batallón *Puno* N° 6 Jefe: coronel Manuel Chamorro
Batallón *Lima* N° 8 Jefe: coronel Remigio Morales Bermúdez

Quinta división (Guardia Nacional)

Comandante general: coronel Miguel B. Ríos
Batallón *Iquique* N° 1 Jefe: coronel Alfonso Ugarte
Columna *Tarapacá* Jefe: coronel Aluvire
Escuadrón *Gendarmes de Iquique* Jefe: mayor Pedro Espejo
Columna *Navales* Jefe: comandante José M. Meléndez
Columna *Loa* (formada en Iquique por residentes bolivianos)
Jefe: coronel Raimundo González Flor.

División Exploradora (6a.)

Comandante general: coronel Francisco Bedoya
Batallón *1º de Ayacucho* Jefe: coronel Máximo Ruiz de Somo-
cursio

Batallón *Provisional de Lima* N° 3 Jefe: coronel Ramón Zavala

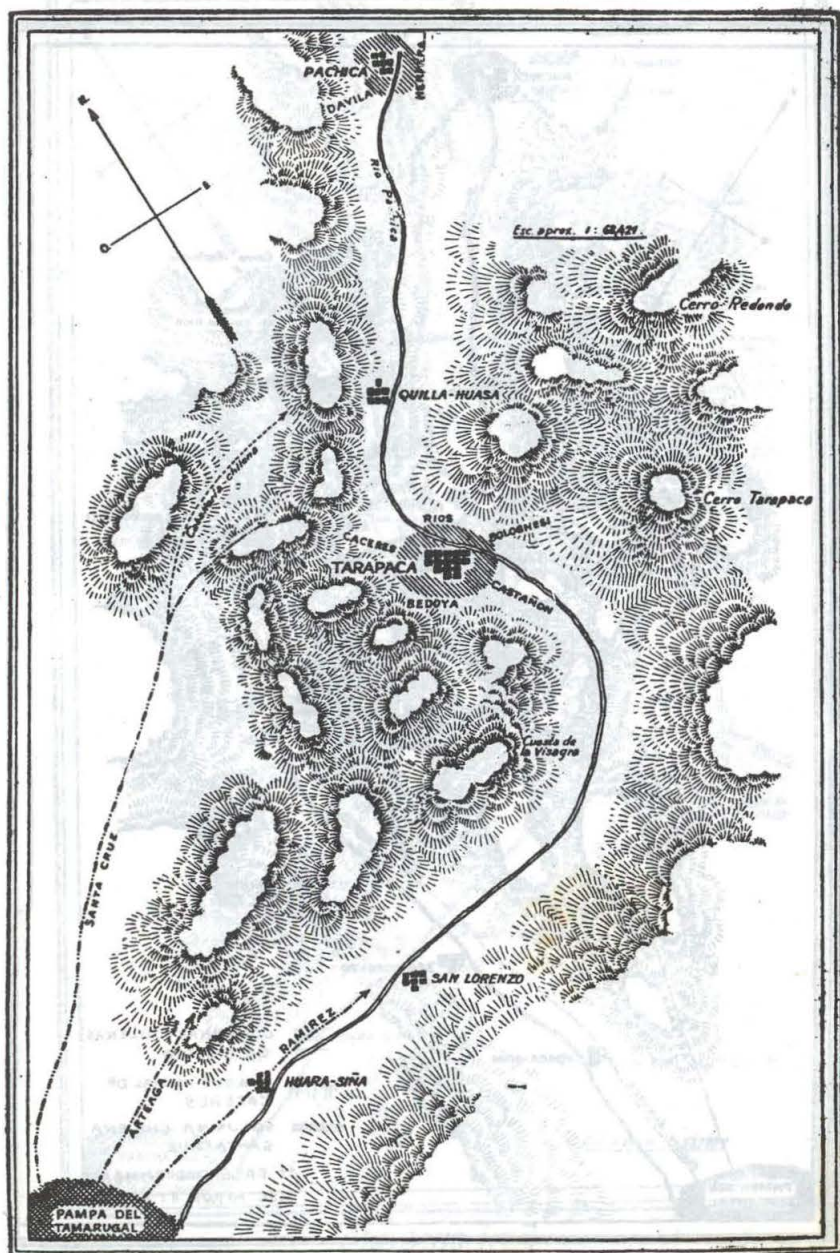
Servicio Sanitario Parque

Los artilleros que abandonaron sus cañones en la retirada de San Francisco formaban una columna de infantería a órdenes del coronel Castanón. Caballería, no teníamos. El escuadrón Gendarmes que he mencionado, no tenía caballos y formaba igualmente una columna de infantería. Nuestras fuerzas en Tarapacá, estaban, pues, constituidas en su totalidad por hombres de a pie.

Además se encontraban en lamentable estado de extenuación, que muy poco mejoró con los cuatro días de descanso que allí tuvimos. Carecíamos no solo de municiones, sino de subsistencias y vestuario, y la mayor parte de los soldados estaban descalzos, a causa de las largas marchas realizadas. Con el desastre de San Francisco y la retirada inmediata que le siguió, hallábanse moralmente deprimidos y físicamente agotados.

Las fuerzas chilenas destinadas a encajonar el ejército peruano en la quebrada de Tarapacá alcanzaba un efectivo aproximado de 4000 soldados de infantería, caballería y artillería, con ocho cañones. Y estaban distribuidas en tres columnas, teniendo señalado cada cual su correspondiente cometido.

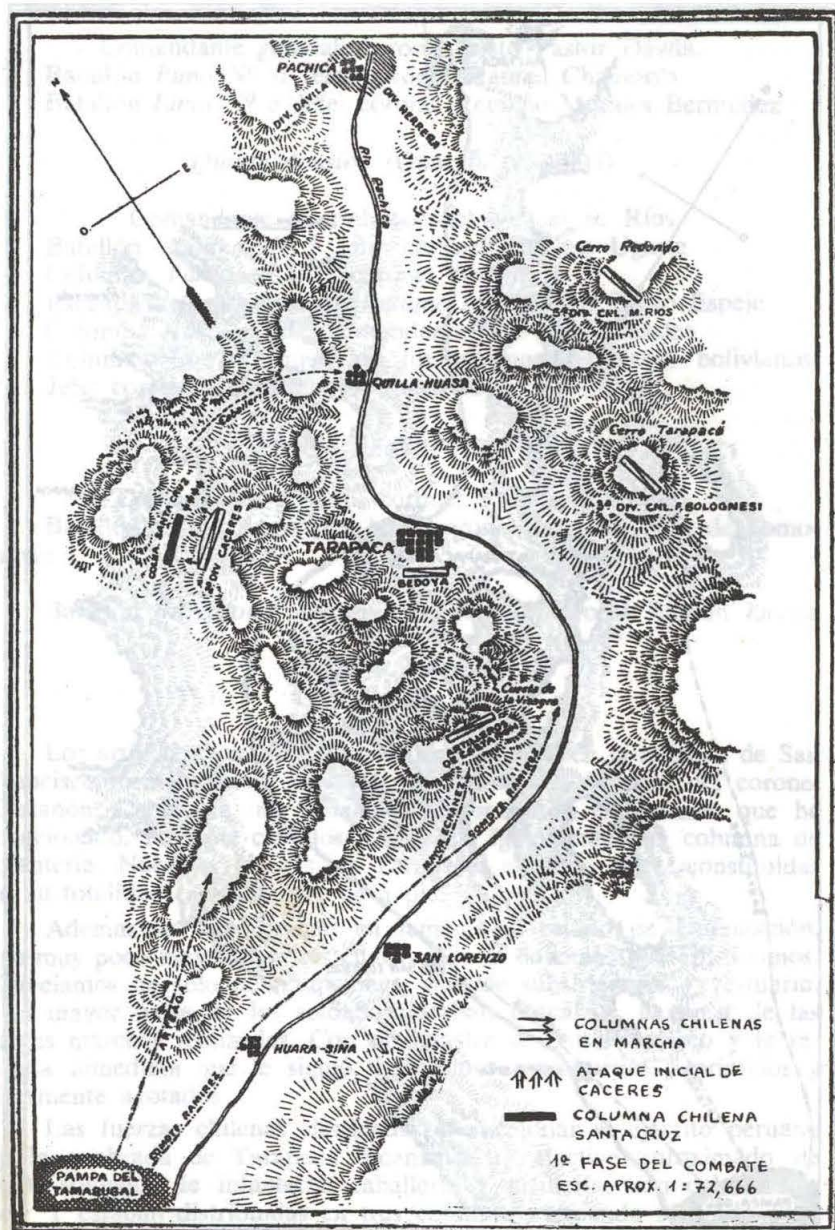
LA BATALLA DE TARAPACA (27 de noviembre de 1879)



CROQUIS Nº 2

Batalla de Tarapacá, 27 de noviembre de 1879.

Situación hacia las 8 a.m.



CROQUIS Nº 3
Batalla de Tarapacá
Situación hacia las 9 a.m.

Habiéndose incorporado, el 26, la esperada 5a. división del coronel Ríos, debíamos partir para Arica el 27 por la mañana, siguiendo la dirección de la quebrada hacia Pachica.

La segunda división de mi mando estaba alojada en la parte occidental del pueblo, próxima a la pendiente de ese lado de la quebrada. Hacia las ocho de la mañana encontrábame ya a caballo disponiendo la marcha de mi división, y los soldados comían su parco rancho, consistente en una ración de "mote" (maíz cocido) y "charqui".

En tales circunstancias vino corriendo uno de mis oficiales a darme el inesperado aviso de que fuerzas enemigas avanzaban, casi al borde de la quebrada, por las alturas oeste que dominan al pueblo. No habiéndose instalado el servicio de seguridad, no existía en torno un solo centinela que diera oportunamente la voz de alarma.

Cerciorado al punto del avance de la columna enemiga, y comprendiendo lo difícil de la situación, consideré de mi deber actuar por mi propia cuenta, sin esperar orden alguna, pues la reciente experiencia de San Francisco me había hecho dudar a mí, como a otros jefes, de las aptitudes del mando en jefe. Decidí, pues, ir al encuentro del adversario que bordeando la quebrada, estaría pronto a la altura del pueblo y se nos echaría encima.

Y a dicho efecto, ordené inmediatamente el fraccionamiento del batallón Zepita en tres columnas, de dos compañías cada una:

La de la derecha —primera y segunda compañías— bajo el mando del comandante Zubiaga; la del centro — 5a. y 6a. — a órdenes del mayor Pardo Figueroa, y la de la izquierda — 3a. y 4a. — al mando del mayor Arguedas; debiendo ganar la altura sin hacer fuego hasta haber llegado a la meseta. Mandé enseguida al comandante Recavarren, jefe de estado mayor de mi división, para que indicase al coronel Manuel Suárez, comandante del 2 de Mayo, distribuir sus fuerzas en igual forma que las del Zepita, y avanzar a retaguardia, escalonándolas hacia la izquierda.

Mis bravos del Zepita y del 2 de Mayo treparon todo lo rápidamente que fue posible la fragosa cuesta. La columna enemiga continuaba en tanto su marcha "procesional" en dirección a Quillahuasa; mas, al divisar nuestros batallones en la pendiente, hubo de dar presurosamente media vuelta, para combatir en seguida con frente invertido.

Cuando nuestras tropas alcanzaban la arista de la pendiente, la artillería contraria embocó sus tiros contra ellas, para barrear su acceso a la meseta y precipitarlas hacia el fondo de la quebrada. Pero pudo más la irresistible impulsión hacia adelante de los nuestros. Y una vez en la altipampa mandé desplegar en guerrilla, y seguidamente avanzar sobre el enemigo y romper el fuego a unos 150 metros de distancia.

Los chilenos, ya desplegados en línea de batalla, nos recibieron con una granizada de balas, causándonos cuantiosas bajas; pero no pudiendo frenar el empuje del Zepita comenzaron a ceder. Ordené entonces que la columna de la derecha cargase a la bayoneta contra la artillería enemiga, carga que ejecutó brillantemente, destrozándola y apoderándose de las cuatro piezas asentadas casi al borde de la quebrada. Las otras dos columnas del centro y de la izquierda, juntamente con las del 2 de Mayo, arremeten contra la infantería, que, tras animada lucha, empieza a replegarse convirtiendo hacia la izquierda para descambiar su frente; y ante nuestra reiterada e impetuosa acometida, retrocede precipitadamente.

Reunidos luego el Zepita y el 2 de Mayo, se continuó avanzando sobre el enemigo que se batía en retirada, sosteniéndose aún de trecho en trecho, al amparo de las sinuosidades del terreno, hasta el sitio donde antes había descansado, a menos de una legua de distancia, y en donde quedaban todavía vestigios de su parada. El sol caía ya a plomo sobre la pardusca pampa.

En ese mismo lugar se encontró una mula ensillada con montura de mujer, seguramente de alguna de las cantineras chilenas. La bestia fue alcanzada por uno de mis ayudantes que, cambiándole de silla, me la ofreció para cabalgar, pues mi caballo, herido en el combate, estaba inutilizado. Oportuno ofrecimiento que fue muy de mi agrado, y la mula me prestó muy buenos servicios.

Fue sangriento este primer combate; y nuestras pérdidas de consideración. Allí cayeron el valeroso coronel Manuel Suárez, jefe del 2 de Mayo, y los no menos valientes comandante Zubiaga y mayor Pardo Figueroa. También mi hermano Juan cayó mortalmente herido.

No fue ya posible continuar más adelante. Mis tropas se hallaban sumamente fatigadas, y sentíase también el efecto de las bajas sufridas. Mi división estaba casi diezmada. Todo lo cual me decidió a detener el avance y retroceder para ocupar una posición más favorable, recibir refuerzos y no desconectarme de las demás tropas.

En estas circunstancias se presentó el general Buendía, acompañado del teniente coronel Roque Sáenz Peña, que fue más tarde presidente de la república Argentina, y díjome: "Aquí me tiene usted, mi coronel..." El general Buendía no olvidaba la proposición que hice acerca de él, el mismo día de nuestra llegada a Tarapacá, en la junta de guerra, impelido por un sincero sentimiento de deber frente al enemigo y tras el desastre de San Francisco. Respondíle que me holgaba mucho su presencia, y aprovechaba la oportunidad para solicitarle refuerzos, en vista de las considerables bajas que habían sufrido mis tropas. Retiróse el comandante en jefe, asegurándome que ordenaría de inmediato el regreso de las divisiones acantonadas en Pachica.

Durante el repliegue vino también el coronel Belisario Suárez, jefe de estado mayor; me felicitó por el éxito inicial de la jornada, e insistí ante él en el pronto envío de refuerzos, pues, en mi concepto, tendríamos que continuar allí la lucha con los chilenos, que seguramente acudirían con el grueso de sus fuerzas. Suárez fue de la misma opinión, y bajó inmediatamente a la quebrada. Momentos después regresó y díjome que el coronel Moreno no quería obedecerle, a lo que le repliqué: "Péguele usted un tiro y tómese la tropa..." Suárez volvió a bajar a la quebrada. En el interín mandé recoger a los heridos, entre los cuales estaba mi hermano Juan, que expiró luego en mis brazos.

Poco después, el coronel Suárez en persona conducía en mi apoyo la quinta división Ríos.

El combate había durado cerca de tres horas, habiendo sido rechazada también, contemporáneamente, otra columna enemiga que atacó por el lado de la quebrada, acción en la cual había tomado parte sobresaliente la quinta división, que vino luego a reforzar la mía.

No había transcurrido aún una hora de estar en mi nueva posición, cuando a eso de la una de la tarde vi, como ya lo presumía, aparecer de nuevo en línea al adversario, fuertemente reforzado. Ordené entonces el avance a "paso de carga" de mis tropas; y comenzó un segundo combate con un violento fuego de fusilería, durante el cual bregóse con varia fortuna hasta que los chilenos fueron constreñidos al retroceso, dejando dos cañones más en poder del 2 de Mayo.

Pero luego tornaron las tropas enemigas al empeño, animadas por sus oficiales, desarrollándose entonces una lucha frontal en toda la línea. Compelido el adversario varias veces a perder terreno, rehacíanse otras tantas con porfiada tenacidad. A nosotros se nos agotaban, en tanto, las municiones, debilitando con ello el vigor del ataque. La suerte de la refriega andaba aún indecisa.

En tal situación vi aparecer por mi derecha y a retaguardia un escuadrón chileno que en esos momentos llegaba al campo de combate y que, lanzándose contra el ala derecha, cayó sobre las columnas Loa y Navales, las cuales sin tiempo para formar el "cuadro", estuvieron a punto de ser acuchilladas; pero se le enfrentó rápidamente el batallón Iquique, del coronel Alfonso Ugarte, y con un nutrido fuego de fusilería detuvo al escuadrón enemigo y le compelió a volver rindas.

Sin embargo, esta carga de la caballería chilena comunicó nuevos bríos a su infantería y comenzó la lucha con creciente encono. Mas, tras corta alternativa, vióse forzado el adversario a retroceder, combatiendo.

Mediaba ya la tarde y la situación para nosotros tornábase también difícil.

Las tropas estaban agotadas por tan repetidos esfuerzos, y habían sufrido copiosas pérdidas. Afortunadamente llegaron a tiempo tropas de la sexta división —batallones Primero de Ayacucho, Provisional de Lima y fracciones del Arequipa— que, tras propinarle duro golpe al contendor en la quebrada, acudieron prestamente en nuestro apoyo.

Este oportuno refuerzo me permitió combinar la presión frontal con un vigoroso ataque desbordante por la izquierda del contrario que, desconcertando su orden de combate, le empujó hacia el sur, hasta la altura de San Lorenzo. Esta acción intensamente reñida decidióse, al fin, en nuestro favor.

Abandonaba ya el enemigo sus últimas posiciones, cuando llegó —hacia las cuatro y media de la tarde— la división Dávila de Pachica y avanzó resueltamente sobre su flanco izquierdo haciéndole descargas cerradas de fusilería. Y luego, ante una robusta y ulterior acometida en amplio frente, con todas las fuerzas disponibles, fue desbaratado el adversario, el cual huyó a la desbandada, por las pampas de Isluga, y abandonando sus dos últimos cañones, que mandé entregar al artillero mayor Carrera, ordenándole los empleara contra el chileno en fuga.

Sobre las cinco y media de la tarde quedaba terminada y decidida la batalla.

Iniciada la persecución, avanzamos acosando al enemigo hasta cerca del cerro Minta, donde hubimos de detenernos. Y con las postreras luces del crepúsculo contramarchamos a Tarapacá.

Así, pues, aquel día obtuvieron nuestras tropas un espléndido triunfo sobre los chilenos. Tuvimos en esta jornada unos 300 muertos y otros tantos heridos, contándose entre éstos y aquéllos considerable número de jefes y oficiales. Las pérdidas de los chilenos fueron mayores y les hicimos 61 prisioneros, entre los cuales hallábase una cantinera.

Fue importante el número de armas que cayó en nuestro poder, incluso toda su artillería de ocho cañones, los que tuvimos que enterrar en la arena, por carecer de acémilas para trasportarlos.

DE TARAPACA A ARICA

Nuestro glorioso triunfo de Tarapacá, si bien contribuyó a levantar la moral de nuestras tropas y poner a salvo el honor de nuestra bandera, no tuvo, por desgracia, poder suficiente para modificar la situación estratégica creada por el desastre de San Francisco. La condición aislada en que nos encontrábamos en el campo mismo de nuestra victoria, no fue propicia para permanecer en él más tiempo y tuvimos que reseguir la marcha en pos de la base Arica-Tacna, donde nuestra presencia era necesaria; y allá partimos la misma noche del 27 de noviembre.

Sin elementos de transporte para llevar los cañones tomados al enemigo, tuvimos que enterrarlos en la arena, según dijimos antes, con el propósito de poder utilizarlos más tarde. Sin medios ni facilidades para llevarnos los heridos, nos vimos en la penosa necesidad de dejar gran número de ellos en Tarapacá, encomendados a los sentimientos caritativos de los pobladores. Sin municiones ni víveres, sino vestuario, y hasta sin fuerzas físicas, agobiados por el hambre y la sed y soportando toda clase de privaciones y fatigas, emprendimos la marcha por la falda de la cordillera, con la amenaza constante de ver cortada nuestra retirada por las numerosas y bien provistas fuerzas del enemigo, estacionadas en San Francisco y Dolores. A esto había que agregar las dificultades que se presentaban en la marcha para el transporte de algunos heridos graves, y el gran número de hombres, mujeres y niños que seguían al ejército, temerosos de las represalias de los chilenos por la derrota sufrida en Tarapacá. Así, pues, los pocos caballos y mulas de que disponíamos iban quedando rezagados a lo largo del camino, imposibilitados para continuar la marcha.

Durante los primeros días descuidaron los chilenos nuestro seguimiento, pero cuando ya estábamos cerca de la quebrada de Camarones, mandaron su caballería para cortarnos el paso. Esta avanzó hasta Suca, y de allí regresó a Tacna, sin habernos dado alcance.

Después del largo rodeo que dimos en nuestra fatigosa marcha, en la cual empleamos veinte días, haciendo jornadas sucesivas en Pachica, Moche, Pacopilla, Zipisa, Jaina (donde encontramos algunos víveres enviados de Arica), Sotoca, Soga, Campiña, Moquella, otra vez a Camiña, Nama, Namamuta, Esquiña, Godpa (donde se pasó revista de comisario el 15 de diciembre), Chaca y Camaraca, llegamos, por fin, a Arica, el 18 de diciembre, tras haber recorrido 108 leguas.

En Arica fueron privados del mando el general Buendía y el coronel Suárez, y sometidos a juicio por orden superior.

SUCESOS OCURRIDOS DESDE NUESTRA SALIDA DE IQUIQUE HASTA NUESTRA LLEGADA A ARICA

Una vez que llegamos a Arica, nos enteramos de los sucesos ocurridos mientras nosotros marchábamos de Iquique a San Francisco y combatíamos después en Tarapacá. En Arica —según llevamos dicho— había unos 4000 peruanos, a órdenes del director supremo de la guerra, y en Tacna acantonaban cosa de 3000 bolivianos, a las órdenes del general Daza.

Ante la inesperada y alarmante comunicación telegráfica del desembarco de los chilenos en Pisagua, entrevistáronse, en Arica, los generales Prado y Daza, para considerar la situación y adoptar las medidas más oportunas, a fin de contrarrestar la acción del enemigo.

Y el 4 de noviembre, tras dilatadas conferencias, quedó definitivamente acordado el plan de ofensiva a seguir contra el ejército chileno, ya completamente desembarcado.

Conforme a dicho plan, el invasor debía ser atacado simultánea y convergentemente, por el norte por las fuerzas bolivianas del general Daza y por el sur por las del general Buendía, debiendo tomar el mando conjunto de las fuerzas aliadas el general Daza.

Este acuerdo se comunicó al general Buendía, previniéndole no comprometer la batalla hasta oportuno aviso. En un nuevo mensaje telegráfico el director supremo de la guerra ratificábale su anterior previsión y decíale que el general Daza con sus tropas estaría el 16 en Tacna.

En efecto, Daza salió de Tacna a la cabeza de su ejército, fuerte de unos 3000 soldados, el 8 de noviembre. Detúvose en Arica tres días, y dejando en esta plaza las piezas de artillería que puso a su disposición Prado, llevóse sólo el escuadrón peruano de Albarracín, y en la mañana del 11 prosiguió su marcha hacia el sur. A medio día del 14 llegó a la quebrada de Camarones, donde permaneció dos días y tuvo allí —según dicen— una entrevista con un agente boliviano al servicio de Chile, quién le disuadió a continuar su marcha. Lo cierto es que Daza ordenó a sus tropas contramarchar a Arica, produciendo una gran indignación y descontento en ellas.

Al atardecer del 16, su ejército emprendía la vuelta a Arica, dejando al de Buendía ya cerca del enemigo, posesionado éste de Dolores. Daza quedóse todavía en Camarones y luego, acompañado de algunos jefes, sus ayudantes y una pequeña escolta, encaminóse a Tacna, y el 20, enterado del desastroso desenlace de San Francisco, regresó a Arica.

Antes del amanecer del 19, recibió Buendía la ingrata nueva del regreso de Daza de Camarones, noticia que no pudo conservarse en secreto por indiscreción del individuo que la comunicó. Y ya al mediar la mañana del día de la batalla comenzó a propagarse en las filas, sembrando el desánimo y desmoralización en las tropas, y siendo, por ende, una de las causas principales del desastre.

Daza para exculparse, dijo en Arica que no pudo seguir adelante por la desmoralización de sus tropas; pero no hubo tal desmoralización en éstas, que, por el contrario, eran buenas y disciplinadas, y su intervención en San Francisco hubiera inclinado el éxito en nuestro favor.

El general Prado permaneció en Arica hasta el 26 de noviembre, en que se embarcó dirigiéndose al Callao, y dejando el ejército peruano al mando del contralmirante Lizardo Montero, a quien nombró jefe superior político y militar del sur.

Una vez llegado a Lima (30 de noviembre) reasumió sus funciones presidenciales, el 2 de diciembre, ejerciéndolas hasta el 18 del

propio mes en que se dirigió al Callao y embarcó para Panamá, dejando expedido un decreto por el cual delegaba sus poderes en el vicepresidente general La Puerta.

Esta resolución de Prado, que sin duda la inspiraban razones patrióticas, fue al punto considerada en el ambiente político interesado como una verdadera fuga. Y, propalada diligentemente como tal, exacerbó las pasiones populares. Días más tarde la prensa limeña publicaba una carta-circular del propio general Prado enviada de Guayaquil en la que explicaba que su viaje a Europa obedecía al propósito de adquirir algunos buques blindados; pero que no modificó la ya formada opinión pública en su contra.

El 21 de diciembre de 1879, pronuncióse en Lima un batallón a favor de Piérola y sostuvo un combate con las fuerzas leales; poco después, Piérola en persona atacaba el palacio de gobierno con otro batallón, del cual era jefe, sin lograr tomarlo. Por la noche, y al frente de los dos batallones, se dirigió al Callao, donde apoyado por uno de los cuerpos de tropa de la guarnición se apoderó del arsenal, quedando dueño de la población.

El 22 se reunieron los notables de Lima y aconsejaron al general La Puerta que abandonara el poder, sin dar lugar a mayor efusión de sangre. La Puerta, acatando este consejo, dejó la presidencia. Entonces, los jefes y oficiales de la guarnición de Lima, resolvieron ponerse a las órdenes de Piérola, y éste se proclamó en seguida jefe supremo de la nación (23 de diciembre).

El contralmirante Montero, en nombre del ejército del sur, reconoció al nuevo gobierno y se dedicó empeñosamente a la organización de sus fuerzas, pidiendo al dictador los elementos necesarios. Pero éste no hizo caso de sus peticiones; al contrario, dejó al ejército del sur abandonado a su propia suerte, y luego lo dividió.

Mientras ocurría en el Perú tal cambio de gobierno y el establecimiento de la dictadura, en Bolivia sucedían acontecimientos análogos.

Cuando se tuvo noticia en La Paz del desastre de San Francisco y del comportamiento del general Daza, huyó el gobierno provisional establecido en la república del Altiplano, dejando el poder al alcalde de la ciudad. Este convocó a los vecinos notables a una reunión, en la cual se protestó de la dictadura y de la conducta de Daza.

Daza supo lo ocurrido y trató a todo trance de ir con las tropas a sus órdenes a Bolivia, abandonando la causa de la alianza.

Con este objeto se trasladó a Arica y el 1º de enero se entrevistó con Montero, para proponer a éste un plan de operaciones engañoso y que no tenía otra finalidad que permitirle disimuladamente ir a La Paz y tomar venganza de sus enemigos.

El plan de operaciones de Daza, para batir a las fuerzas chilenas que ocupaban la comarca de Tarapacá, consistía en la acción

conjunta de los ejércitos peruano y boliviano. Para lo cual, Daza debería marchar a Bolivia, retornando por San Pedro de Atacama y acometer al enemigo por ese lado; en tanto que Montero lo haría por el lado opuesto, avanzando por Camarones y Tana. Montero le contestó que estaba conforme en aceptar su plan, siempre que fuera aprobado por Piérولا, a quien necesitaba consultar, enviándole al efecto un mensaje telegráfico ese mismo día. Satisfecho Daza del resultado de su conferencia con Montero, disponíase a regresar a Tacna, cuando supo que su ejército le había depuesto.

Efectivamente, mientras Daza se encontraba en Arica, los jefes bolivianos, encabezados por el coronel Camacho, se reunieron en Tacna y conocedores de los propósitos de Daza para abandonar la alianza con el Perú y dirigirse a Bolivia, exponiendo a su patria al desprecio y a la ruina, resolvieron deponerle. A fin de asegurar su plan, hicieron salir ese día fuera de la población al batallón Colorados, que era muy adicto al dictador, con el pretexto de que los soldados lavaran sus ropas en el río Caplina, adonde fueron con sus armas, pero sin municiones.

En seguida declaró el ejército boliviano destituido a Daza y proclamó como jefe al coronel Eleodoro Camacho, enviando un piquete de soldados para aprehender al traidor y fusilarle. Pero el contralmirante Montero salvó a Daza, mandándole a la estación del ferrocarril de Arica el telegrama que había recibido y en el cual se le comunicaban los hechos acaecidos en Tacna.

Daza, que se hallaba ya instalado en uno de los coches del tren que le conduciría a Tacna, al imponerse del mensaje telegráfico bajó del tren y luego se embarcó en un vapor que partía de Arica y se dirigió a Europa.

Cuando los Colorados regresaron a Tacna aquel día y se enteraron de lo acontecido, no tuvieron más remedio que unirse a sus compañeros y aceptar la revolución.

Por aquellos mismos días, había estallado también una nueva revolución en La Paz, que terminó con la proclamación del general Narciso Campero, como presidente de Bolivia.

Y cuando se supo allí el pronunciamiento de Tacna, todos se adhirieron a él y declararon por boca de Campero, que Bolivia permanecía firme en su alianza con nuestro país.

CAMPAÑA DE TACNA

EXPEDICION A ITE

Mientras se realizaban los sucesos revolucionarios en Tacna, nos llegó a Arica, el 1º de enero de 1880, la alarmante noticia del desembarco de tropas enemigas verificado en Ilo, el día anterior, así como haberse avistado barcos chilenos en la caleta de Ite. Con este

motivo cambiáronse varias comunicaciones entre los altos mandos aliados y se acordó enviar una expedición a Ite, con objeto de vigilar aquel punto del litoral.

Dicha expedición debía componerse de una división peruana y otra boliviana, que habían de reunirse en Tacna y partir inmediatamente hacia la caleta indicada. Al segundo día, 2 de enero, se encontraba ya lista la división Canevaro para tomar el tren que conduce a Tacna, cuando el contralmirante Montero recibió un telegrama del mando boliviano, en el cual se pedía fuera nombrado yo como jefe de tal expedición. Montero me llamó para comunicarme lo que ocurría, diciéndome: "Los bolivianos piden que usted mande la expedición; le felicito por esa deferencia singular de nuestros aliados hacia usted; aliste sus tropas para que se pongan en seguida en marcha".

Al día siguiente estaba yo en Tacna con mi división y me ponía de acuerdo con el coronel Castro Pinto, jefe de la división boliviana. Esta división se componía de tres batallones de infantería, una batería de cuatro piezas mandada por el comandante Pando, y un escuadrón de caballería a órdenes del comandante López. Estas fuerzas, unidas a las mías, compuestas del batallón Zepita, reorganizado, y el Cazadores del Misti, formaron el cuerpo expedicionario que marchó a mis órdenes.

El mismo día 31, por la tarde salimos de Tacna y marchando durante la noche, con cortos altos para atenuar la fatiga que ocasiona el asfixiante calor de aquellos arenales, llegamos a Sama, y en una jornada más, el 5, a la caleta de Ite, horas después de haber sido bombardeada, algunos minutos, por un barco enemigo, que ya se había retirado.

Procedimos en seguida a recorrer la costa, observando los puntos por donde podían desembarcar los chilenos y tomando las medidas más apropiadas. El señor Artieda, propietario de una gran hacienda en el valle, nos prestó en esta oportunidad su valiosa cooperación.

Permanecimos allí en activa vigilancia dos semanas, resueltos a cumplir la misión que se nos había confiado, cuando recibí un telegrama del general Montero, ordenándome regresar con las tropas a Tacna. Conocida esta orden por el coronel Castro Pinto y demás jefes bolivianos, manifestaron gran desagrado para cumplirla, por el peligro que envolvía abandonar la caleta, dejando el campo libre para el desembarco del enemigo. Reunidos en junta los jefes, acordamos observar la orden.

En estas circunstancias presentáronse dos buques de guerra enemigos, que recorrían la costa con el ostensible objeto de elegir puntos convenientes para el desembarco. Montero me reiteró la orden de regreso, la cual, a instancias de los jefes bolivianos, volví a observar, haciéndole notar la presencia de los buques enemigos. Entonces re-

cibí una última y terminante orden de regresar a Tacna sin pérdida de tiempo, orden que hube de cumplir sin dilación alguna, pese al gran disgusto de los jefes bolivianos, que aún pretendían desobedecerla y quedarse con sus tropas para defender el sector que se nos había encomendado. Pero habiéndoles hecho algunas reflexiones acerca de la obediencia y disciplina, y lo ineficaces que serían sus esfuerzos para la defensa, conseguí que cedieran y emprendiesen la marcha de regreso a Tacna. Yo pasé a Arica a dar cuenta de la expedición.

Entre tanto, la tropa enemiga desembarcada en Ilo (algo más de un batallón) el 31 de diciembre, había penetrado por tren hasta Moquegua, sin encontrar ninguna resistencia, porque las fuerzas que guarnecían la población habíanse ya retirado. Los chilenos permanecieron algunas horas en la ciudad y luego retornaron a Ilo y reembarcaron en el mismo buque transporte, que zarpó en seguida rumbo a Pisagua.

Mas, a los pocos días de nuestra llegada al cuartel general, se recibió la noticia de la presencia en Ilo y caletas próximas de un extenso convoy de buques transportes escoltados por barcos de guerra, y de los aprestos que se hacían para el desembarco del ejército chileno, embarcado en Pisagua.

Efectivamente, después de varios reconocimientos a lo largo de la costa los chilenos desembarcaron sin ser molestados, pues la guarnición que allí existía había sido trasladada con anterioridad a Moquegua. El desembarco se llevó a cabo entre el 25 de febrero y los primeros días de marzo, lapso en que se encontraba en tierra todo el ejército chileno de operaciones, fuerte de unos 15,000 hombres, número que fue luego aumentado con la sucesiva incorporación de nuevas unidades.

BATALLA DE LOS ANGELES. CONCENTRACION DEL EJERCITO ALIADO EN TACNA

Posesionado el enemigo del puerto de Ilo, permaneció allí varios días, sin determinarse a avanzar al interior, y limitándose a practicar frecuentes reconocimientos hacia Moquegua. Después avanzó sobre esta ciudad una fuerte división a órdenes del general Baquedano, obligando a la primera división del segundo Ejército del Sur, mandada por el coronel Andrés Gamarra, a replegarse hacia la cuesta de Los Angeles, donde fue derrotada el 22 de marzo. Con lo cual quedaron los chilenos dueños de la región comprendida entre Moquegua, Ilo e Ite; interceptando así la comunicación entre Tacna y Arequipa, donde se encontraba el resto de las tropas integrantes del precitado segundo Ejército del Sur.

En la primera quincena de abril comenzó a mover Baquedano su ejército de Moquegua-Ilo-Ite hacia el valle del Sama, ocupando sucesivamente Locumba y demás pueblos de aquella región.

Por nuestra parte, nos trasladamos de Arica a Tacna, tanto para efectuar la concentración de las tropas aliadas, cuanto para salvar al ejército del flagelo de las enfermedades que lo acosaban en el insalubre valle de Azapa y que ocasionó más de mil bajas en nuestras tropas. Esta operación terminó ocupando los peruanos la ciudad de Tacna y las tropas bolivianas las aldeas de Pocollay y Pachía, cercanas a Tacna.

En Arica dejó el contralmirante Montero dos divisiones, la séptima y la octava, cuyos jefes eran Inclán y Alfonso Ugarte, confiando el mando superior de ellas al coronel Bolognesi, gobernador militar de la plaza.

Concentrado el ejército aliado en Tacna, el general Montero asumió el mando en jefe, poniéndose el coronel Camacho a sus órdenes. Al comienzo reinó la más completa armonía entre ambos jefes; pero más tarde sufrió una seria alteración al tratarse de la discusión del plan de operaciones, del cual hablaremos luego. Tal situación sólo pudo remediarse con la llegada del general Campero a Tacna, el 19 de abril por la noche. Antes de su salida de La Paz había enviado a Tacna una división de 800 hombres. Campero tomó inmediatamente su puesto de general en jefe del ejército aliado que, según lo convenido, le correspondía en su calidad de presidente de Bolivia. Y desde entonces quedó restablecida la armonía y la unidad en el mando.

NUEVA COMPOSICION DEL EJERCITO DE TARAPACA EN TACNA

Desde el día en que Montero se hizo cargo del Ejército del Sur, emprendió la tarea de su reorganización, introduciendo en él diversas y oportunas modificaciones.

El ejército de Tarapacá que llegó a Arica con sus divisiones en cuadro, experimentó una nueva organización. El batallón Puno se refundió en el Lima Nº 8, teniendo como jefe al coronel Remigio Morales Bermúdez; el 2 de Mayo fue refundida en el Zepita, del cual era yo el jefe; el Cazadores de la Guardia tomó el nombre de Cazadores del Cuzco, a órdenes del comandante Fajardo; el Ayacucho recibió el nombre de Pisagua; el Provisional de Lima y la Guardia Civil de Iquique formaron un solo batallón, denominado Tarapacá, bajo el mando del teniente coronel Ramón Zavala; el batallón Iquique se formó de las columnas cívicas de Iquique y los gendarmes de Tarapacá a órdenes del coronel Raimundo de la Flor; los artilleros fueron distribuidos en distintas baterías. Cada batallón tenía más o menos 400 plazas, y algunos cerca de 600. El Zepita tenía 578.

Así adquirió el ejército vencedor de Tarapacá una nueva composición, que vino a completar la reorganización total del Ejército del Sur. Pero, más tarde, este ejército, en vez de ser reforzado como

lo exigía la situación militar, fue dividido por el dictador* (decreto de 31 de enero de 1880) en un primer Ejército del Sur, a órdenes de Montero, e integrado sólo por las tropas de la región Arica-Tacna, y un segundo Ejército del Sur, constituido con las fuerzas que se alistaban en Arequipa y las ya organizadas en Moquegua, que se hallaban expeditas para trasladarse a Tacna y formar la décima división del Ejército del Sur.

Montero entrevió al punto el peligro que significaba la inoportuna disposición del dictador, y envió una extensa y bien fundamentada nota al secretario de guerra solicitando la reconsideración de tal decreto; pero el dictador no le prestó la menor atención.

El dictatorial decreto, restringiéndole su autoridad de mando militar y eliminando su jurisdicción política, dejaba a Montero en una situación por demás incómoda y desairada. A pesar de ello, impúsose su patriotismo, y, lejos de presentar su renuncia, continuó Montero en el ejercicio del mando superior del primer Ejército del Sur, y acatando todas las órdenes del dictador.

"ORDEN DE BATALLA" DEL EJERCITO ALIADO EN VISPERAS DE LA BATALLA DE TACNA:

General en jefe: general Narciso Campero
Ejército peruano primer Ejército del Sur

Comandante en jefe: contralmirante Lizardo Montero
Jefe del estado mayor general: coronel Manuel Velarde

Primera división

Comandante general: coronel Justo Pastor Dávila

Batallón Lima Nº 8. Jefe: coronel Remigio Morales Bermúdez

Batallón Cazadores del Cuzco. Jefe: coronel Quintanilla

Segunda división

Comandante general: coronel Andrés A. Cáceres

Batallón Zepita. Jefe: comandante Llosa

Batallón Cazadores del Misti. Jefe: coronel Luna

Tercera división

Comandante general: coronel Belisario Suárez

Batallón Pisagua. Jefe: coronel A. Suárez

Batallón Arica. Jefe: comandante Mac Lean

* Nicolás de Piérola. N.E.

Cuarta división

Comandante general: coronel Jacinto Mendoza

Batallón Victoria. Jefe: coronel Godines

Batallón Huáscar. Jefe: coronel Barriga

Quinta división

Comandante general: Coronel Alejandro Herrera

Batallón Ayacucho. Jefe: coronel Ruiz de Somocursio

Batallón Arequipa. Jefe: coronel Iraola

Sexta división

Comandante general: coronel César Canevaro

Batallón Lima. Jefe: coronel Díaz

Batallón Cazadores del Rímac. Jefe: coronel Fajardo

División del Solar

(Sin numeración en el "Orden de Batalla" y constituida de pequeñas columnas procedentes en su mayoría de Tacna y cuyo efectivo apenas llegaba a unos 250 hombres).

Artillería

Jefe: coronel Arnaldo Panizo

Material: 10 cañones, unos rayados y otros de ánima lisa, de diverso sistema y 2 ametralladoras.

Caballería

Jefe: coronel Méndez

Escuadrón Húsares de Junín. Jefe: coronel Salcedo

Escuadrón Guías. Jefe: coronel Nieto

Escuadrón Flanqueadores de Tacna. Jefe: coronel Albarracín

Escuadrón Gendarmes

El primer Ejército del Sur no había recibido ninguna tropa de refuerzo; en cambio, experimentado considerables bajas, durante su estacionamiento en el malsano valle de Azapa. De modo que su efectivo, ya bastante disminuido, ascendía a lo sumo a 5,800 hombres.

El ejército boliviano, que había podido engrosar sus filas con nuevas fuerzas venidas del Altiplano, tenía un efectivo de cerca de 4,200 hombres y, sobre poco más o menos, la composición siguiente:

Comandante en jefe: coronel Eleodoro Camacho

Primera división

Jefe: coronel Miguel Castro Pinto

Batallón primero Alianza (Colorados)

Batallón tercero Loa

Batallón cuarto Aroma (Amarillos)

Segunda división

Jefe: Coronel Severino Zapata

Batallón segundo Sucre

Batallón quinto Viedma

Batallón sexto Padilla

Tercera división

Jefe: Coronel Claudio Acosta

Batallón sétimo Tarija

Batallón octavo Chorolque

Batallón noveno Grau

Legión Boliviana (denominada también división Vanguardia)

Jefe: coronel Juan Saravia

Batallón Murillo

Batallón Vanguardia de Cochabamba

Batallón libres del Sur

El efectivo de cada uno de estos batallones de la legión constaba de 150 a 170 hombres.

División de Reserva:

Organizada con unidades extraídas de otras divisiones. Jefe: coronel Ildefonso Murguía.

Artillería

Jefe: coronel Adolfo Flores

Material: 6 cañones Krupp y 4 ametralladoras

Caballería

Escuadrón Coraceros
Escuadrón Húsares

Y además, y no endivisionada, una columna de Zapadores

PLAN DE OPERACIONES DE LOS ALIADOS

Mientras avanzaban los chilenos hacia Locumba, el mando en jefe del ejército de la alianza, concentrado en Tacna e inmediaciones, no decidía aún el plan que debía adoptar definitivamente. En los primeros días de abril, el coronel Camacho expuso a Montero su parecer respecto al plan de operaciones que había de adoptarse. Camacho proponía que el ejército aliado dejase Tacna y se trasladara a Sama, para batir sucesivamente a las fuerzas enemigas que irían llegando por escalones. De esta manera —afirmaba— se ganarían varias ventajas, tales como establecer una cooperación más eficaz e inmediata entre el ejército aliado del sur y el peruano de Arequipa; la de aprovechar los recursos de la región del Sama para la subsistencia del ejército, con lo cual no se abandonaría la defensa de Tacna, y además, en caso de un descalabro, se tendría libre la retirada hacia Bolivia. Pero Montero no aceptó el plan de Camacho, exponiendo que tenía órdenes precisas de Piérola para mantenerse a la defensiva en la región Tacna-Arica.

Los jefes peruanos apoyamos a Montero. Por mi parte, hice algunas observaciones referentes a que no debíamos establecer la defensa inmediatamente al norte de Tacna, sino tomar posiciones de flanco, hacia el costado derecho, por la quebrada del Diablo. En cambio, todos los jefes bolivianos eran partidarios del plan de Camacho, menos el coronel Castro Pinto. En vista de esta divergencia de opiniones, nombróse una comisión de jefes peruanos y bolivianos para reconocer el valle y examinar sus condiciones defensivas.

Por esta causa las relaciones entre los comandantes en jefe aliados se hacían cada vez más tirantes y estaban a punto de llegar a una ruptura, pero salvó la crisis felizmente, la oportuna llegada del general Campero, a que aludí anteriormente, impidiendo a la vez que Camacho marchara a Sama con sólo el ejército boliviano, como lo tenía resuelto.

El plan de Camacho —uno de los jefes más capaces del ejército de la alianza— era indudablemente bueno, pues prometía la perspectiva de poder batir en detalle al ejército chileno; y me habría adherido a él de no haber tenido en cuenta el reducido efectivo de nuestras fuerzas para una operación de tal alcance, dado que ya no podíamos contar con las tropas de Moquegua que inicialmente de-

bían pasar a engrosar el ejército del Sur, antes de ser éste seccionado por el desacertado decreto del dictador y, además, hallarme perfectamente al corriente de la deficiencia de nuestros medios de transporte, como se lo manifesté oportunamente a Montero, lo cual pudo luego comprobarse.

Campero nombró jefe de estado mayor del ejército aliado al general Juan José Pérez y resolvió ejecutar un ensayo práctico, poniendo en marcha todo el ejército hacia el valle del Sama. Pero desde el primer momento se notó lo difícil que era semejante marcha, por la escasez de medios de transporte, y se aplazó hasta que pudieran conseguirse.

El 2 de mayo se puso al fin en movimiento el ejército, internándose en el desierto y acampando a unos siete kilómetros al noreste de la ciudad, en las alturas de Intiorco. Allí permanecimos dos días y regresamos después a Tacna. Pero viendo Campero que no era posible el avance hacia Sama, hacia donde progresaba el enemigo, ni tampoco instalar la defensa en la misma ciudad de Tacna, resolvió establecerla definitivamente en las referidas lomas de Intiorco, al cual campamento se denominó desde entonces Campamento del Alto de la Alianza.

Entre tanto, avanzaban los chilenos de Locumba hacia Sama, por una parte, y desembarcaban en Ite, por otra, ocupando la región Las Yaras Buenavista, sobre el río Sama.

BATALLA DE TACNA

Así, pues, quedó de hecho establecido nuestro campamento en el ya llamado Alto de la Alianza. Y en el mismo se constituyó el dispositivo de defensa.

Instalóse, desde luego, y en primer término, el servicio de seguridad, nombrándose al efecto una gran guardia que debía vigilar constantemente la Quebrada Honda, que era la ruta probable por donde vendría el enemigo. En el servicio de avanzadas alternaban las divisiones peruanas y bolivianas, habiéndome tocado a mí tres veces desempeñarlo.

Los chilenos marchaban efectivamente de Sama hacia Quebrada Honda, saqueando todas las localidades por donde pasaban, como lo hicieron con la hacienda de Artieda, que nos proporcionó eficaz ayuda en la expedición a Ite, y en la cual hacienda rompieron los toneles y depósitos de vino, haciendo correr éste por el suelo, después de saciarse de él.

El alto mando aliado tuvo noticias de la llegada de los chilenos a Quebrada Honda, así como sobre el volumen de sus fuerzas, que sobrepasó en mucho nuestros cálculos, gracias a los datos obtenidos

de unos arrieros al servicio de los chilenos, y que fueron capturados por una patrulla de nuestra gran guardia, la antevíspera de la batalla.

INTENTO DE SORPRESA EN LA QUEBRADA HONDA

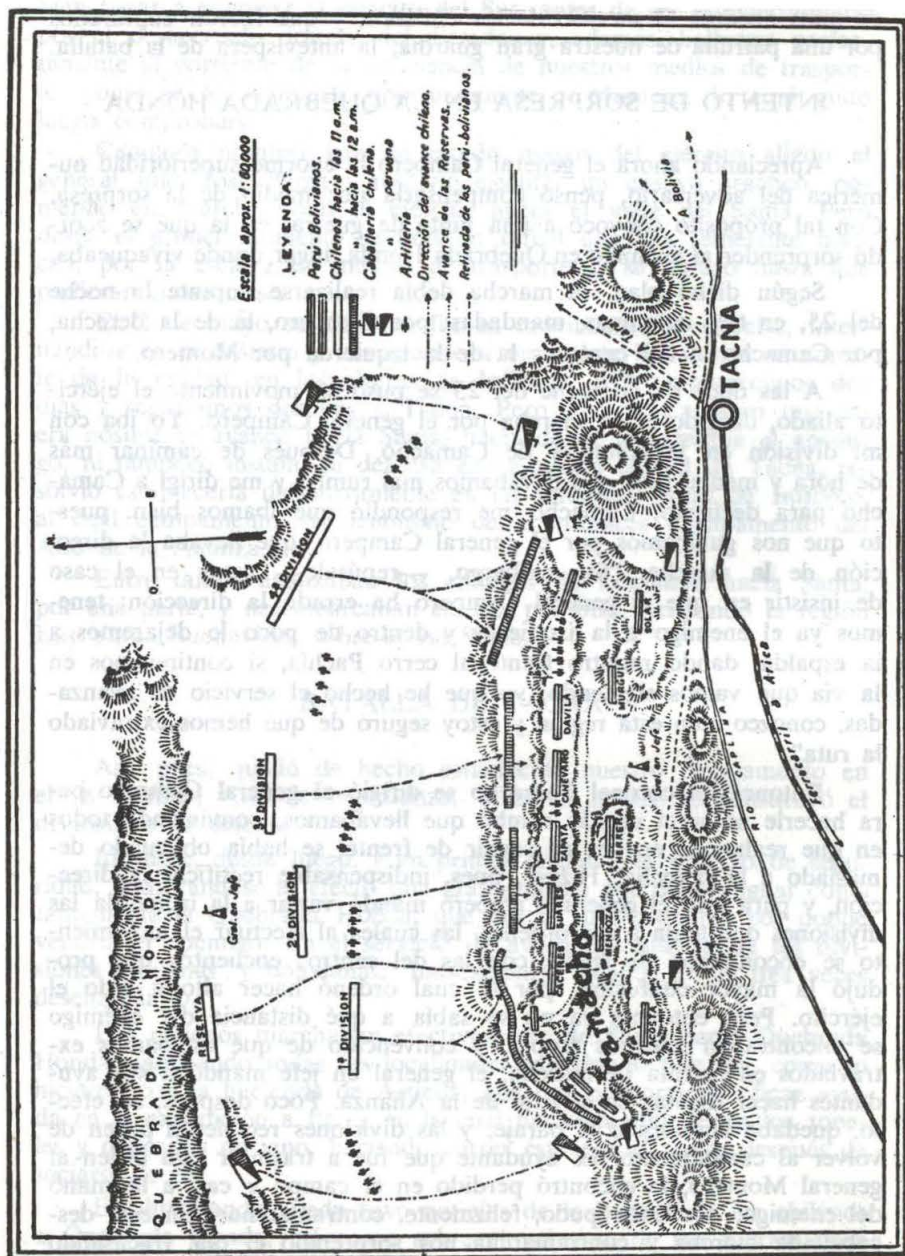
Apreciando ahora el general Campero la enorme superioridad numérica del adversario, pensó compensarla por medio de la sorpresa. Con tal propósito convocó a una junta de guerra, en la que se acordó sorprender al enemigo en Quebrada Honda, lugar donde vivaqueaba.

Según dicho plan, la marcha debía realizarse durante la noche del 25, en tres columnas, mandadas: por Campero, la de la derecha, por Camacho la del centro y la de la izquierda por Montero.

A las doce de la noche del 25 se puso en movimiento el ejército aliado, dirigido en la marcha por el general Campero. Yo iba con mi división en la columna de Camacho. Después de caminar más de hora y media, noté que llevábamos mal rumbo y me dirigí a Camacho para decírselo. Camacho me respondió que íbamos bien, puesto que nos guiábamos por el general Campero, que llevaba la dirección de la marcha. "Sin embargo, —repúsele— estoy en el caso de insistir en que el general Campero ha errado la dirección; tenemos ya el enemigo a la izquierda y dentro de poco le dejaremos a la espalda, dando nuestro frente al cerro Pachía, si continuamos en la vía que vamos siguiendo; yo que he hecho el servicio de avanzadas, conozco bien esta región y estoy seguro de que hemos extraviado la ruta".

Entonces el coronel Camacho se dirigió al general Campero para hacerle notar el errado rumbo que llevábamos, conviniendo todos en que realmente en vez de seguir de frente, se había oblicuado demasiado a la derecha. Hízose, pues, indispensable rectificar la dirección, y para esto el general Campero mandó variar a la izquierda las divisiones que tenía a sus órdenes, las cuales al efectuar el movimiento se encontraron de frente con las del centro; encuentro que produjo la mayor confusión, por la cual ordenó hacer alto a todo el ejército. Pero entonces ya no se sabía a qué distancia del enemigo se encontraban nuestras tropas; y convencido de que estábamos extraviados en la ruta de marcha, el general en jefe mandó a sus ayudantes hacer fogatas en el Alto de la Alianza. Poco después, en efecto, quedaba alumbrado el paraje, y las divisiones recibieron orden de volver al campamento. El ayudante que fue a transmitir esta orden al general Montero, le encontró perdido en el campo y casi a la mano del enemigo, de donde pudo, felizmente, contramarchar. En esta descabellada marcha y contramarcha nos sorprendió el día, fracasando así la intentada sorpresa en la Quebrada Honda.

(26 de mayo de 1880)



CROQUIS N° 6
La batalla de Tacna, 26 de mayo de 1880.

Los chilenos, entre tanto, habían pasado una noche de descanso en quebrada Honda, y muy de mañana levantaron su vivac para emprender luego su marcha de avance y tomar sus disposiciones de combate. Nosotros, en cambio, apenas tuvimos tiempo para ocupar nuestras posiciones en el Alto de la Alianza, que habíamos abandonado durante la noche.

Al instalarse la línea de defensa aliada, el general Campero ordenó algunas modificaciones en la composición de las divisiones bolivianas.

Nuestro dispositivo de defensa quedó dividido en tres sectores:

El de la derecha (ala derecha) mandada por el contralmirante Montero, con la primera y sexta divisiones peruanas de Dávila y Canevaro, respectivamente, y parte de la tercera división boliviana.

El del centro, a órdenes del coronel Castro Pinto, con la primera división de su mando y el resto de la tercera división boliviana del coronel Acosta.

El de la izquierda (ala izquierda), bajo el mando del coronel Camacho, con la tercera división del coronel Suárez y la segunda que era la mía.

La artillería —para la cual habíase construido ligeras obras de campaña “reductos”— estaba distribuida en la siguiente forma: 6 cañones y 2 ametralladoras en el ala derecha; 2 cañones y 4 ametralladoras en el centro, repartidos a ambos costados y en sendos reductos, y las piezas restantes, 8, en el ala izquierda.

La caballería, dividida en dos grupos, detrás de las alas.

Como reservas de sector, teníamos cuatro divisiones: dos peruanas: la cuarta Mendoza y la quinta Herrera, y dos bolivianas: la segunda Zapata y la del coronel Murguía, situadas a retaguardia de la primera línea, que abarcaba una extensión lineal de unos dos y medio kilómetros.

De esta manera quedaba constituida nuestra disposición de defensa con los escasos 10,000 hombres de que constaba el ejército aliado y que debía hacer frente al ejército chileno, fuerte de 16,000 soldados y 60 piezas de artillería.

Serían las ocho de la mañana del 26 de mayo, cuando despejada ya la camanchaca que cubría hasta entonces el campo, vimos aparecer al enemigo, que avanzaba en ancho frente, en tres líneas de columna escalonadas, siendo la más adelantada y de mayor volumen por sus efectivos la columna de ataque que se dirigía sobre nuestra izquierda.

A eso de las nueve, la artillería del ala derecha chilena, que se encontraba como a 2,000 metros de nuestra izquierda, rompió el fuego, que fue inmediatamente contestado por nuestras baterías, entablándose así un duelo entre ambas artillerías que duró cerca de dos horas. El fuego artillero enemigo no produjo efecto material de im-

portancia en nuestras filas, pero facilitó el avance de las otras dos columnas hostiles que alcanzaron a ponerse a conveniente altura de la primera.

El fuego de la artillería hízose luego intermitente, hasta cesar casi por completo. Alrededor de las 11 de la mañana, los chilenos, desplegadas ya sus tropas, movíanse hacia adelante, en amplio ataque frontal.

Del ala derecha, la más adelantada, avanzaron sus guerrillas dirigiéndose contra nuestra izquierda. Al punto salieron a su encuentro fuerzas de mi división, y trabóse un reñido combate, en el cual hicieron retroceder los nuestros a los chilenos. Reforzados éstos, recrudesció la brega cobrando mayor intensidad una vez que los nuestros recibieron también refuerzos.

Al propio tiempo, empeñábase la lucha en casi toda la línea, sosteniéndose tenazmente los aliados, sin ceder un paso. Pero el foco de la refriega se localizó en el ala izquierda, a la cual trataban afanosamente de desbordar los chilenos. En estos momentos, el coronel Camacho ordenó cambiar de posición a la artillería e hizo entrar a la cuarta división peruana (Mendoza) de reserva, a ocupar el claro dejado por aquella; asimismo ordenó que la segunda división boliviana (Zapata) igualmente de reserva, fuera en apoyo del flanco amenazado, prolongando la extrema izquierda, para eludir su desbordamiento por el enemigo, lo cual fue realizado formando el tradicional "martillo".

La lucha prosiguió intensa por más de una hora y Camacho pidió refuerzos que el general en jefe se los envió sucesivamente extra-yéndolos del resto del frente. La reserva del centro, quinta división peruana (Herrera) acudió a reforzar la división Acosta, del propio centro, que se hallaba asaz comprometida. Poco después, los batallones Colorados y Aroma, de la reserva del ala derecha (coronel Murguía), llegaron jadeantes y terciaron briosamente en la contienda. Su intervención proporcionó eficaz apoyo a la división Acosta, y nuestra ala izquierda no sólo se sostuvo firmemente sino que lanzó su recio contraataque inmediato obligando a retroceder a los asaltantes y a emplear luego, como sostén, su caballería, cuya carga si bien contuvo el empuje del ala izquierda, no pudo, en cambio, romper los "cuadros", rápidamente formados de nuestra infantería.

El general Campero, desde su puesto de mando, instalado hacia el centro de la línea de batalla e inmediatamente detrás de ella, seguía atento todas las incidencias de la lucha, impartiendo oportunas órdenes y trasladándose personalmente, cuando era necesario, a los diversos sectores del frente; siendo activamente secundado por el jefe de estado mayor, general Pérez, que fue mortalmente herido en el combate.

La situación del ala izquierda cambiaba, pues, como acaba de verse, a nuestro favor; y el coronel Camacho, queriendo aprovechar esta circunstancia, ordenó un contraataque de conjunto, el cual se inició, saliendo fuera de la línea, con el avance de mi división, la de Suárez y la de Castro Pinto (del centro). Apenas había adelantado yo unos cien metros a la cabeza de mis batallones Zepita y Misti, cuando perdí el caballo. Mi ayudante, capitán Lazúrtgui, me dio el suyo que también quedó pronto inutilizado. Mi segundo jefe, comandante Llosa, al avanzar sobre el enemigo, recibió un balazo en el pecho, que le mató instantáneamente; su caballo sintiéndose sin jinete, partió a la carrera, pero fue luego alcanzado por uno de los oficiales; al tiempo de poner el pie en el estribo, fue arrancado éste por una bala y hube de montar por el lado opuesto. De los ayudantes que me acompañaban cayeron los capitanes Chacón y Cabello. El abanderado, teniente Padilla, cayó haciendo flamear la bandera en medio de la lucha, y ordené al teniente Castellanos que recogiera la insignia del Zepita.

Nuestro contraataque seguía, en tanto, pertinaz. Los Colorados rivalizaban con nuestros bravos del Zepita, y la refriega tornábase cada vez más enconada. Aliados y chilenos acometíanse furiosamente, haciendo extraordinarias proezas. Con todo, nuestro decidido empuje adelantaba; pero nos faltaban refuerzos para cubrir las bajas y sostener la impulsión del contraataque; refuerzos que ya no era posible obtener, porque todas las reservas estaban empeñadas en la línea del combate.

El enemigo, fuertemente reforzado, volvía, en tanto, al ataque. La lucha era tremenda. El fuego que se nos dirigía de todas partes diezmaba mi división y la de Suárez, y hubo momentos en que estuvimos en un tris de ser completamente envueltos, pues el resto de la línea no había acompañado nuestro avance, por hallarse también combatiendo duramente en sus propias posiciones. Varios jefes habían ya caído en la porfiada lid, muertos o heridos; y a poco fue también herido el valeroso coronel Camacho, comandante general del centro. El general en jefe, que no perdía detalle en la conducción de la batalla, ordenó al instante al coronel Ramón Gonzáles sustituirle.

Ya enormemente abrumados por la superioridad de fuerzas y prepotencia de fuego del adversario, recibimos orden de retroceder. Retroceso que se llevó a cabo sin precipitación alguna cubriéndolo el Zepita, que a cada paso veía aclarar más y más sus filas, quedando al fin reducido a menos de cien hombres. Había perdido el 80 por ciento de su efectivo; pero se retiró del campo reteniendo su bandera.

El resto de la línea, atacado también vigorosamente, vióse arrojado de sus posiciones, pronunciándose entonces la derrota. Serían como las tres de la tarde.

Dueños los chilenos del campo, acabaron bárbara y despiadadamente con todos los soldados del Zepita que se encontraban heridos.

diciéndoles al ultimarlos: Toma Tarapacá... en represalia de la derrota que les inflingieron los zepitas en aquella memorable jornada.

LA RETIRADA

En la retirada con los restos de mi división llegué a la entrada del camino que desciende a Tacna, procurando reunir a los dispersos que podía alrededor de la bandera. De trecho en trecho hacía clavar ésta en alguna eminencia, ordenando al corneta tocar reunión. Por allí encontré a los generales Campero y Montero, que se retiraban, y les manifesté la conveniencia de que dictaran algunas medidas para la reunión de las tropas aliadas, que todavía se podían reorganizar. Montero me respondió que todo estaba perdido y que no había nada que hacer. A pesar de esto, me quedé en aquel sitio, alentando a mis compañeros que también se esforzaban en juntar a los dispersos. Indiqué al coronel José Latorre que bajara a la ciudad, adonde había llegado ya Montero, y le dijese que pusiera a mi disposición el escuadrón Gendarmes, para cerrar el paso a los dispersos y poder efectuar, reunidos, la retirada en orden. El general Montero dijo a Latorre que ya había ordenado que fuesen todos a Tarata. Así que continué mi marcha a dicho pueblo.

En Tarata convocó Montero a los jefes allí presentes, para tratar de la marcha que debía realizarse hacia Puno y Arequipa con las fuerzas reunidas en ese lugar.

En la junta, que la presidió, la invoqué la obligación que tenía, como comandante en jefe, de no abandonar la parte del ejército que se hallaba en Arica, a la que podíamos proteger con las fuerzas reunidas en Tarata. Respondió Montero que él había dado ya la orden para que se retirasen aquellas tropas, y que, por consiguiente, sería inútil cualquiera otra medida. En seguida se resolvió la marcha hacia Puno.

Con la batalla de Tacna terminó la campaña de este nombre, pues, como se ha dicho, fue ya imposible la reorganización del primer Ejército del Sur.

Y en cuanto al segundo Ejército del Sur, al mando de Leiva, que pudo cooperar favorablemente en la jornada de Tacna y contribuir al éxito de nuestras armas, pues nuestra inferioridad numérica fue la causa esencial de la derrota, no se dio la necesaria prisa. Solo el 28, dos días después de la batalla, llegó a Locumba, y cuando podía aún caer sobre el enemigo victorioso, pero fatigado de la lucha, contramarchó tranquilamente. Los bolivianos fuéronse a su país y la alianza que después de rota por la traición de Daza, pudo mantenerla el general Campero, se había deshecho nueva y definitivamente.

En esta cruenta batalla fue muy crecida la mortandad por ambos lados, y esto dará la medida de los esfuerzos desplegados en ella.

Los aliados perdimos cosa de 2,500 hombres entre muertos y heridos, o sea un tercio del efectivo total.

Peruanos y bolivianos superáronse en decisión y valor, y en el campo de batalla quedaron valientes jefes y oficiales, caídos juntos en defensa de su patria y su bandera. Y entre los cuerpos de tropa distinguieronse los famosos batallones Zepita (peruano) y Colorados (boliviano) que rivalizando en bravura, escribieron una nueva página de heroísmo en sus gloriosas tradiciones.

DE TARATA A PUNO

Después de una estancia de dos días en Tarata, donde escasearon las subsistencias y solo tuvimos choclos para comer, emprendimos la marcha hacia Puno. El día de la partida se nos dio a cada uno de los jefes y oficiales una peseta boliviana o "chaucha", a cuenta de nuestros haberes. En la tarde de aquel mismo día llegamos a un paraje de la cordillera donde el frío era intensísimo. Y, con el hambre atrazado que llevábamos, nos vino muy bien una sabrosa comida de carne de llama.

Al día siguiente continuamos la marcha, y antes de llegar a Puno recibió el general Montero orden del dictador para entregar el mando de las fuerzas al coronel Dávila. Cumplimentada dicha orden, quedamos libres la mayor parte de los jefes. Montero se adelantó a Puno, para seguir luego a Lima.

Yo, acompañado de mis ayudantes Lecca, Lazúrtegui y Castellanos, continué viaje a Puno. Detúveme primeramente en Juli, donde el cura-párroco, doctor Arroyo, amigo mío, me recibió con singulares muestras de afecto. Me tomé dos días de descanso, durante los cuales fui muy bien atendido por mi viejo amigo.

En seguida pasé a Puno, alojándome en casa de la familia Calle, donde fui igualmente agasajado. De allí me dirigí a Arequipa, siendo recibido por la familia Llosa, y compartiendo con ella el dolor que la embargaba a causa de la muerte del comandante Llosa, caído heroicamente en la batalla de Tacna.

En Arequipa conseguí que el prefecto me proporcionase pasajes de tren para mí y mis ayudantes, y retorné a Puno con el propósito de continuar viaje a Lima, siguiendo el itinerario Cuzco-Ayacucho.

DE PUNO A LIMA

Mi viaje de Puno a Lima, por los pueblos de las serranías sureñas, fue una serie de cordiales manifestaciones.

En Sicuani ofrecieronme sus moradores alistar gente y formar un nuevo batallón Zepita, pues estaban orgullosos del renombre que había adquirido este cuerpo de tropa, no solo en el propio ejército sino también en el paisanaje e incluso entre los mismos enemigos.

En el Cuzco me esperaba el prefecto y mis amigos. En el trayecto hacia dicha ciudad y a un lado del camino real está situada la hermosa hacienda del señor José A. Astete, distinguido caballero cuzqueño, quien salió a mi encuentro y me brindó hospedaje en su casa, y en la cual, a instancias suyas, permanecí dos días.

La habitación en que fui alojado ostentaba un aspecto señorial (de otros tiempos) por su lujo, elegancia y refinado gusto en la distribución y acomodo de los muebles y demás objetos.

El almuerzo y la cena, exquisitos, servidos en una bien provista y arreglada mesa. Aparte la finísima cristalería y porcelana, el servicio de café era de oro puro. A la vista de tan espléndido juego díjele al dueño: "Señor Astete: este servicio de oro en los actuales tiempos corre peligro... "Sí —repúsome—; pero sale muy pocas veces, a la presencia de un hombre patriota como usted; después permanecerá bajo tierra."

Cuando recibí un mensaje del prefecto del Cuzco, señor Jiménez, comuniqué mi partida al señor Astete, agradeciéndole las atenciones con que me había obsequiado en su casa. Al estrecharle la mano despidiéndome díjome: "Los servidores de la nación, tras las peripecias sufridas quedan siempre sin recursos; llévese usted estos reales —alcanzándome cien pesos— para los gastos de viaje". Al aceptar su oportuno ofrecimiento y disponerme a firmar un recibo, añadió: "No, mi amigo: usted me los mandará cuando pueda; entre caballeros no se acostumbra recibos."

Despedido tan amablemente por el señor Astete, continué mi marcha a la ciudad del Cuzco, en cuyas afueras me esperaba ya el prefecto con numerosa comitiva y gente del pueblo.

También sabían en el Cuzco la actuación valerosa del batallón Zepita, integrado en su mayoría por soldados cuzqueños, y me ofrecieron igualmente los amigos allegar gente y constituir otro batallón del mismo nombre; singulares demostraciones que halagaban muy de veras mi patriotismo.

Salí del Cuzco con numeroso acompañamiento y seguí viaje a Lima, recibiendo siempre de los pueblos por donde pasaba muestras de espontánea simpatía. por la bizarra conducta del Zepita, el cual después de combatir victoriosamente en Tarapacá, quedó en esqueleto en la batalla del Campo de la Alianza.

CAMPAÑA DE LIMA

PRELIMINARES

Con la batalla y derrota de Tacna quedó terminada, prácticamente, nuestra alianza con Bolivia, pues desde entonces no volvieron a intervenir tropas bolivianas en la cotienda con Chile, la cual fue sostenida sola y únicamente por el Perú.

Cuando después de aquella acción de armas nos retiramos con los restos del ejército a Tarata, propuse —según lo he expresado ya anteriormente en la junta de jefes que allí se efectuó— ir en socorro de Bolognesi, cuya situación de aislamiento y abandono en la plaza de Arica no podía ser más comprometida. Montero manifestó que dicho jefe tenía ya orden de evacuar la plaza y que, por tanto, procedería en conformidad con ella.

Poco después, mientras yo emprendía viaje por tierra con dirección a Lima, pasando por Puno y Cuzco, ocurrió el asalto y toma de Arica por los chilenos victoriosos en el Campo de la Alianza, realizándose entonces, el 7 de junio de 1880, la heroica defensa de la plaza por el integérrimo Bolognesi y su glorioso sacrificio.

Con la toma de Arica, quedaron en poder del invasor los territorios del sur objeto de sus ambiciones conquistadoras, y entonces se movieron los resortes diplomáticos encaminados a poner término a la guerra.

Cohibido Chile por tal circunstancia para acometer operaciones militares en gran escala, recurrió a uno de los medios más infames, cual fue el de lanzar una expedición vandálica (de “merodeo”), al mando del entonces capitán de navío Patricio Lynch, a lo largo de la costa peruana, con el fin de aterrorizar a las poblaciones del litoral. Dicha expedición salía del puerto de Arica el 4 de setiembre.

El gobierno de los Estados Unidos intervino amistosamente, por medio de sus representantes diplomáticos acreditados en los tres estados beligerantes, y se celebraron las tituladas *Conferencias de Paz de Arica*, a bordo de la Corbeta *Lackawanna*. Pero estas conferencias (iniciadas el 22 de octubre y terminadas el 27 del propio mes) no dieron ningún resultado en el sentido que se perseguía. Y la guerra siguió su curso entre el Perú y Chile.

Persuadidos los chilenos de que no bastaban sus victorias hasta entonces obtenidas para doblegar el ánimo de los peruanos y obligarlos a aceptar una paz humillante con desmembración del territorio nacional, comenzaron a llevar a cabo grandes preparativos para emprender la campaña sobre Lima.

Mientras así se preparaban, sostenían por una parte el bloqueo del Callao, y por otra, la expedición Lynch continuaba su abyecta tarea de devastación y pillaje en las poblaciones del norte del Perú.

Durante el bloqueo del Callao, comenzado en la primera decena de abril de 1880, los buques chilenos cuidaron siempre de permanecer fuera del alcance de las baterías del puerto, cerca de la isla de San Lorenzo, procurando cambiar de fondeadero durante las noches, a fin de evitar sorpresas y la acción de los torpedos que pudieran lanzar los peruanos.

La *Unión* y el *Atahualpa* y todos los demás pequeños transportes que aún quedaban de la marina peruana, se mantenían en la ba-

hía, al abrigo de las baterías de tierra; y solo de cuando en cuando algunas lanchas de vapor, armadas, emprendían la salida y cambiaban algunos tiros con los buques bloqueadores.

Los barcos de guerra neutrales anclaban a unas tres millas al norte de la bahía.

Las incursiones de las lanchas torpederas eran frecuentes entre uno y otro bando, sobre todo en la noche; y las descargas de fusil y ametralladoras eran la señal de algún encuentro.

Uno de éstos ocurrió el 25 de mayo entre la lancha *Independencia* a órdenes del teniente Gálvez, y dos chilenas. En el preciso momento en que la peruana era abordada por la *Janequeo*, el teniente Gálvez lanzó el torpedo, que conducía en su lancha, sobre la enemiga, y fuéronse a pique las dos barcasas con sus tripulantes. Afortunadamente pudo salvarse Gálvez, aunque hartó maltrecho.

Más tarde, el 3 de julio, fue destruido el *Loa*, a siete millas al norte del Callao. El *Loa* hacía un reconocimiento al norte de la bahía donde encontró una lancha con velas izadas y cargada de víveres, la cual fue inmediatamente apresada. Entre los víveres había un cajón que llevaba un artefacto ingeniosamente dispuesto, de modo que al ser descargado debía reventar. Efectivamente, izado este bulto y transportado al buque enemigo, produjo una tremenda explosión, que lo echó a pique, muriendo muchos tripulantes y siendo salvados los demás por los botes de los buques neutrales que presenciaron el hecho.

La *Covadonga*, que bloqueaba Chancay, corrió la misma suerte (13 de setiembre) del *Loa*, por la acción de otro mecanismo de explosión.

Estos hechos indujeron a la escuadra chilena a tomar venganza pidiendo se le entregaran la *Unión* y el *Rímac*, y amenazando bombardear Chorrillos y Ancón, en caso contrario. A la negativa de los peruanos el *Cochrane* bombardeó Chorrillos, el 22 de setiembre; pero este buque tuvo que retirarse ante los fuegos de los cañones emplazados en el Morro, alguna de cuyas bombas lograron alcanzarlo. El 23, practicaba igual operación el *Blanco Encalada*, bombardeando Ancón y destruyendo e incendiando las casas de este pueblo y la *Pilcomayo* bombardeó Chancay.

MI LLEGADA A LIMA

Precisamente por estos días había llegado yo a Lima, ansioso de seguir prestando mis servicios a la patria, y de contribuir en lo que me fuera posible a la defensa de la capital, lo cual, a la sazón, se estaba preparando. El dictador, señor de Piérola, enterado de mi llegada, me hizo llamar, por conducto del jefe de estado mayor, general Pedro Silva, a quién habíame ya presentado oportunamente.

El jefe supremo, a cuyo despacho acudí sin demora, me manifestó estar acordado mi nombramiento como comandante general de la división acantonada en Huaral, la cual, después de completada su organización, debía encargarse de impedir el desembarco del ejército enemigo en la bahía de Ancón.

La seguridad con que el señor de Piérola emitiera este concepto, que disentía del que yo me había formado apreciando la situación militar, me indujo a expresarle sin ambages que no consideraba probable que el enemigo proyectase ninguna operación ofensiva por ese lado. Y, en cambio, todo indicaba que la emprendería por el sur, porque así contaría, en primer término, con la inmediata cooperación de su escuadra con sus fuerzas terrestres. Por consiguiente, no era presumible que el alto mando chileno pretendiese atacar Lima, avanzando desde Ancón. El dictador me replicó que tenía informes seguros y precisos sobre los planes del enemigo de atacar Lima por Ancón, agregando “y es necesario vigilar ese puerto”.

No obstante esta terminante orden, convencido del grave peligro a que estaba expuesta la capital, me permití insinuar al señor de Piérola la necesidad de preparar la defensa por el lado sur de Lima, ampliando las razones que me asistían para ello y solicitándole poner a mis órdenes las fuerzas de ese sector, a las que agregaría las de la división, cuyo mando acababa de confiarme. Con esas tropas juzgaba yo poder contener dilatoriamente al enemigo, a fin de retrasar su avance, mientras el grueso del ejército marchaba a su encuentro, o se preparaba en debida forma la defensa. Pero el dictador díjome entonces que había ya dispuesto lo conveniente para tal objeto, y nombrado al coronel Sevilla para “vigilar toda la zona sur”. Y concluyó diciéndome: “Por lo demás, coronel, tengo mi *Plan* ya trazado... “Pero las fuerzas del coronel Sevilla resultaron insuficientes, y luego fueron sorprendidas y desbaratadas en el Manzano (27 de diciembre).

Acatando las órdenes del generalísimo, marché a ponerme al frente de mi división. Y, desde el momento de mi llegada a Huaral, me dediqué a la organización y adiestramiento de las tropas; logrando, en los cuatro meses de mi permanencia en aquel lugar, ponerlas en aceptables condiciones de combate.

Mi corta estancia en la capital, a raíz de mi llegada del sur, dióme la oportunidad de poder apreciar de *visu* la desorientación en que se hallaban los altos jefes con mando y el estado mayor, a causa de algunas extrañas disposiciones del dictador. El señor de Piérola, a los pocos días de establecida su dictadura, nombró comandante en jefe del ejército del centro al veterano y competente general Fermín del Castillo; pero cuando éste solicitó instrucciones para ocupar su puesto, el dictador soslayó su petición y luego le dio de baja. Y es que el jefe supremo no conformándose con el ejercicio civil del estado, había tomado también para sí la conducción de las operaciones militares

centralizando de éste modo en su persona el poder político y el mando militar directo, con una autoridad absoluta, omnimoda e ilimitada.

Oficiales de carrera eran sustituidos por individuos sin preparación militar ninguna, pero sí muy adictos al supremo jefe, quien les otorgaba grados militares "temporales" o "provisionales". Muchos jefes quedaron sueltos, pasando algunos, y de elevada jerarquía, a integrar el séquito del generalísimo; como meros ayudantes de campo. Crecido número de jefes y oficiales profesionales trataron en vano de incorporarse al ejército con empleos inferiores a su grado y, más tarde, desencadenada ya la ofensiva enemiga, pelearon, fusil en mano, como simples soldados rasos.

ESTADO DE LA DEFENSA DE LIMA

Del primer Ejército del Sur, después de la batalla de Tacna, no quedaban más que algunos batallones de reducido efectivo, cuya traslación a Lima hacía laboriosamente. El ejército de línea había, pues, desaparecido casi por completo.

Las fuerzas que se organizaron para la defensa de la capital estaban compuestas de entusiastas voluntarios; pero faltos de instrucción militar. Los pocos batallones de línea existentes fueron reorganizados y luego entremezclados con unidades novatas, y sustituyendo sus antiguos oficiales de carrera por oficiales improvisados, menguando con ello su consistencia combativa.

Desplegando gran actividad pudo el dictador reunir para la defensa de la capital un ejército de unos 20,000 hombres, de las tres armas. Casi la mitad de este ejército se componía de indios, sin ningún adiestramiento militar, y la otra mitad, de las antiguas tropas regulares que aún quedaban y de contingentes llegados de diversos puntos de la república, en virtud de un decreto del dictador llamando bajo banderas a todos los ciudadanos capaces de llevar las armas.

En cuanto a armamento, se logró, no obstante el bloqueo del Callao, adquirir algunos miles de fusiles y apreciable cantidad de municiones, y se emprendió asimismo la fabricación de cañones. Pero considerable número de fusiles ofrecían el defecto de ser de distinto sistema y, más que todo, de calibre diferente, lo que dio lugar a una gran confusión en el municionamiento.

Todas las fuerzas fueron distribuidas al comienzo en tres ejércitos, denominados del Centro, del Norte y de Lima. El jefe del ejército del Centro era el general Vargas Machuca, y yo fui nombrado como comandante general de la quinta división de dicho ejército, acantonada en Huaral.

El segundo Ejército del Sur (con un efectivo de cerca de 5000 hombres) que contaba con buen número de tropas regulares y guarnecía Arequipa, recibió, por decreto dictatorial, la denominación de Ejército de Arequipa.

LOS CHILENOS INICIAN LA CAMPAÑA

Habían transcurrido cerca de tres meses desde las conferencias de Arica, en las que fracasaron las negociaciones de paz, y durante este tiempo se ocupó Chile activamente de aumentar y reorganizar su ejército, armarlo y equiparlo para emprender en seguida la campaña sobre la capital del Perú, cuya posesión consideraba indispensable para imponer la paz.

Con tal fin preparó todos los buques de su escuadra e hizo acopio de los transportes necesarios para trasladar la parte mejor y más numerosa de su ejército hacia las playas cercanas a Lima.

Y, en efecto, hacia la segunda quincena de noviembre, se presentaba en la bahía de Paracas, al sur de Pisco, el primer convoy enemigo conduciendo una fuerte división de las tres armas, seguida pocos días después de otra menos numerosa.

Desde entonces ya nadie dudaba de que los chilenos pretendían atacar Lima por el sur, lo cual se confirmó días después con el avance por tierra de las tropas desembarcadas en Pisco, las cuales atravesaron la provincia de Cañete, cometiendo todo género de atropellos.

Mientras estas fuerzas marchaban por tierra, el grueso del ejército enemigo se embarcaba en Arica en los buques de su escuadra y transportes requeridos, y en número de más de 26,000 hombres se aproximaba a las costas de Lima. El 22 de diciembre llegaba ese ejército a la rada de Curayacu, cerca de Lurín, donde desembarcó, empleando varios días en esta operación, sin que nadie se lo impidiera.

Este mismo día recibí una urgentísima orden para trasladarme a Lima, y sin dilación alguna púseme en marcha con mis tropas hacia la capital. Aquí pude enterarme de que ante la presencia de los chilenos en Curayacu, se preparaba aceleradamente la organización de la defensa de Lima por el lado sur, por donde se veía seriamente amenazada.

Se trataba, pues, nada menos que de un verdadero cambio de frente en la defensa, y el desconcierto que reinaba con tal motivo en el mando supremo era realmente desconsolador. En tales circunstancias, el dictador expidió un decreto refundiendo los dos ejércitos del norte y del centro en uno solo, llamado Ejército de Línea (que de tal solo tenía el nombre) y que constaría de cuatro cuerpos de ejército.

Como lo había previsto y expresado oportunamente al dictador, los chilenos preparaban el ataque a Lima por el sur, y habían marchado tranquilamente por tierra desde Pisco y desembarcado, por último, el grueso de sus fuerzas, a las puertas de la capital, sin impedimento alguno.

Si en vez de esperar inerte y pasivamente el ataque enemigo, hubiera habido un poco de iniciativa y más conciencia de responsabi-

dad en nuestro supremo mando, seguramente se habría evitado tanta desgracia.

Decretada la nueva agrupación de las tropas, se formaron los cuatro cuerpos de ejército I, II, III y IV, nombrándose para mandarlos a los coroneles Miguel Iglesias, Belisario Suárez, Justo Pastor Dávila y a mí, respectivamente. Se sustrajeron de mi mando las tropas de Huaral, que había instruido y preparado (lo que me disgustó sobremanera, pues constituía, en mi concepto, una medida muy desacertada de parte del mando supremo) para que pasaran a integrar el cuerpo de ejército de Iglesias. Se me designaron para formar el IV cuerpo de ejército, del que había sido nombrado jefe, tres divisiones acantonadas en distintos lugares: Surco, Chorrillos y Pacayar, a cuyo personal de jefes y oficiales no conocía en su mayoría, ordenándome que me pusiera al frente de ellas inmediatamente y fuera a ocupar las alturas de San Juan, donde debía permanecer hasta que se me dieran nuevas órdenes.

Declinando ya la tarde del día en que se me dio la precipitada orden, me encaminé hacia los diversos acantonamientos de las nuevas divisiones del cuerpo de ejército de mi mando, para concentrarlas en San Juan. Durante toda la noche me ocupé en esta laboriosa tarea de ir a cada uno de los acantonamientos y, tras hacerme reconocer, dar las correspondientes órdenes para la reunión en San Juan, vigilando personalmente la marcha. De esta suerte pude conseguir que al día siguiente se encontraran en ese lugar todas las tropas que integraban el IV cuerpo de ejército.

No obstante haber recibido únicamente la orden de trasladarme a San Juan y aguardar allí nuevas órdenes, mis primeros cuidados fueron estudiar las condiciones del terreno y situar mis unidades en las posiciones más convenientes para prevenir un ataque enemigo.

En esta situación, y viendo que transcurría el día sin que se me transmitiera ninguna nueva orden, resolví bajarlas al huarangal de San Juan para que descansaran y estuvieran a la sombra, pues se encontraban sumamente rendidas a causa de la forzada marcha nocturna, y además sin rancho ni agua, bajo el sofocante sol de enero. Mandé a uno de mis ayudantes al jefe de estado mayor, para que le diera a conocer el estado en que me encontraba, sin órdenes para orientar mi actitud y sin subsistencias de ningún género. El jefe de estado mayor, general Silva, en vista del informe de mi ayudante, se dirigió hacia mi campamento, ordenando antes traer el rancho para la tropa, el que llegó al anochecer. Mostróse muy complacido de las posiciones que había elegido, diciéndome que continuara en ellas a fin de que pudieran servir de base a la formación de la línea que a uno y otro lado de mis tropas, deberían completar los demás cuerpos de ejército.

FORMACION DE LA LINEA DE DEFENSA EL DICTADOR VISITA MI SECTOR

Reunidos los comandantes del cuerpo de ejército con el jefe de estado mayor, ordenó éste que yo me situara en las alturas comprendidas entre Santa Teresa, por la derecha, y las de San Juan, inclusive, por la izquierda. A mi derecha y a continuación, ocupando el Morro Solar, debían situarse las fuerzas del coronel Iglesias; a mi izquierda, entre San Juan y Monterrico Chico, las de Dávila. Suárez, con su cuerpo de ejército, debía formar la reserva general. De esta manera se constituyó una larguísima y delgada línea de defensa, en una extensión de sobre poco más o menos 14 kilómetros, dejando grandes intervalos, por donde podía pasar el enemigo sin resistencia, y sin que los cuerpos de ejército pudieran prestarse mutuo apoyo. Uno de éstos claros se dejó entre mi derecha y las tropas del Morro.

Pocos días después de instalado mi cuerpo de ejército en las posiciones ya indicadas, se presentó por primera vez el dictador en San Juan. Llevaba un vistoso uniforme y acompañábase su secretario general, capitán de navío Aurelio García y García, su séquito de generales ayudantes y dos clérigos de la vicaría castrense³.

Recorrió un corto trecho de la línea y luego hízome algunas preguntas con respecto a las posiciones que yo ocupaba. Le respondí que había dispuesto mis tropas tomando las medidas de precaución más urgentes, para cualquier eventualidad, pues de los cerros que se alzaban delante de mis posiciones había descubierto con mi anteojo no solo las avanzadas del enemigo sino también su campamento, en el área de Lurín. Sorprendido el jefe supremo me hizo entrever que dudaba de lo que oía. Entonces le invité a ir conmigo al cerro desde el cual se divisaba mejor el campamento enemigo.

Y allí nos encaminamos a pie, el dictador, su secretario y yo. Al poco rato de haber comenzado la subida, el señor García y García se sintió fatigado y manifestó que le era penoso continuar por estos sitios escarpados, a causa de la dolencia que padecía, y se quedó en el camino. Seguimos subiendo unos cuantos pasos con el dictador, quien también sintióse muy cansado y se detuvo, diciéndome que admiraba como podía yo caminar por cuestas tan escabrosas. Respondíle que mi deber me lo imponía, para enterarme, en lo posible, de la situación del enemigo y, según ello dictar las medidas más convenientes para evitar una sorpresa. Aprovechando la oportunidad pregunté al dictador si las posiciones que actualmente ocupaban los distintos cuerpos del ejército, eran las que debían formar la línea definitiva de defensa, a lo cual me respondió: "No; esta línea es provisional y hemos de rectificarla para estrechar los intervalos que se notan y que, efectivamente, son una constante amenaza para nuestras fuerzas." —"Así es — dije a mi vez—, porque se hace necesario rectificarla, pues no pode-

mos permanecer en esta situación sin correr el riesgo de que el enemigo pueda penetrar por estos sitios desgarnecidos sin encontrar ninguna resistencia." Luego, alentado por la confianza que me demostró el dictador, le solicité diera colocación en las filas al coronel Velarde que estaba conmigo, pero sin puesto. El señor de Piérola, tras manifestar su concepto desfavorable para dicho jefe, accedió, sin embargo, a mi petición, y le designó como jefe de una columna integrada por jefes y oficiales de carrera, a quienes el jefe supremo había denegado antes su incorporación en el ejército.

MODIFICACION DE LA LINEA DE DEFENSA DISPOSITIVO DEFINITIVO

A poco de esta visita del dictador a mi sector, se ordenó algunas modificaciones en la disposición de la línea de defensa, quedando establecida en la siguiente forma: El primer cuerpo de ejército, a órdenes del coronel Iglesias, secretario de guerra, constituía la derecha de la línea y ocupaba las alturas desde el Morro Solar hasta las de Santa Teresa, inclusive. En el Morro Solar habíanse asentado algunas baterías para disparar tanto hacia el sur y a la playa de Conchán, como a la bahía de Chorrillos. Este cuerpo de ejército constaba de 5,200 hombres de las mejores tropas, entre las cuales estaban incluidas los batallones que adiestré en Huaral. El centro de la línea, desde el término de las alturas de Santa Teresa y siguiendo por las colinas de San Juan hasta las proximidades de los cerros Pamplona, estaban guarnecidos por el IV cuerpo de ejército que yo mandaba y cuyas tres divisiones, a las órdenes de los coroneles Ayarza, Pereira y Lorenzo Iglesias ocupaban de derecha a izquierda las indicadas alturas. La artillería fue situada en el centro del sector, en la faja de Pereira. El total de mis tropas ascendía a 4,500 hombres. La izquierda de la línea formábala el III cuerpo de ejército, al mando del coronel Justo Pastor Dávila, compuesto de 4,300 hombres y ocupaba las alturas de Pamplona hasta cerca de Monterrico Chico. El II cuerpo de ejército, como reserva general, a órdenes del coronel Belisario Suárez y con un efectivo de 2,500 hombres, se situó a retaguardia de la línea, más o menos detrás del intervalo entre la derecha de mi sector y la izquierda del de Iglesias.

De esta manera quedó constituido definitivamente nuestro dispositivo de defensa, en mejor forma que el anterior, pero sumamente débil en todas partes, tanto por lo reducido de los efectivos en relación con el desarrollo de la línea (16,000 hombres más o menos sobre unos 14 kilómetros de frente), cuanto por su mala organización y más que todo por el sistema adoptado: el desparramado de "cordón", inusual y desacreditado desde hacía más de medio siglo.

Las obras de fortificación pasajera de campaña consistían en simples zanjas-trincheras. Los parapetos eran de arena apizonada; en algunos sitios de la extensa línea pudo construirse, como parapetos cercas de piedras superpuestas, y en otros, parapetos de sacos terreros (arena).

En la cima de algunas colinas fabricáronse pequeños y ligeros “reductos” abiertos en la gola (no “fortines”, ni mucho menos “fuer-tes”), así como algunas “baterías”, para el asentamiento de las piezas de artillería.

Como todas estas obras de tierra fueron construidas precipitadamente, quedaron la mayor parte de ellas sin terminar, así como dejáronse grandes claros expuestos, sin defensa alguna.

Las famosas “minas automáticas”, sembradas en el antecampo, y de las que esperaba mucho el dictador, engañado por los “expertos” extranjeros contratados para colocarlas —que se pasaron luego al enemigo— no produjeron ningún apreciable resultado.

En estas condiciones, pues, se iba a librar una batalla decisiva de trascendentales consecuencias militares y políticas, a las puertas de Lima, cuando pudo ser muy otra la situación, si hubiéramos salido oportunamente al encuentro del invasor, atacándole durante su lenta y desordenada operación de desembarco en Curayacu, o en el trascurso de su renqueante y desconcertada marcha de Lurín a San Juan.

RECONOCIMIENTOS

Como el ataque de los chilenos era inminente, me dediqué a recorrer el frente de mi sector, disponiendo algunas rectificaciones en la colocación de diversas unidades. Pedí luego al jefe de estado mayor que estableciera el servicio avanzado, que lamentablemente se había descuidado y era de su incumbencia, en lo cual fui atendido de inmediato. Pero las tropas designadas para tal cometido hicieron un servicio nulo, por falta de adiestramiento, como lo probó el hecho de no haberse dado cuenta de la aproximación al Morro Solar de un escuadrón de caballería enemigo que descubrí con mi catalejo, en una de mis observaciones. Dicho escuadrón después de reconocer nuestra línea retornó sin mayor prisa a su campamento.

Días después practicaron los chilenos otro reconocimiento al frente mismo de mis posiciones; dispararon algunos cañonazos y regresaron tranquilamente, a la vista del generalísimo, que presenció el hecho desde el ala derecha de mi sector, sin que dictara ninguna providencia. No pudiendo ocultar mi desagrado al ver esta impasibilidad de parte del jefe supremo, y sin facultad para proceder por propia iniciativa, me acerqué a su secretario general, señor Aurelio García y García, para expresárselo. Este me respondió: “¡Qué hacer, coronel, si el jefe supremo no ordena otra cosa!”, es decir, que no había más

que conformarse con la voluntad del dictador. Pero desde ese momento comenzó a perderse la confianza que, hasta entonces, había inspirado el señor de Piérola, pues todos los jefes censuraron su actitud.

El reconocimiento que acababa de practicar el enemigo, no dejaba duda respecto a lo que luego acontecería. Convencido de que no tardarían los chilenos en atacar, redoblé la vigilancia, rectifiqué el servicio avanzado disponiendo una cortina de guerrillas desplegadas a vanguardia y establecí una ronda permanente.

Los batallones que constituían el IV cuerpo de ejército eran los siguientes:

Lima Nº 61, Canta Nº 63, Pichincha Nº 73, Piérola Nº 85, La Mar Nº 77, Arica Nº 79, Manco Cápac Nº 81, y Ayacucho Nº 83

Y estaban desplegados en línea de batalla, la cual recorría yo de día y de noche, a fin de que estuvieran listos para repeler cualquier eventual ataque enemigo.

Poco después emprendieron los chilenos un postrer reconocimiento, llevado a cabo por una división de las tres armas, y que también fue presenciado por el dictador desde el cerro Pamplona, donde se encontraba en compañía de los generales Buendía, Vargas Machuca, Segura y Montero, que formaban su séquito de ayudantes de campo, y esta vez tampoco dictó medida alguna para oponerse al enemigo. Me permití entonces manifestar que era necesario salirle al encuentro con una división, a fin de impedirle la repetición de tales reconocimientos; pero no se me escuchó. Seguro de que a este reconocimiento seguiría el ataque, hablé nuevamente con el secretario del dictador diciéndole que, tras este reconocimiento, no se haría esperar más el ataque chileno, y luego hícele ver la conveniencia de mandar cavar una zanja de unos tres metros de ancho por otros tres de profundidad en la falda de una colina desfilada que teníamos a la vista, a nuestra izquierda, a fin de ocultar algunas tropas que podían atacar sorpresivamente y de flanco al enemigo que intentase avanzar por ese sitio y arrojarlo hacia la playa. "Me parece buena la idea" —díjome el señor García y García— y se dirigió al dictador para exponérsela, siendo aprobada por el señor de Piérola, quien ordenó al jefe de estado mayor procediese inmediatamente a dar las órdenes pertinentes para la excavación de la trinchera, pero la falta de herramientas no permitió utilizar toda la gente disponible, ni tampoco el enemigo nos dio ya tiempo para ello.

VISPERA DE LA BATALLA

La noche del 12 de enero, el coronel Lorenzo Iglesias, que estaba de jefe de día, penetró en el sector de su hermano, el secretario de guerra, para tomar una taza de té, en su compañía. Aquí se enteró

de que una de las patrullas del cuerpo de ejército de Iglesias había capturado a un soldado chileno que habíase extraviado de la ambulancia a que pertenecía.

Sometido a un interrogatorio, declaró el prisionero que el ejército enemigo se había puesto en marcha desde las cuatro de la tarde de ese día con objeto de atacarnos a la madrugada del siguiente. Dicho individuo fue remitido a la presencia del dictador.

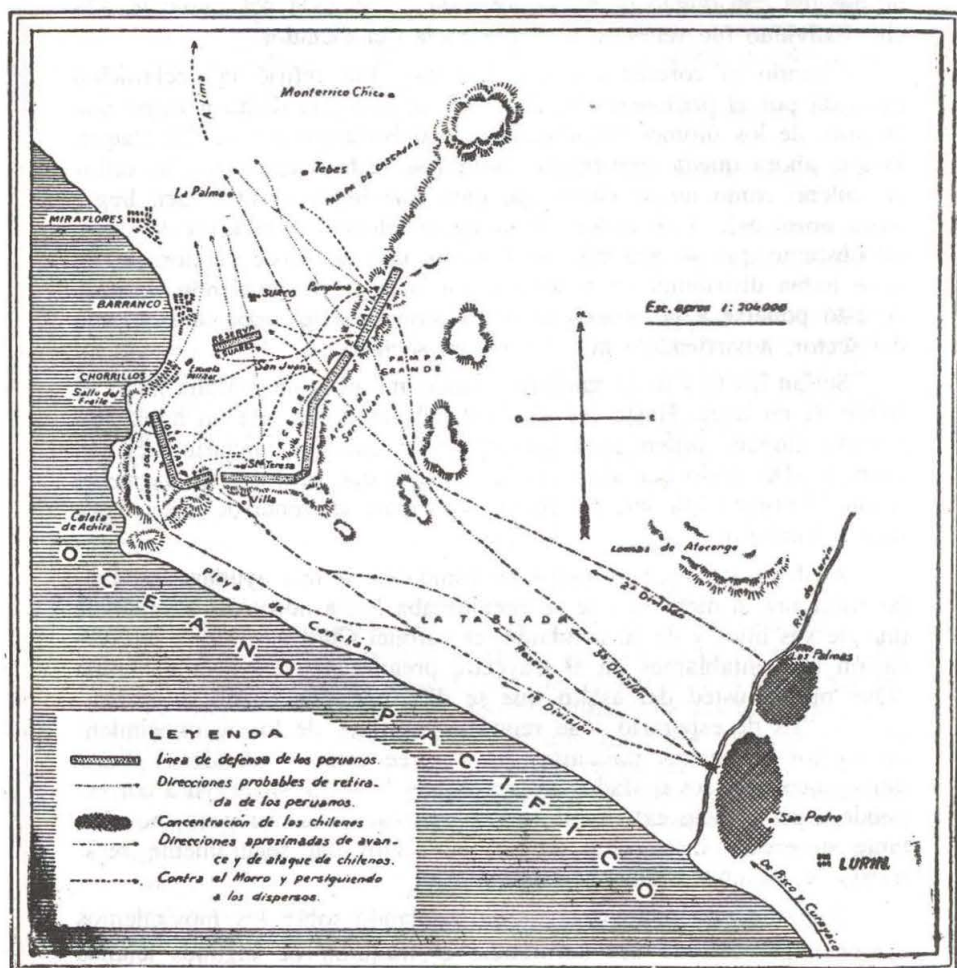
Cuando el coronel Lorenzo Iglesias me refirió la declaración prestada por el prisionero, le dije: "Ya se lo había dicho a usted que después de los últimos reconocimientos deberíamos esperar el ataque, lo que ahora queda confirmado. Solo nos resta prepararnos a recibir al chileno como mejor convenga, para que no le resulte fácil llegar hasta nosotros". Y le ordené marchar en el acto a recorrer la línea, no obstante que yo acababa de hacerlo, con el fin de cerciorarse de si se había distribuido el rancho y ron a la tropa, debiendo después de esto ponerse a la cabeza de su división, que formaba la izquierda del sector, advirtiéndole que yo iría en seguida.

Serían las tres de la mañana cuando me puse en marcha hacia el frente de mi línea. Hasta ese momento el mando en jefe no había impartido ninguna orden para prevenir el ataque que iniciaría luego el enemigo. De modo que sin otro dato que el que acababa de darme el coronel Lorenzo Iglesias, determiné colocarme al frente de mis tropas, listo a combatir.

Acababa de dejar mi carpa en compañía de mis ayudantes, cuando columbré al dictador que se encaminaba hacia nosotros, seguido de uno de sus hijos y de su ayudante, el coronel Chocano. En la conversación que entablamos en el trayecto, preguntóme, entre otras cosas: "Qué piensa usted del asalto que se dice pretende darnos el enemigo?" —"Es de esperarlo —le repuse— después de los reconocimientos hechos a nuestras posiciones", —"¿Cree usted —añadió el dictador—, que nuestros soldados se porten bien?" —"Si su bravura corresponde a su aspecto exterior de gente vigorosa, y si obedecen, no obstante su escasa instrucción militar, podremos dar seguramente serio trabajo a los chilenos"— le respondí.

Continuamos en nuestro camino hablando sobre los movimientos del enemigo, cuando nos sorprendió el traquido de algunos lejanos tiros. No cabía duda de que esos tiros provenían del encuentro de entre ambas avanzadas. Era el preludio de la batalla.

BATALLA DE SAN JUAN 13 de enero de 1881



CROQUIS Nº 7
La batalla de San Juan, 13 de enero de 1881

Eran las cuatro y media de la mañana y el campo hallábase cubierto de neblina, la cual favorecía el avance aproximativo de los chilenos. Y poco antes de clarear el alba presentáronse de improviso, sin haber hecho fuego, por la parte casi indefensa que se dejó entre la izquierda de Iglesias y mi derecha. Al oír que se iniciaba un violento tiroteo, comprendí que el enemigo había penetrado por ese sitio desguarnecido de nuestra línea, e inmediatamente me dirigí allí, hacia donde se encaminó también el dictador.

Llegado que hubimos, pude confirmar mis presunciones y llamé la atención del señor Piérola diciéndole: "Vea usted, el enemigo está sobre nuestra línea". Avanzamos en seguida hasta el pie de una colina, en cuya cima se encontraba uno de los batallones de la división Ayarza, cuando vi que los chilenos habían efectivamente penetrado por ese claro desguarnecido y nos atacaban de revés. Entonces dije al dictador: "Los chilenos están detrás de nuestra línea y nos atacan por la espalda". El dictador miró atónito y sin decir palabra, dio vuelta a su caballo y partió hacia Chorrillos..."

No obstante que nuestras tropas se vieron atacadas por la espalda, sostuviéronse valientemente. En tales circunstancias vino precipitadamente hacia mí el coronel Ayarza y díjome: "Este... Arguedas nos ha traicionado atacándonos por la espalda..." Tan rápida había sido la sorpresa y de tal magnitud, que este valeroso jefe creía que los que nos atacaban eran soldados de la división Arguedas, que formaba la izquierda de Iglesias. Hícele ver su error diciéndole: "No es lo que usted supone; el enemigo ha rebasado la línea cerca de la posición de Arguedas, y son los chilenos los que atacan a la división de usted. Ordene que baje el batallón que tiene en la cima y ataque a los chilenos que están ocupando las posiciones que defendía Arguedas".

Efectivamente, tropas enemigas habían desalojado a Arguedas de sus posiciones y desde ellas dirigían sus fuegos sobre las de Ayarza, por la espalda.

El coronel Ayarza cumpliendo mis órdenes, colocó sus tropas en línea perpendicular a la que determinaba la anterior posición en el ala derecha. De esta manera se conseguía al mismo tiempo batir a los chilenos que ocupaban la posición de Arguedas y proteger, en parte, nuestro sector por retaguardia.

Mientras las tropas de Ayarza combatían esforzadamente envié a uno de mis ayudantes a solicitar del coronel Suárez, que mandaba la reserva y se encontraba a retaguardia, que acudiera en nuestro apoyo y tratara de contener al enemigo que avanzaba sin mayor obstáculo por el boquete desguarnecido, Suárez me mandó decir, en respuesta, que no podía acudir a mi llamamiento por haber recibido orden del dictador de retirarse a Chorrillos.

Continuaba, entre tanto, la lucha en el ala derecha y el fuego se generalizaba en toda la línea. Ya no era posible sustraer ninguno

de los batallones que tomaban parte en la refriega para oponerlo al avance del enemigo.

Dejando a Ayarza que sostuviera la derecha, me encaminé hacia el centro de la línea, defendida por la división Pereira y con la cual estaba la artillería. Dispuse que ésta intensificase el fuego sobre las tropas enemigas que avanzaban por el frente, y ordené a Pereira que se sostuviera allí, haciendo que sus soldados se tendieran en tierra detrás de los montículos de arena formados en el cerro, a fin de hacer mejor puntería sobre el contendor, presentándole a la vez menos blanco.

En seguida me dirigí a la izquierda, defendida por el coronel Lorenzo Iglesias, y al llegar encontré que sus tropas habían sido batidas completamente, por no haber ocupado las posiciones que le indiqué, contrariando mis órdenes. El enemigo había rebasado la extrema izquierda del sector, formada por el batallón Ayacucho.

Perdida la izquierda, regresé al centro con el propósito de sostenerme con la división Pereira y la artillería; pero ya no hallé fuerza alguna. Sólo había quedado allí un oficial herido, al pie de su cañón, quien me dijo: "Mi coronel: tan luego como usted se separó de aquí, la división no pudo resistir, y el coronel Pereira fue el primero que abandonó el campo..."

Encaminándome nuevamente hacia la derecha, se me dio parte que la división Ayarza había sido derrotada, tras dura e intensa pugna, y muerto heroicamente su valiente jefe.

Así, pues, en menos de tres horas —desde el alba hasta cerca de las nueve— nuestra línea había sido totalmente destrozada por el enemigo.

Me encontraba ya sin soldados y solamente acompañado de mis ayudantes sobre una pequeña colina, donde mi presencia carecía ya de objeto, y además, casi rodeado por tropas enemigas que, en esos momentos, ocupaban la hacienda San Juan, afluyendo por uno y otro lado, después de haber dispersado también a Dávila, que constituía el ala izquierda de nuestra extensa y débil línea de defensa.

A pesar de encontrarme en tan difícil situación, pude escapar con mis ayudantes por un camino que conduce a Surco. A poco de recorrerlo topé con unos 200 soldados que huían a la desbandada. Los detuve, reuní y conduje a Barranco. Cerca de este pueblo encontré al coronel Arias y Aragüez, que se ocupaba también en reunir a los dispersos.

En Barranco, el doctor Sebastián Lorente, que estaba encargado de la oficina telegráfica, obsequió a los soldados con algunos sacos de pan, que pronto se repartieron, y luego continué a Miraflores.

En el campamento aquí improvisado, encontré al jefe de estado mayor general Silva, completamente solo, sin ningún ayudante, y puse a su disposición los hombres que había podido reunir. Luego, con

mis ayudantes proseguí la tarea de juntar otros dispersos que atravesaban el campo en distintas direcciones.

Ocupados en esta faena, demasiado pesada, conseguimos reunir antes del medio día buena parte de los dispersos del ejército derrotado. Allí fueron llegando también algunos jefes que habían podido conservar grupos de soldados bajo sus órdenes.

Mientras tanto el doctor Lorente pedía insistentemente por telegrafo refuerzos para el coronel Iglesias, a quien suponía, en esos momentos combatiendo, a juzgar por la crepitación de fusilería. El general Silva, hízome llamar y me propuso que fuera en auxilio de Iglesias que, según los reiterados pedidos del doctor Lorente, aún resistía en el Morro. Tomé 400 hombres de los ya reunidos en el campamento y partí en seguida.

Al pasar por Barranco, encontré al coronel Suárez con el cuerpo de ejército que mandaba. Al ver que Suárez se retiraba tan tranquilo no pude contenerme y le dije: "No me explico el motivo de su retirada, encontrándose Iglesias combatiendo, y, sobre todo, cuando pide refuerzos". El coronel Suárez me respondió que Iglesias había sido tomado prisionero a las diez del día y que las tropas que permanecían en la cima del Morro ya se habían retirado y dispersado. "Las tropas que se ven allí —añadió— son de los chilenos y el tiroteo que se oye es de ellos mismos, que se han entregado al saqueo, rompiendo las puertas de las tiendas y de las casas".

—“Pues bien —repúsele— yo voy a cumplir la orden del jefe de estado mayor”. Y continué mi marcha hacia Chorrillos; Suárez siguió la suya a Miraflores. Su cuerpo de ejército estaba íntegro, a excepción de un batallón que Recavarren condujo voluntariamente en socorro de Iglesias y que fue desbaratado en Chorrillos.

Llegué a casa del señor Lafón, ciudadano francés, que me ofreció su mirador para observar el campo, y pude ver con mi anteojo que efectivamente tropas chilenas ocupaban el Morro y alturas contiguas a la población de Chorrillos. Era la una de la tarde.

No obstante, y tomando las debidas precauciones, penetré en Chorrillos. En la primera de las calles tropecé con un grupo de soldados enemigos, a los que atacué y puse en fuga; pero momentos después fui acometido por fuerzas superiores que intentaron cortarme el paso, lo cual impidió la oportuna intervención del capitán de fragata Leandro Mariátegui, que llegó en tal circunstancia conduciendo un cañón montado en la plataforma de un carro y les hizo fuego. De este modo pude contener el empuje enemigo y continuar combatiendo; pero el adversario iba reforzándose con la aducción de nuevas tropas; y comprendiendo luego lo inútil que sería prolongar la lucha sin es-

peranzas de recibir ningún refuerzo y con soldados que comenzaban ya a flaquear, a causa de las bajas sufridas, resolví interrumpir el combate y regresar a Miraflores, convencido del fracaso de nuestros esfuerzos y profundamente apenado de las desgracias del Perú...

Pero importa consignar aquí que el ejército peruano, si bien experimentó una tremenda derrota en San Juan, no fue *destruido*, ni tampoco "casi aniquilado" (como algunos escritores lo afirman). El general vencedor no intentó lo que, en la terminología militar clásica, se llama *ejecutar la victoria* (esto es, completar los resultados dando "alcance" tenazmente al enemigo, aniquilándole), sino que quedó contento y satisfecho con la sola derrota y dispersión de su adversario.

UN DIA DE INTERVALO ENTRE LAS BATALLAS DE SAN JUAN Y MIRAFLORES. EL DICTADOR SE NIEGA A RECIBIR AL PARLAMENTARIO CHILENO

Anochece el 13 de enero, y di por terminada mi tarea de recoger dispersos de los campos cercanos a Miraflores. Nuestro empeño, sin embargo, no fue infructuoso, pues logramos reunir más de 2,500 hombres de los derrotados en San Juan.

Las fatigas y emociones experimentadas durante el día me hicieron sentir la necesidad de descansar. Desmonté, tendí mi capote en el suelo y me acosté un momento.

¡Qué momento! Chorrillos ardía entretanto y el cielo reflejaba el color rojizo de las llamas; los tiros sueltos y descargas en serie no interrumpida parecían haber convertido la población en un teatro de lucha nocturna, cuya intensidad aumentaba por momentos.

Seguro de lo que pasaba y de que la tropa chilena, entregada al saqueo y a la borrachera, se encontraba en pleno proceso de desmoralización (rompiendo los eslabones de la disciplina), no estaría en condiciones de oponer una firme resistencia a un ataque nocturno, sorpresivo y vigoroso; consideré oportuno aprovechar de este trastorno producido por el enemigo y pensé ser yo quien realizara el ataque, abrigando la convicción de obtener buen resultado. Presentábase un apreciable momento psicológico.

Inmediatamente me dirigí al general Silva y le propuse el proyecto que acababa de concebir, obteniendo su aprobación, pero agregando éste que no podía autorizarme para tal empresa sin el consentimiento del dictador. Llegado que hubo Piérola, a eso de las diez de la noche, el general Silva puso en su conocimiento mi propósito, pidiéndole al mismo tiempo su aprobación y manifestándole la conveniencia de realizarlo. Pero el jefe supremo lo desechó diciéndole: "El plan del coronel Cáceres encierra un sacrificio estéril e inútil, porque el ejér-

cito chileno se encuentra formado en los alrededores de Chorrillos, y los que saquean son unos cuantos. El dictador estaba mal informado en esos momentos, pues como se supo más tarde, mis presunciones eran fundadas, y era el grueso del ejército el que se había entregado aquella noche al más completo desenfreno.

Desechado mi proyecto, comenzó el general Silva a dar cuenta al dictador de las ocurrencias del día y a exponerle las medidas que había tomado para la organización de la segunda línea de defensa, a fin de hacer frente a la nueva situación creada, así como los esfuerzos desplegados para reunir a los dispersos y concentrarlos cerca de los reductos.

EL ARMISTICIO

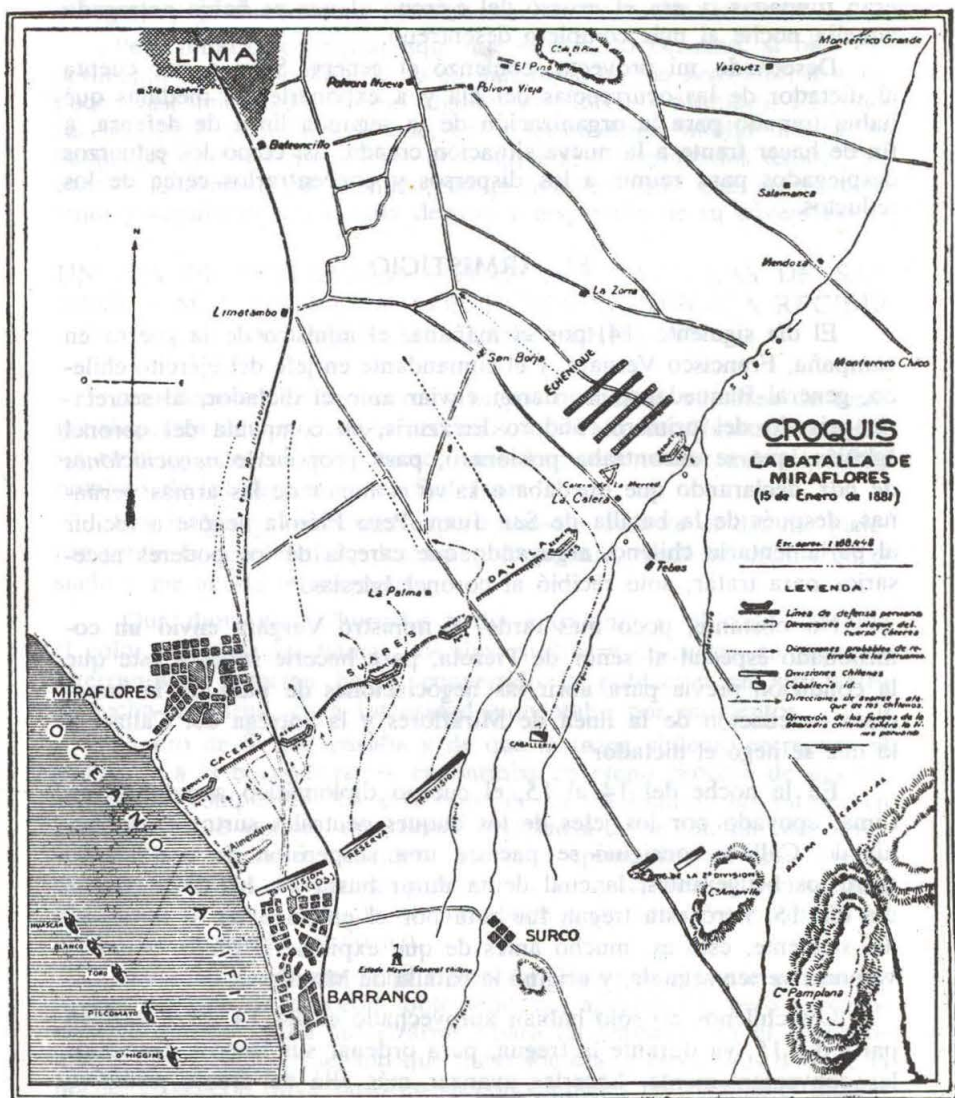
El día siguiente, 14, por la mañana, el ministro de la guerra en campaña, Francisco Vergara, y el comandante en jefe del ejército chileno, general Baquedano, acordaron enviar ante el dictador, al secretario privado del primero, Isidoro Errázuriz, en compañía del coronel Iglesias, que se encontraba prisionero, para proponerle *negociaciones de paz*, declarando que quedaba a salvo el honor de las armas peruanas, después de la batalla de San Juan. Pero Piérola negóse a recibir al parlamentario chileno, arguyendo que carecía de los poderes necesarios para tratar; sólo recibió al coronel Iglesias.

No obstante, poco más tarde, el ministro Vergara envió un comisionado especial al señor de Piérola, para hacerle saber a éste que la condición previa para abrir las negociaciones de paz, era la inmediata evacuación de la línea de Miraflores y la entrega del Callao, a lo que se negó el dictador⁵.

En la noche del 14 al 15, el cuerpo diplomático acreditado en Lima, apoyado por los jefes de los buques neutrales surtos en la bahía del Callao, consiguió se pactara una suspensión de hostilidades entre los beligerantes, la cual debía durar hasta las 12 de la noche del día 15. Pero esta tregua fue rota por el enemigo en la tarde del día siguiente, esto es, mucho antes de que expirase el plazo, como lo vamos a ver en seguida, y originó la batalla de Miraflores.

Los chilenos no sólo habían aprovechado el día 14, sino también parte del 15, ya durante la tregua, para ordenar sus tropas, distribuir las convenientemente, hacerlas avanzar más allá del frente primitivo (al acordarse la tregua) y tomar sus disposiciones para el ataque, sin dejar para ello de practicar frecuentes reconocimientos de nuestra segunda línea de defensa.

BATALLA DE MIRAFLORES (15 de enero de 1881)



CROQUIS N.º 8

La batalla de Miraflores, 15 de enero de 1881

La línea de defensa de Miraflores se extendía desde las inmediaciones del mar, en el poniente, hasta Monterrico Grande, por el nor-este. Estaba jalonada por diez "reductos" (no cerrados) trazados sobre toda su extensión (unos 12 kilómetros) y a intervalos de 800 a 1000 metros.

Eran los tales "reductos" simples obras de tierra, unos con parapetos de sacos terreros y otros solamente de tierra apisonada, en los cuales se habían montado algunas piezas de artillería. Pero la mayor parte de ellos quedaron inconclusos por la premura del tiempo. En realidad, solo los cinco o seis primeros reductos podían considerarse como tales.

Las fuerzas destinadas a la defensa de esta segunda línea las constituían las del ejército de reserva, compuestas de unidades cívicas, al mando del coronel Juan Martín Echenique; los restos del ejército de línea derrotado en San Juan; tres batallones semi regulares procedentes del Callao y pequeñas unidades colecticias. En suma, unos 10,000 hombres.

El ejército de reserva constaba de dos cuerpos de ejército de la reserva, mandados el primero por el coronel Correa y Santiago, y el segundo por el coronel Orbegoso, respectivamente. Los jefes y oficiales de las distintas unidades de reserva eran civiles con grados militares provisionales.

En cuanto al resto del ejército regular, una vez reconstituidas sus unidades y engrosado sus efectivos con los batallones chalacos y otras formaciones colecticias se constituyó en tres cuerpos de ejército.

Y la línea de Miraflores quedó organizada en tres sectores de defensa; el de la derecha —(ala izquierda)— primer cuerpo de ejército —a mis órdenes; el del centro —segundo cuerpo de ejército — a las órdenes del coronel Suárez; el de la izquierda (a la izquierda) — tercer cuerpo de ejército — al mando del coronel Justo Pastor Dávila.

En tanto que los reductos estaban ocupados por tropas de la reserva, con mando propio, la misión encomendada a los comandantes generales de sector era la defensa de los intervalos entre tales reductos.

Así, al primer cuerpo de ejército de mi mando, situado a ambos lados de la línea férrea Lima-Chorrillos y un poco al norte de la quebrada de Almendáriz, tocábale la defensa de los intervalos entre los reductos número 1 (coronel Lecca) y número 2 (coronel Riveyro), y el comprendido entre éste y el número 3, inclusive (coronel de la Colina).

A unos 400 metros a retaguardia del ala derecha y detrás del primer reducto, habíase instalado en un pequeño altozano una batería denominada "Alfonso Ugarte", con cuatro piezas pesadas.

Las tropas del primer cuerpo de ejército las componían tres batallones, mandados por los coroneles Frisancho, Seminario y Porras, una compañía de improvisados, con el capitán Garay a la cabeza,

un batallón igualmente de gente allegadiza y mandado por el intrépido coronel Arias y Aragüez; el batallón Guarnición de Marina, el mejor de todos, al mando del coronel Juan Fanning, el Guardia Chalaca del coronel Carlos Arrieta, y los batallones Jauja, Concepción, Guardia Peruana, Trujillo, Paucarpata, Libertad y la columna Celadores del Callao.

Todas estas unidades encontrábanse agrupadas en dos divisiones; la primera a órdenes del coronel Noriega y la segunda a las del coronel Cevallos, con un efectivo de 2,900 hombres que, juntamente con el de los tres batallones de la reserva que guarnecían los reductos números 1, 2 y 3, alcanzaba la cifra total de 3,800 hombres.

Repartí las fuerzas del primer cuerpo de ejército de tal modo que quedaran protegidos los indicados tres reductos y se aprovecharon como parapetos las tapias y pircas de los potreros y huertas..

La artillería (15 cañones y 8 ametralladoras) la distribuí convenientemente en la línea de defensa.

Dispuestas mis tropas en este orden, pasé la noche del 14 vigilando la línea y apercebido para repeler cualquier ataque por sorpresa del enemigo. Durante toda esta noche continuaron aún el incendio y la orgía de los chilenos, y al fin amaneció sin que hubiera ocurrido ningún percance de consideración en nuestra línea.

Ocupé la mañana en recorrer el frente y tomar las últimas disposiciones, así como cuidar que se diera a mis soldados una copa de ron y su correspondiente rancho.

En estas circunstancias, me comunicó el jefe de estado mayor que los miembros del cuerpo diplomático se hallaban en Miraflores conferenciando con el dictador.

Pero, no obstante la tregua pactada, los chilenos comenzaron a moverse y avanzaron hasta desplegar sus guerrillas al frente mismo de mis posiciones, a unos 500 metros de distancia. Inmediatamente puse este hecho en conocimiento del jefe de estado mayor, haciéndole notar que el enemigo no observaba el armisticio convenido. El general Silva me respondió que por nuestra parte estábamos obligados a observarla y a guardar la calma que el caso requería.

No había terminado de hablar con el jefe de estado mayor, cuando sonó un tiro, luego otros, y por último el crepitar del nutrido tiroteo que se generalizaba en la línea.

Fui inmediatamente a inquirir la causa de la ruptura del fuego.

El coronel Cevallos, que hacía el servicio de día me informó que los tiros habían partido de las líneas chilenas y que los nuestros, excitados e incontenibles, habían contestado. La lucha habíase, pues, encendido de un modo intempestivo. Y mi sector vióse pronto atacado de frente por la tercera división Lagos, y de flanco por los buques de la escuadra enemiga. Eran como las dos y media de la tarde.

Entablóse así una lucha desigual. Sin embargo, recorriendo la línea logré despertar y avivar el entusiasmo de mis tropas y pude sostenerme durante toda la tarde. Dirigíme al reduto de Lecca y ordené que saliera una compañía para defender la grieta de Almendáriz, porque podría penetrar por ella el enemigo y tomar de revés dicho primer reduto. En esa compañía, la cuarta del batallón de Reserva Nº 2, constituido por jóvenes de la sociedad de Lima, formaba, con la clase de sargento, el señor Augusto B. Leguía, presidente del Perú.

La impetuosa acometida de las guerrillas de la tercera división chilena contra las posiciones del primer cuerpo de ejército, fue prontamente rechazada y las guerrillas compelidas a un atropellado retroceso.

Pero luego otras tropas enemigas en considerable número reanudaron el ataque, deviniendo entonces una frenética refriega. A medida que ésta continuaba iban agotándose las municiones, de lo que me di inmediata cuenta y mandé al comandante Adeodato Carbal y al ayudante Enrique Canseco a solicitarlas del jefe de estado mayor; pero ninguno de ellos regresó. Envié enseguida a otro oficial pidiendo refuerzos, pero no encontró al jefe de estado mayor y me informó que el general Silva había sido herido y evacuado del campo. Tampoco encontró al generalísimo, quien en ningún momento se había presentado en la línea y permanecía en Vásquez con sus ayudantes y el coronel Echenique, jefe del ejército de reserva.

Entretanto, proseguía la lucha con alternativa, originándose así un balancín de cortos avances y repliegues, hasta que una vigorosa arremetida de los batallones Jauja y Guarnición de Marina constriñó a los contrarios a retroceder y ampararse en los setos y tapias del campo a vanguardia.

Como no se había despejado el terreno hacia adelante de la línea de defensa, para crear la llamada entonces "zona polémica", tal descuido hubo de menoscabar la eficacia del fuego de nuestras tropas.

Habíase luchado ya, cosa de una hora, y con manifiesta ventaja de nuestra parte. Luego sobrevino una pausa o como hoy se dice, se "estabilizó el combate".

Estimando entonces que el enemigo había experimentado serio quebranto ante la firmeza de nuestra resistencia y denotaba cierta vacilación, determiné aprovechar esta coyuntura y ordené el repliegue de nuestros batallones, para disponer un contraataque de conjunto, reforzando mi derecha, frente de la cual hallábase una de las brigadas de la tercera división.

Por su lado el adversario una vez ordenadas sus unidades y fuertemente reforzada, dejó los tapias que le habían servido de refugio e inició su cauteloso avance. Fue este el preciso momento en

que haciendo un supremo esfuerzo salí de la línea y lancé mis tropas contra el contendor.

Nuestro contraataque fue tan rápido y vigoroso que paralizó al enemigo obligándolo a replegarse. La lucha tornóse dura y encarnizada, señalándose en ella especialmente los batallones Jauja, Guarnición de Marina y Concepción. Los chilenos cejaban fuertemente presionados en su frente y en sus flancos, los que eran ya desbordados, particularmente el derecho de la brigada de Barceló, que carecía de contacto táctico con las otras tropas de su división. Sólo requeríamos refuerzos para empuñar resueltamente el éxito. Esperaba con vehemencia que los sectores de la izquierda apoyasen nuestro avance, embistiendo contra el enemigo en pleno retroceso. Y lo esperaba fundadamente, pues no existía ninguna seria amenaza proveniente del valle Ate. El foco de la refriega hallábase en el ala derecha.

Pero no recibiendo ningún refuerzo ni siendo apoyados por las tropas de la izquierda, nos sentimos a poco extenuados e incapacitados para continuar el ataque con el ímpetu y pertinacia que exigía el estado de la lucha. Sólo la derecha de Suárez, un batallón de la división Canevaro, había acompañado nuestra acometida.

Consecuentemente decrecía la impulsión del contraataque y no quedaba otro recurso que interrumpir el seguimiento del enemigo por el fuego. Y luego, asaz amargado, hube de tomar la resolución de suspender el combate y ordenar el repliegue general, el cual fue ejecutado sin que el enemigo intentase perturbarlo.

Entre tanto, los chilenos recibían copiosos refuerzos y reagrupaban sus tropas, para retomar la ofensiva y atacar nuestra débil línea de defensa con incontrastable superioridad de fuerzas.

De nuestra parte, distribuimos nuestros reducidos efectivos en la mejor forma que fue posible, para recibir el alud enemigo que pronto caería sobre nosotros. En esta tarea hube de tropezar con el inconveniente de que las tropas que cubrían los reductos (pertenecientes al ejército de reserva, cuyo jefe seguía en Vásquez y a órdenes directas del dictador) no estaban bajo mi mando; dificultad que fue felizmente superada gracias a la buena comprensión del coronel Correa y Santiago, comandante general del primer cuerpo de ejército de la reserva.

Poco después de las cuatro y media de la tarde, se aproximaban las columnas de ataque enemigas. Y todavía yo esperaba socorro de los sectores de la izquierda, que caerían rauda e impetuosamente contra el flanco derecho de las formaciones de ataque. Vana esperanza; no podía explicarme semejante inactividad e indolencia.

El éxito, como puede verse, hubiera cambiado en nuestro favor con la intervención decidida de las tropas de los aludidos sectores y de los once batallones de reserva del coronel Orbegozo. Pero los comandantes generales permanecieron inactivos, sin moverse, y cual me-

ros espectadores presenciaban cómo el chileno rehecho y nuevamente reagrupado, tornaba a la ofensiva y, devolviendo el golpe con abrumadora superioridad numérica, destrozaba mis tropas. Los comandantes generales esperaban órdenes.

Y, por desgracia, el general en jefe no se encontraba en el lugar apropiado para dárseles oportunamente, apreciando la situación de conjunto y los diversos y cambiantes aspectos de la lucha. Faltaba la dirección suprema, rectora, que oriente y coordine todos los esfuerzos.

Mas, pronto topó el adversario con una robusta y tenaz resistencia, que seguramente no la esperaba. La lucha fue feroz y sangrienta. A pesar de todo, nos sostuvimos hasta cerca de las seis de la tarde, en que agotándonos las municiones, empezó a apagarse el fuego de mis tropas.

Y luego, ante las reiteradas acometidas del enemigo, a las que opusieron valerosa resistencia tanto las tropas regulares como las de los reductos (1, 2 y 3), fue declarándose la derrota del ala derecha.

Durante la refriega recibí un balazo en la pierna derecha y otros dos atravesaron mi kepís sin herirme; perdí a todos mis ayudantes, unos muertos y otros heridos, figurando entre los primeros los jóvenes Torres Paz y Retis. Entre los heridos estaba el teniente coronel José Salvador Caveró, jefe de una de las divisiones de mi cuerpo de ejército, que permanecía a mi lado, y los capitanes Augusto Bedoya, Eduardo Lecca y Joaquín Castellanos.

Quebrantada la resistencia y abrumados por el fuego enemigo, ya no fue posible contener la dispersión de las diezmadas tropas.

Y solo, con la pierna atravesada por el balazo recibido, y mi caballo también herido, hube de abandonar el campo.

Pero antes quise enterarme del por qué de la estaticidad de mis compañeros, los comandantes generales, y elegí para retirarme la línea sobre la cual hallábanse asentados sus cuerpos de ejército. Llegué al reducto que obedecía al coronel de la Colina, precisamente en el momento en que de la Colina recibía un balazo mortal, mientras otro tiro destrozaba en mis manos el antejo con el que observaba el campo.

Indignado por la inexplicable actitud de los comandantes generales no pude menos de increparles ásperamente de espectadores impasibles del desastre de mis tropas. Disculpáronse diciéndome que no habían podido proceder de otra manera debido a las terminantes órdenes del jefe supremo de permanecer en sus puestos. Dávila, un tanto exaltado, dijo en voz alta que el dictador después de mandar cursar sus órdenes había tomado soleta, acompañado de su secretario, sus generales ayudantes y sus clérigos castrenses...

Pero no cabe duda que esas tropas que recibieron la desatinada orden de permanecer a pie quieto, y que se encontraban intactas, pu-

dieron muy bien, con su intervención oportuna en la lucha, transformar la suerte de la batalla. Pero fueron dispersándose a medida que avanzaba el enemigo y llegaba hasta ellas el reflejo del choque destructor sufrido por las fuerzas del ala derecha que yo mandaba.

Consumada la derrota y desvanecida toda esperanza de rehacer a resistencia, herido, tomé el camino de la capital.

DESPUES DE MIRAFLORES

Solo, y acosado por fuertes dolores de la herida, seguí por el camino que conduce a Lima. En el trayecto encontré al comandante Zamudio, quien me alcanzó un poco de agua en su kepis y me vendó la pierna con un pañuelo.

Por el camino pasaban atropelladamente los dispersos. Detrás de mí quedaba el exterminio y la desolación. Chorrillos y pueblos vecinos aún ardían; el campo cubierto de cadáveres y heridos pisoteados por el venecdor.

Impotente y colérico, caminaba soportando en el corazón todo el peso de las desgracias de la patria, y un tumulto de ideas y sentimientos agitaban mi espíritu, que en medio de todo no se resignaba a la derrota.

La gran cantidad de dispersos que abandonaba el campo, me sugirió la idea de que aún se podía improvisar con ellos un ejército, trasladándolos a la sierra, para continuar allí la resistencia al invasor.

Animado con esta idea, apuré el paso a mi caballo y llegué a la plaza de la Exposición, a eso de las siete de la noche. Aquí fui reconocido por los soldados dispersos, quienes agrupáronse en mi alrededor, pidiendo a gritos que me pusiera a su cabeza para proseguir la lucha.

Este rasgo de patriotismo me hizo comprender que a pesar de las desgracias sufridas, no se había quebrantado del todo el espíritu de las tropas y que aún era posible formar un nuevo ejército y operar con él en la región del centro de la república. Les hice ver mi herida, y manifesté que en tales condiciones no me era posible por el momento, ponerme al frente de ellos; pero les recomendé que se unieran y reorganizaran a órdenes de los principales jefes que se hallaban en palacio, quienes tomarían el mando.

En esos momentos se me acercó el capitán La Barrera, y se puso a mis órdenes, ofreciéndose como ayudante. Le envié inmediatamente a palacio para informar en mi nombre a los coroneles Suárez y Secada de lo que ocurría en la Exposición y manifestara la necesidad y conveniencia de reunir esos dispersos para improvisar un nuevo ejército, así como designar un jefe que se encargase de esa labor y de conducirlos al interior, pues yo no podía hacerlo por estar herido.

Para impedir que esas tropas se internasen en la ciudad ordené a La Barrera que, antes de marcharse, cerrase todas las bocacalles de la plaza con los soldados de caballería que tenía a su disposición.

Anheloso esperaba la vuelta de La Barrera. Pero a su regreso díjome que en palacio habían juzgado irrisorio mi proyecto y le ordenaron decirme que todo estaba completamente perdido y que mandara a los dispersos para que entregasen sus armas y fueran licenciados.

HACIA LA AMBULANCIA DE LA CRUZ ROJA

Decepcionado ante tal respuesta, me dirigí en busca de una ambulancia de la Cruz Roja. Llegué casi exánime a la improvisada en la calle de San Carlos. Me bajaron del caballo, e inmediatamente lleváronme a una cama. El médico dispúsose en seguida a hacerme la primera cura, para lo cual hubo necesidad de cortar la bota, la que se había adherido a la pierna con la sangre coagulada. Lavóme la herida y púsome una venda.

En la noche de ese mismo día se me presentó el capitán José Miguel Pérez, oficial muy estimado por mí y que combatió en el batallón Concepción, al mando del coronel Valladares. Dicho capitán, al saber que yo estaba herido, comenzó a buscarme por todas las ambulancias, hasta que me encontró en la de San Carlos y me ofreció y prestó luego sus valiosos servicios.

Obsesionado siempre con la idea de reunir a los dispersos, no obstante el mal resultado que obtuvo mi anterior emisario, insistí en ella y mandé al capitán Pérez a palacio para que reiterara a los coroneles Secada, Suárez y demás jefes, mi proyecto de formar por lo menos un cuerpo de ejército, y decirles que aún era tiempo para aprovechar el entusiasmo de ese considerable número de soldados, llevándolos a Chosica, hacia donde se podía trasladar también el parque almacenado en el cuartel de Santa Catalina, utilizando el ferrocarril que estaba todavía a nuestra entera disposición. Dichos jefes volvieron a mandar decirme que todo era inútil, que ya habían licenciado a los soldados recogiendo las armas, y que el dictador habíase marchado por Canta hacia el interior, ordenando antes al comandante general del ejército de reserva disolver sus tropas.

Así, pues, perdióse el tiempo precioso que mediaba entre la derrota y la entrada de los chilenos en Lima (dos días), en vez de aprovecharlo para trasladar todo el parque y las tropas que se hallaban con ánimo de seguir peleando, hacia el interior, levantar allí un nuevo ejército y organizar luego la resistencia armada.

Lamentando todo lo ocurrido y la desgracia de que no hubiera hombres de suficiente tino y entereza para afrontar una situación como la que ofrecía el país, pasé la noche preocupado con la idea de

organizar el ejército de la sierra y con el pesar de haber perdido a mis ayudantes, valientes jóvenes llenos de esperanza.

El capitán Pérez se trasladó a la ambulancia de San Pedro para comunicar a mis ayudantes, que se encontraban heridos en ese puesto, que yo me hallaba en la de San Carlos. Poco después me llevaron a la ambulancia de San Pedro, donde el doctor Belisario Sosa se encargó de mi curación, encontrando también allí a mis ayudantes Augusto Bedoya y Joaquín Castellanos, quienes alegráronse al verme, manifestando el deseo que tenían de restablecerse cuanto antes para continuar a mis órdenes.

LOS CHILENOS ME BUSCAN EN LAS AMBULANCIAS

Una vez que entraron los chilenos en Lima, el día 17, buscáronme en todas las ambulancias. Al tocar en la de San Pedro, el personal del servicio negó mi estancia en ella, temeroso de que me hicieran prisionero. Al día siguiente, volvieron dos jefes, después de haber recorrido los demás puestos de auxilio; y casi seguros de que yo me encontraba en el de San Pedro, se dirigieron al jefe de la ambulancia diciéndole que el objeto suyo era "saludarme en nombre del general Baquedano y ofrecirme toda clase de garantías".

El jefe y personal de la ambulancia agradecieron, muy atentos, estas corteses palabras, invitándoles a pasar a la sala, donde estaban los demás heridos, haciéndoles ver de este modo que no me ocultaban y diciéndoles que seguramente me encontraba en alguna casa particular. Los jefes chilenos, satisfechos de las atenciones recibidas, se retiraron. Pero, entre tanto se me había ocultado en la celda del superior de los jesuitas.

Desde esta visita tuve necesidad de tomar mayores precauciones, y seguí curándome, oculto, en la celda del padre superior, a cuya bondad y celo debí no haber sido prisionero del enemigo. Y no obstante que las autoridades chilenas de ocupación habían ordenado que todos los jefes y oficiales que se encontrasen en la capital debían dar las señas de sus domicilios, yo no las di.

Temiendo que los chilenos persistiesen en su empeño de buscarme, se me trasladó al domicilio de don Gregorio Real, en la calle del Quemado, donde residía también el ministro del Brasil y se ostentaba en el balcón la bandera de dicho país. Allí fui solícitamente atendido por la familia del señor Real, y permanecí hasta que mejoró notablemente la herida.

Después se me trasladó ocultamente a mi casa, sita en la calle de San Ildefonso, adonde acudía casi diariamente mi amigo el doctor Sosa. A esta diligente atención médica uníanse los cuidados de mi esposa, señora Antonia Moreno; todo lo cual apresuró mi restablecimiento, y luego apresté mi viaje a la sierra del centro.

NOTAS

CARTA DEL MARISCAL CACERES A LA REDACCION DE "EL NUEVO DIARIO"

Ancón, 15 de setiembre de 1923

Señores redactores de "El Nuevo Diario", Lima.

Mis estimados amigos:

La labor entusiasta de ustedes en pro del Partido Constitucional y la publicación, en el diario que ustedes acertadamente dirigen, de varios capítulos de mis Memorias Militares, tienen comprometido mi reconocimiento; y al hacerlo constar en estas líneas, quiere su viejo amigo expresarles su satisfacción y aplauso por el celo y rectitud con que vienen tratando los asuntos políticos que tanto interesan al país.

Anhelando el mayor progreso a "El Nuevo Diario", reitérales su afecto y distinción su buen amigo y s.s.

Andrés A. Cáceres.

1.—Estos vetustos monitores poseían un fuerte blindaje y montaban sendos cañones de a 500 libras. Al romperse las hostilidades fueron utilizados como "baterías flotantes": el *Atahualpa* en la bahía del Callao y el *Manco Cápac* en la de Arica, hacia donde fue remolcado al comienzo de la guerra.

2.—En la composición orgánica de la infantería aliada, los batallones peruanos y bolivianos tenían cada cual una compañía denominada de "guerrilla", que era la 4a. o 6a., es decir, la última de cada batallón. Dicha compañía, formada de tropas ligeras, se empeñaba en orden disperso en el combate.

Guerrilla en táctica, significa "orden disperso", y en tal sentido es lo mismo que "cadena de tiradores", que es la guerrilla desplegada que cubre el frente de batalla en el período inicial o preparatorio de la misma. En este concepto, el término "guerrilla" ha caído en desuso y ya no figura en los reglamentos tácticos de los ejércitos latinoamericanos. Pero lo conserva el reglamento de infantería español, en el que puede leerse: ... "La guerrilla se formará desde la línea o desde la columna..."

3.—Vocablo latino (del latín "castrensis", campamento). Hasta hace algunos años solo se aplicaba al capellán, al clero militar o vicariato y algunas veces a la jurisdicción o fuero militar (jurisdicción castrense). Pero desde la guerra civil española comenzó a amplificarse su acepción, generalizándose luego hasta tomar nueva carta de naturaleza en la terminología militar moderna, y con mucha oportunidad. Hacía falta este adjetivo latino.

4.—Este concepto del coronel Cáceres, de haber sido aprobado por el dictador, habría obtenido buen resultado.

Antes de exponérselo al jefe de estado mayor, el coronel Cáceres había sopesado sus posibilidades. Por otra parte, conocía el modo de combatir del enemigo, así como a palmos el terreno. Y lo que pretendía era aprovechar la coyuntura del transtorno producido por la tropa chilena para captar el momento psicológico.

Y esto estriba, precisamente, en el ataque por sorpresa, en el golpe audaz que paraliza las facultades mentales y la capacidad combativa del adversario, no importando su superioridad numérica.

La tropa chilena "había roto los eslabones de la disciplina". Y la historia de la guerra demuestra que una tropa indisciplinada es siempre derrotada, incluso por una fuerza inferior en número, pero cohesionada y bien mandada. Los soldados borrachos se ofuscan y son proclives a los más atroces crímenes.

El político chileno Manuel J. Vicuña hace en su Carta política (p. 117), las siguientes referencias sobre los horribles desenfrenos de la soldadesca chilena: "A las dos de la tarde cruzábamos las calles de la elegante y bonita villa de Chorrillos... Esperábamos al ministro de la guerra; no tardó en llegar. Apenas había pasado una hora, cuando empezamos a notar un gran desorden: rotura de puertas, saqueo de tiendas y algunas ardiendo... Era el principio de un gravísimo mal... Fácil habría sido contenerlo al principio. Sin embargo, ni el general en jefe, ni los generales de división ni comandante de brigada tomaban ninguna medida... El desorden de Chorrillos había llegado al máximo del desborde y de la desmoralización. El saqueo y la borrachera, el incendio y la sangre, formaban los cuadros de aquel horrible drama."

Luego añade: "Cuando alguien se acercaba al general en jefe chileno para manifestarle la forma como crecía el desorden en Chorrillos, respondía encogiéndose de hombros: "¿Qué puedo hacer yo?". Quería decir esto que él había autorizado tales desmanes."

5.—Después de haberse negado a recibir al parlamentario chileno, parece que el dictador rectificó su criterio. El ministro de Italia gestionó ante sus colegas la reunión e intervención del cuerpo diplomático.

Reunido el cuerpo diplomático acordó: "Primero, ofrecer sus buenos oficios al dictador y al general en jefe del ejército chileno, para promover un armisticio durante el cual se pudiera llegar a un tratado de paz...".

Claro está que el dictador habría entrado en conversaciones con el ministro de la guerra en campaña, señor Francisco Vergara y no con el secretario de éste. Pero, entre tanto, el aspecto del asunto había cambiado. Es de presumir que el alto mando chileno estaría ya informado de las gestiones del ministro de Italia. De ahí que lo único que

consiguió el cuerpo diplomático fue obtener del general Baquedano una *tregua*, que fue aceptada de plano por el dictador.

El *armisticio y la tregua* son pactos de la misma naturaleza. Ambos suponen un compás de espera para volver a la lucha, si no ha sido posible pactar algo relativo a un prolegómeno de la paz.

6.—La primera edición de este libro —*Memorias* del mariscal Andrés A. Cáceres— se publicó en Berlín (Alemania) en el año de 1924. Era entonces presidente del Perú, el señor Augusto B. Leguía, gran amigo del ya finado mariscal. En agosto de 1930 Leguía fue derrocado por un golpe militar.

Leguía peleó como buen patriota en la batalla de Miraflores (15 de enero de 1879) con la clase de sargento en el batallón de reserva N° 2 que integraba la guarnición del reduto N° 1, al mando del coronel Lecca.

Años más tarde, ya en la presidencia de la república sus gestiones llevadas a cabo con ponderada sagacidad y firmeza durante las negociaciones con Chile (1929), dieron como positivo resultado la reincorporación de Tacna al seno de la patria.

Pero aún en la desgracia, ya caído, supo mantener con admirable entereza su patriotismo, al declinar la invitación que le hiciera el embajador de Chile, Dr. Conrado Ríos Gallardo, para que se amparase bajo la bandera chilena; y Leguía sabía lo que le esperaba de sus enemigos políticos. Ocurrió en circunstancias en que el vehículo, en que el señor Leguía era conducido al Panóptico, se cruzó con el que ocupaba el embajador. El Dr. Ríos Gallardo hace referencia sobre este particular en un libro suyo, el cual apenas si es conocido por algunas pocas personas en nuestro país.

CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA

LA BREÑA

(abril de 1881 — octubre de 1883)

PRIMER PERIODO DE LA CAMPAÑA

OPERACIONES EN EL CENTRO

DE LIMA A JAUJA

Como dejo dicho, a raíz del desastre de Miraflores, surgió en mí la idea de internarme en la sierra y continuar la resistencia contra el invasor, pues pensaba que, aprovechando las condiciones defensivas que ofrecía la región, era factible una resistencia pertinaz que obligaría al enemigo a malgastar sus energías y a moderar sus ambiciones, teniéndole a raya en la zona de la costa que ya ocupaba.

Acariciando esta idea y con la firme determinación de inculcarla en todos los que estaban aún dispuestos a hacer mayores sacrificios por la patria, mi único deseo era salir de Lima y encaminarme hacia el interior, a fin de poner en práctica mi proyecto de organizar la resistencia armada. Y como sabía del viaje del dictador al centro, aumentaba mi confianza de que apoyaría mi propósito.

Apenas cicatrizada mi herida, el 15 de abril de 1881, muy temprano y tomando las debidas precauciones para no ser reconocido, abandoné mi domicilio y me dirigí a la estación de Viterbo, cercana a mi casa, acompañado del capitán José Miguel Pérez, embarcándonos seguidamente en el tren de la sierra.

Una vez en el coche, me llamó la atención entre los pasajeros un grupo de dos chilenos y dos mujeres alegres. Los individuos eran dos oficiales, en traje civil, quienes iban sin duda en viaje de recreo. Las mujeres, después de mirarme con insistencia, hablaron en voz baja con sus acompañantes, señalándome. "Estamos perdidos —dije a Pérez;— sin duda me han reconocido y al llegar a Chosica van a denunciarnos". Cautamente bajamos del tren, para perdernos de vista de las dos parejas. En el andén encontré a un amigo mío, el señor Ramírez, quien sorprendido al verme, me abrazó efusivamente exteriorizando su regocijo. Le conté lo que ocurría, y le advertí que no diera mi nom-

bre a nadie, pues sospechaba que aquellos oficiales eran espías y podían entregarnos a los destacamentos enemigos del tránsito.

No obstante mi desconfianza, hube de embarcarme nuevamente para seguir viaje a Chicla (terminó entonces del Ferrocarril Central al interior), adonde llegué sin novedad, ordenando seguidamente a mi ayudante fuera en busca del gobernador del pueblo y le pidiera dos caballos ensillados para continuar la marcha esa misma noche. Dicha autoridad se encontraba felizmente en la estación, y yo mismo le solicité las bestias, recomendándole vigilase a los oficiales chilenos.

A poco regresó el gobernador con las dos cabalgaduras y me comunicó que los oficiales con sus compañeras habían ingresado en el hotel. Ya tranquilizado con la noticia, montamos inmediatamente y emprendimos sin detenernos el viaje a Jauja, por el camino habitual, bajo la acción de una copiosa lluvia.

Al día siguiente llegamos a esa ciudad, dirigiéndome yo a casa del señor Manuel María del Valle, quien me recibió en compañía de varios amigos suyos, entre los cuales estaba el doctor Arturo García, cultísimo caballero, y me proporcionó hospedaje y toda clase de comodidades.

Momentos después de mi llegada recibí la visita del capitán de navío Aurelio García y García, enviado especialmente por el dictador para darme la bienvenida y decirme que el señor de Piérola deseaba verme lo más pronto posible. Agradecí la atención y recomendé al señor García y García decir al dictador que iría a saludarle al siguiente día.

Muy temprano me presenté al señor de Piérola, quien me recibió con mucha amabilidad, y, estrechándome la mano, me dijo: "Tengo mucho gusto de que haya venido usted porque aquí se hacen muy necesarios sus servicios. Deseo que usted se quede al mando de los departamentos del centro, con el carácter de jefe superior, político y militar, en reemplazo de Echenique, que debe marchar conmigo a ocupar otro puesto."

—"Justamente, el único móvil que me ha traído acá —le respondí—, ha sido el de secundar los propósitos del jefe supremo en la organización de un ejército para continuar la resistencia, o para imponer respeto al invasor al tratar de las condiciones de paz. Acepto gustoso el nombramiento, y quedo desde este momento a sus órdenes en todo lo que se relacione con la defensa de la patria".

En seguida hícele una breve exposición del plan que pensaba poner en práctica, el cual mereció la entusiástica aprobación del dictador, y añadió que pronto firmaría mi nombramiento y luego partiría hacia Ayacucho, donde le reclamaban urgentes asuntos.

El 26 de abril firmó el jefe supremo el nombramiento que me confería el mando superior, político y militar de los departamentos del centro. Y el 30 se marchó para Ayacucho, acompañado de su secre-

tario, señor García y García, y de una pequeña escolta de 40 hombres, al mando del comandante Barreda.

Así, pues, desde aquel día quedaba oficialmente nombrado jefe superior, político y militar del centro y con la misión —que yo mismo me la había ya impuesto— de levantar un ejército y emprender con él la resistencia armada contra el invasor, pues la toma y ocupación de Lima por los chilenos no entrañaba, en mi concepto, el completo aniquilamiento del poder militar del Perú, ni mucho menos la decisión de la guerra por la fuerza de las armas, porque aún quedaban recursos, territorios y energías para continuarla.

Apoyada nuestra campaña, como lo esperaba, por un levantamiento general de los pueblos de la república, no dudaba del triunfo o, por lo menos, del logro de ventajas militares tales que influyesen eficazmente en la negociación de una paz aceptable y honrosa para el Perú.

Para conseguir esta finalidad, en lo que a mí tocaba, debía ante todo enfocar el asunto relativo a la *constitución del ejército* (esto es, su modo de ser), adecuada a la índole de la campaña que se iba a emprender.

Propúseme iniciar mi tarea con una *guerra en pequeño*, o de *guerillas*, la cual me proporcionaría el tiempo necesario para formar y adiestrar las primeras tropas.

Y una vez que éstas hubieran adquirido el suficiente volumen y una consistencia más o menos regular, adoptaría formalmente la *defensiva*, dentro del marco de una “estrategia de desgaste”, hasta alcanzar la fuerza indispensable para pasar, en oportunidad propicia, a una vigorosa *contraofensiva* que pudiera darnos el triunfo o las ventajas apetecidas.

Mi propósito consistía, pues; esencialmente, en desgastar y agotar paulatinamente al invasor en las serranías del centro, mediante una *defensa móvil y activa* que iría desarrollando las condiciones favorables para la reacción ofensiva, utilizando el momento oportuno para tal efecto. De esta guisa, tenía en mente combinar la *resistencia* con el *contraataque*, ejecutado cuando y donde lo indicasen las perspectivas del buen éxito.

Consagré desde entonces toda mi actividad a la adquisición de los elementos indispensables para echar las bases del ejército de la resistencia, y esperaba que entretanto aumentarían y se engrosarían los efectivos existentes en el norte y sur de la República, constituyendo los manantiales de la fuerza para alimentar la campaña.

COMIENZA LA FORMACION DEL EJERCITO. PRIMERAS DISPOSICIONES. EL PRIMER BATALLON

Cuando el dictador partió para Ayacucho, sólo me dejó el nombramiento a que me he referido anteriormente, pero no tropas ni recursos de ninguna clase. Una pequeña fuerza, a órdenes del coronel Aduvire, que, con anterioridad a mi llegada, acantonaba en Jauja, encontrábase ahora en Cerro de Pasco, adonde había marchado para reprimir un motín encabezado por un francés apellidado Louquet.

Algunos fusiles que, según oficio del general Buendía, "existían en plaza" y los ponía a mi disposición por orden del dictador, habían sido ya remitidos a Cerro de Pasco.

No obstante la serie de dificultades que se me interponían para llevar a cabo la formación del ejército, no vacilé un momento en acometer tamaña empresa. Comencé por estudiar la forma y medios de que debía valerme para crear y organizar las primeras tropas, y procedí en seguida a dictar las disposiciones pertinentes.

Al día siguiente de mi nombramiento, el 27, dirigía un oficio al coronel Máximo Tafur, a la sazón prefecto del departamento de Junín, dándole a conocer la misión que cumplía llenar a la jefatura superior del centro, la cual no era otra que la defensa del país, y solicitándole al propio tiempo su concurso personal y, por su intermedio, el de todos los buenos ciudadanos, para que secundaran mis esfuerzos y concurriesen a prestar todo su contingente a la causa nacional, aportando cuántas armas y demás pertrechos les fuera posible conseguir.

Solicité también los servicios del coronel Manuel Tafur, quien se me presentó de inmediato con un grupo de oficiales que se hallaban en Jauja, adonde habían ido con el objeto de ponerse a disposición del dictador¹⁰.

Por aquellos días encontrábanse en el hospital de Jauja 16 gendarmes convalescientes que habían quedado allí por enfermedad. Sobre la base de estos soldados y los oficiales que acompañaban al coronel Tafur, inicié la formación del ejército.

Como distintivo característico de mis primeros soldados dispuse que llevaran una cinta encarnada en los sombreros y un cubrenuca blanco. Esto dio origen al quepis rojo, que más tarde usaron todas mis tropas.

Nombré jefe de estado mayor al coronel Manuel Tafur, encomendándole designar las colocaciones que se debían acordar a los jefes y oficiales disponibles, según convenía a sus diversas jerarquías y aptitudes.

Luego mandé establecer una maestranza para la reparación de las pocas armas con que se contaba.

Dispuse asimismo que se solicitara en todos los distritos la entrega de las armas y municiones que pudieran existir en ellos, exaltando

a sus habitantes a que acudieran a tomar parte en la defensa de la patria. Envié jefes y oficiales a los pueblos circunvecinos, y yo mismo emprendí una jira por las provincias de Jauja y Huancayo invocando el patriotismo de sus hombres principales, a fin de que aprontaran recursos para el ejército en ciernes todavía y se facilitase el alistamiento de hombres aptos, que era el elemento indispensable y primordial.

Mi jira y la de los jefes y oficiales obtuvieron el más satisfactorio resultado. Los vecinos útiles de esos pueblos acudían continuamente a alistarse en las filas, y el ejército se creaba y acrecentaba con prontitud.

Entretanto, continuaba yo mi labor de patriótica propaganda, despertando el entusiasmo de los moradores con arengas apropiadas en los lugares adonde llegaba, hablando unas veces en español y otras en quechua, según las circunstancias.

Los comerciantes y personas de más viso de los pueblos del Centro manifestaron desde el primer momento su adhesión a la causa patria, y ofrecieronme toda clase de facilidades para llevar a feliz término la obra de la defensa nacional que yo afanosamente perseguía.

El doctor Arturo García, que se encontraba —como ya lo he indicado—, en Jauja, accedió gustoso a prestarme sus servicios como secretario, desempeñando el cargo con singular voluntad y talento.

Mediante estas disposiciones y la actividad desplegada por los jefes que me acompañaban, pude conseguir, al cabo de un mes, formar una columna de cien hombres, y con ella di comienzo a la organización del batallón Jauja, que fue el primero que llegué a formar con entusiastas voluntarios de la provincia de ese nombre, dándole como jefe al valiente y pundonoroso coronel Miguel E. Luna.

Al propio tiempo acelerábase la tarea de levantar guerrillas entre la gente de las aldeas y caseríos, enviando con tal objeto individuos idóneos que hablaran en su lengua nativa al corazón y la mente de los campesinos sobre el patriótico deber de combatir al invasor chileno. Tales emisarios debían tener, desde luego, presente las instrucciones especiales relativas a los campos labrantíos, a fin de que no sufrieran menoscabo las cosechas. Algunas pequeñas “montoneras” existentes en diversos puntos de la región del centro y que actuaban sin concierto y caprichosamente, fueron unas disueltas y otras pasaron a formar destacamentos guerrilleros¹¹.

Por aquel entonces no pude disponer de las fuerzas del coronel Aduvire, porque ante el avance de la división Letelier, de Lima a Cerro de Pasco, Aduvire vióse obligado a retirarse a Huánuco.

EXPEDICION CHILENA DE LETELIER. CUPO QUE IMPONE A HUANCAYO Y DEL CUAL ME APODERO

Encontrábame en Tarma dedicado a la tarea organizativa del ejército, cuando tuve conocimiento de la aproximación de la división

chilena de Letelier, enviada por el coronel Lagos, comandante en jefe del ejército de ocupación, al departamento de Junín, para destruir todo conato de resistencia por parte de los peruanos. En vista de lo cual hube de recogerme presurosamente a Jauja.

Aquí recibí un oficio del subprefecto de Tarma, señor Alvarino, dándome cuenta de la intimación que le hiciera el comandante de la vanguardia enemiga, obligándole a abandonar la ciudad, que luego fue ocupada.

Ante el avance de los chilenos, alarmáronse las provincias de Tarma, Jauja y Huancayo, temiendo que en ellas se repitiesen los atropellos cometidos por el enemigo en otras poblaciones.

Permanecí en Jauja muy pocos días y seguí a Huancayo, con los cien hombres que componían el batallón Jauja, recientemente formado, pues no me era posible con tan diminutas fuerzas hacer frente al adversario. Y para despistarle dejé el camino directo y tomé el de las alturas que conduce al antiguo convento de Ocopa, donde fui gentilmente atendido por el ilustrísimo obispo del Valle.

En Huancayo fui recibido con singular agasajo por don Juan Quintana y sus amigos, de quienes solicité la formación de una milicia provincial, apelando a la vez al patriotismo de los comerciantes y personas pudientes de la ciudad para que contribuyesen con su apoyo pecuniario al sostenimiento de mis reducidas fuerzas.

El primero que acudió a mi llamamiento fue don José Osambela, antiguo oficial de ejército, con un grupo de 25 jóvenes de la localidad, que había reunido para que me sirvieran de escolta. Además recibí en esta población los contingentes de los pueblos vecinos. Estos y la escolta fueron armados y equipados, en parte, por los comerciantes de Huancayo.

Recibí también una nota que me dirigieron los personeros del pueblecito de San Juan de Jarpa, cuyos patrióticos y expresivos términos causáronme honda impresión.

Mientras tanto, el destacamento chileno que Letelier envió sobre Jauja-Huancayo, a órdenes de Romero Roa, había llegado a Jauja, donde se detuvo. Desde allí, cumpliendo el mandato de su jefe, impuso a la población de Huancayo un fuerte cupo en dinero y cincuenta caballos de "primera calidad", que debían ser entregados en el perentorio plazo de 48 horas, bajo amenaza de saqueo e incendio de la ciudad, en caso de incumplimiento.

Salí entonces con mi pequeña fuerza, situándome a una legua del pueblo, en el sitio llamado Quebrada Honda, desde donde mandé algunas patrullas para que observasen los movimientos del enemigo.

Al ver mi salida y creyendo que iba a detener el avance chileno, librando un combate, y ante la amenaza que hacía el lugarteniente de Letelier desde Jauja, inquietáronse los vecinos de Huancayo, conside-

rando que un inminente peligro cerníase sobre la población, lo cual no pasó de ser felizmente más que una simple alarma.

Permanecí varios días en Quebrada Honda, haciendo creer al enemigo, mediante estratagemas, que mis fuerzas eran numerosas, y logrando de este modo disuadirle de su avance sobre Huancayo.

En esta ocasión sobresalieron la abnegación y patriotismo del coronel Tafur, jefe de estado mayor, quien no obstante su avanzada edad, la inclemencia del clima, la inminencia del peligro y la necesidad de velar toda la noche, me disputaba el derecho de vigilar las avanzadas, servicio en el cual nos turnábamos él y yo.

Tratándose de un ejército completamente organizado, tal servicio no incumbía, desde luego, al mando en jefe, una vez dispuesto por el estado mayor. Mas con tropas improvisadas y bisonías debía procederse así, para estimular a la gente y mantenerla siempre entusiasta y animosa con el propio ejemplo.

Y es oportuno consignar, de paso, que en comarcas montañosas (como la andina del centro en que iniciábamos la campaña), el problema de la conducción militar se complica sobremedida, imponiendo al mando un extraordinario despliegue de actividades, muchas veces subalternas que, en operaciones regulares y terreno llano, le serían muy ajenas.

También fueron importantes los servicios que prestó el mayor Osambela, llevando sus exploraciones hasta muy cerca del enemigo y causándole algunas bajas.

En estos días fui informado en Huancayo que el alcalde y comerciantes de esa localidad habían reunido sigilosamente una parte del cupo impuesto por el enemigo y requisado 30 caballos, y que solo esperaban llegase la noche para enviar dicho contingente al jefe chileno, encargándose de tal cometido don Manuel Zevallos.

Esta noticia me causó gran indignación, al ver la falta de entereza de quienes sacrificando sus intereses, se proponían satisfacer una imposición del invasor. Antes que se realizara tal propósito, pues presumía que para ello intentarían burlar mi vigilancia, ordené al coronel Tafur arrestar al alcalde y exigirle la entrega inmediata del dinero colectado, que ascendía a 60,000 soles. Al mayor Osambela le mandé apoderarse de los 30 caballos depositados en la hacienda La Mejorada.

Cumplimentadas estas órdenes, reproché al alcalde su conducta, y éste se disculpó alegando haber sido un acuerdo del vecindario, que juzgaba improcedente toda resistencia en las inmediaciones de la población, sin disponer de suficientes fuerzas militares.

Desde entonces pude contar con algunos fondos, pues hasta la fecha no había tenido ningunos. Este dinero sirvió para aliviar en algo la triste situación pecuniaria de los jefes y oficiales, dándoles un sueldo de los varios que se les debía. Y en cuanto a la tropa, ordené la "paga" semanal de dos soles a cada soldado; además, compré tocuyo

asargado azul para la confección de vestuario del batallón Huancayo, ya organizado, y cuyo mando confié a don Juan Quintana, quien fue el que con más entusiasmo contribuyó a su formación. Acompañábase como asesor y secretario un veterano oficial de carrera.

CONTRAMARCHA DE LETELIER A LIMA. COMBATE DE SANGRAR

Ante las reiteradas órdenes del contralmirante Lynch impartidas a Letelier para que abandonara el departamento de Junín, vióse compelido a disponer su regreso a Lima. Para proteger su marcha de Cerro de Pasco a la capital, Letelier ordenó desplazar de Casapalca, donde acantonaba el batallón Buin, un destacamento (100 ó 120 hombres) de dicho batallón al caserío de Cuevas.

El capitán Araneda, comandante de dicho destacamento, dejó unos cuantos soldados en Cuevas, y se trasladó con el grueso de sus fuerzas a la hacienda de Sángrar, propiedad de don Noberto Vento, con el fin de proveer de mejor alojamiento y subsistencia a su tropa.

Al enterarse el coronel Manuel de la Encarnación Vento, en Canta, de la ocupación de Sángrar por fuerzas enemigas, púsose al frente de los 100 hombres que debían integrar el batallón Canta N° 1, aún en formación.

Con esta pequeña columna y 40 guerrilleros del subprefecto Emilio Fuentes, marchó por las alturas que bordean la hacienda y cayó sorpresivamente sobre el destacamento enemigo. Repuestos los chilenos de la sorpresa, y rápidamente parapetados en torno de la casa-hacienda y en la capilla, opusieron denodada resistencia al atacante, empenándose una furiosa refriega, que terminó hacia la caída de la tarde, con la derrota del destacamento enemigo, que perdió más de la mitad de su efectivo y dejó unos 50 rifles en poder de los canteños.

Este inesperado golpe, apresuró la retirada de Letelier, que abandonó el departamento de Junín sin obtener el cupo ni cumplir su amenaza de incendiar Huancayo, y para lo cual hubiera tenido que batir antes a mis tropas que él creía numerosas.

PROSIGUE LA ORGANIZACION DEL EJERCITO. MI REGRESO A TARMA. INSTALACION DEL CUARTEL GENERAL EN ESTA CIUDAD

Libre el departamento de Junín de la planta chilena, resolví regresar a Tarma e instalar allí mi cuartel general. Tenía dos batallones regularmente organizados. Una parte del cupo que iba a ser entregado a Letelier fue empleado en la adquisición de pertrechos para dichas unidades.

Antes de salir de Huancayo, incorporáronse a mis tropas 80 voluntarios ayacuchanos, al mando del coronel Angel Campos, alistados por el coronel Pedro José Ruiz. Esta columna de voluntarios estaba compuesta en su mayoría por distinguidos jóvenes de Ayacucho, algunos de los cuales vinieron en sus propias cabalgaduras.

Con esos dos batallones y los voluntarios ayacuchanos salí de Huancayo y me trasladé a Jauja, pasando luego a Tarma. Durante el viaje traté de aumentar mis fuerzas con nuevos voluntarios y contingentes remitidos por los gobernadores, recordando a los habitantes de los pueblos del tránsito el imperioso deber que tenían de acudir a la defensa nacional, y recordando a las autoridades locales alistar gente y enviarla a Tarma, al cuartel general.

A poco llegaban, efectivamente, a este lugar los contingentes enviados por las autoridades de los pueblos circunvecinos. Con estos contingentes se formó un nuevo batallón, el Tarma, cuyo equipo fue costado por don Fortunato Bermúdez, distinguido patriota tarmeno.

Entretanto, iban también llegando grupos de militares veteranos que, extraviando caminos, lograban sortear las patrullas enemigas. De Ica llegó una columna de 50 hombres, al mando del teniente coronel Benigno Zevallos.

El jefe de estado mayor se encargó de dar a los tres batallones ya formados la correspondiente dotación de jefes y oficiales, quienes se dedicaron empeñosamente al adiestramiento de la tropa.

Luego dicté disposiciones relativas al levantamiento de nuevas partidas de guerrilleros en la quebrada de Huarochirí, en la provincia del mismo nombre, y cuyo subprefecto, don Ricardo Bentín, consagróse a tal faena con todo entusiasmo.

El ejército, aún en embrión, carecía hasta entonces de artillería, y para dotarlo de esta arma, mandé traer los cuatro cañones de ánima lisa que existían en el fuerte de San Ramón, en Chanchamayo. Estas piezas, una vez trasladadas a Tarma, sirvieron de base a la artillería, cuyo mando confié al comandante José Ambrosio Navarro.

CAPTURA DEL DESTACAMENTO PERUANO ENVIADO POR EL GOBIERNO DE LA MAGDALENA.

ACRECENTAMIENTO DE LAS FORMACIONES GUERRILLERAS

Por noticias recibidas de Lima, supe que el nuevo gobierno establecido en la Magdalena, del cual me ocuparé más adelante, enviaba al centro una columna de 100 hombres conduciendo 200 rifles y municiones, para levantar tropas contra las mías. El gobierno de la Magdalena creyó sin duda que yo alistaba gente para sostener la dictadura del señor de Piérola, cuando mi pensamiento y toda mi actividad se centraban única y exclusivamente en la defensa de la patria. Más

tarde, ya reunido el congreso de Chorrillos, pudo convencerse de lo contrario.

Para cerrar el paso a este destacamento, ordené a don Ricardo Bentín que dispusiera convenientemente las guerrillas que tuviese a la mano. Efectivamente, los guerrilleros de San Mateo pusieron en emboscada en Chicla y asaltaron el tren, sorprendiendo y capturando a dicho destacamento con todos los pertrechos que conducía.

Tan luego como recibí el parte correspondiente, bajé a Chicla, acompañado de mis ayudantes y escolta e increpé su censurable conducta a los coroneles Pablo Solís y Carrillo Ariza, jefes del destacamento. Y ordené que dichos jefes, así como el teniente coronel Aguila y el sargento mayor Illéscas, que también formaban parte de la expedición, fueran conducidos presos a Ayacucho, donde se encontraba el dictador. Los demás oficiales que manifestaron su deseo de plegarse a la causa de la resistencia, así como la tropa, fueron incorporados al ejército.

Fue también desde entonces que se dio mayor impulso a la formación de guerrillas. Estas se constituían en partidas de pocos hombres, teniendo a la cabeza, como jefe, al individuo más prestigioso del lugar de donde procedían. Pero cuidábase así mismo que el cabecilla reuniese las especiales condiciones que impone tal género de lucha. El jefe designaba sus comandantes subordinados de acuerdo con la opinión de los integrantes de la partida, y de este modo la gente se sometía gustosa a la más completa obediencia.

Las guerrillas servían como *elemento auxiliar* en los diversos cometidos y acciones de las fuerzas regulares, así como en las operaciones del ejército, secundando los propósitos del mando en jefe.

Exigíase a las guerrillas gran rapidez en los movimientos, para dispersarse prontamente ante el peligro y volver a reunirse para caer de improviso sobre el enemigo,teniéndole siempre inquieto y hostigándole por todas partes. Sus marchas debían realizarlas, por lo general, de noche, acampando o vivaqueando durante el día en alturas inaccesibles o caseríos aislados, donde no pudieran ser fácilmente descubiertas. Debían los guerrilleros eludir todo combate formal, y solo aceptarlo estando seguros de las ventajas de su posición y superioridad numérica. Sin embargo, no pocas veces contravenían estas ordenanzas, impulsados por sus arrebatos de entusiasmo. El jefe de guerrilla debía estar en primer término y cuidar constantemente del buen trato a la población civil, con cuyo apoyo había de contarse siempre. La actitud y el sentimiento de la población civil tienen grande influencia en todo movimiento guerrillero.

Sus primeros organizadores fueron el comandante González y los mayores Rivas e Incháustegui; don Adrián Medina, don José Granados y otros cuyos nombres no recuerdo por el momento, así como

don Ricardo Bentín, ya mencionado, y don Luis Tello, vecino prestigioso de Huarochirí.

DE TARMA A HUANUCO Y MI REGRESO A CHICLA:
ESCARMIENTO DE LOS INDIOS CONTRA UN CURA.
PATRIOTICA ALOCUCION DE OTRO SACERDOTE. TROPAS
DE ADUVIRE. ORGANIZACION DEL MANDO EN CHICLA

Mejorado el estado de mis tropas con el botín capturado, y después de haber dado instrucciones a los guerrilleros sobre su actuación frente al enemigo, regresé de Chicla a Tarma para disponer el traslado del cuartel general a aquel lugar. Luego pasé a Cerro de Pasco y seguidamente a Huánuco para ordenar la reunión de las fuerzas de Aduvire a las mías, a la vez que procurar algunos fondos tocando el sentimiento de los naturales de esos pueblos.

En esta excursión fui acompañado de mi secretario, teniente coronel Luis I. Ibarra, mis ayudantes José Miguel Pérez, Carlos Amézaga, Enrique Oppenheimer, Lizandro La Rosa y capitán Augusto Bedoya; además, una fracción de mi escolta, mandada por el teniente coronel Lucidoro Cava.

Al trasladarme de Tarma a Cerro de Pasco, se me informó en el pueblo de Junín que los vilcabambinos se habían apoderado de la ciudad del Cerro, después de reñida lucha con los acaudalados mineros Minaya y Cortázar.

Restablecido el orden, me disponía a proseguir viaje a Huánuco, cuando apareció, inusualmente, por la plaza, una multitud de indios paseando la cabeza del cura Lino, a quien habían degollado por los abusos cometidos en su parroquia. Corrí bastante riesgo de ser arrojado con mis acompañantes, pues los indios estaban furiosos. Sin embargo, traté de calmarlos, lo que conseguí con no poco trabajo. Luego continúe mi marcha a Huánuco.

Inmediatamente después de mi llegada a esta ciudad, reuní al alcalde y vecinos notables, entre los que se encontraban los señores Durand, Ingunza, Cantuarias y otros varios, y les expuse la mala situación en que se encontraban mis tropas, solicitándoles su ayuda en metálico. Atendieronme en el acto, poniendo a mis disposición 3,000 soles.

Como tal cantidad no correspondía a mi llamamiento, motivado por una santa causa, el cura párroco del lugar, aprovechando el sermón de la misa dominical, apostrofó desde el púlpito a los donantes calificándolos de tacaños, en razón de lo poco que habían erogado.

Por la noche fui obsequiado con un banquete por don Joaquín Durand, al que concurrieron el cura párroco y personas principales de la ciudad. Durante la comida protestaron algunos convidados, que encontrábanse aún sentidos por las palabras del cura y le pidieron las

retirase; pero el sacerdote se negó a ello, y antes bien las ratificó en un conceptuoso y patriótico brindis, dejando a todos complacidos.

Conseguido el modesto auxilio en dinero regresé a Cerro de Pasco, ordenando antes, en Huánuco al coronel Aduvire trasladar sus fuerzas a Chicla. Orden que ya no cumplió personalmente este jefe, por haberse marchado al norte de la república, encargándose del cumplimiento de ella el teniente coronel Juan C. Vizcarra.

En Cerro de Pasco mandé requisar 30 mulas de propiedad del minero Minaya, manifiestamente contrario a la causa de la resistencia, las cuales fueron utilizadas para cargar el material de artillería y la impedimenta.

Mientras tanto, jóvenes voluntarios y soldados veteranos reunidos en Tarma, habían formado una nueva columna, denominándola Concepción, y designando como jefe al dr. Francisco Salazar y Ramos, al que acompañaban, como subordinados inmediatos y entusiastas colaboradores los oficiales de carrera José Ramón, Pedro Pareja y Agustín Orellana.

Cuadro de los Jefes y Oficiales en Chicla.

En Chicla se constituyó el cuadro de los jefes y oficiales; se organizó el mando de las diversas unidades ya organizadas, así como los servicios más indispensables.

Desde entonces comenzó ya a dibujarse con firmes caracteres la constitución del ejército. La etapa organizativa que se inició en abril tocaba a su término en el mes de agosto.

Entre los muchos jefes y oficiales que se incorporaron desde el comienzo al ejército, figuran los siguientes con sus colocaciones provisionales respectivas.

En el estado mayor general:

Jefe: coronel Manuel Tafur; ayudante: capitán Gaspar Tafur. En las diversas reparticiones de dicho instituto: coronel Federico Fernandini; mayores: Daniel García Moreal, Benito Valdivia, Benjamín Sáenz, Daniel Gómez Marcial; capitanes: José R. Chilet, Aurelio Sánchez, Juan E. Nulet, José M. Vega, Esteban Morales, Fermín Améiza; tenientes: José S. Rivera; subtenientes: Andrés M. Cancino, Ricardo Guzmán de Malamoco, Miguel López Lavalle.

En la columna "Constancia"

Tenientes coroneles: Manuel Trujillo, José M. Leiva, E. B. Valdizán; capitanes: Manuel Villavicencio, Mariano Rodríguez; subtenientes: Protacio Arauco, J. M. Rodríguez.

En el Batallón "Junín Nº 3"

Tenientes coroneles: José M. Villegas, Jacinto Llerena; capitanes: Martín Gómez, Manuel Labarthe; tenientes: Abraham Ballenas, Felipe S. Cárdenas, Adolfo Diegues, Dionisio Fajardo, Domingo Páez, José Ruiz, Nicanor Vivas, J. E. Benavides, Foción Fajardo; subtenientes: Fernando Carrión, Carlos Decker, Carlos Puertas, Rafael Ramírez Jara.

En la escolta.

Teniente coronel Lucidoro Cava; capitán J. L. Gómez; subtenientes: José Garay, Leandro Tambini.

En la caballería.

Sargento mayor: Tomás Boza.

En el batallón "Ica"

Capitanes: Juan José Aguirre, José N. del Carpio, José Cornejo.

En la Intendencia.

Teniente coronel Andrés Freire; mayor Juan N. Saravia; subtenientes: Fermín Aguinaga, J. E. del Risco.

En la secretaría.

Capitán Aurelio Gutiérrez.

Como ayudante de la jefatura superior.

Subteniente Juan Núñez.

En la ambulancia.

Teniente Mariano Piérola.

Agregados al estado mayor.

Sargento mayor Emilio Fuentes, subprefecto de Canta; teniente Melquiades Medrano, ayudante de la subprefectura; teniente coronel Juan Quintana, comandante militar de Izcuchaca.

Casi todos los jefes y oficiales que aparecen en esta nómina eran de carrera, veteranos, que habían pertenecido al extinguido ejército de línea.

Mi viaje a Cerro de Pasco y Huánuco alentó mi espíritu confortando mi esperanza en la consecución de mi propósito. En todos los pueblos del tránsito patentizábase el vehemente deseo de luchar contra el invasor.

De Tarma dirigí una nota (31 de julio) al dictador, manifestándole que la carencia de armas me impedía aprovechar el entusiasmo de la gente y proceder a su alistamiento; por lo cual le solicitaba or-

denar al contralmirante Montero, jefe superior político y militar del norte, la remisión de parte del armamento sobrante que tenía en su poder. Pero el dictador pasó por alto mi pedido.

EL EJERCITO ESTA FORMADO. SU COMPOSICION ORGANICA. INSTALACION DEL CUARTEL GENERAL EN MATUCANA

Después de una corta permanencia en Chicla, a mi regreso de Huánuco, trasladé el cuartel general a Matucana, en el mes de agosto, y bajé a la quebrada excitando el entusiasmo de los guerrilleros.

Las tropas del coronel Anduvire llegaron a Matucana, conducidas por el teniente coronel Juan C. Vizcarra. Y junto con ellas vinieron el sargento mayor Juan C. Mendizábal y otros oficiales.

Procedente de Puno llegó el batallón Lima Nº 8 (de línea), al mando de su jefe, el coronel Remigio Moráles Bermúdez.

A estas fuerzas uniéronseles otras pequeñas columnas organizadas, entre tanto en la región del centro.

Una vez constituido el mando y los servicios en Chicla, en Matucana llevóse a término la organización del ejército, el que tomó definitivamente el nombre de Ejército del Centro. Su composición, el 31 de agosto de 1881, era, en líneas generales, la siguiente:

Jefe de estado mayor: coronel Manuel Tafur.

Subjefe de estado mayor: coronel Angel Campos.

Primera división.

Comandante general: coronel Remigio Morales Bermúdez.

Primer batallón, Lima Nº 8 Primer jefe: coronel Mariano R. Espinoza.

Segundo batallón, Zepita Nº 2. Primer jefe: teniente coronel J. M. Villegas.

Segunda división.

Comandante general: coronel Manuel La Jara.

Primer batallón, Junín Nº 3. Primer jefe: teniente coronel Juan C. Vizcarra.

Segundo batallón, Tarma Nº 7. Primer jefe: teniente coronel (temporal) Fortunato Bermúdez.

Tercera División.

Comandante general: teniente coronel Benigno Zevallos.

Primer batallón, Ica Nº 4. Primer jefe: teniente Coronel Lucidoro Cava.

Segundo batallón, Huancayo Nº 5. Primer jefe: teniente coronel Juan Carvo.

Escuadrón de caballería.

Primer jefe: sargento mayor José Osambela.

Brigada de artillería.

Primer jefe: teniente coronel José Ambrosio Navarro.

Dos baterías: ocho cañones (cuatro procedentes del fuerte de San Ramón y cuatro traídos, posteriormente, de Cerro de Pasco).

Maestranza.

Jefe: teniente coronel Guillermo Yáñez.

Una secretaria.

A cargo del teniente coronel Luis I. Ibarra, teniendo como adscritos a don Lizandro de la Puente; capitanes: Roberto Bustillos y Lizandro La Rosa, y teniente Abel Bedoya y Seijas.

Un cuerpo de ayudantes.

Integrado por un selecto grupo de entusiastas jóvenes y cuyo jefe era el comandante Florentino Portugal. Conserva mi memoria el recuerdo de los siguientes: Mariano M. Portugal, Ricardo Bentín, Eduardo Lecca, Pedro Hurtado Prada, Enrique Oppenheimer, Abel Quimper, Vicente S. Palomino, Carlos Amézaga, Eulogio Caveró, Darío Enríquez y Benavides, José Miguel Pérez, Ignacio del Vigo, Félix Costa y Laurent, León Andraca, Ernesto Velarde, Ernesto J. de Mora y Salvador Mariátegui.

Servicio de sanidad.

Se organizó más tarde con los doctores: Mariano C. Mispireta, José M. Zapater e Ignacio Dianderas.

Pagador del ejército.

Teniente coronel Andrés Freire.

Observaciones:

Batallón Lima Nº 8: —antiguo cuerpo de línea, que vino de Puno.

Batallón Zepita Nº 2: —integrado por fuerzas del anterior batallón Jauja.

Batallón Junín Nº 3: — formóse con las tropas de Aduviere y algunos gendarmes.

Batallón Ica Nº 4: —Fue constituido con fuerzas de Ica, Cañete y Yauyos.

En Canta organizábanse dos batallones: el Canta Nº 1 y el Canta Nº 2, que debían constituir la 4a. división, a órdenes del coronel Manuel de la Encarnación Vento.

El prefecto de Lima, que era a la sazón el coronel Agustín Bedoya, con residencia en Chancay, había organizado dos batallones, el Alianza Nº 9 y el Huacho Nº 10, de 250 hombres cada uno, mandados, respectivamente, por el teniente coronel Manuel Bedoya y el coronel Manuel Cáceres. Ambos batallones juntamente con otras tropas constituirían la división Vanguardia.

Llegó asimismo un piquete de caballería, con el nombre de Escuadrón 2 de Mayo, organizado en Ancash por el sargento mayor Nemecio Viana. En Huánuco habíase formado igualmente un batallón denominado América, que obedecía al coronel Máximo Araujo.

FORMACIONES IRREGULARES

En Matucana y toda la provincia de Huarochirí creáronse, de acuerdo con instrucciones especiales, nuevas agrupaciones guerrilleras. El mando conjunto de todas las guerrillas fue confiado al coronel Rafael Ramírez, con el título de comandante general de las guerrillas, afecto al cuartel general.

Independientemente de estas formaciones guerrilleras, los hacendados del centro, señores Peñaloza y Valladares, prestáronme su oportuna y valiosa ayuda organizando grupos de partidarios, los cuales tuvieron eficaz actuación, tanto durante la retirada del ejército del centro hacia Ayacucho, como en la contraofensiva de julio de 1882. Fueron precisamente los guerrilleros del mayor Teodoro Peñaloza los que tendieron una hábil emboscada a una de las columnas de del Canto en el puente de la Mejorada, sobre el río Mantaro.

Igualmente eficaz fue la cooperación prestada por el acaudalado propietario de la hacienda "Manchay", coronel José Arístides Arriz. De acuerdo con el comité de patriotas, organizado en Lima, reunía en su hacienda los pertrechos y demás efectos que éste enviaba y luego los hacía trasladar al cuartel general, con individuos de confianza y bien remunerados. Persuadido de su valioso prestigio le insinué formar grupos de guerrilleros montados. Dedicóse de inmediato a tal faena y una vez organizados, le expedí el nombramiento de comandante del Escuadrón de guerrilleros de Ate.

Del Cerro de Pasco nos vino algunos fondos, proporcionados por los comerciantes de esa plaza, los que sirvieron para atenuar un tanto la penosa situación de las tropas y adquirir algunos rifles.

En aquella ciudad —Cerro de Pasco— había quedado el coronel Máximo Tafur, encargado de conseguir pertrechos y bastimentos, cometido que cumplió diligentemente, pues hacia mediados de agosto se presentó en el cuartel general de Matucana el comandante Martín Valdivia, con una nota del coronel Tafur comunicándome la remisión de quince quintales de pólvora, ciento cincuenta caballos, más de cien mulas, trescientas cincuenta reses vacunas, cosa de tres mil carneros y varias cargas de subsistencias y otros efectos.

En los primeros días de septiembre desertaron de la guarnición de la Magdalena 60 gendarmes y vinieron a incorporarse en nuestras filas.

ADIESTRAMIENTO DE LAS TROPAS. INSTRUCCION DE LA OFICIALIDAD DE ACUERDO CON LAS MODALIDADES DE LA GUERRA DE MONTAÑA

Una vez que, al fin, después de tantos afanes y vigiliass, tuve la satisfacción de ver constituido el Ejército del Centro, consideré conveniente acelerar e intensificar, en lo posible, la instrucción y adiestramiento de las tropas, para darles la necesaria consistencia y obtener así el potente núcleo que me era indispensable para la campaña. Los clases veteranos que habían hecho las del sur, y de Lima, prestaron eficaces servicios en esta laboriosa faena. Asistía personalmente a los ejercicios y a menudo los dirigía yo mismo. Esto regocijaba a la tropa y a mí me proporcionaba la coyuntura de conocer individualmente a mis soldados, lo cual me suministraba a la vez un provechoso índice para apreciar, en conjunto, el temple del instrumento de guerra que forjaba.

Reunía con frecuencia a los jefes y platicábamos y discutíamos sobre diversos aspectos de las operaciones militares y su conducción. Después de lo cual, tocábame a mí resolver lo más oportuno; redactándose enseguida las correspondientes *instrucciones*. Lo que yo procuraba ante todo, en tales conferencias, era infundir en su ánimo el más grande optimismo, pues nada hay más necesario, para quien tenga que conducir tropas novatas o en formación, que un mando lleno de optimismo. De este modo se coloca en condiciones de sopesar libre de engaños, las debilidades y inconveniencias de sus propias tropas. Y lejos de amedrentarse ante los contratiempos, despliega sus facultades mentales en busca de los medios indispensables para dominarlos y, consciente de sí mismo, arrostra con éxito las dificultades y obstáculos que se le interponen.

La instrucción de los oficiales también fue objeto de mi constante preocupación. Y aunque todos ellos eran veteranos, que habían pertenecido al antiguo y extinguido ejército de línea, quería que se penetrasen del sistema de guerra que poníamos en práctica, muy distinto del que hasta entonces habíamos seguido desde Tarapacá hasta Miraflores. Nuestra guerra era ahora una guerra de *circunstancias especiales de montaña andina*. Guerra asaz movida de singulares facetas y modalidades que rehúsa todo dogmatismo y sujeción a rígidos preceptos abstractos y ordenancistas; y en la cual las condiciones de presente y la posibilidad son, por lo general, factores determinantes en la adopción de las decisiones del mando.

Nuestra campaña consistiría, primeramente, en una apropiada combinación de pequeñas acciones locales; estratagemas, lazos, emboscadas, escaramuzas y golpes de mano, en los que la sorpresa, la rapidez de los movimientos, la astucia, el engaño, la maña y el artificio más que la fuerza nos servirían para suplir las desventajas de nuestra inferioridad numérica en hombres y medios de combate.

Los coroneles Tafur y Morales Bermúdez tomaron a su cargo la instrucción de los oficiales y su tarea no fue sino agradable, por la gran voluntad y deseo de aprender que demostró la oficialidad.

EVACUACION DE CHOSICA POR LOS CHILENOS. TRASLADO DEL CUARTEL GENERAL DE MATUCANA A CHOSICA. EL TIFUS. DISPOSICIONES ORGANICAS.

Amanecía el 28 de setiembre, cuando los centinelas apostados en los cerros de los alrededores de Chosica avisaron haber observado preparativos de marcha en la guarnición enemiga. Días antes me habían anunciado de Lima que tropas chilenas en gran número (más de 3,000 hombres) atacarían en breve nuestras posiciones. Estos primeros avisos parecían, pues, confirmar la comunicación recibida de la capital. Pero al mediar la mañana informaron que la guarnición chilena habíase embarcado en el tren y abandonaba el pueblo. Comprobada esta noticia, ordené que destacamentos guerrilleros se pusieran sobre Chosica.

La guarnición enemiga componíanla los batallones Maule y Aconcagua, que eran frecuentemente hostilizados por repentinas incursiones y zalagardas de los guerrilleros. En momentos de evacuar el pueblo, los chilenos lo incendiaron, salvándose únicamente la estación del ferrocarril gracias a la intervención del superintendente, Mr. Silley, de nacionalidad inglesa.

En los primeros días de octubre, trasladé el cuartel general de Matucana a Chosica, punto central y cabecera andina, que domina los valles del Chillón, del Rímac y del Lurín; excelente posición, fácilmente defendible y desde la cual se tendría en constante alarma al adversario.

Apenas ocupada por nuestras tropas, dispuse tomar todas las medidas de seguridad indispensables para evitar una sorpresa, instalando puestos avanzados e inutilizando la vía del ferrocarril hasta más allá del pueblo de Chaclacayo.

Los puestos avanzados estaban provistos de cohetes de colores para hacer señales al mando en jefe, indicando, según lo convenido; un cohete de color rojo, la presencia del enemigo; dos o más del mismo color, que se había iniciado el ataque enemigo o roto los fuegos; dos o más bengalas azules que se retiraba el adversario; mientras que el amarillo significaba no haber ninguna novedad. Este medio de

señales prestó servicios muy útiles. En ocasiones y sitios apropiados hizose también uso de las "ahumadas".

Las columnas de guerrilleros estaban distribuidas en dos secciones: la de la derecha que vigilaba y protegía la quebrada de Canta, en cuyo lugar se encontraba el segundo batallón de este nombre; y la de la izquierda, que vigilaba la quebrada de Yauyos. La quebrada central, de Huarochirí (llamada simplemente la quebrada), estaba resguarda por tropas regulares y protegida a la vez por ambas secciones guerrilleras.

Cada una de estas secciones obedecía a su respectivo comandante general, el que a su vez estaba subordinado al *comandante general de las guerrillas*.

Las tropas enemigas que abandonaron Chosica, se establecieron en el fundo Quiroz, a menos de una legua de Lima, desplazando sus avanzadas hacia Vitarte; en tanto que las nuestras hallábanse escalonadas de Matucana a Chosica, pero conservando un riguroso enlace.

De esta suerte, resultaba fácil la traslación de las tropas de Canta a Chosica; y, en consecuencia, di las respectivas órdenes para que el batallón Canta N° 2 viniera a reunirse con el Canta N° 1, y se organizara un nuevo cuerpo de tropa en Canta, para reforzar la protección de la quebrada del mismo nombre contra cualquier ataque eventual del enemigo.

El ejército chileno, encerrado en Lima, veíase a menudo hostilizado por los guerrilleros que, por diversos puntos, incursionaban hasta inmediaciones de la capital, y aprovechando audazmente sus correrías sacaban de ella armas, municiones y víveres proporcionados por el Comité Patriótico, que funcionaba secretamente en Lima, y que luego servían para armar y alimentar nuestro ejército, en el cual, en sus comienzos, una parte de los soldados sólo estaba armado de rejonos y hondas, armas primitivas que le servían unas para la lucha cuerpo a cuerpo y otras para lanzar piedras a considerables distancias, aparte del uso de las "galgas" que se hacían rodar desde la cumbre de los cerros hacia los pasos estrechos y encañadas, por los cuales se atrevían a discurrir los destacamentos enemigos, produciendo la muerte y confusión en sus filas.

Más tarde, ya regularmente armado nuestro improvisado ejército, aquellas armas rudimentarias, consistentes en rejonos (variedad de lanza o pica), así como las "galgas" y hondas, quedaron circunscritas a los guerrilleros, los que constituyeron destacamentos especiales de "rejoneros", "galgueros" y "honderos". Desde luego que también contaban con algunos anticuados fusiles, escopetas, pistolas, revólveres, arcabuces y trabucos.

El 3 de octubre se nombró pagador general del ejército al sargento mayor Francisco Mendizábal, en reemplazo del teniente coronel Andrés Freire, que desempeñaba interinamente dicho puesto.

En el cuartel general de Chosica, tomé todas las disposiciones requeridas cuando se está cerca del enemigo y se presume una acción. Y con el fin de estar prevenido para la defensa, envié, el 14 de octubre, un pliego de instrucciones al coronel Agustín Bedoya, manifestándole que noticias recibidas de Lima, hacíanme saber que el alto mando chileno preparaba un movimiento ofensivo directo sobre Chosica-Matucana, simultáneo con un ataque secundario a Chancay. En tal virtud le ordenaba trasladar de inmediato la división Vanguardia hacia la quebrada de Canta, para evitar que fuera atacada en aquel lugar, corriendo el riesgo de ser destruida, sin poder recibir oportunamente ningún socorro. En cambio, dispuesta en la quebrada de Canta y utilizando la escabrosidad del terreno, podría no sólo sostenerse ventajosamente, sino también cerrar el paso al enemigo que intentase avanzar por ella en dirección a Tarma.

El 18 del propio octubre recibí la dolorosa información de haberse declarado en el campamento una terrible epidemia: el tifo. La víspera había fallecido el sargento mayor Adolfo Irigoyen, y ese mismo día murió el teniente coronel Benigno Zevallos, comandante general de la tercera división. La aparición de esta epidemia me causó honda inquietud.

Ese mismo día se me comunicó el fallecimiento del coronel Agustín Bedoya, prefecto de Lima, acaecido el día anterior, 17, en Chancay. Para reemplazarle interinamente nombré al coronel Juan Gastó, quien debía asumir también el mando de la división Vanguardia.

En este mismo mes, el contratista del ejército, Pérez, escapó de Lima, conduciendo a la quebrada una máquina de ferrocarril, la cual prestó valiosos servicios para el transporte y vigilancia de las tropas de Chosica a Chicla.

Mientras yo me dedicaba a recorrer la línea que ocupaba el ejército y eran rechazados por los guerrilleros los esporádicos tanteos de los destacamentos chilenos, los oficiales instructores proseguían diligentemente el adiestramiento de las tropas, las que por entonces encontrábanse ya en excelente estado de disciplina.

Pero la falta de armamento hacía sentir cada día más. Todas mis peticiones dirigidas al dictador, resultaron estériles. Y bien hubiera podido atenderme —según tengo apuntado—, ordenando que los rifles sobrantes que tenía el contralmirante Montero en Cajamarca, pasaran a mi disposición. Además, llegué a enterarme que en el arsenal de Arequipa había cosa de cinco mil fusiles nuevos, aún encajonados. Y, sin embargo, la falta de armamento dejaba fuera de filas a sinnúmero de voluntarios que continuamente se presentaban y de los que precisaba tanto el ejército.

SUCESOS POLITICOS. GOBIERNO DE CARCIA CALDERON. EL CONGRESO DE CHORRILLOS ME ENVIA SUS DELEGA- DOS. LLEGADA DE MI ESPOSA AL CUARTEL GENERAL

El 22 de febrero de 1881 se reunió en Lima una junta de notables, presidida por el señor Aurelio Denegri y designó presidente provisional de la república al dr. Francisco García Calderón. El flamante gobierno se estableció en la Magdalena, que fue declarada zona neutral por el jefe de la ocupación.

En el mes de julio (el 10) se instaló en el local de la escuela de Clases ("escuela de cabos") de Chorrillos un congreso, bajo la presidencia del señor Francisco de Paula Muñoz, y ratificó la elección hecha por la junta de notables, proclamando presidente provisorio de la república al supracitado Dr. García Calderón.

Este congreso, en sus sesiones preparatorias, acordó enviar al centro un delegado especial con amplios poderes, para invitarme a reconocer al nuevo gobierno. El diputado Dr. Agustín D. Zapatel, designado como tal, llegó a Chicla (8 de julio), donde a la sazón me encontraba.

Al alcanzarme la nota de que era portador, firmada por varios senadores y diputados, me explicó los motivos que habían obrado en el ánimo de sus poderdantes y me instó a reconocer al gobierno provisorio, ofreciéndome la vicepresidencia. Pero yo no acepté ni la invitación para dicho reconocimiento ni el alto cargo que se me prometía como recompensa, en razón de considerarlos como un asidero para la guerra civil o, por lo menos, como factores nocivos que provocarían el debilitamiento del nervio de la resistencia en momentos en que justamente se requería la más grande energía.

Poco después presentáronse en mi cuartel general de Chosica los doctores José María Quimper, Luis Carranza, N. Flores Chinarro y Salvador Cavero, quienes vinieron a ponerme al corriente de la situación política y de las gestiones que, para conseguir una paz compatible con el decoro de la nación, habían sido emprendidas por el Dr. García Calderón, con los auspicios del ministro norteamericano, Mr. Stephen Hurlbut.

Los ponderados argumentos de estos señores sobre la eficacia de las diligencias del gobierno provisional, no podían convencerme, pues me asistía la triste persuasión de que las condiciones de paz propuestas por Chile jamás serían razonables, como púsose ya de manifiesto en las conferencias de Arica. Sus intenciones eran asaz claras. De modo que, en la situación en que me encontraba, no percibía otro recurso que el de la prosecución de la resistencia armada, como lo único capaz de modificar los aviesos designios del invasor. Por lo demás, en el ejército del centro dominaba una opinión completamen-

te adversa a las ideas de paz sustentadas por el gobierno de la Magdalena.

Manifesté, pues a dichos señores que no me oponía a los arreglos que se llevaran a cabo para conseguir una paz decorosa; pero les declaraba al propio tiempo mi firme resolución de permanecer al frente del ejército, defendiendo el honor nacional, mientras aquellos no se concluyeran. El doctor Químper retornó a Lima y los demás señores se trasladaron a Tarma.

Por esos mismos días, mi esposa, la señora Antonia Moreno, viéndose asediada por el enemigo, debido a sus actividades en pro de la causa patria, huyó de la capital y vino a la quebrada a ponerme al corriente de la situación política por la cual atravesaba Lima y el gobierno de García Calderón, manifestándome la ninguna confianza que se tenía en ese gobierno, pues nadie conceptuaba buenos sus trabajos y trámites iniciados para alcanzar la paz y que, por consiguiente, no serían aceptados por la opinión pública.

Luego regresó a Lima, volviendo a unírseme más tarde en compañía de mis tiernas hijas Hortensia, Zoila Aurora y Rosa Amelia, quedándose desde entonces a mi lado durante gran parte de la campaña y soportando con resignación y fe todas sus penalidades y vicisitudes.

Los informes de mi esposa me mortificaron sobremanera, pues me hicieron entrever alzado ya el fantasma de la discordia civil, el cual, de no desaparecer, tenía que influir de modo desastroso en la prosecución de la campaña de la resistencia.

Un pueblo que quiere vencer con el incompleto instrumento de guerra de un ejército improvisado¹², a más del caudillo militar requiere una buena, activa y vigorosa dirección política; un gobierno que, lleno de un apasionado amor a la patria, sepa entusiasmar a las masas por la causa y el ideal que persigue la guerra, ahogando sin consideración alguna todo síntoma de debilidad. Pero tal gobierno no existía y yo anhelábalo intensamente.

Mi vida en la quebrada era muy movida; constantemente tenía que recorrer la línea que ocupaba el ejército, dando órdenes y observando que fueran cumplidas estrictamente. Además, los guerrilleros reclamaban mi presencia en distintos puntos, pues con mis palabras alimentaban su espíritu combativo.

Al pasar de Santa Eulalia a Carampoma, en uno de mis viajes de inspección, don Adrián Medina, vecino principal de este último lugar, me participó que, con su propio esfuerzo y peculio, había levantado una partida de guerrilleros, y que como segundo jefe tenía al señor Vila, vecino también de Carampoma. Esta partida fue la que rechazó el avance de dos compañías del batallón Buin, comprometiéndole su flanco y retaguardia, y obligándolas a retirarse con una

pérdida de más de 60 hombres. Más tarde dicha guerrilla engrosó sus filas y se transformó en el batallón Atahualpa.

Después de haber dado a Medina algunas instrucciones, me trasladé a Cieneguilla, donde quedé gratamente sorprendido, cuando el cura del lugar, don Eugenio Ríos, se me presentó para participarme que tenía bajo sus órdenes un numeroso grupo de partidarios que había armado y del cual era jefe. Le felicité, aplaudiendo su patriotismo. Luego me manifestó su deseo de continuar al frente de sus guerrilleros, solicitándome le invistiese con un grado militar para mayor eficacia de su autoridad. Acepté gustoso su petición y le nombré comandante general de las guerrillas de Cieneguilla, con el grado de coronel temporal.

Para atender a la subsistencia de las tropas, acudí al patriotismo de los propietarios y vecinos de Chosica, Santa Eulalia, San Mateo y Matucana, los cuales, según sus posibilidades, nos proporcionaban reses vacunas y carneros, papas y otros productos de primera necesidad.

LA ASAMBLEA DE AYACUCHO

Mientras tanto, el dictador, después de haber recorrido los departamentos del sur y pasado a La Paz (Bolivia), asistía, en el mes de julio, a la asamblea convocada por él anticipadamente.

El 28 de julio de 1881, día del aniversario patrio, se instalaba la asamblea de Ayacucho y ante ella deponía el poder dictatorial el señor de Piérola.

Pero, en seguida presentó una proposición suscrita por 27 representantes, pidiendo se proveyese la jefatura suprema, vacante por la renuncia del dictador. La moción fue aprobada por unanimidad, y se eligió a Piérola presidente de la república.

El presidente y la asamblea quedaron instalados en esa ciudad durante varios meses, hasta noviembre; y en este lapso se dictaron varios decretos y resoluciones, tendientes a regularizar el nuevo orden de cosas, pero sin lograr dar unidad al gobierno de la república, que era, por entonces, lo que más interesaba. Entre tanto, los pueblos del sur y del norte comenzaron a pronunciarse por García Calderón, y pusieron en situación apurada al gobierno de Ayacucho, y con él al ejército del centro que yo mandaba, dando lugar a los acontecimientos que ocurrieron más tarde.

PROYECTOS DE VIAJE A CHANCAY. DESERTORES CHILENOS

En el mes de octubre presentáronse serias dificultades en la provincia de Chancay, a causa del fallecimiento del prefecto y comandante general del departamento de Lima. Con tal motivo, hube de

preparar un viaje a esa provincia para poner término a la anormal situación allí creada, a la vez que dictar algunas providencias relativas a la pronta organización de los nuevos contingentes ya reunidos.

El día 20 nombré al coronel Remigio Morales Bermúdez, comandante general de la plaza de Matucana, hacia donde debía trasladar el cuartel general. En seguida di instrucciones al coronel Tafur, quien debía representarme durante mi ausencia. Preveníale que en caso de ser atacadas las tropas del coronel Martín Valdivia, en Morón, y obligadas a ceder ante fuerzas enemigas superiores en número, se replegaran a Chosica, donde debían prolongar la resistencia por todo el tiempo que fuese posible; de ser nuevamente compelidas al retroceso, lo efectuarían hasta Purhuay, y, por último, hasta San Bartolomé y Surco. Preveníale asimismo que hicieran coronar de guerrilleros los cerros dominantes para que aquellos cayesen sobre el enemigo en el momento oportuno, sin descuidar de colocar vigías que observasen las rutas de Cieneguilla y Piedra Lisa, por donde presumía que el chileno intentaría algún movimiento agresivo.

Al cura-coronel Ríos, comandante general de las guerrillas de la izquierda, le recomendé reduplicar su vigilancia sobre el Portachuelo de Manchay, para evitar una sorpresa del enemigo por ese lado.

Pero mi proyectado viaje a Chancay se frustró, porque en momentos de emprenderlo (24 de octubre), recibí avisos de Lima, anunciándome la pronta salida de considerables fuerzas enemigas hacia la quebrada.

En vista de lo cual, envié varias notas al coronel Manuel de la Encarnación Vento, comandante general de la cuarta división, acantonada en Canta, para que procediera de inmediato a reconocer todos los caminos que terminan en los cerros Huascata y Pariachí, apostando destacamentos guerrilleros en los sitios más apropiados y dominantes, a fin de que al aparecer el enemigo le atacasen por retaguardia.

Pero el coronel Vento no cumplió mis órdenes ni dio cima a la organización del batallón de reserva, ni tampoco remitió al cuartel general 139 rifles y más de 20,000 cartuchos que, por la ruta de Canta, me había remitido mi delegado secreto en Lima, coronel Gómez Silva, quien adquirió esos pertrechos en la misma capital, con dinero que le mandé para tal objeto.

Mis reiteradas comunicaciones a Vento resultaron inútiles, pues no obstante haberle hecho presente que tenía la gente acuartelada y sólo aguardaba los fusiles para organizar un nuevo batallón, no atendió a mis requerimientos, causando así un verdadero perjuicio al ejército de la defensa.

Continuamente presentábanse, en grupos o individualmente, en nuestro campamento, desertores del ejército enemigo, los mismos que eran remitidos a las haciendas de la selva de Chanchamayo, como

peones, siendo el comandante Díez el encargado de llevarlos a dicha región.

Uno de aquellos días, en Chosica, fui sorprendido por la visita de un coronel completamente desconocido para mí. Presentóse en el cuartel general elegantemente uniformado, jinete en un buen caballo y acompañado de dos soldados. Al interrogarle acerca de su personalidad, me respondió ser el cura Ríos de Cieneguilla; dióme cuenta del estado y actividades de sus guerrillas, y yo le di instrucciones para el mejor desempeño de su cometido.

ACTIVIDADES OFENSIVAS DEL EJERCITO CHILENO. COMBATE DE CIENEGUILLA. ATENTADOS CONTRA MI PERSONA

Los chilenos reducidos hasta entonces a poseer la capital sin controlar sus alrededores ni mucho menos la zona central más alejada, resolvieron, al fin, operar ofensivamente. Para lo cual, como medida preliminar, prolongaron su línea hacia mi izquierda extendiéndole más allá de la Calera, Tebes y San Juan.

Justamente por ese lado, un destacamento chileno de 300 hombres atacó, el 21 de octubre, nuestras avanzadas de Cieneguilla. Los 60 guerrilleros que las formaban sostuvieron el combate cerca de dos horas, hasta que abrumados por el fuego de la fuerza contraria, replegarónse al grueso de su destacamento, que ocupaba mejores posiciones.

Apenas tuve conocimiento de este hecho, alisté 200 hombres del batallón Zepita y del escuadrón escolta y me trasladé al lugar del suceso, para contrarrestar la acción del enemigo; pero a mi llegada a este punto, ya se había retirado a sus posiciones en los arrabales de Lima, después de haber saqueado e incendiado la casa-hacienda de Cieneguilla.

La situación del ejército hacía cada vez más apremiante. No contaba con un solo centavo en caja y no había con qué comprar carbón para alimentar la máquina del ferrocarril, por lo cual hubo necesidad de mandar a mi ayudante, teniente Joaquín Durand, a Cerro de Pasco, con una nota para el prefecto de Junín, en la que le pedía los fondos existentes en la caja departamental. A la misma ciudad fue el mayor Juan Saravia, con una partida de mulas destinadas al transporte del carbón que, de acuerdo con el prefecto, debía ser adquirido en la propiedad del minero Claudio Gutiérrez.

Como yo recorría frecuentemente la línea del ferrocarril de Chosica a Chicla, trató el enemigo de aprovechar esta circunstancia para atentar contra mi persona.

Seguramente, el alto mando chileno juzgó fatídica mi vida y, para hacerme desaparecer y desbaratar la organización de la resistencia armada, compró varias veces, a bajo precio, la maldad de algu-

nos hombres faltos de todo escrúpulo, que se encargaron de poner en juego los medios más ruines para acabar con mi existencia, lo cual no llegaron a conseguir, por fortuna.

En uno de esos días, el tren en que viajaba con mis ayudantes quedó detenido de repente a la salida de un túnel. Bajé al instante con mis acompañantes y fui informado por el maquinista norteamericano Mr. Wall (a quien llamaban "Cáceres chico"), que había detenido el tren en esa forma brusca, por haber advertido una piedra de gran tamaño colocada en la línea con intenciones seguramente criminales. No presté mayor atención a este hecho; aguardé a que se hiciera retirar el pedregón y continué el viaje.

Poco después, en otra excursión, fue detenido el tren en la misma forma que la anterior, en la quebrada del Infiernillo, por haber notado el mismo maquinista que los rieles habían sido removidos intencionalmente, para que al salir el tren del túnel, en vez de pasar por el puente, se precipitase al fondo del abismo. El oportuno aviso de Wall, quien me guardaba singular estimación, evitó que se realizara la catástrofe, merced únicamente a su acreditada pericia. Reparado el desperfecto, continuamos la marcha.

Ante este nuevo atentado, ordené a las autoridades del tránsito vigilaran estrictamente la línea para evitar la repetición de tales hechos.

Sin embargo, lograron los criminales burlar nuevamente la vigilancia de los puestos distribuidos a lo largo de la línea férrea, y movieron los rieles, poniéndolos de tal modo que nadie se habría dado cuenta, a no ser el mismo Wall, quien dando oportunamente el grito de: "¡peligro!", volvió a salvarnos de la catástrofe. Los rieles estaban desviados hacia el precipicio: el cauce del río Purhuay.

Días después se capturó a dos chilenos que fueron sorprendidos en el momento en que levantaban los rieles de la línea. Conducidos a Matucana, fueron interrogados y declararon haber procedido a mover los rieles con el propósito de hacer volar el tren en cumplimiento de las órdenes del contralmirante Lynch. Dichos individuos fueron sumariamente ejecutados.

DESCONOCIMIENTO DE PIEROLA EN EL SUR Y NORTE DE LA REPUBLICA. DIFICIL SITUACION DEL EJERCITO DEL CENTRO. INSISTENCIA DEL GOBIERNO PROVISIONAL. LLEGADA DE LA DIVISION VANGUARDIA

En los primeros días de noviembre de 1881, supe que el ejército de Arequipa había desconocido la autoridad de Piérola el 7 de octubre, reconociendo la de García Calderón; y que el 23 del propio mes de octubre, había hecho lo mismo en el norte el contralmirante Montero, quien había sido designado primer vicepresidente y aceptado

el cargo. Tales sucesos agravaron la situación del ejército del centro, pues comenzaron a dividirse las opiniones de los jefes, en pro y en contra de la paz, y fueron, desde luego, funestos en lo concerniente a la preparación de las próximas operaciones militares, para cuyo efecto, tenía ya tomadas algunas disposiciones preliminares. Así, el 20 de noviembre había nombrado al coronel Remigio Morales Bermúdez comandante en jefe del ejército, y, por la misma fecha, dispuesto la marcha hacia Chosica del escuadrón Comas, y, seguidamente, la del batallón América, que permanecía aún en Huánuco, así como la del batallón Yauyos y la de la columna organizada en Salcabamba, que debía llegar próximamente a Tarma.

Como faltara armamento para los nuevos contingentes de voluntarios, mandé una circular a los prefectos de los departamentos de Lima, Ica, Junín, Ayacucho, Huancavelica y Huánuco, autorizándoles tomar las medidas más conducentes para la requisición de las armas que obrasen en poder de particulares.

Pronunciadas ya las regiones del sur y del norte en favor de García Calderón, sólo la del centro seguía obedeciendo a Piérola.

En anterior ocasión habíame negado a reconocer la autoridad gubernamental de García Calderón; sin embargo, a comienzos de este mes de noviembre, llegó a Chosica el dr. Salvador Caveró, en comisión reservada del propio dr. García Calderón, para persuadirme a que me plegase al movimiento político operado en las antedichas regiones. Con tal propósito hízome Caveró una sucinta exposición de las gestiones que realizaba en Lima el presidente provisional, auspiciado por el ministro de los Estados Unidos, con el fin de llegar a la conclusión de una paz honrosa sin cesión territorial.

La presencia del dr. Caveró en el cuartel general causó cierto desagrado entre los jefes, pues presumían el objeto de su visita; y la opinión del ejército era hasta entonces contraria al gobierno de la Magdalena. No fue necesaria ninguna aclaración. El dr. Caveró había dado perfecta cuenta desde el momento de su llegada. De modo que solo me concreté a decir al amigo y coterráneo que refiriese al dr. García Calderón lo que había observado en mi cuartel general, durante su visita.

En momentos en que Caveró se disponía a retornar a Lima, alcanzáronme la noticia de haber sido aprehendidos, el dr. García Calderón y su ministro dr. Manuel M. Gálvez y confinados en la nave chilena *Cochrane*, por orden del jefe de la ocupación. Caveró decidió entonces quedarse y ofrecióme sus servicios, que acepté gustoso, designándole como secretario general de la jefatura superior del centro, en lugar del coronel Ibarra, que pasó a otra colocación.

La insólita nueva de la prisión del dr. García Calderón se la comuniqué de inmediato al contralmirante García y García, para que la hiciera llegar al presidente, señor de Piérola e hice también cono-

cer al ejército tal acontecimiento, mediante la orden general de 7 de noviembre.

Desde la prisión del dr. García Calderón, el alto mando enemigo extremó sus medidas de vigilancia para impedir la comunicación entre Lima y la región del centro. De ahí que yo ignorase, casi por completo, los sucesos que ocurrían en la capital, o llegase a conocerlos extemporáneamente. Los expresos enviados de Lima, tenían que vérselas con un cúmulo de riesgos y dificultades. En cambio, hallábame, por lo general, al corriente de lo que pasaba en el sur, tanto por los informes que recibía de allí, cuanto por la correspondencia que sostenía con el contralmirante García y García.

Precisamente, en la primera quincena de noviembre recibí el oficio, que en su calidad de presidente del consejo de ministros del gobierno de Ayacucho, me dirigió comunicándome que el presidente de la república, señor de Piérola, me había designado para ocupar la cartera de guerra; nota a que contesté (17 de noviembre) agradeciendo y aceptando el nombramiento. Pero no llegué a ocupar el cargo.

Hasta entonces mis relaciones con el coronel Vento y su cuñado Vargas habían mejorado un tanto, pues ambos, presentándose mis excusas, volvieron al cumplimiento de su deber, infelizmente por muy corto tiempo.

Al coronel Mariano Vargas, subprefecto de Canta y jefe del batallón Canta Nº 2, que se encontraba en Chosica, le ordené (13 de noviembre) que se constituyese en la provincia de su mando, a fin de prestar movilidad a la división Vanguardia, que debía haber salido de Huacho, siguiendo el itinerario marcado por el prefecto del departamento. Esta disposición quedó ya sin efecto, porque me avisaron de Lima que fuerzas chilenas habían partido de la capital con el propósito de sorprender y copar a dicha división a su paso por Macas. Con la anticipación que el caso requería ordené, mediante un expreso, al comandante de la división que variase la ruta de marcha, internándose para no ser cortado en ese punto. Otra comunicación, con la copia de dicha orden, remití al subprefecto de Chancay. Felizmente la orden, impartida llegó oportunamente a su destino. Vargas, a quien mandé al encuentro de la división, la alcanzó en Huachinga. La división prosiguió su marcha desviando caminos para burlar el asalto enemigo; llegó a Rauma (a seis leguas de Canta), donde descansó algunos días y luego reanudó la marcha, llegando a Chosica, bastante maltrecha, a causa de las peripecias del viaje, el 27 de noviembre, al mando del coronel José Cáceres.

Por aquellos mismos días ordené la prisión de un tal Bao, contratista de valijas del correo, por recaer sobre él la sospecha de haber delatado el movimiento de las tropas de Huacho. Y, para deslindar cualquier responsabilidad, dispuse se efectuasen los respectivos esclarecimientos sobre la acusación que se le hacía.

Escribí también al comisario del valle de Lurín y Pachacámac, ordenándole que un cañón y una partida de fusiles que me remitían de Lima, por vía marítima, fueran desembarcados y conducidos al cuartel general, por el lado sur, y entregados al comandante de las guerrillas de aquel sector, quien debía internar dichos elementos. Pero el comisario no pudo cumplir la orden, porque el encargado de la conducción y entrega de ese material, Eduardo Camacho, no se presentó en el lugar convenido. Los lancheros no sabiendo qué hacer con el cañón y los rifles y, a fin de que no cayesen en manos del enemigo, los enterraron en un islote de Chorrillos.

Hacia últimos de noviembre, el tifus había tomado ya considerables proporciones, ocasionando grandes pérdidas en el ejército. Diez a doce soldados perecían diariamente, y no valieron para impedir el contagio el continuo cambio de asentamientos y cuarteles, pues se carecía de los elementos de sanidad más indispensables, para detener el desarrollo de la mortífera epidemia. Con el fin de aliviar en algo el aflictivo estado de los enfermos se improvisó un hospital de campaña, donde fueron atendidos con los escasos auxilios médicos de que se pudo disponer.

Al propio tiempo que la peste abría sensibles brechas en las filas del ejército, una cantidad de rifles, viejos ya de suyo, comenzaban a deteriorarse, a causa de su continuo uso y las constantes lluvias, amenazando dejar desarmada parte de las tropas. Para atender a su inmediata reparación mandé establecer una nueva maestranza en Matucana.

LOS PUEBLOS DEL CENTRO ME OFRECEN LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA. EL CONFLICTO POLITICO DE CHOSICA

A la par que estas desdichas flagelaban al ejército, hízose en extremo difícil mi situación política, con la llegada al cuartel general de una delegación integrada por los principales vecinos de los departamentos del centro, la cual vino a proponerme que desconociera la autoridad de Piérola y aceptara la presidencia de la República, en atención a que, habiendo desconocido ya a dicha autoridad los pueblos del sur y del norte, había llegado el momento de asumir una actitud determinante, para resolver lo más pronto posible los destinos del país, cuyo lamentable estado no podía prolongarse indefinidamente.

Rehusé tal propuesta, declarando que mi única norma de conducta era la de continuar al frente del ejército, defendiendo el territorio patrio, hasta donde me lo permitieran mis fuerzas.

En seguida, me dirigí, por escrito, al señor de Piérola exponiéndole las condiciones en que se encontraba el ejército del centro, ante los pronunciamientos de los del sur y norte; expresándole, a la vez,

mi deseo de conocer cuáles eran los trabajos que tenía iniciados para conseguir la paz, o cuáles sus planes o proyectos para la continuación de la guerra. Contestóme que estaban autorizados los señores vocales don Antonio Arenas, don Eusebio Sánchez, don Jorge Loaiza y el coronel Torrico, para tratar con el jefe de la ocupación sobre la paz. Apenas recibí esta comunicación, escribí a dichos señores preguntándoles cuál era el estado de las gestiones emprendidas según las instrucciones que habían recibido del señor de Piérola. Manifestando suma sorpresa por mi pregunta, me contestaron asegurándome que no habían recibido comunicaciones de ninguna clase para tratar de la paz con el enemigo, y que tampoco habían sido designados delegados de Piérola.

En estas circunstancias, el coronel Guillermo Ferreiros, que se encontraba ocasionalmente en el cuartel general, reunió a los delegados del centro y les hizo una pormenorizada exposición sobre la situación política por la que atravesaba la república, para que, contemplándola con serenidad, adoptasen la decisión más oportuna, que acabase con el irregular estado de cosas existente.

Entonces reuniéronse en junta los delegados y acordaron desconocer al gobierno de piérola, que había perdido ya su prestigio en la opinión pública y cuya autoridad había sido desconocida en los departamentos del norte y del sur. Pero no reconocieron la autoridad de García Calderón y, como al principio, insistieron en su propósito de proclamarme presidente de la república.

Como, por otra parte, los jefes del ejército demostraron idénticas miras, víme obligado a permitir que se reunieran también en junta para cambiar ideas al respecto y acordar lo más conveniente a los intereses del país.

Esta junta de jefes ratificó el acuerdo anterior de los delegados del centro, desconociendo la autoridad de Piérola, sin reconocer tampoco la de García Calderón, y ofreciéndome también la presidencia de la república. Para dicho efecto, levantaron un acta (24 de noviembre) de proclamación, la cual fue suscrita, entre otros muchos, por los coroneles Remigio Morales Bermúdez, Angel Campos, Manuel Tafur, Miguel Jara, Guillermo Ferreyros, Manuel Cáceres, Martín Valdivia, Manuel Fernández, Pedro J. Montani; tenientes coroneles Juan C. Vizcarra, J. E. Villavicencio, Lucidoro Cava, José S. Díaz, Francisco Carbajal, Fortunato Bermúdez, Feliciano Loaiza, Francisco Cáceres, José Ansaldo, Benigno Dorregaray, Eloy Cabrera, José A. Navarro, Pablo Gonzáles, Andrés Freire, Pablo del Mar, Milcíades Ríos, Fermín Dalón; sargentos mayores José Manuel Osambela, Juan E. Saravia y dr. José Salvador Caveno.

A consecuencia del conflicto político surgido en el cuartel general de Chosica, con motivo de los actos de esta junta y de la procla-

mación que se hacía de mi persona para la presidencia de la república, la situación del país no podía ser más delicada y difícil.

Yo era, pues, el llamado a resolverla, y di respuesta al acta suscrita mediante una proclama (25 de noviembre), manifestando mi deseo de no inmiscuirme en asuntos políticos que originarían la anarquía en todo el país, y que mi única aspiración era la de continuar al frente del ejército conduciendo la campaña de la resistencia. Esta proclama la hice extensiva a todas las autoridades políticas y militares de la región de mi mando.

En esta misma fecha expidieronse algunos decretos dilucidando el ser y estado de mi autoridad de mando político y militar dentro el área de mi jurisdicción, y haciendo conocer al ejército los móviles que habían inspirado los sucesos políticos de Chosica, y dictando disposiciones especiales respecto a las relaciones entre el mando en jefe y los mandos subordinados, y los diversos servicios del ejército del centro.

El primero de tales decretos (25 de noviembre) decía:

"Considerando: que aunque el voto unánime y espontáneo de los pueblos y el ejército del Centro me ha conferido la investidura suprema de la república, he resuelto continuar prestando mis servicios a la patria, bajo el simple carácter de jefe superior político y militar.

Decreto: Art. 1º—No se empleará al dirigirse a la jefatura superior otro tratamiento que el que corresponde al cargo; Art. 2º—Hágase saber a la tropa, por órgano de sus jefes inmediatos, que la actitud asumida por el ejército desde el día 24, desconociendo la autoridad presidencial del señor d. Nicolás de Piérولا, tiende a secundar el movimiento operado en el mismo sentido por los pueblos del sur y del norte, y obedece a la necesidad de procurar la unificación del país; y que este procedimiento corresponde al propio tiempo a la imperiosa exigencia de evitar los horrores de una guerra civil que no habría tardado en estallar ante el avance de la división del coronel Suárez, fuerte de 3,500 plazas, enviada desde Arequipa sobre el departamento de Ayacucho; y que encargado el ejército del centro de defender la causa nacional frente al invasor que ultraja con sus bayonetas la capital de la república, no podría derramar su sangre en una lucha fratricida, sin traicionar los más elevados intereses que la patria impone...

*Comuníquese a la comandancia en jefe del ejército para que se publique por la orden general..."*¹³

El desconocimiento del gobierno de Piérولا en la región del centro, contribuía, pues, a secundar el movimiento político efectuado en las del sur y norte y a conseguir la unificación del país, evitando la guerra civil, que por cierto hubiera sido desastrosa. Toda oposición de las fuerzas del centro, para continuar sosteniendo a Piérولا, no habría tenido otros resultados que el derramamiento de sangre hermana y el de la pronta y total invalidación de la resistencia armada y, con ella, la humillante caída del país en manos del invasor.

Apenas terminado el acto del desconocimiento de la autoridad de Piérola, se despachó un comisionado especial llevándole el oficio en el cual se le comunicaba el acuerdo tomado por los pueblos y el ejército del centro. Este comisionado encontró a Piérola en Tarma, adonde se había trasladado de Ayacucho, sede de su gobierno, al ser informado de que la nueva jefatura política y militar del sur, enviaba sobre aquella ciudad una fuerte división al mando del coronel Belisario Suárez. Una vez que le fue entregada la nota, y luego de enterarse del desconocimiento de su gobierno, Piérola expidió un decreto (28 de diciembre), abdicando el poder y calificando como acto de rebeldía la resolución tomada por los pueblos y ejércitos del sur y del centro, resolución que me vi obligado a seguir, inspirado en el sentir unánime y en las conveniencias primordiales de la nación. Precisamente, en mi manifiesto de 25 de noviembre dejaba perspicuamente sentada la veracidad de los hechos y la de mi proceder.

En el propio decreto de su dimisión, el jefe supremo disponía que todas las fuerzas que en el centro le obedecían pasaran a mis órdenes. En la misma fecha lanzó una corta proclama a la nación y en seguida se dirigió a Lima, por la ruta de Canta.

La actitud asumida por los pueblos del centro y por el ejército de mi mando, no podía sorprender al señor de Piérola, porque yo le había tenido, hasta entonces, al corriente de todo lo que pasaba en el cuartel general. De manera que, a más bien, ya esperaba lo que se produciría en breve.

Tanto es así que cuando el señor de Piérola a su llegada a Tarma, visitó a mi esposa —quien se encontraba por aquellos días en dicha ciudad y alojaba en casa de mi madre, la señora Justa Dorregaray— le manifestó hallarse enterado de todo y que abrigaba el propósito de dimitir el poder.

Desde la abdicación de Piérola, continué en la región del centro la campaña de la resistencia, actuando de manera completamente independiente. Por cierto, que tal independencia la tenía ya desde el comienzo de la campaña; pues el señor de Piérola jamás trató de intervenir las disposiciones y órdenes emanadas del mando militar del Centro. Dentro de la vasta zona de mi jurisdicción tenía la más amplia autonomía, incluso en lo referente a nombramientos de autoridades políticas y comunales. Mi subordinación al gobierno de Ayacucho a este respecto, se limitaba a darle cuenta de determinados nombramientos que, a mi parecer, requerían la formalidad de una aprobación *a posteriori*.

El acuerdo tomado por el ejército del centro y comunicado a las comandancias generales y demás autoridades políticas y militares, fue recibido con beneplácito en todas partes, adhiriéndose a él los principales jefes, entre los cuales figuraban el coronel Manuel de la Encarnación Vento, en Canta, y el coronel Arnaldo Panizo, en Ayacucho,

y a quien envié una nota (29 de noviembre) manifestándole que, en virtud del decreto del ex presidente de la república, señor de Piérola, había dispuesto que las tropas que permanecían aún bajo su obediencia se trasladasen de inmediato al cuartel general de Chosica, pues su incorporación al ejército del Centro era de premiosa necesidad para reforzar la línea de defensa sostenida a pocos kilómetros del enemigo, en desventajosas condiciones. Esperaba, pues, el cumplimiento de tal disposición.

Con motivo de la dimisión de Piérola, vino a engrosar las filas del ejército del centro el escuadrón de caballería que le había servido de escolta, a órdenes del coronel Pedro Pablo Nieto y el mayor Celso N. Zuleta, con el nombre de Cazadores del Perú.

Pero ocurría que a medida que aumentaban las tropas, escaseaban los recursos para sostenerlas, por lo cual mandé al pagador del ejército, coronel Mendizábal, a la capital del departamento de Junín, para que, de acuerdo con el prefecto, abriese una suscripción voluntaria a fin de reunir algunos fondos.

Como en la zona de mi jurisdicción permanecían numerosos presos políticos, detenidos por orden del gobierno de Ayacucho, expedí un decreto disponiendo su libertad incondicional. Algunos de ellos pasaron a alistarse en las banderas de la resistencia.*

A raíz de la dimisión de Piérola, según queda consignado en la transcrita carta de Montani, varios jefes de los que formaban su estado mayor y su séquito, vinieron a incorporarse al ejército del centro; otros pasaron a Lima. Entre estos últimos llegó a Chosica el general Buendía, con quien departí un largo rato. En tal oportunidad me manifestó Buendía estar completamente desilusionado del ex dictador, por no haber encontrado en él ningún concepto claro con respecto a la guerra ni menos a la prosecución de ella en el interior del país; haciéndome también algunas referencias sobre las inquietudes y actividades políticas del señor de Piérola.

Ni el general Buendía, pues, ni el coronel Secada, jefe de estado mayor del gobierno de Ayacucho, que se incorporó al ejército con todo el personal a sus órdenes, ni ningún otro jefe, de los que vinieron de Ayacucho, me hizo jamás la menor alusión al estratégico plan de ofensiva peruano-boliviano, elaborado por el exjefe supremo.¹⁴

VENTO DISUELVE SUS TROPAS Y DEJA AL DESCUBIERTO EL FLANCO DERECHO DE NUESTRAS POSICIONES. PANIZO NO ACUDE A MI LLAMAMIENTO

Una vez en Lima el ex presidente Piérola, parece que se arrepintió de haber dejado el mando supremo, y consintió en que sus amigos políticos enviaran agentes secretos con el fin de provocar la desmoralización de mis tropas, y se dirigieran también a varios jefes adictos a él, incitándoles a desobedecerme, lo que cumplieron al punto el

coronel Manuel de la Encarnación Vento, disolviendo la división que estaba a sus órdenes, y el coronel Arnaldo Panizo, negándome su concurso, cuando más lo necesitaba.

A pesar de que la peste continuaba haciendo fuertes estragos, los guerrilleros, parapetados en las alturas de la quebrada, irrumpían a menudo hasta extramuros de Lima.

Encerrados los chilenos en el círculo de la capital, estaban inquietos al ver que verdaderamente se efectivizaba y progresaba la resistencia armada. Pensé, entonces en una reacción ofensiva, atrayendo a las fuerzas enemigas hacia el interior, para luego acometerlas con ventaja, utilizando la estructura montañosa del terreno y el entusiasmo de las tropas. Mas, hube de desistir de tal propósito, cuando eché de ver que no podía contar con las fuerzas de Panizo, que me eran indispensables para tal operación. Y lo que era peor: la disolución de las tropas de Vento dejaba ahora al descubierto el flanco derecho del dispositivo general de nuestras fuerzas.

Como el coronel Panizo no había puesto a mis órdenes las tropas de su mando, en cumplimiento del ya citado decreto del señor de Piérola, ni contestado la nota que le dirigí al respecto, le reiteré, el 14 de diciembre, la orden de poner en marcha su división hacia el cuartel general, incorporando además a ella las pequeñas fuerzas destacadas en el departamento de Apurímac.

El prefecto de Ica, coronel Pedro Mas, al saber la abdicación de Piérola, en vez de continuar a disposición de la Jefatura Superior del Centro, declaró que habiendo abdicado Piérola, no existía ningún gobierno legal y que, por consiguiente, se mantenía en expectativa de la situación. Esta actitud del coronel Mas se debió, al parecer, a una falsa interpretación de la proclama que mandé cursar a raíz de mi repulsa a la designación que para presidente hizo de mi persona el ejército del centro. Más tarde, en claro el asunto, rectificó su actitud.

En cuanto a acciones militares, el día 13 de diciembre, las avanzadas de Cieneguilla, al mando del cura coronel Ríos, rechazaron un ataque chileno a dicho lugar. Ríos, replegándose, tomó nuevas posiciones y reforzó su línea con gente del escuadrón guerrillero Inmortales y de la columna Cáceres. Pero los chilenos no continuaron su avance; y, en la madrugada del día siguiente, abandonaron la hacienda, llevándose todo el ganado que encontraron; siendo luego hostilizados por los guerrilleros del Inmortales que los siguieron por Pampa Grande hasta las cercanías de Lima.

EL ESCUADRON CARABINEROS DE CHANCAY SE SOLIDARIZA CON EL MOVIMIENTO POLITICO DE CHOSICA. NUEVO ATENTADO CONTRA MI PERSONA

El escuadrón Carabineros de Chancay, que se encontraba en Huacho, al enterarse de la renuncia de Piérola, levantó un acta (5 de

diciembre) proclamándome también presidente de la república, acta que fue suscrita por el teniente coronel Antonio Arriaga, primer jefe; el sargento mayor Pedro Vargas, segundo jefe; los capitanes Zoilo Padilla, José Robles, Manuel A. del Pino; los tenientes Luis A. Rivadeneira, Abdón Gao, Ramón Isidro, Diego Espinoza, Manuel Aler, Pedro Arriaga; los alferoces José I. Puertas, Nicolás Málaga, Julio Morales, y otros más.

Serias dificultades, interpuestas por el enemigo, entorpecieron nuevamente mis labores. Estando en Chosica, fui sorprendido con la visita de un italiano, Antonio Gilesdone, que me propuso apoderarse de uno de los blindados enemigos que se encontraban surtos en la bahía del Callao, diciéndome que tal operación le sería muy fácil, por contar con los servicios de cincuenta griegos decididos, y que deseaba saber con cuánto podía recompensarle. Le manifesté que no disponía, por el momento, de dinero; pero que podía realizar su empresa por cuenta propia, con la seguridad que le remuneraría después. Me pidió 30,000 soles y como no acepté su propuesta, se retiró.

Un mes más tarde regresó y se me presentó diciéndome que en Lima había hablado con el señor Panizo, representante de Piérola, y que le había encargado que regresara donde mí para arreglar y aceptar la propuesta que hacía. Tampoco esta vez consiguió nada y se volvió como vino.

Poco después recibí una carta de la capital, enviada por un amigo mío, el señor Alberto Larco, en la cual me decía que, encontrándose en la antesala del palacio de gobierno, había sorprendido una extraña conversación entre el general Lynch y un italiano, a quien el contralmirante reconvenía el incumplimiento de su compromiso, respondiéndole el italiano que mi vida estaba en sus manos y que pronto daría buena cuenta de ella.

Sospechoso el señor Larco del plan criminal que se tramaba contra mí, al salir el italiano le siguió hasta el patio observándole detenidamente y luego me escribió previniéndome la celada que iba a tenderme.

Al cabo de algunos días volvió el italiano al campamento, siendo reconocido por una buena mujer —llamada la “Juanacha”— que venía con frecuencia a vender fruta, trayéndome también algunas veces oportunas noticias que captaba en los cuarteles y campamentos enemigos. Al pasar cerca de uno de los puestos avanzados chilenos, en Santa Clara, vio a dicho sujeto hablando con un oficial y que éste accionando las manos le gritaba ásperamente, pudiendo escuchar que el italiano le respondía: “esta vez no se me escapará”. La frutera vino inmediatamente y, llorando, me refirió lo que había escuchado. La calmé asegurándole que nada grave me sucedería, porque ya estaba advertido y conocía las criminales intenciones de ese individuo.

El italiano solicitó, en efecto, audiencia para hablarme. Hice salir de la oficina a los jefes y oficiales que en esos momentos estaban ocupados en sus labores cotidianas. Pero el coronel Tafur, que era por demás receloso, se opuso a dejarme solo. Traté de convencerle que nada me ocurriría, y aceptó esperar en el corredor, temiendo que me sucediese alguna desgracia.

Al entrar el italiano en la sala, me levanté del asiento y avancé hasta el centro de ella. Sin dejarle tiempo para nada, cogí de las orejas diciéndole: “¡Estamos solos! ... ¡canalla! ... ¡asesino! ... ¡cumple tu compromiso! ...” Pero el italiano, completamente desconcertado, cayó de rodillas, víctima de un percance indigno de referir, implorándome perdón.

Conducido preso al cuartel, se le encontró al registrarle, un puñal. Declaró haber sido enviado por el contralmirante Lynch para asesinarme. Ese canalla no pudo ser ejecutado porque se fugó, aprovechando los preparativos de la retirada que, a poco, se llevó a cabo.

AUXILIOS ENVIADOS DE LIMA AL EJERCITO DEL CENTRO

En Lima funcionaba ocultamente —como ya se dijo— un Comité patriótico, formado por los señores Carlos Elías, Pedro Helguero y otros caballeros, presidido por el ilustrísimo obispo Tordoya, que me proporcionaba cuantos recursos le era posible conseguir para el ejército, así como noticias sobre los movimientos de las tropas enemigas y sobre la situación política del país.

Al comandante Ambrosio Navarro le entregaron un cañón que habían conseguido, para que lo trasladase hasta el teatro de operaciones. Dicho jefe, para cumplir su cometido, valióse de una artimaña asaz peligrosa. Aparentó conducir al cementerio de la capital un cadáver, y dentro del ataúd logró sacar el cañón con su respectivo cortejo, formado por oficiales de paisano, quienes continuaron su marcha por el camino del cementerio hasta Chosica.

Otro de nuestros audaces jefes, prácticos en faenas de tal jaez, era el coronel Mariano Muñoz, quien entraba continuamente en Lima, y luego extraía de ella pertrechos y vituallas de todo género, burlando al efecto la vigilancia de las guardias enemigas que debían impedir tales hechos.

Mi esposa, quien se encontraba ya de vuelta en Lima, no obstante estar vigilada por la policía chilena, reunía sigilosamente, junto con otras damas, en el local del antiguo teatro del Politeama, armas, municiones y artefactos diversos para el ejército y los remitía a Chosica, aprovechando de que nuestras avanzadas llegaban casi hasta las puertas de Lima.

Fue tanto el entusiasmo de algunos patriotas en la capital, que en cierta ocasión se apoderaron del caballo favorito del contralmirante Lych y me lo remitieron para que me sirviera de él.

Pero así como había ciudadanos que se esforzaron por contribuir al sostenimiento del ejército, no faltaron tampoco malos elementos que trataban de destruir la labor que con tantos afanes realizaba.

En el cuartel general de Chosica, se presentó un día un joven, Belisario Barriga, diciéndome ser universitario y ofreciéndome sus servicios que, desde luego, acepté creyéndole un verdadero patriota. Y llegado el momento de utilizarlos le envié a Lima en comisión, con 3,000 soles, que había reunido con no pocos esfuerzos, y que debía entregárselos a monseñor Tordoya, para la adquisición de fusiles. Junto con Barriga fue el comandante Ordóñez, encargado de recoger las armas adquiridas. Pero el tal universitario desapareció en Lima con el dinero destinado a una obra sagrada, y, no contento con su infame acción, denunció al comandante Ordóñez, dando lugar a que este pundonoroso jefe fuese flagelado públicamente por los chilenos en el local de la intendencia de policía¹⁵.

SITUACION DEL EJERCITO DEL CENTRO. CRISIS POLITICA. MI PROPOSICION PARA SOLUCIONARIA

Hacia comienzos de diciembre, la estructura orgánica del ejército del centro había ganado notablemente en robustez y volumen, a pesar de las numerosas bajas causadas por el tifus. La división Vanguardia, fuerte de 600 plazas, encontrábase ya en el campamento de Chosica desde últimos de noviembre, y días más tarde incorporáronse al ejército varios jefes y oficiales procedentes de Ayacucho, a la vez que ingresaban nuevos contingentes de voluntarios.

El ejército hallábase también convenientemente distribuido para contrarrestar cualquier fortuito ataque enemigo. Destacamentos guerrilleros ocupaban las alturas que dominan los principales valles ya mencionados en anterior oportunidad, constituyendo la pantalla de las tropas regulares.

Estaban los guerrilleros en constante alerta, mediante señales transmitidas de cumbre a cumbre de los cerros. De ahí que los esporádicos ataques del adversario fueran todos rechazados; replicando los guerrilleros con raudos golpes de mano a sus puestos avanzados.

Si la situación militar era, hasta cierto punto, halagadora; la política, en cambio, tenía hondamente preocupado.

El objeto de mis vehementes deseos era el de la unificación nacional bajo un solo gobierno. Con lo cual interpretaba también el anhelo de los pueblos.

El ejército de mi mando al desconocer el gobierno de Ayacucho, hizo formal declaración de no someterse al de la Magdalena; circunstancia que impedía se operase una fusión nacional a la sombra del gobierno provisional.

Tal situación podría acarrear, como consecuencia, funestos trastornos políticos, si no se procedía a la pronta solución del problema gubernamental. Las noticias que se filtraban de Lima a Chosica, eran por demás mortificantes.

Consideré entonces que la forma más práctica de llegar a la anhelada unificación era mediante el establecimiento de una junta de gobierno.

Y en tal concepto, dirigí una nota (15 de diciembre de 1881), a modo de consulta e insinuación a la vez, al jefe superior político y militar del sur. Portadores de ella fueron el coronel Juan Gastó y el señor Augusto Benavides, quienes debían explicar al coronel José La Torre los alcances de mi pensamiento político.

Hacía en dicha nota una breve exposición de los sucesos de Chosica, entre ellos el referente a la proclamación de mi persona a la presidencia de la república, la que rehusé reiterando que sólo deseaba mantener mi actual cargo de jefe superior político y militar del centro y jefe de la resistencia en esa zona del territorio nacional. Y luego sugería la formación de una junta de gobierno, integrada por representantes de todos los partidos políticos (eliminando mi persona) y que pudiera satisfacer los anhelos del país. "Tal Junta —agregaba—, constituiría un centro de fuerza y de acción, capaz de imprimir el sello de la unidad en el sentimiento público y propender, con el concurso de los pueblos en general, a una solución inmediata de los más importantes problemas: el de la guerra y el de la reorganización del régimen interior, por medio de una asamblea constituyente que, como encarnación del voto popular, sería árbitro de nuestros destinos y la sólida base de un orden constitucional."

Mientras aguardaba la contestación del jefe superior del sur, me dediqué a atender los asuntos que se relacionaban con el ejército y la defensa.

EL ALTO MANDO CHILENO SE APRESTA A ABRIR CAMPAÑA CONTRA EL EJERCITO DEL CENTRO. NUEVAS INSTANCIAS A PANIZO PARA QUE VENGA DE AYACUCHO

Mientras continuaba el tifus diezmando mis tropas, avisáronme de Lima que el alto mando enemigo, alarmado con la organización del ejército del centro y sus frecuentes incursiones, había resuelto

montar una fuerte expedición hacia el interior, la que sería mandada por el propio contralmirante Lynch.

La noticia me sorprendió en una de las etapas más difíciles de mi larga brega en la quebrada; precisamente cuando las enfermedades hacían horribles estragos en las tropas y parte del armamento se encontraba en lamentable estado de deterioro. Fue entonces que llamé nueva y urgentemente al coronel Panizo.

Lo más grave era, empero, que el sistema defensivo de Chosica, con su flanco derecho en el aire, por la defección de Vento, quedaba ahora expuesto a ser totalmente arrollado. Y ¡qué fatal coincidencia! Tal defección ocurría, justamente con la resolución del alto mando enemigo de abrir campaña contra el ejército del centro, cuando nada serio había emprendido mientras los guerrilleros llevaban sus correrías hasta los suburbios de la capital.

El 25 de diciembre recibí, al fin, una comunicación de Panizo en la que me decía que movería sus tropas en cuanto tuviese los recursos suficientes para ello; por lo cual, para allanar este obstáculo, escribí inmediatamente a don Tomás Patiño, amigo mío, radicado en Ayacucho, encomendándole hipotecara o vendiera uno de mis fundos, a fin de proporcionar al Coronel Panizo el dinero que requería.

Como no existía aún en el ejército del centro un cuerpo de tropa que recordase el glorioso hecho de armas de Tarapacá, y estando constituido el batallón Lima Nº 8 por jefes, oficiales y soldados que concurrieron a aquella memorable jornada, dispuse, por medio de la orden general de 31 de diciembre, que dicho batallón llevase en lo sucesivo el nombre de Tarapacá y fuera el primero de la línea.

RETIRADA DEL EJERCITO DEL CENTRO A SU BASE DE OPERACIONES EN EL DEPARTAMENTO DE JUNIN

Nuevas comunicaciones de Lima confirmáronme la noticia sobre la próxima salida de la expedición chilena. Además, recibí partes de las guerrillas apostadas en las alturas de Chosica de haber divisado patrullas de exploración enemigas.

Ante la grave amenaza que entrañaba la expedición enemiga, reuní a los principales jefes y, tras una sucinta apreciación de la situación general, ordené levantar el campamento y emprender la retirada hacia Junín, nuestra base de operaciones. Esta determinación obedecía a fundados motivos.

La epidemia mortífera del tifo desarrollada en Huarochirí hacía más de un mes, había azotado a las tropas en tal grado que el número de bajas, por defunciones y enfermos, ascendía a una cifra alar-

mante. Las condiciones propias de la estación, la organización bastante deficiente del servicio sanitario y otros inconvenientes, como la escasez de recursos, que no se ocultaba a nadie, fueron las causas que impidieron combatir eficazmente el mal, el que recrudecía cada día más, multiplicando el número de sus víctimas.

Sin embargo, esta situación de suyo calamitosa no hubiera sido motivo para decidir por sí sola la retirada, porque resuelto firmemente el ejército a hacer todo género de sacrificios en pro de la patria, estaba dispuesto a arrostrar con resignada entereza los rigores de la peste.

Lo que había tornado verdaderamente crítica la situación del ejército del centro en la quebrada de Huarochirí era el vacío producido en su flanco derecho, sin que nuestros escasos efectivos nos permitiesen restablecer esa protección que estaba entonces a cargo de la división de Vento. También el flanco izquierdo vióse pronto seriamente amenazado.

En tales condiciones, pues, y en la imposibilidad de intentar ninguna empresa efectiva contra las fuerzas chilenas de la capital, inmensamente superiores a las mías, diezmadas ya por la peste y la traición, resolví la retirada.

La evacuación de la zona de Chosica significaba la pérdida de una excelente posición militar; pero no quedaba otro recurso, si se quería evitar una derrota tal vez decisiva. Por lo demás, la defensa no consiste en la espera inerte y pasiva del acontecimiento hostil. Hay que anticiparse a las actividades y propósitos del agresor. Sólo se aguarda cuando existen ventajas evidentes y positivas de resistir exitosamente; pero como éstas habían desaparecido por el momento, lo indicado era entonces recurrir al movimiento y compensar con la maniobra en retirada las materiales desventajas, cruzando, al propio tiempo, las intenciones del adversario.

La región de Junín ofrecía los recursos suficientes para reparar la salud de las tropas y reponer las bajas producidas; tenía además la esperanza de que allí se incorporaría al ejército del centro la división de Ayacucho, cuyo refuerzo era indispensable para impulsar la resistencia, activar las operaciones y crear nuevos momentos favorables para recuperar la ocasión perdida por la ausencia de dicha fuerza.

El 4 de enero de 1882 se rompió la marcha en retirada. Honda consternación experimenté al presenciar el desfile de mi tropa, toda extenuada y maltrecha. El ejército del centro, que en los momentos de la ocupación de la quebrada contaba con 5,000 plazas,

estaba ahora reducido a 2,500 hombres escuálidos, pero en quienes no habían desaparecido los destellos del valor y del patriotismo.

Antes de emprender la retirada, envié una circular a todas las autoridades de la región de mi mando, exponiéndoles las razones que motivaban el abandono de Chosica, tanto para evitar comentarios antojadizos y falsas interpretaciones, cuanto para que tal resolución no amenguara el ánimo por la causa de la resistencia.

Con la celeridad que el caso requería, dispuse que los enfermos de gravedad fueran encomendados a los habitantes de los caseríos circunvecinos, para que no cayesen en manos del chileno y, aprovechando el único tren que tenía a mi disposición, se comenzó el transporte de las tropas a Matucana.

DE CHOSICA A MATUCANA. TRAICION DEL CAPITAN LARA. SUBLEVACION DEL ESCUADRON CAZADORES Y MEDIDAS REPRESIVAS

En el primer viaje que hizo el tren, despaché a Matucana el escuadrón Cazadores del Perú, juntamente con otras tropas; pero el escuadrón que había sido la escolta del ex dictador Piérola, se sublevó en el trayecto, dispersándose gran parte de su personal, y solamente se logró dominar este motín con el fusilamiento de algunos de sus principales promotores.

Al propio tiempo que ocurría esta sublevación, el capitán Lara, jefe de las guerrillas de Sisicaya, dejaba el paso franco a los destacamentos enemigos que avanzaban por ese lugar. Los guerrilleros que permanecían fieles a la causa nacional, al descubrir su infamia le fusilaron; al registrar sus vestidos encontraron ocultos, dentro de las botas, documentos chilenos que probaban su traición. Su cadáver fue arrojado desde un barranco al abismo.

Multiplicando mi actividad en los lugares donde se hacía más necesaria mi persona, continué la difícil tarea de vigilar el transporte de las tropas a Matucana. Al llegar a este pueblo, ya entrada la noche, hice que pernoctaran en la plaza de Armas. Yo permanecí paseándome en el corredor de la casa del gobernador, sin poder conciliar el sueño, no obstante encontrarme sumamente fatigado a consecuencia del agitado trabajo del día. Pensaba en la grave situación que se había creado y estaba apenado al contemplar la fatalidad en torno nuestro. Era este el estado de mi ánimo, cuando a eso de la una de la madrugada, fue interrumpido el silencio de esa tétrica noche por las detonaciones de armas de fuego en el improvisado campa-

mento. Inmediatamente me encaminé al sitio del trastorno para averiguar lo que ocurría y hube de recibir una nueva y desagradable sorpresa: el escuadrón Cazadores, sublevado en la tarde, lo hacía otra vez, a pesar de las precauciones que se habían tomado para impedir todo acto de indisciplina.

Alarmado el campamento, los batallones Tarapacá y Zepita, de toda mi confianza, pusieron sobre las armas, listos a cumplir mis órdenes.

Los amotinados, al amparo de la oscuridad lograron fugarse en distintas direcciones, pero ocho, que habían intentado huir a Lima, fueron capturados por las avanzadas que mandaba aquella noche el mayor Osambela.

Conducidos ante mí, y comprendiendo que era llegada la hora de tomar una medida radical, dando una lección ejemplarizadora a las tropas, se acordó tras juicio sumarísimo, que fueran fusilados en la mañana del siguiente día, en presencia del ejército.

Formadas las tropas en cuadro, fueron colocados los desertores en la línea del ferrocarril y fusilados por una compañía del batallón Zepita. Aprovechando el momento y tratando de moralizar la tropa, para evitar la repetición de tales hechos, ordené que quince amotinados más, igualmente capturados, fueran también conducidos al sitio donde habían sido ejecutados los anteriores.

Al ver mi actitud, corrieron hacia mí y, arrojándose a mis pies, me prometieron no volver a sublevarse, jurando acompañarme hasta morir. Les amonesté severamente y acepté su promesa, ordenando su alta en mi escolta. Más tarde, esos individuos dieron verdaderas pruebas de valor y disciplina en varios y porfiados combates.

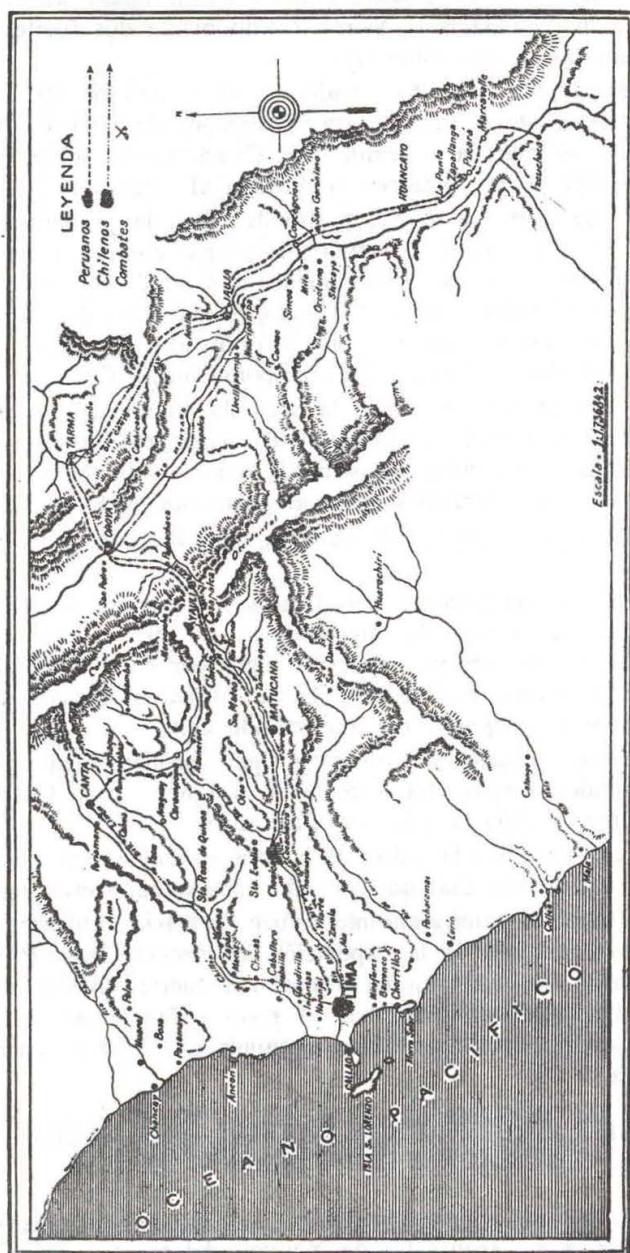
Desde luego que todos estos execrables motines tenían su origen en la capital, y eran provocados, unos por los agentes secretos del jefe de ocupación, y otros por emisarios del ex dictador.

Y como estos últimos persistiesen en su vitanda tarea de socavar la moral del ejército, con miras a su desorganización, lancé en Casapalca, el 6 de enero de 1882, un corto manifiesto, poniendo en transparencia los ignominiosos sucesos últimos y denunciando ante el país las asechanzas de los agentes del ex jefe supremo.

Las rigurosas medidas oportunamente adoptadas y la disposición de los indicados batallones, prontos a refrenar cualquier nueva intentona, dieron los más eficaces resultados.

Continuando mi marcha hacia el interior, que no presentó más dificultades que el paso de la cordillera, a causa de las fatigas sufridas por algunos soldados enfermos, llegué a la Oroya.

EL EJERCITO CHILENO ABRE CAMPAÑA CONTRA EL
EJERCITO DEL CENTRO. PRIMERA EXPEDICION Y SU
FRACASO



CROQUIS Nº 9

Operaciones en la "Quebrada", Región Lima-Izcuchaca:

Entre tanto, la expedición chilena encontrábase ya lista para ponerse en marcha hacia la Sierra. Componíanla dos fuertes divisiones, constituidas en dos columnas.

Según el plan del alto mando enemigo, una de las divisiones avanzaría de frente contra nuestras posiciones de Chosica, mientras que la otra, en marcha rodeante por Canta, caería sobre Chicla, a nuestra espalda, para cortarnos la retirada al interior.

El 1º de enero de 1882, partió de Lima la primera columna, fuerte de 3,000 hombres, al mando del propio contralmirante Lynch. Dicha columna se dirigió primeramente a Canta, siguiendo la ruta marcada por Caballero, Zapán, Yangas, Santa Rosa de Quives, Yasu, Cahua, Pariamarca hasta Canta, y, doblando en seguida por Lachaqui, San Pedro de Laraos y Carampoma, hacia Chicla.

El 5 del propio mes, salió la segunda columna, a órdenes del coronel Gana, y avanzó por el valle del Rímac, en dirección a Chosica-Matucana. Esta columna, con un efectivo de 2,000 hombres, tenía la misión de entretener a los nuestros amagando su frente, para dar así tiempo a que Lynch realizara su rodeo por Canta y cayese sobre Chicla.

Informado oportunamente de la salida y marcha de las dos columnas enemigas, y ante la imposibilidad de ofrecer una resistencia formal, por las razones ya expuestas, opté por el movimiento retrógrado, recogiénome rápidamente hacia Tarma, y haciendo fracasar de este modo el propósito del alto mando chileno.

Gana dio en vano en Chosica y siguió prudentemente mis huellas, separándonos sólo una jornada de distancia; pero Gana no tenía, al parecer, ninguna prisa en alcanzarme.

Cuando se realizó la unión de las dos columnas chilenas en Chicla, hacía ya algunos días que yo había abandonado ese lugar.

En Chicla, el contralmirante Lynch, resolvió retornar a Lima, encargando el mando de la expedición al coronel Gana. Previamente, constituyó con sus mejores tropas una fuerte división de 3,000 hombres, haciendo contramarchar al resto a la capital. La división Gana, que partió de Chicla, en mi seguimiento, el 19 de enero, llegó a la Oroya el 23.

PROSIGUE LA RETIRADA A TARMA. APRECIACION DE LA SITUACION. DE TARMA A JAUJA

Antes que los chilenos llegasen a la Oroya, había incorporado, en ese lugar, a mis tropas las de Yauyos, del coronel Tafur. En se-

guida mandé cortar el puente sobre el río Mantaro y proseguí mi marcha a Tarma.

En esta ciudad convoqué a una junta de guerra con el objeto de examinar la situación militar y ver si era o no conveniente enfrentarse al enemigo, o continuar la retirada. Se decidió por lo último, en vista de dos poderosas razones: la primera, la de ir en pos de apropiadas posiciones; la segunda, incorporar cuanto antes al ejército la división de Ayacucho, llamada reiteradamente desde Chosica. Para acelerar la movilidad de esta fuerza, envié como comisionado especial al coronel Pedro Montani, quien debía dar oportuno aviso tan pronto como el coronel Panizo dispusiera la marcha de sus tropas, una vez que el señor Patiño hubiese satisfecho la entrega de la suma requerida para tal objeto.

Se continuó, pues, la marcha retrógrada hacia Jauja-Huancayo, para instalar en esta última ciudad el cuartel general, allegar recursos y procurar el mejoramiento de la salud de las tropas.

Por el momento, mediante el movimiento habíase logrado hacer fracasar la intención del enemigo de batirnos sobre la línea Chosica-Matucana-Chicla, cortándonos la retirada.

De mi parte, una vez reforzado el ejército con la división de Panizo, pensaba emprender la reacción ofensiva, descendiendo nuevamente a la quebrada y arrojando al enemigo del interior. Entretanto, continuaría el retroceso, obligando al chileno a seguirme e internarse en terreno para él desventajoso; lo cual iría cansando y agotando sus fuerzas. El enorme espacio (factor geográfico) del teatro de operaciones, favorecía nuestro pensamiento estratégico.

Por desgracia, a poco vi ensombrecerse de nuevo mis perspectivas. Antes de proseguir la marcha a Jauja, hube de permitir al jefe del batallón Tarma, licenciar gran parte de su tropa, atacada aún de tifus, lo que la imposibilitaba para seguir adelante. Asimismo dispuse que la primera división quedase a retaguardia para cubrir la retirada, y con el resto de las fuerzas continué el camino hacia Jauja.

JUNTA DE GUERRA EN JAUJA. RECONOCIMIENTO DEL GOBIERNO DE GARCIA CALDERON

Muy cerca ya de Jauja, dióme alcance un expreso, enviado de Lima, con una carta del ministro norteamericano, mr. Hurlbut, fe-

chada en la capital el 11 del pasado mes de diciembre. Decíame en ella que "los Estados Unidos habían ya reconocido al gobierno constitucional en la persona del Dr. Francisco García Calderón y en la del vicepresidente, contralmirante Montero", manifestándome la conveniencia de reconocer al gobierno del Dr. García Calderón, como el único medio de solucionar el conflicto interior pendiente y poder llegar a un acuerdo sobre la celebración de la paz. Anunciábame asimismo que estando próxima la llegada al Perú de comisionados especiales, que habían salido de la república del norte, para intervenir en los arreglos de paz, era de todo punto indispensable que esos comisionados encontraran al país completamente unificado.

En consideración a lo cual, resolví detenerme algunos días en Jauja y provoqué la reunión de una junta de guerra, invitando al ilustrísimo arzobispo del Valle para que la presidiera. Debía acordarse, en tal junta consultiva, la respuesta a la carta del plenipotenciario yanqui.

Discutida la propuesta del ministro norteamericano, se acordó por unanimidad reconocer al gobierno del Dr. García Calderón.

A este acto asistieron los coroneles Secada y Tafur, los comandantes divisionarios, los jefes de batallón y los señores Flores Chinarro, Cavero, Patrón y Carranza.

En seguida dirigí una nota al señor García Calderón comunicándole que había sido reconocido su gobierno por los departamentos y ejército del centro, e invitándole a que se trasladase al centro para tratar ante el frente del ejército el problema de la paz. Pero no recibí respuesta alguna, y luego supe que se encontraba ya en Chile, expatriado por Lynch (el 6 de noviembre del año anterior) y que quien ejercía el mando supremo de la república era el Contralmirante Montero, vicepresidente del gobierno provisorio. Resolví entonces reconocer a Montero, que se hallaba aún en Cajamarca. Y al efecto expedí el correspondiente decreto (24 de enero de 1882) reconociendo su autoridad.

Copia de este decreto envié inmediatamente a Mr. Hurlbut, manifestándole haber procedido de conformidad con sus insinuaciones y confiando en la eficacia de su misión mediadora.

Desde luego que al reconocer a Montero, acariciaba también la esperanza de que su gobierno me apoyaría decididamente proporcionándome los elementos bélicos que precisaba para robustecer la campaña de la resistencia.

DE JAUJA A HUANCAYO. COMBATE DE SAN JERONIMO MARCHA A PUCARA

En Jauja me informé que Gana partía de La Oroya hacia Tarma, adelantando un fuerte destacamento sobre Jauja. Salí personalmente a cerciorarme de la noticia, enviando oficiales exploradores en distintas direcciones, en una de cuyas algaras fue capturado por los chilenos el capitán Porta, distinguido y valiente oficial.

La división enemiga, efectivamente, se encaminó hacia Tarma, que ocupó el 25 de enero y, tras una permanencia de cinco días en esta ciudad, reanudó su marcha sobre Jauja, cruzando ligeros tiroteos con la retaguardia de nuestra primera división.

No obstante la superioridad de número del enemigo, traté de hostilizarle de cerca, con objeto de retardar su marcha y dar tiempo a que se me uniera la división de Ayacucho. Pues mi designio principal era, una vez realizada la reunión de todas las fuerzas, establecer una línea de defensa en la quebrada de Izcuchaca, utilizando las ventajas que ofrecía el terreno, para pasar después, desde esta base, a la contra ofensiva.

En Jauja, el coronel Gana resignó el mando de la división expedicionaria, que pasó a manos del coronel Estanislao del Canto.

Del Canto prosiguió adelante, fraccionando sus fuerzas en dos columnas que avanzaron por ambas márgenes del Mantaro, sobre Concepción. Cuando del Canto ingresaba en Concepción, yo me encontraba ya en Huancayo, manteniéndonos a una distancia de 15 a 20 kilómetros.

En la Plaza de Armas de Huancayo revisté mis tropas, sintiendo la más penosa impresión al contemplar su lamentable estado. El ejército hallábase en esqueleto, reducido a los batallones en cuadro Zepita, Tarapacá, América y Huancayo, con un efectivo total de 1,100 infantes, 90 artilleros, 40 soldados de caballería y los restos del escuadrón Cazadores amotinado en la quebrada de Matucana. Unos 1,300 hombres en junto. En tales condiciones no se podía exigir mucho de esas tropas fatigadas y exangües a causa de la marcha, y, particularmente, de la epidemia del tífus, que aún persistía en parte de los soldados.

En Huancayo nombré comandante general del ejército del centro al coronel Francisco de Paula Secada, excelente soldado, entusiasta y ardiente patriota. Al coronel Remigio Morales Bermúdez le de-

signé como prefecto y comandante general del departamento de Ayacucho.

A finales de enero de 1882 me informó el Dr. Telésforo de Ortecho, de San Jerónimo, haberse confirmado la noticia del ingreso de descubiertas chilenas en los pueblos de Cajas y San Jerónimo. Inmediatamente ordené un reconocimiento por la caballería, el cual se verificó, con resultado, en la noche del primero al 2 de febrero, al mando del mayor Celso Zuleta. El destacamento de reconocimiento penetró en San Jerónimo y se apoderó de las contribuciones que, en ganado, papas, forrajes y otros productos, habían impuesto los chilenos; y luego, tras sostener un corto combate con un destacamento contrario, regresó a Huancayo trayendo el ganado y las vituallas cogidas, y los más esenciales datos sobre el enemigo.

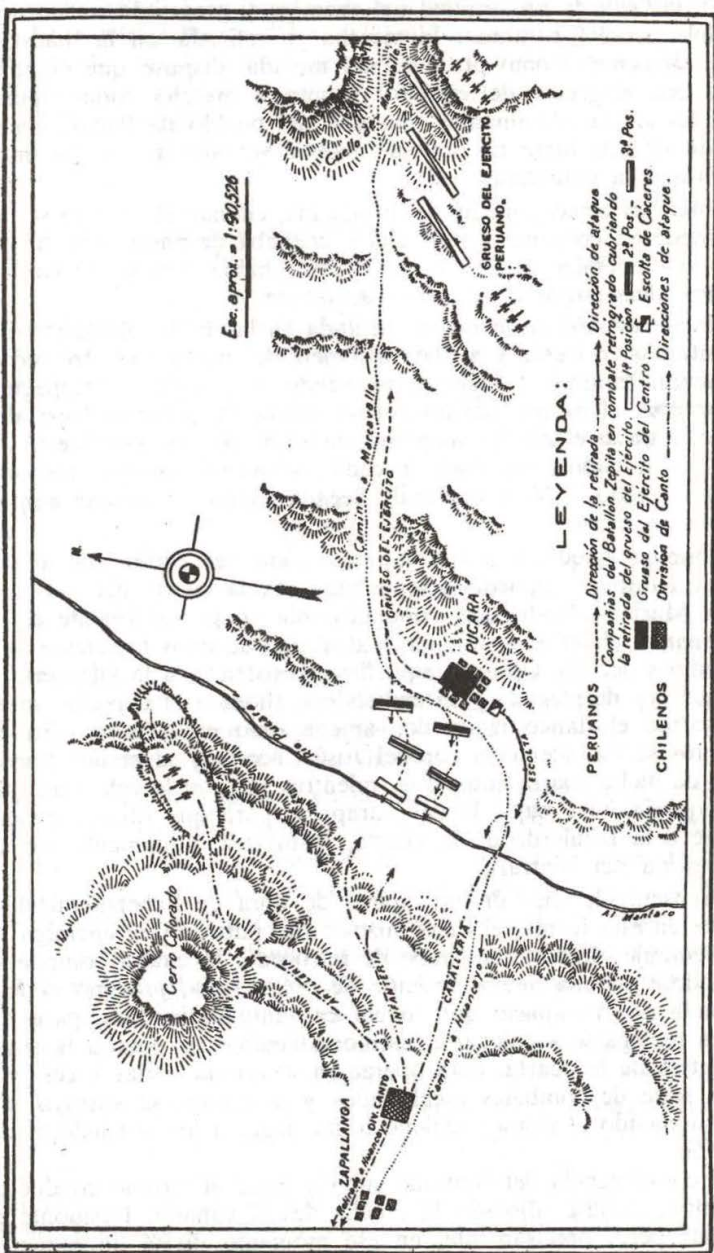
Para el día 3 de febrero ordené un nuevo reconocimiento por un pequeño destacamento mixto de soldados seleccionados. Dicho destacamento, después de observar los alrededores de Cajas y San Jerónimo, retornó sin haber topado con el adversario, pero trayendo noticias frescas que confirmaban las anteriores.

Evidenciada así la marcha de del Canto, que se proponía cortarme la retirada a Izcuchaca e impedir la reunión de las tropas de Ayacucho a las mías, y sin perspectiva alguna de enfrentármele con éxito, levanté el campo y dispuse, para el día siguiente, la marcha hacia Pucará, encomendando antes al alcalde del lugar el cuidado de algunos soldados rezagados, absolutamente imposibilitados para caminar.

El día 4, a la madugada, recogí los puestos avanzados instalados en Quebrada Honda; después de lo cual púsose el ejército en movimiento hacia Pucará, siendo a poco sorprendido por un torrencial aguacero que embarazó la marcha. Yo permanecí todavía en la población hasta las cuatro de la tarde, hora en que fui en pos del ejército, encargando a mis amigos me enviaran todas las noticias que adquiriesen sobre el adversario, y dejando a uno de ellos, a Giraldes, un caballo, para que galopara a darme aviso de la presencia del chileno. Recomendación que no cumplió.

Empezaba a caer la tarde cuando acampaba el ejército del centro en Pucará y el chileno ingresaba en Huancayo. Ahora no nos separaba más que el trecho de una jornada (unos 14 kilómetros). En evitación de cualquier sorpresa, ordené se estableciera el servicio de seguridad avanzado.

COMBATE Y RETIRADA DE PUCARA
(Domingo, 5 de febrero de 1882)



CROQUIS N.º 10
Combate de Pucará, 5 de febrero de 1882

En vista de la proximidad del enemigo y previendo un encuentro ineludible, resolví continuar la marcha en retirada, en la madrugada del día siguiente. Como precaucional medida, dispuse que el coronel Secada, con el grueso del ejército y sobre la marcha, tomase posiciones en las alturas dominantes más allá del pueblo de Pucará, pues la situación de este lugar no ofrecía ninguna ventaja táctica. La impedimenta tomó la delantera.

Sobre las cinco y media de la mañana, cuando el ejército se hallaba formado en columna de marcha y acababa de pasar lista, apareció de súbito el enemigo que, forzando el paso, había caminado toda la noche para alcanzarnos y atacarnos de rebate.

Hacia las seis, su artillería asentada en las faldas del cerro Colorado, situado en frente y a poca distancia del pueblo, al otro lado del río Pucará, rompió el fuego, protegiendo el avance y despliegue de su infantería, al propio tiempo que su caballería encaminábase al trote largo, a pasar el río. La sorpresa, sin embrago, no desconcertó a nadie. Los soldados, jubilosos a cada cañonazo enemigo respondían con un vigoroso: "¡Viva el Perú!" Secada siguió su marcha conforme se había dispuesto.

Conmigo quedaron dos compañías: una del Zepita (la cuarta) y otra del Tarapacá. Inmediatamente bajé con la cuarta del Zepita, del capitán Mariano Rodríguez, conduciéndola yo personalmente al llano a contener al chileno, y situándola al abrigo de unos tapiales a las inmediaciones del río. Opúsose aquí firme resistencia a la infantería enemiga que, ya desplegada y extendiéndose ahora a la derecha, intentaba ganarme el flanco izquierdo, amenazando envolverme. En estos momentos se me acercó el coronel José Cáceres y le mandé tomar el mando de dicha cuarta compañía, mientras yo, con la celeridad que el caso requería, hice bajar la del Tarapacá, para que situada escalonadamente a la izquierda de la cuarta, sostuviera, juntamente con ésta, la embestida del contrario.

Transcurrido más de un cuarto de hora de haberse iniciado el combate en esta forma, el fuego hízose más nutrido y el enemigo arrebió su empuje, ante el cual hubo de retroceder la cuarta compañía, y, afirmándose en una nueva posición de retaguardia, protegió el repliegue de la del Tarapacá, que seguía en tanto batiéndose, para luego también replegarse y colocarse, escalonadamente un poco a la izquierda y detrás de la cuarta. Esta operación se repitió varias veces; y así, en una serie de combates escalonados y dilatorios, se sostuvo la lucha conteniendo el avance chileno hasta llegar a los alrededores de la población.

A consecuencia del continuo subir y bajar el terreno conduciendo a la tropa, habíase aflojado la cincha de mi caballo. Desmonté para ajustarla; pero, precisamente, en ese momento divisé un piquete de caballería enemiga que había vadeado el río, bastante crecido por la

lluvia de la noche, y se dirigía hacia el sitio donde yo me encontraba. Al punto ordené a mi escolta y ayudantes, que se hallaban en una loma inmediata, que hicieran fuego sobre el piquete chileno, el cual no pudiendo seguir adelante a causa del fuego y la fragosidad del terreno hubo de volver grupas.

Entretanto, acudían algunas fracciones de refuerzo. Y parapetadas las compañías más acá de los linderos del lado este del pueblo, se continuó la lucha que fue decreciendo poco a poco, a medida que se afirmaba la resistencia y disminuía el brío del ataque. Ya habíamos ganado la altura y nuestra situación táctica había mejorado.

En estas circunstancias, contenido ya el enemigo, que quedó paralizado, llegó el comandante Ambrosio Navarro, jefe de la artillería, a comunicarme, de orden del coronel Secada, que el grueso del ejército había tomado posiciones sobre las alturas de la derecha del cuello de Marcavalle y hallábase listo para combatir. Nuestro objetivo principal, esto es, desprendernos del enemigo y proteger el retroceso del grueso del ejército, estaba satisfactoriamente cumplido.

Esta "acción de retaguardia" comenzada a la naciente luz del amanecer estaba terminada al mediodía.

Las compañías del *Zepita* y del *Tarapacá* replegadas sobre la altura y en disposición de combate, aguardaban un nuevo ataque del enemigo. Para provocarle a continuar la pelea e incitarle a seguir hacia la garganta de Marcavalle, ordené bajar una de las compañías haciendo fuego sobre el adversario. En estos momentos, el comandante Navarro, impulsado por irresistible entusiasmo, se adelantó a dicha compañía disparando contra el enemigo, para caer instantes después, atravesado el pecho por una bala enemiga.

Pero, ¿qué había pasado en las filas enemigas? — ¡Los chilenos rehuían el combate y se replegaban sobre Zapallanga; — ¿Por qué? — Lo que veía parecía inverosímil y para convencerme de ello — que bien podría ser una artimaña—, acompañado de mi escolta, me encaminé en dirección a Zapallanga. Efectivamente, el chileno contramarchaba a Huancayo, dando muestras de desorganización, pues sobre el campo dejaba abandonados e insepultos sus muertos, y tirados considerable cantidad de municiones y equipos. No cabía duda de que el ímpetu de su ataque habíase quebrantado ante la firmeza de nuestra resistencia. La campaña empezaba, pues, a dar sus frutos, desgastando al enemigo; lo que, precisamente, perseguíamos. ...

De nuestra parte, murieron en esta acción el teniente coronel José Ambrosio Navarro y el subteniente Demetrio Mercado y heridos quedaron los tenientes Manuel A. Montenegro, Federico Morales y Abraham Ballenas, y los subtenientes Manuel Bendezú, Manuel Rodríguez y Ruperto Guerra.

Convencido de que los chilenos ya no intentarían renovar el ataque, ordené el repliegue de las compañías sobre el grueso del ejército.

El entusiasmo de la tropa por batirse con el chileno subía hasta el delirio. Lástima que nuestra inferioridad en efectivos y otras circunstancias materiales no nos permitieran pasar de inmediato a la contraofensiva.

Al cabo de una hora de espera en el cuello de Marcavalle, seguimos a Nahuimpuquio, aldea situada al término de la cuesta de Marcavalle. En la plaza de dicho lugar descansó la tropa y, después de comer su rancho, continuó la marcha hacia Izcuchaca.

Las intenciones de del Canto, de cortarme la retirada, habían fracasado al igual que las de Lynch en Chicla.

MI LLEGADA A IZCUCHACA. INVITO AL CORONEL SUAREZ A UNIRSEME CON SUS TROPAS

Inmediatamente después de mi llegada a Izcuchaca, envié una nota (6 de febrero) al coronel Belisario Suárez, comandante general de la división Expedicionarios del Sur, que se encontraba en Apurímac, invitándole a asociármese con sus tropas.

Refiriéndome al combate y retirada de Pucará, decíale:

"Al emprender las fuerzas de mi mando su marcha de la quebrada de Huarochirí, por motivos que no ignora v. s., hacia el departamento de Junín, fueron atacadas al amanecer del día de ayer, a pocos kilómetros de Huancayo, en el pueblo de Pucará, por fuerzas chilenas incomparablemente superiores por su número y calidad de su armamento. El combate fue recio y se sostuvo por nuestra parte durante cinco horas... El enemigo no pudo llevar a cabo su plan de cortarme la retirada, la que se efectuó en el mayor orden."

Luego, considerando la situación militar del momento agregaba:

"No cabe la menor duda que la invasión del departamento de Junín no sólo no se hubiese efectuado, sino que habría sido energicamente rechazada, al no haber permanecido el comandante en jefe del ejército del sur, coronel Arnaldo Panizo, reacio a las reiteradas notas que le envié desde noviembre último..."

En seguida significábale mi deseo y mi propósito, diciéndole:

"Resueltamente decidido a no abandonar por mi parte la ardua tarea que me respecta en la defensa nacional, anhelo vivamente asociar mis fuerzas con las de v. s. y las de Ayacucho, para emprender

contra las huestes invasoras enérgicas operaciones militares, hasta arrojar cuando menos de la capital de la república, las bayonetas que nos ultrajan, o sucumbir en la demanda."

Y terminaba, confiadamente, mi comunicación:

"Con tan consoladora expectativa, espero con impaciencia la aproximación de v. s. a este departamento, donde se encuentran sus leales compañeros, dispuestos a compartir las fatigas como las glorias de la campaña".

Seguidamente dicté en Izcuchaca las medidas más apropiadas para la defensa de la quebrada de este nombre, llave principal de las ricas poblaciones que se extienden al otro lado del río, como de la gran zona que avanza hacia el sur, formada por los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Cuzco y Puno.

MARCHA DEL EJERCITO HACIA AYACUCHO. UNA HORRENDA TEMPESTAD DESTRUYE GRAN PARTE DEL EJERCITO EN LA CUESTA DE JULCAMARCA

Dictadas las disposiciones convenientes para la defensa de la línea de Izcuchaca, dispuse la marcha del ejército hacia Ayacucho, donde se encontraba Panizo con su división.

Y acompañado de mis ayudantes, del coronel Arciniega y otros jefes, afectos a la jefatura superior, adelanté mi marcha, debiendo seguir después el ejército con su comandante en jefe, coronel Secada.

Nos encaminamos primeramente a Acostambo, y de aquí pasamos a Huancavelica, para continuar a Acobamba. Salimos de Huancavelica con una persistente llovizna que, al entrar en la puna, tornóse en furioso temporal, lo que entorpeció la caminata. La noche se nos venía ya encima cuando llegamos a la casa-hacienda de la señora Margarita Lozano, asentada en plena puna.

No habíamos probado alimento en todo el día y apremiaba el hambre. Pedimos a la hacienda algo de comer, y nos hizo servir unas sopas en agua caliente. Mis ayudantes trinaban; yo disimulaba. Pero pronto supieron ellos arreglárselas de tal modo que consiguieron algunos comestibles, de los que yo también participé. No pudiendo continuar la marcha aquella misma noche, hubimos de pernoctar en dicha hacienda. Y a la mañana siguiente la reanudamos dirigiéndonos a Acobamba.

Mi constante anhelo era, una vez fusionadas las tropas del centro con las de Panizo, activar la defensa y preparar la contraofensiva.

El 18 de febrero partimos de Acobamba y debíamos alcanzar Julcamarca (distante 9 leguas de la primera población), lo que no pu-

dimos hacer por las dificultades que ofreció el paso del río. Solo en la tarde, ocultándose ya el sol, conseguimos tocar la base de la cuesta que da acceso al pueblo ubicado en la altura, y no encontrando allí sitio aparente para acampar ni recursos para atender a la tropa, hubo necesidad de emprender la subida para llegar al poblado.

Cuando el grueso de las fuerzas se hallaba en la mitad de la cuesta, y la vanguardia acercábase ya a la población, se desató, en medio de la lóbreguez de la noche, una furiosa tempestad que convirtió el desfiladero por donde caminábamos en una cadena interminable de precipicios, sembrando la muerte y la confusión general en las filas y trayendo, como consecuencia, la pérdida de 412 individuos de tropa, de las bestias de silla y de carga con parte del material que llevaban. Felizmente pudo salvarse la artillería, menos un cañón.

La impetuosidad de la lluvia abría profundas grietas en el terreno, por demás deleznable; y los hombres rodaban hacia el abismo, sin que pudieran ser oídos sus gritos de auxilio, silenciados por el retumbar de los truenos.

La pérdidas debidas a esta terrible tempestad fueron, pues, cuantiosas, y muchos soldados se extraviaron o dispersaron en la oscuridad de la noche. De modo que, tras esta inesperada catástrofe, el ejército del centro quedó reducido a unos 400 hombres. Habíase perdido en la macabra subida la mitad del efectivo; así lo demostraba la lista que se pasó en la mañana del 19 en la plaza de Julcamarca, donde acampamos. Las tropas llegaron al poblado extenuadas por el cansancio y la falta de alimento, y empapadas por la torrencial lluvia que soportaron durante la noche.

Apenas llegué al pueblo, acudí al gobernador, señor Quevedo, para que solicitara del vecindario frazadas y mantas para los soldados. El gobernador y su esposa, una señora muy amable, cumplieron mi encargo con toda diligencia, consiguiendo los abrigos que había solicitado.

Era necesario continuar la marcha, pero la mayor parte de los soldados estaban descalzos, por lo que hube de recurrir nuevamente a la bondad del gobernador, a fin de que requiriese de los moradores algunos pellejos de res vacuna para la confección de "ojotas", que sustituyesen al calzado. Los vecinos de Julcamarca contribuyeron de inmediato con los cueros pedidos y también con sus personales servicios, pues ellos mismos se trasladaron a la plaza a preparar las "ojotas" para la tropa acampada allí, y ocupada en secar sus ropas y limpiar sus armas.

En momentos en que se levantaba el campamento para proseguir la marcha, llegaron de Ayacucho mis antiguos amigos señores Ruiz, Espinoza y More, quienes al saber mi aproximación a dicha ciudad, se adelantaron para recibirme y darme la bienvenida.

Pero su sorpresa fue grande al ver el ejército del centro en tan deplorables condiciones, y no pudieron menos de asombrarse que con tales tropas pretendía imponer obediencia a Panizo, si no se sometía de buen grado.

Les supliqué guardaran en el mayor secreto lo que veían y que al regresar a Ayacucho, mandaran avisar a las indiadadas de Carmenca que se alistasen para proteger mi llegada a la ciudad.

CUMPLIMIENTO AL DECRETO DEL EX PRESIDENTE ULTIMOS REQUERIMIENTOS A PANIZO PARA QUE DE

Habiéndome expuesto anteriormente el coronel Panizo que no le era posible moverse para reunirse por falta de recursos, resolví, como llevo dicho, por deber patriótico, allanar esta dificultad autorizando, por escrito, a don Tomás Patiño, hipotecase o, si era necesario, vendiera mis propiedades y entregara el dinero obtenido al jefe de la división de Ayacucho.

El señor Patiño, de conformidad con mis instrucciones, entregó al coronel Panizo la suma de 3,000 soles, producto de la venta de una de mis fincas, para facilitar la movilidad de sus tropas. Pero Panizo le manifestó que tal cantidad no era suficiente para cubrir todos los gastos, y que precisaba una mayor suma. Patiño, que comprendía la necesidad de conseguir por cualquier medio la pronta movilidad de esas fuerzas, no puso ningún inconveniente y le entregó 2,000 soles más, para lograr el objeto perseguido.

Pero resultaron inútiles todas las notas dirigidas a Panizo para obtener su cooperación.

El 8 de enero había prometido ponerse en marcha; pero más tarde en otras comunicaciones, hacía saber que, debido al reconocimiento del gobierno de García Calderón por el ejército del centro, se había producido en la división de su mando un ambiente completamente desfavorable a tal acto, por lo que pedía a la mayor brevedad posible su reemplazo, para no ser responsable de los tristes acontecimientos que suponía iban a producirse. En atención a ello, precisamente, nombré en Huancayo comandante general y prefecto de Ayacucho al coronel Remigio Morales Bermúdez; pero cuando este jefe solicitó, el 15 de febrero, la marcha de la división, Panizo declaró que ni él ni los jefes y oficiales que estaban a sus órdenes, reconocían al régimen provisional a que me había adherido, adhesión que llevé a cabo en virtud del acuerdo general del ejército y de los departamentos del centro, y con la patriótica mira de dar unidad al gobierno de la nación.

El coronel Panizo, en sus comunicaciones no solo me solicitaba su reemplazo, sino también reclamaba mi presencia en Ayacucho, ale-

gando que ésta era necesaria para hacerme entrega formal de la división.

De Huancavelica, dirigí una nota (17 de febrero) a Panizo, en la cual, tratando de persuadirle, decíale que "cuando la desgracia tocaba a las puertas de la nación, revestida de los horrores de la guerra implacable de devastación y conquista, no había derecho ni tiempo para entretenerse en cuestiones de política partidista. Acudir al peligro con el concurso común y absoluta prescindencia de banderías políticas, era el único deber que reclamaba los esfuerzos todos del patriotismo".

El día 19 tuve noticias de que Panizo había desconocido mi autoridad y apresado al coronel Morales Bermúdez, alojándole, incomunicado, en el local de la prefectura. La defección de las tropas hermanas quedaba consumada; no obstante, por todos los medios que estuvieron a mi alcance, traté de evitar la lucha fratricida.

Sobreponiéndome a todas las contrariedades, hice descansar mis hambreadas y fatigadas tropas, reducidas ahora a unos 400 hombres y, después de haberlas distribuido convenientemente, ordené la marcha hacia Cajarchapa el día 20. Aquí pernoctamos, y, al día siguiente, 21, continuamos a Carmenca, pasando por el caserío de Rocrón. En este sitio recibí una nota de Panizo, en la cual me comunicaba oficialmente el desconocimiento de mi autoridad, y me advertía no seguir a Ayacucho, porque entonces no respondía de las consecuencias. ¡Y poco antes había reclamado mi presencia en dicha ciudad!

Mi situación tornóse grave: a retaguardia tenía a los chilenos y, ahora, enfrente, un compatriota en rebelión, quien, cegado por la pasión política no solo me negaba su concurso para luchar contra el enemigo de la patria, sino que aprestábase a combatirme.

Seguí por las alturas de Carmenca, y el 22 bajé por el camino que de Ica conduce a Ayacucho, por el cual me dirigí a la población, dando así un rodeo, para caerle a Panizo por la espalda.

ACUCHIMAY

(22 de febrero de 1882)

A la una de la tarde estaba nuestra columna próxima a llegar a la ciudad de Ayacucho. Cuando las fuerzas de Panizo la avistaron, creyeron al principio que eran fuerzas de Ica que venían a unírseles. Pero al reconocernos, salió la división a nuestro encuentro, con gran aparato; desplegó dos batallones con la artillería en el cerro de Acuchimay, y uno en las alturas de Carmenca, que era el camino que seguíamos.

En el acto mandé que se hiciera alto, detrás de una pequeña colina, llamada Quicapata, y que la artillería se situara en un sitio conveniente, sin hacer fuego hasta recibir mis órdenes.

Seguidamente, resuelto aún a intentar todo medio de conciliación, empecé a dictar a mi secretario, doctor Cavero, un oficio para Panizo, invocando sus sentimientos de patriotismo y fraternidad, a fin de que evitara la lucha, y expresándole que sus armas debía esgrimir las contra el enemigo de la patria, que iba a vanagloriarse y sacar provecho de nuestra fratricida contienda, y, por último haciéndole presente que si persistía en su rebelde actitud, él sería el único responsable ante la nación.

Apenas había firmado este oficio, cuando la artillería de Panizo abrió el fuego sobre nuestra columna que reposaba detrás del indicado collado.

Rotos así los fuegos por las tropas de Panizo, ordené que una compañía del batallón Zepita, desplegada en dos guerrillas, contestara inmediatamente, a derecha e izquierda, los fuegos del rebelde.

Iniciado el combate, y cuando el faccioso, sin cesar el fuego de su artillería, hizo descender algunas compañías de infantería que atacaron nuestro frente y amenazaban envolvernos por los flancos, acudió el coronel Vizcarra con una compañía del batallón Junín a reforzar nuestra línea de combate.

La lucha hacíase casi insostenible por nuestra parte, por los sucesivos refuerzos que lanzaba el insurrecto desde sus posiciones de la altura sobre el llano que ocupaban nuestras tropas. Fue entonces cuando ordené al coronel Secada tomar el mando de la derecha bastante comprometida, lo que cumplió al instante con el batallón Tarapacá, del coronel Mariano Espinoza, siguiendo inmediatamente a retaguardia el escuadrón Cazadores del Perú.

Empeñada la acción en toda la línea, desde su flanco izquierdo, apoyado en la quebrada que pasa por el barrio del Carmen Alto, hasta las faldas del Acuchimay, el éxito de la jornada dependía únicamente de la decisión de los nuestros. Y así fue efectivamente.

El ejército del centro que, desde Chosica hasta Pucará, supo arrosar resignadamente todo género de privaciones, que combatió al chileno, y estaba hondamente convencido de la alta y sagrada misión patriótica que tenía que cumplir, no podía menos de desplegar en esta lamentable y triste jornada el mismo valor que desplegó ante el enemigo, pues se trataba de hacer volver al camino del bien y del deber, a una tropa extraviada por la conducta ignominiosa de sus jefes, que lanzaban contra sus propios compatriotas las fuerzas que debían emplearse en la lucha contra el invasor.

El coronel Secada, con las tropas del ala derecha subió las faldas del Acuchimay y atacó a la bayoneta a los dos batallones que ocupaban la altura, a órdenes del coronel Feijoo y del comandante Zegal, que murieron en el combate. Por la izquierda, los coroneles Villegas y Valdivia atacaron el flanco derecho y frente del faccioso, desaloján-

dole de sus posiciones, y poniendo en fuga al batallón que mandaba el coronel Moreno, que se dispersó y tomó el camino de Huanta.

El impetuoso ataque de nuestras tropas me permitió tomar la delantera y subir el Acuchimay, acompañado de mis ayudantes y algunos hombres de mi escolta; luego, dejándoles en la ladera, seguí adelante con solo uno de mis ayudantes. Llegado que hube a la meseta del cerro, encontré allí al coronel Panizo, rodeado de varios jefes y oficiales y 300 individuos de tropa formados en columna.

Dominado por la indignación, me acerqué a ellos y les apostrofé de ¡miserables!, porque se habían atrevido a volver las armas contra sus propios hermanos. Distinguí en ese momento, entre la tropa, a un antiguo corneta del Zepita, que me había servido como “corneta de órdenes” y combatido en la batalla de Tarapacá, y le grité:

“¡Farfán! ¿Tú también traicionas a tu general?... ¡Viva el Perú!”

El soldado, completamente avergonzado y saliendo de las filas, me respondió:

—“Nos han engañado, mi general...” y dio un estentóreo “¡Viva el Perú!”, que fue coreado por toda la tropa.

Hacia las cinco de la tarde, quedaba definida la lucha y apresados los principales jefes rebeldes (coroneles Arnaldo Panizo, Enrique Bonifaz, Juan Vargas Quintanilla y otros más), autores de la triste escena que ofrecía el Perú en medio de sus desgracias frente al enemigo.

En esta fratricida acción, hubimos de lamentar de nuestra parte algunas bajas, entre ellas las de los sargentos mayores José M. Osambela, valiente y dinámico explorador, segundo jefe de la caballería, Domingo La Fuente, del batallón Tarapacá, y Fermín Dalón, que murió de sus heridas a los pocos días. Herido fue el teniente Pedro E. Muñiz.

ENTRADA DEL EJERCITO DEL CENTRO EN AYACUCHO

La entrada del ejército del centro en la histórica ciudad de Ayacucho (mi ciudad natal), fue imponente y triunfal; todo el pueblo lo recibió con grandes ovaciones. Al desfilar por las calles, los habitantes advertían con asombro y satisfacción que nuestras tropas eran cuatro veces inferiores en número a las sediciosas vencidas.

El día 23, siguiente del combate, expedí un decreto disponiendo fueran juzgados en consejo de guerra los coroneles Panizo, Bonifaz, Vargas Quintanilla y demás jefes y oficiales, que no solo incurrieron en la grave falta de contravenir las reiteradas órdenes de la jefatura superior del centro, sino que desoyeron los angustiosos clamores de la patria que demandaba su auxilio, señalándoles su deber.

Luego presentóse un trabajo bastante laborioso. Los dispersos habían arrojado sus armas por distintas partes; y fue preciso mandar algunos oficiales a buscarlas y recuperarlas del poder de los vecinos, lo que se consiguió al cabo de algunos días, gracias a la diligente cooperación de entusiastas ciudadanos ayacuchanos.

Si los 1,700 hombres de la división de Panizo hubieran acudido oportunamente a reforzar el sufrido ejército del centro, la suerte de la división de del Canto habría quedado definitivamente sellada en Pucará. No habría sido seguramente necesario llevar tan lejos el retroceso, y la reacción ofensiva hubiérase realizado en su debida oportunidad, y con perspectivas de buen éxito. Pero al horrible episodio de Julcamarca, quiso el destino agregar una nueva y amarga contrariedad.

NOTAS

7.—La enjundia popular primero, y luego la historia militar del Perú han denominado *Campaña de la Breña* al conjunto de operaciones y hechos de armas que, por espacio de tres años, realizáronse en el interior del país entre el ejército chileno de invasión y la resistencia armada peruana, inspirada, organizada y conducida por el general Andrés A. Cáceres.

EL HOMBRE, EL MEDIO Y LOS ELEMENTOS

El mariscal Cáceres era un excelente soldado, todo un hombre de guerra, tallado en el roble de los clásicos y egregios capitanes. Poseía ese don natural, esa percepción intuitiva, ese "tacto fisiognómico" de que habla Spengler—, propio de los grandes caudillos que figuran en la historia como sumos artífices del arte de la guerra. De avasalladora y férrea voluntad, que le impulsaba a la realización de las más escabrosas empresas. Y nimbado de un irresistible poder de sugestión que atraía y enfervorizaba a sus huestes en torno a la enseña nacional. Ostentaba, pues, todas las señeras cualidades de un conductor militar de noble estirpe. Era organizador, estratega, táctico y guerrillero.

Los Andes peruanos: he aquí el campo de acción de toda esta campaña. Los Alpes, escenario de las más grandes proezas de la historia guerrera de la humanidad, son relativamente modestos ante la infinita aspereza de esta cadena de gigantes y ante la majestad de estas cordilleras.

El terreno y el hombre tenían afinidades admirables: el hombre de las serranías; el hombre recio, incansable, infatigable. Cáceres lo es todo. Las virtudes de audacia y de resistencia, el amor al terruño y la incontrastable serenidad; los vicios también derivados de cierto egoísmo, efecto de su exceso dinámico. El creía que todos deberían poseer sus mismas cualidades. De allí aquella prodigalidad suya para las marchas terribles. En riscos y serranías bravas, con nieve, hielo y lluvia, frecuentemente sin alimento alguno, con sólo un poco de coca, harapientos y descalzos, hicieron aquellos hombres bajo su mando inflexible hasta jornadas de 80 kilómetros que habrían rendido e inutilizado a los percherones más fornidos, para luego dormir sobre la nieve y continuar al amanecer la marcha inexorable.

Pocos lugares de la tierra presentan la topografía de la zona andina en que se desarrolló esta épica campaña: amontonaron allí los milenios de formación terrestre montañas sobre montañas, cumbrones sobre cumbrones, abismos sobre abismos. Pusieron todo género de planos y figuras geométricas atrevidas en granito y roca y piedra caliza deleznable. No hay un kilómetro de plano; no hay llanuras de referencia sino para presentar el yermo, la puna y la planicie amenazante.

He aquí lo que es el campo de acción de toda esta campaña.

La Campaña de la Resistencia (o de La Breña) comprende todos los sucesos militares ocurridos desde abril de 1881 hasta octubre de 1883, y abarca cuatro períodos perfectamente deslindados.

Primer Período. Las primeras diligencias para la improvisación de un ejército y la organización de la resistencia armada al invasor. El primer acto del alto mando chileno —establecido ya en Lima— con la expedición de Letelier. Formación del ejército del centro. Expedición chilena, mandada por el propio gobernador militar del Perú, contralmirante Lynch, contra este ejército. Retirada del ejército del centro hacia su base de operaciones en el departamento de Junín. Combate de Pucará, Acuchimay.

Segundo Período. Reorganización del ejército del centro en Ayacucho. Contramarcha y contraofensiva del ejército del centro: Marcallo, Pucará (segundo) y Concepción. Actuación de las guerrillas. IncurSIONES en Canta y Huarochirí.

Tercer Período. Retirada del ejército del centro hacia el norte de la república. Campaña del norte. Maniobra por "líneas interiores" y paso del desfiladero de Llanganuco. Marcha sobre Huamachuco. Batalla de Huamachuco.

Cuarto Período. Alistamiento y organización de un nuevo ejército en Andahuaylas. Contramarcha hacia Ayacucho. Retirada de Urriola. Marcha del nuevo ejército hacia Huancayo... ¡La paz!

He aquí el croquis de esta campaña que tiene singulares caracteres y que merece ser estudiada con atención, porque los problemas resueltos o intentados en ella son problemas, de los cuales no pueden librarnos ni los progresos y adelantos de la técnica bélica moderna.

8.—El Dictador, señor Nicolás de Piérola, tras la derrota de Miraflores, se encaminó hacia el interior. Detúvose brevemente en Chocas, donde expidió, el 16 de enero de 1881, un decreto creando las jefaturas superiores políticas y militares del centro y del norte. De conformidad con tal decreto la jefatura superior del centro comprendía los departamentos de Lima, Ica, Junín, Huancavelica, Huánuco y Ayacucho. Como jefes superiores del norte y del centro designó al contralmirante Lizardo Montero y al coronel Juan Martín Echenique, respectivamente. La jefatura superior del sur, establecida anteriormente, obedecía al señor Dr. Pedro A. del Solar. Y ya en Jauja, por decreto de 26 de abril del mismo año, nombró al coronel Andrés A. Cáceres jefe superior y político y militar del centro, en reemplazo del coronel Echenique.

9.—La "Estrategia de desgaste" consiste en cansar y extenuar al enemigo con el fin de debilitar su voluntad y su capacidad combativa. Lo cual se consigue paulatinamente, a medida que se prolonga la guerra, viéndose entonces compelido el agresor a frenar el ímpetu de su ataque e incluso a paralizar su acción.

Tal forma de conducción militar tiende a compensar la propia debilidad (mediante el desgaste del agresor) consiguiendo así disminuir la desproporcionalidad existente entre un adversario armipotente y numéricamente superior y su contrincante inferior en fuerzas y armamento, hasta que se produzca un cambio en favor de este último creándole las condiciones requeridas para pasar a la contraofensiva.

El movimiento retrógrado, o la "maniobra en retirada", ejecutadas oportunamente, constituyen los medios más indicados en esta forma de conducción.

Un ejemplo típico a este respecto es el que pusieron en práctica los serbios en 1914, ante la ofensiva austro-húngara, atrayendo al impetuoso Potioreck, desde la frontera hacia el interior del país, maniobrando en retirada y combatiendo; desgastando de esta guisa las fuerzas del agresor hasta ponerse en favorables condiciones de obtener el éxito, lanzando la contraofensiva en el momento propicio.

Una resistencia bien calculada puede quebrantar al enemigo, no tanto por la acción de las armas, cuanto por el esfuerzo a que está abocado el ofensor.

Por otra parte, la resistencia tiene la ventaja de poder fijar al atacante el área de combate y, en algunos casos, cuando dispone de gran espacio, fijarle también el tiempo. El atacante se aleja más y más de su base de operaciones; el defensor, por el contrario, no experimenta cambio alguno en este sentido. El atacante, a medida que avanza, se va colocando en situación cada vez más precaria. El defensor, en cambio, conserva su situación. El tiempo, es decir, su duración, va en perjuicio del atacante, mientras que para el defensor es una ventaja.

Pero la conducción de la guerra basada exclusivamente en el agotamiento del enemigo no es, por lo general, suficiente para impeler a un adversario potente a la derrota y al vencimiento. Quien adopta la defensiva, debe tener también en mente la ofensiva y, por consiguiente, prepararla.

Si la defensiva no es suficientemente fuerte para resistir en la propia posición recurrirá al movimiento y al empleo de accidentes favorables del terreno, a los trabajos de campaña, a los contraataques locales oportunos, desgastando así al contrario, hasta obtener la fuerza suficiente para pasar a la ofensiva.

Por eso se define la *defensiva* como el conjunto de acciones en las que se espera al enemigo para desgastarle maniobrando en retirada, o para atajar y rechazar sus ataques destruyéndole y conservando las propias posiciones.

En contraposición a la "estrategia de desgaste" está la "estrategia de aniquilamiento" que, como su nombre lo indica, tiende en primer término a la destrucción de las fuerzas combatientes del enemigo. Su objeto directo es la batalla que busca la decisión.

Pero tal forma de conducción no implica ningún riguroso dogmatismo, como pretenden algunos escritores militares.

Ciertamente que la victoria se alcanza mediante la destrucción de las fuerzas organizadas del enemigo. Pero puede también lograrse la sin librar batalla alguna, es decir, sin la destrucción de las fuerzas adversarias. Así pudieron obtenerla los chilenos en la guerra del 79, lanzando una potente ofensiva naval sobre el Callao (en el mes de abril o después de Angamos) dejando aislado al ejército peruano-boliviano en la región meridional del Perú. Cáceres, mediante su famosa maniobra de Huaripampa marchó sobre Lima, dejando aisladas las dos divisiones iglesistas, que debían estrangularlo en el valle del Mantaro.

Cortando las líneas de comunicación, obstruyendo los abastecimientos, o aislando al adversario en determinada comarca se puede conseguir la victoria sin necesidad de destruir las fuerzas enemigas. El mando contrario llegará entonces a persuadirse de que cualquier resistencia ulterior resultaría estéril.

10.—Cuando el dictador abandonó el campo de Miraflores acompañado de su secretario y su séquito de edecanes y ayudantes, le siguió voluntariamente el batallón Pichincha, al mando del coronel Miguel La Jara.

Al llegar a Obrajillo, el dictador mandó que formara el batallón y dijo a los soldados: "Los que quieran permanecer en armas den un paso adelante". Lo dieron unos 80; los restantes se dispersaron. El coronel La Jara continuó su marcha a Jauja al frente de esos 80 soldados.

Poco después, buen número de jefes y oficiales encamináronse también hacia el centro, a ponerse a órdenes del dictador.

Jauja se convirtió así en el punto de reunión de un numeroso personal del extinguido ejército de línea. Pero el dictador no dispuso ninguna providencia para su organización. Los jefes y oficiales hallábanse harto mortificados, pues habían ido al interior impulsados por el sentimiento patrio y con la seguridad de que se continuaría allí la resistencia al invasor.

No sabían qué hacer, y al fin resolvieron organizarse en una columna, que denominaron Constancia. Como la dicha columna no tuviera ninguna ocupación, el pueblo siempre socarrón púsoles el apodo de "Columna lagartos".

Mas, llegó la oportunidad de que el dictador la utilizara con motivo de haber estallado un motín en Cerro de Pasco, como protesta a los cupos de guerra que el dictador había ordenado imponer.

Marchó la columna Constancia hacia aquella ciudad, al mando del coronel Augusto Barrenechea. Entretanto, con los restos del disuelto batallón Pichincha, unos 25 gendarmes y algunos soldados suel-

tos, en Jauja se formó el batallón Junín, que tuvo como primer jefe al mencionado coronel La Jara y de segundo al teniente coronel Juan C. Vizcarra.

Este batallón y la columna Constancia constituyeron luego una pequeña división a órdenes del coronel Aduvire, que ejercía, a la sazón, el cargo de prefecto del departamento de Junín.

Las fuerzas de Aduvire lograron en pocos días desbaratar el motín. Y el jefe de éste, un francés apellidado Louquet, fue hecho prisionero y sumariamente ejecutado.

11.—En la llamada (2) queda definido el término “guerrilla”, en su acepción puramente táctica y técnica de “orden disperso”, formación de combate. En lenguaje vulgar, dase igual nombre a la partida de paisanos armados —hombres, mujeres y hasta niños— que al mando de un jefe particular y con poca y a veces ninguna dependencia del ejército regular de operaciones acosa y molesta al adversario.

El vocablo “guerrilla”, diminutivo de guerra, está ya catalogado en la terminología militar moderna como *técnica* y ha tomado nueva carta de naturaleza tanto en estrategia como en táctica.

Llámase también “guerrilla” a las pequeñas fracciones de tropa cuyo objeto es explorar a lo lejos los flancos del propio ejército, proteger sus operaciones, engañar al enemigo, inquietar sus comunicaciones, etc. “Hasta el segundo tercio del siglo XIX los ejércitos europeos tenían organizaciones especiales de tropas ligeras con tal objeto. Tales formaciones denominábanse también “partidas sueltas”, esto es, pequeños destacamentos mandados por un oficial”. (General Almirante - Diccionario Militar).

Las operaciones y acciones que llevan a cabo los guerrilleros ya solos o con el apoyo de tropa regular constituye la *guerra de guerrillas*.

En este género de guerra, uno de los adversarios es superior en número y organización; pero el otro conoce mejor el terreno y se halla en aptitud autónoma para la lid. El primero es más *ejército*; en el segundo, el hombre es más *guerrero*. Aquel ataca de frente; éste acecha el momento oportuno para caer sobre el adversario.

La táctica guerrillera adopta modalidades especiales y no existen prescripciones rígidas. Se impone la imaginación vivaz y la incansable tenacidad para no dejar al enemigo un momento de reposo.

La peculiaridad de la guerra de guerrillas, al contrario de la guerra regular, es eludir la decisión por el combate en gran estilo. Su finalidad principal es agotar, desgastar, aniquilar la moral del enemigo.

El guerrillero tiene la visión magnífica del momento, aprovecha del instante; se concreta a inferir el mayor daño posible a la fuerza contraria que puede aplastarlo si logra caerle encima.

Ya se comprende desde luego que el principal objeto de esta índole de guerra es inquietar al enemigo, obligándole a que se frac-

cione por medio de incesantes ataques y sorpresas; aprovechar sus descuidos cayendo sobre él en puntos o pasos difíciles, cuyo terreno es fácilmente defendible con un puñado de hombres; cogerle rezagados, interceptar los partes y noticias que procura inquirir y, por último, privarle de toda clase de recursos y subsistencias que emplea en provecho propio y en favor de los habitantes de la comarca en que opera el guerrillero.

Orgánicamente no forman parte del ejército regular. Durante la guerra las guerrillas van progresando y transformándose gradualmente en fuerzas de contextura más o menos regular, haciendo así más eficaz su conexión y coordinación con el ejército regular de operaciones. La guerra de guerrillas no está sujeta a estatismo alguno ni ceñida a determinados cánones y dogmatismos. Lo cual reconoció ya Clausewitz, hace más de un siglo, cuando dice en su famosa obra VON KRIEGE: "En cada época tienen las guerrillas formas y condiciones peculiares". Y es evidentemente así. Hay gran diferencia entre las guerrillas del pasado y las actuales. Claro está que conservan sus características primitivas, pero existen nuevas orientaciones y nuevas modalidades con respecto al antiguo sistema.

No está demás insistir en que la *guerra de guerrillas* es la que hace el débil contra el fuerte. La promueven los pueblos contra sus invasores, cuando ha terminado casi la acción de los ejércitos regulares por su derrota; o cuando carecen de fuerzas organizadas. "La altivez ciudadana y el instinto sagrado de la libertad y de la defensa de sus inalienables derechos, mueve a los pueblos a hacer frente y a sacrificarse echando mano de todos los medios para repeler al invasor o presentar resistencia al tirano u opresor".

Por esta razón debe el guerrillero elegir una región donde la causa tenga simpatías, haya recursos suficientes, apropiados para la empresa y cuyo terreno tenga características apreciables para ella. Audacia, energía, pero prudencia constante son cualidades exigidas a estos hombres que van a jugar el todo por el todo en la faena. La prudencia es necesaria, porque un jefe de tropa regular procurará astutamente arrastrarlos con fingidas retiradas hacia el llano, donde la organización y la superioridad numérica y medios de acción puede pulverizarlos.

La movilidad grande de los guerrilleros, el tener en todas partes su base de operaciones, su impedimenta nula, sus servicios de noticias completos, la robustez de los hombres que componen la partida, la posibilidad de dispersarse cuando la derrota es inminente, sin perder por esto un material de guerra que apenas poseen, da a las guerrillas extrema fuerza.

Los éxitos de unas guerrillas estimulan el alzamiento en armas y la formación de otras guerrillas. Además, tal género de lucha ha de estar saturado de esa *pasión* que nace del sentimiento de la idea y del

instinto, y es tanto más intensa cuanto más profundamente siente y comprende el hombre las causas que la impulsan a la lucha con la cual se dignifica.

La influencia *ideológica* es tan poderosa a través de la masa social, que puede llegar a destruir la que tradicionalmente ha sido el soporte que orientaba la actividad política de la nación; los fines políticos del estado.

En suma, el guerrillero surge para rechazar y vencer al invasor y para derribar al tirano u opresor.

12.—Llámanse *tropas improvisadas* a las que se levantan en las posimerías o al final de una guerra, cuando el *ejército regular* ha sido derrotado y deshecho. Tales tropas reunidas y *organizadas* constituyen un *ejército improvisado*. Técnicamente, el ejército improvisado “no significa que los soldados que lo integran se hayan formado en unos cuantos días o semanas, sino que la totalidad o porción mayor de tal ejército se ha creado gracias a la reunión de elementos (jefes, oficiales y buen golpe de soldados), ayer dispersos y en derrota, hoy unidos y ligados estrechamente al impulso del sentimiento patrio y dispuestos a no ceder en la brega”.

Tal fue el ejército de Cáceres, el Ejército del Centro, cuyo núcleo hallábase formado de *soldados veteranos* (de jefe a soldado raso), que habían hecho las campañas del sur y de Lima. Junto a este ejército actuaban las guerrillas, formadas de campesinos y gentes de los pueblos del centro, cuyos memorables hechos nos son conocidos.

De lo dicho se desprende que la campaña de la resistencia no fue en modo alguno una “guerra campesina” ni de “campesinos”, como la han llamado algunos escritores peruanos.

Y, a propósito, me parece oportuno trasladar aquí los siguientes pasajes de un comentario de la revista alemana *Militär Wochenblatt*, de junio de 1926 sobre las *Memorias* del mariscal Cáceres, publicadas en Berlín (primera edición) en 1924.

Dicen así: “Si para nosotros los alemanes aquellos acontecimientos no parecen muy lejanos, para los soldados, la narración del general Cáceres es altamente interesante”.

“Ella significa un nuevo documento sobre la lucha de *ejércitos improvisados* y muestra de manera tangible, cuan contundente es en ella la personalidad del caudillo. Podría traernos a las mientes una comparación con Garibaldi, si se contempla la actividad organizadora del general Cáceres, que a pesar de todas las peripecias y contratiempos militares y dificultades interiores, quedó siendo sólo hasta el último momento el alma de la resistencia. Únicamente debido a su energía pudo sostenerse tanto tiempo en el Perú. El fue el héroe nacional de esta lucha...”.

13.—“El general Cáceres —escribe Caivano— que declinó la presidencia de la república con desprendimiento que le enaltece; en vista de los sucesos ocurridos, se mantuvo a la expectativa, listo para inclinarse del lado que más conviniera al Perú, sin dejar por eso de combatir al enemigo”. (Tomás Caivano. *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*).

El propio contralmirante Lynch, refiriéndose a este extremo dice en sus *Memorias*: “El 24 del mes citado (noviembre), Cáceres desconoció la autoridad de don Nicolás de Piérola y aceptó como vicepresidente a Montero. Proclamado por sus tropas jefe supremo de la nación, rehusó tan honroso título, para aceptar tan sólo el de jefe político y militar del centro, hasta que los pueblos eligiesen un primer mandatario... En vista de esta última decepción, Piérola hizo dimisión del mando cuatro días después...” (Tomo III, p. 226).

En el número extraordinario del *Memorial del Ejército*, Lima, 1921, se registra un notable y extenso artículo sobre la campaña de La Breña, del cual artículo entresacamos los párrafos siguientes:

“A instancias de los suyos y después de una junta de jefes, se acordó desconocer la autoridad de Piérola, que sin prestigio y sin apoyo era un obstáculo para la celebración de la paz. Cáceres se lo manifestó así al dictador, al mismo tiempo que escribía al Dr. García Calderón para que fuera al centro e hiciera sus gestiones al frente de las tropas”...

“Disponía entonces de 5,000 hombres, 8 piezas de artillería y un regimiento de caballería con los que asediaba a los chilenos desde Chosica”.

“No aceptó las indicaciones de sus compañeros para que se proclamara jefe supremo, y reconocía la autoridad del contralmirante Montero, vicepresidente del régimen provisorio...” (*Memorial del Ejército* - Núm. ext. Lima, 1921).

En ningún momento, pues, el general Cáceres acarició la idea de autotitularse jefe supremo, como lo afirma Delleplane en su *Historia Militar del Perú* (T. II - pág. 438). Otros autores peruanos han afirmado la misma falsedad.

Muy lejos de ello, el general Cáceres en su proclama de fecha 25 del mes de noviembre dirigida a los departamentos del centro, dice textualmente: “En cuanto a la investidura presidencial con que mi persona ha sido favorecida... no la aceptaré...; y seguiré cumpliendo mi deber con la misma investidura de jefe superior del centro”. Y en la misma fecha expidió un decreto ordenando que “no se empleará al dirigirse a la jefatura superior otro tratamiento que el que corresponde al cargo”.

*¿PLAN DE OFENSIVA DESDE IQUIQUE HASTA PAITA?

Encontrándome en Italia, donde a la sazón desempeñaba el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú, recibí, por el mes de febrero de 1909, dos cartas, una de mi malogrado amigo el comandante Alejandro Montani, y otra de mi actual secretario don Julio C. Guerrero. Dichas cartas se referían a una conferencia dada por el coronel Celso N. Zuleta en la biblioteca Militar, en la cual, tocando el punto relativo a los acontecimientos políticos de Chosica, hacía afirmaciones categóricas sobre la existencia de un vasto plan de ofensiva del señor de Piérola, concertado en Bolivia con el general Campero. Mi respuesta la verá el lector en la carta que el comandante Montani dirigió, con citas de la mía, al director del "*Boletín del ministerio de guerra y marina*", y que fue publicada en el número diez de primero de junio del mismo año, con el título de "Rectificación del señor general Cáceres". La carta de referencia dice así:

"Piura, 29 de mayo de 1909

Señor teniente coronel. D. Alejandro Arenas.

Director de la Biblioteca Militar. Lima.

Señor comandante: En la conferencia histórico-militar dada en ese instituto por el señor coronel Celso N. Zuleta sobre la acción de Pucará, existe una afirmación de cierta trascendencia histórica que el señor coronel conferenciante ha sentado como base de una amplia combinación militar, de dilatados horizontes, en las operaciones que a la sazón se sostenían en el centro de la república contra el ejército de Chile. En vista de la próxima publicación de ese trabajo en el "*Boletín del Ministerio de Guerra y Marina*", ha llegado el momento de hacer la rectificación conveniente, a fin de que lo que por entonces pudo ser una charla o un anhelo patriótico, aunque irreflexivo, no quede como una versión histórica, perjudicial siempre a la majestad de los acontecimientos que se trata de historiar.

Me refiero al plan militar que dice el coronel Zuleta existió con Bolivia, para emprender la ofensiva sobre el ejército de Chile, después que hubo ocupado nuestra capital y como un dispositivo genial del señor de Piérola, establecido con algunas tropas en Ayacucho.

Adelanta el señor coronel Zuleta la afirmación de que a ese intento militar se enviaron por el dictador fuertes sumas de dinero a Europa, para comprar rifles y cañones; y extrañándome a mí, modesto cronista de aquellos acontecimientos, la oscuridad de este asunto, del que sólo oí hablar una vez y en vía de opinión al sr. coronel Juan

Martín Echenique, en Ayacucho, a fines del año de 1881, o a principios de 1882, acudí al sr. general D. Andrés A. Cáceres, pidiéndole las noticias que él pudiera tener sobre este particular. Dicho sr. general Cáceres, en carta fechada en Roma (Italia) en 5 de abril del año en curso, me dice sobre este particular lo siguiente:

"...Me he encontrado con una noticia nueva y sorprendente para mí, dada en la conferencia del coronel Zuleta al describir la retirada y combate de Pucará, cuando dice que se había celebrado un acuerdo con Bolivia, para atacar a las fuerzas chilenas existentes en varios puntos de nuestras costas y que, con ese objeto, se mandó dinero suficiente a Europa, para la adquisición de rifles y cañones añadiéndose que se organizaban tres cuerpos de ejército, al mando de jefes que el coronel Zuleta designa en detalle."

"Lo extraño para mí es que, siendo yo jefe superior de los departamentos del centro, al mando inmediato de una fuerza regularmente organizada, no se me hubiera hecho conocer jamás por el señor de Piérola este importante plan, que se dice ahora estaba acordado con el general Campero."

"Cuando se retiró Piérola del centro, casi todos los jefes que estuvieron con él en Ayacucho vinieron poco después a mi lado, entre ellos los coroneles Secada, Tafur y el mismo coronel Zuleta, a ninguno de los cuales oí jamás hablar de semejante plan, cosa tanto más rara, cuanto que se trataba de jefes que, a decir del coronel Zuleta, debieron ejecutar esa operación."

"Con ese motivo, voy a referir a usted lo siguiente. Cuando se encontraba Piérola en Ayacucho, le escribí de la quebrada de Chosica, donde yo estaba con el ejército que había formado, preguntándole qué plan tenía a nuestras armas, y cuáles las instrucciones que yo debía seguir al intento. Su contestación fue: *"Tengo dadas mis instrucciones a los señores doctor Arenas y Loayza —a otro señor cuyo nombre no recuerdo— y al coronel Torrico, para que traten de la paz con el jefe de la ocupación en Lima.*

"En vista de esta respuesta, me dirigí por carta a esos señores preguntándoles cuál era el éxito de sus gestiones cerca del jefe chileno, y, según las instrucciones que me dijo el señor de Piérola haberles enviado. En contestación recibí, poco después, el mentís de estos señores, que me aseguraban no haber recibido encargo alguno sobre este particular."

"De estas comunicaciones y aun de sus copias debe ser testigo vivo el coronel d. Luis I. Ibarra, actual jefe de la zona militar de Lima y mi secretario en aquella época".

"Cuanto al envío de fondos a Europa para adquirir rifles y cañones, sería hoy mismo muy útil saber quién o quiénes recibieron ese dinero, y cuánto y cómo se invirtió, pues esas armas jamás han llegado al Perú".

Por la gráfica versión transcrita más arriba, se viene en cabal conocimiento de que el plan referido por el coronel Zuleta y en combinación con Bolivia, para atacar de nuevo a los chilenos, no fue cierto en forma alguna, quedando sólo como fruto de una fantasía patriótica, que no debe correr como versión histórica de los sucesos de la Campaña del Centro.

Con tal fin me permito dirigir a usted señor comandante, la presente carta rectificatoria para que, con publicarse el trabajo del sr. coronel Zuleta, quede a su lado la versión con que, por encargo especial, ha querido honrarme una vez más el benemérito sr. general Andrés A. Cáceres. De ud. su muy atto. y s. s."

(Fdo.) *Mayor Alejandro Montani.*

14.—Dice el señor de Piérola en el decreto de su dimisión, el 28 de noviembre de 1881: "Primero.—Que la defección consumada por los comandantes en jefe del ejército, coronel José La Torre y general de brigada Andrés A. Cáceres, priva al gobierno de los medios de mantener la defensa nacional, precisamente en momento que acumulando elementos de combate y de acuerdo con nuestra aliada república de Bolivia emprendía el *Plan de Operaciones* contra el enemigo".

El general Cáceres en su carta de respuesta a la que le dirigió el mayor Alejandro Montani, desvirtúa en forma categórica estas fantásticas afirmaciones del ex-dictador.

En el *Boletín del Ministerio de Guerra y Marina*, N° 10 de primero de junio de 1909, se publicó la carta de Montani citando los párrafos pertinentes de la del general Cáceres. Esa era la oportunidad para que el coronel Zuleta hiciera la correspondiente rectificación, pues su conferencia leída en la biblioteca militar fue la que motivó la pregunta de Montani al general Cáceres, pero no la hizo. Esperábase también que el señor de Piérola hiciera algún esclarecimiento sobre asunto de tanta trascendencia; el ex-dictador tampoco dijo nada.

Ahora bien. ¿Cuál era ese plan de operaciones, al que tan enfáticamente se refiere el señor de Piérola, en el decreto de su dimisión?

El coronel Zuleta, en su Historia Militar del Perú (págs. 130-131-132) lo describe del siguiente modo:

"Con el general Campero (presidente de Bolivia) se acordó con los señores Piérola, contralmirante García y García, secretario general de estado, un vasto plan de reacción ofensiva, mediante cuya realización deberían ser atacadas simultáneamente todas las fuerzas chilenas diseminadas en la costa del Pacífico, que componían el ejército de ocupación, el cual desde Iquique a Paita, conforme datos exactos, alcanzaba a 15,000 hombres".

"Esta maniobra —prosigue el coronel Zuleta— debería efectuarse en el orden siguiente:

Sobre Tarapacá 4,000 hombres bolivianos, al mando del general Narcizo Campero.

Sobre Tacna 4,500 peruanos del segundo Ejército del Sur (Cuzco, Puno, Arequipa), al mando del coronel dr. D. Pedro Alejandrino del Solar.

Sobre Lima 7,500, de la línea "Ayacucho-Huancavelica-Chosica, y 1,500 de los voluntarios de Ica, Cañete, Lurín, a órdenes del señor general don Andrés A. Cáceres.

En el norte 1,500 hombres mandados por el general Iglesias, que acababa de reemplazar al contralmirante Montero.

Formando un total de 22,000 hombres.

Tal era el famoso Plan de Operaciones. El mando en jefe, para su conducción, correspondería, como su inspirador, al señor de Piérola, a quien la asamblea de Ayacucho había ascendido, en el mes de julio, a la alta clase de general de división.

Resulta empero asaz raro que el general Cáceres, destinado para conducir el ataque principal sobre Lima, ignorase la existencia de tal plan.

En su carta de respuesta a Montani dice a este respecto:

"Lo extraño para mí es que, siendo yo jefe superior de los departamentos del centro, al mando inmediato de una fuerza regularmente organizada, no se me hubiera hecho conocer jamás por el señor de Piérola ese importante plan, que se dice ahora estaba acordado con el general Campero..."

"Cuando se encontraba Piérola en Ayacucho, le escribí de la quebrada de Chosica, donde estaba yo con el ejército que había formado, preguntándole qué plan tenía a nuestras armas y cuáles las instrucciones que yo debía seguir al intento. Su contestación fue: "Tengo dadas mis instrucciones a los señores dr. Arenas, Loayza —a otro señor cuyo nombre no recuerdo— y al coronel Torrico, para que traten de la paz con el jefe de la ocupación en Lima."

"En vista de esta respuesta, me dirigí por carta a esos señores, preguntándoles cuál era el éxito de sus gestiones cerca del jefe chileno, y, según las instrucciones que me decía el señor de Piérola haber-

les enviado. En contestación, recibí poco después el mentís de estos señores que me aseguraban no haber recibido encargo alguno sobre este particular."

Expuesto el plan de operaciones, el coronel Zuleta concluye con este párrafo:

"Desconocido entre tanto en el sur, centro y norte el gobierno del señor don Nicolás de Piérola y cuando éste se dirigía a Chosica, llevando como jefe de estado mayor general al general Buendía, con el fin de iniciar el plan de operaciones concertado en La Paz, sin preocuparse de la defección de Arequipa, tuvo noticia en Tarma de la evolución política ocurrida en la quebrada de Huarochirí. Expidió un Manifiesto a la nación acatando sus designios y ordenó que las tropas, hasta ese día puestas a sus órdenes, quedaran en adelante a las del general Cáceres. En seguida se retiró de Pachachaca hacia Lima, por Canta, como un ciudadano cualquiera, tan respetado en esta nueva adversidad como lo fuera en los mejores tiempos de su encumbramiento (27 de noviembre)".

Este aparato del coronel Zuleta adolece de garrafales errores. El señor de Piérola quedóse en Tarma, donde recibió un oficio enviado de Chosica comunicándole el desconocimiento de su autoridad. Su jefe de Estado mayor, el coronel Secada, permaneció en Ayacucho, de donde dirigió una nota (5 de diciembre) al jefe superior del centro, manifestándole que le acompañaba el acta suscrita en la misma fecha por los jefes y oficiales del estado mayor general, "que está a mi cargo, por la cual se han sometido a la obediencia de v. s."

Días después de la dimisión del señor de Piérola, llegó a Chosica (de paso por Lima) el general Buendía. Detúvose en dicho lugar y departió amigablemente un largo rato con el general Cáceres; no hizo la menor alusión al referido plan de operaciones y antes bien le manifestó estar decepcionado del ex dictador por no haber encontrado en él orientación alguna respecto a la prosecución de la guerra contra del invasor en el interior del país.

La afirmación del coronel Zuleta de que el señor de Piérola se dirigía a Chosica con el fin de iniciar el consabido plan de operaciones sin preocuparse de la defección de Arequipa, es por demás inverosímil.

Conforme a dicho plan, a Cáceres se le asignaban 9,000 hombres; pero el ejército del centro no podía contar por entonces arriba de 5,000. El de Iglesias en el norte no pasaría de 600 hombres. El presunto ejército contraofensor calculado en 22,000 hombres, no ascendería, pues, a más de 13,000, en su mayoría gente allegadiza, para la ejecución de la "maniobra ofensiva" contra 15,000 aguerridos soldados chilenos. ¿Cabe mayor insensatez?

Analizando lo expuesto por el coronel Zuleta, llégase a la conclusión de que tal plan de ofensiva "desde Iquique a Paita" era al derecho y al revés un solemne mamarracho, que solo pudo existir en los

dominios de la fantasía, como, dice Montani, o ser un recurso muy criollo destinado a encubrir los acontecimientos ocurridos por aquellos días.

Aflige que un militar profesional tan ilustrado como el coronel Zuleta se hubiera dejado dominar a tal extremo por la pasión política.

El general Campero, alto jefe boliviano, de reconocida capacidad profesional, que mandó en jefe la batalla de Tacna, estaba persuadido de que la mala suerte que ocurrió a aquel hecho de armas, se debió esencialmente a la falta de efectivos, motivada por las contraproducentes medidas adoptadas por el ex dictador sobre el primitivo ejército del sur. Disposiciones que solo obedecían a intereses de carácter político, pero que comprometían seriamente la eficacia de la defensa de esa importante zona del territorio nacional.

En cuanto a los nuevos "elementos de combate acumulados" nadie supo ni ha llegado a saber dónde fueron a parar, si es que los agentes del señor de Piérola adquirieron efectivamente el material bélico que el coronel Zuleta menciona pormenorizadamente en su *Historia Militar* p. 131.

Durante su corta permanencia en La Paz, en los primeros días de junio de 1881, el señor de Piérola concluyó algunos tratados de carácter comercial y consiguió lo que más le interesaba personalmente: el no reconocimiento del gobierno provisional de García Calderón por el gobierno de Bolivia.

Pero en el mes de noviembre, el señor de Piérola ya no podía contar con la cooperación de la república de Bolivia, precisamente porque las relaciones del gobierno del general Campero con el de Ayacucho habíanse agudizado tanto que estaban a punto de llegar a un rompimiento.

Lo que el señor de Piérola realmente emprendía en ese mes de noviembre fue una precipitada marcha de Ayacucho a Tarma, al enterarse de la salida de Arequipa (6 de noviembre) de la división del coronel Belisario Suárez (3,500 hombres) enviada por la nueva jefatura superior del sur sobre Ayacucho con el objeto de deponer al señor de Piérola y capturarlo. Este, entonces, fue a buscar amparo en el ejército del centro. En Ayacucho dejó a su estado mayor y a la división mandada por el coronel Arnaldo Panizo, a quien expidió el título nominal de jefe superior político y militar del sur.

Ya desde el mes de septiembre las relaciones entre el general Campero y el señor de Piérola habían dejado de ser amistosas. Y en el mes de octubre el ministro peruano en La Paz, señor Bustamante y Salazar, envió su renuncia irrevocable al ministro general del estado, señor García y García, fundándola en el tratado de comercio.

Dicho ministro, en su oficio de fecha 3 de octubre, elevando su renuncia decía al ministro del señor de Piérola: "El correo último, llegado ayer, me ha traído el oficio de v. s. de septiembre 7, en el que

me comunica que sometido al acuerdo de s. e., el presidente, tanto el oficio como el instrumento a que se refiere, el gobierno desaprueba los procedimientos observados por mí en el asunto...".

"El deber esencial, el que a todo debía sobreponerme, era el de impedir que este gobierno desconociera al nacional, representado por s. e. el señor de Piérola y ese deber, puedo decirlo con íntima satisfacción, lo he llenado cumplidamente."

Y basta y sobra con lo dicho para dar por liquidado ese fantástico y asaz desatinado Plan de operaciones del ex dictador.

El *centro de gravedad* de la resistencia armada del Perú se encontraba en la región andina del centro, y hacia allí han debido concurrir todas las fuerzas y los esfuerzos para la eficaz defensa de la patria.

15.—Este "joven Barriga" es el mismo Belisario Barriga, director del periódico pasquinesco *La Tunda*, que se publicaba en Lima por los años de 1894-1895 y realizó una feroz campaña contra la persona y gobierno del general Cáceres. Propaganda infame que forjó la "leyenda negra" contra el caudillo de La Brea, que, repercutiendo en el ámbito del país, sirvió eficazmente a la revolución llamada de La Coalición (de los partidos políticos coaligados Demócrata, Civil y Unión Cívica, encabezada por don Nicolás de Piérola, y que culminó con el derrocamiento de Cáceres en marzo de 1895).

Pero nadie habría de imaginarse que, dieciséis años más tarde (en junio de 1911) se presentase este mismo Barriga en casa del general Cáceres solicitando una audiencia para verle.

Hacia las once de la mañana llegaba yo, como de costumbre, a la secretaría, cuando el comandante Manuel Layseca, secretario entonces del general, salió a mi encuentro y visiblemente contrariado me preguntó: ¿Conoce usted a ese señor que está sentado junto a mi escritorio? —No, le repuse—. Es Belisario Barriga —díjome. ¿El de *La Tunda*? —inquirí al punto— ¿Y qué quiere aquí?... Nada menos que hablar con el general... Bien, yo le anunciaré tan extraña visita. El ambiente político estaba bastante agitado por esos días con motivo de la aproximación de las elecciones generales; el general Cáceres hallábase en su despacho conferenciando con algunos personajes políticos.

Conocía la proverbial generosidad del general. Cuando le anuncié la visita, quedóse un instante pensativo, exclamando en seguida ¡qué tal zamarro! Hágalo pasar. Notando el azoramiento y titubeo del visitante, opté por retirarme.

Después que salió Barriga díjome el general, un tanto sonriente: "...Me ha referido cosas que ya las sabía, o por lo menos las presumía. Con las referencias de este zamarro quedan completamente confirmadas. Más, no podré repetirlas."

Sin embargo pude intuir algo de lo mucho que le había referido Barriga. Así: la malévola propaganda de *La Tunda* no fue más que el reflejo de la trama urdida por la vecina república del sur, en connivencia con personajes políticos peruanos que ambicionaban unos el poder, y otros adinerados que andaban temerosos ante una supuesta amenaza que significaba la presidencia de Cáceres, que podría armar camorra a Chile que se negaba al cumplimiento del tratado de Ancón.

Pero, ¿qué era lo que buscaba Barriga? —Pues nada menos que el general Cáceres apoyara su candidatura a una de las diputaciones por Lima, o cualesquiera otra provincia y recomendara su nombre al Partido Constitucional.

Mientras Barriga se hallaba en el despacho del general, en la secretaría se comentaba acremente su visita. Uno de los presentes manifestó que el general ignoraba sin duda que el tal Barriga fue a Chosica mandado por el cuartel general chileno a cuyo servicio estaba. Y han sido justamente escritores chilenos quienes lo han dado a conocer y puesto al descubierto pormenorizadamente.

SEGUNDO PERIODO DE LA
CAMPAÑA

CONTINUACION DE LAS
OPERACIONES EN EL CENTRO

REORGANIZACION DEL EJERCITO EN AYACUCHO. COMBATES ENTRE GUERRILLEROS Y CHILENOS EN COMAS, CHUPACA Y ACOSTAMBO

Restablecido el orden en Ayacucho y recogidas las cuatro piezas de artillería y demás material de guerra abandonado, dediqué toda mi actividad a la reorganización del ejército, aumentándolo con parte de las tropas de la derrotada división Panizo y numerosos voluntarios que se presentaron a sentar plaza en nuestras filas. Hube de lamentar no poder alistar más gente, debido a la carencia de armas y vestuario.

A pesar de estos inconvenientes pude elevar el efectivo del reorganizado ejército a unos 1,500 hombres, entusiastas y dispuestos a sacrificarlo todo en aras de la patria.

Pero ahora, no era solo el problema militar, con ser el principal, el que debía atender, sino también el referente a la administración y gobierno de la dilatada comarca de mi jurisdicción. Para lo cual hízose necesaria la creación de tres secretarías de guerra, de economía y de gobierno.

El comisario general del ejército, estaba encargado de llevar una detallada estadística de los recursos, gastos y distribuciones que atañían al ejército del centro; ardua tarea que el coronel Francisco Mendizábal supo desempeñar con acrisolada honradez y patriotismo¹⁶.

En cuanto a los jefes rebeldes que fueron enjuiciados, decidí olvidar, a los pocos días, la responsabilidad que pesaba sobre ellos; y, a fin de que pudieran rehabilitarse combatiendo con el enemigo común, expedí un decreto (19 de mayo) cortando el juicio de rebelión a que estaban sometidos. Ninguno de ellos volvió a tomar las armas.

Poco después del choque de Acuchimay, supe que el coronel Suárez, al mando de una división, se encontraba en el puente de Pampas, distante unas 14 leguas de Ayacucho, y suponiendo que venía a

unírsele correspondiendo a la invitación que le hice desde Izcuchaca, mandé a uno de mis ayudantes para que le saludara en mi nombre e inquirese la fecha más o menos aproximada en que llegaría a Ayacucho.

Suárez se excusó diciendo que se encontraba allí cumpliendo órdenes del presidente Montero. La respuesta del coronel Suárez resultaba inexplicable para mí, pues no comprendía de momento qué órdenes podía cumplir en este lugar, pero luego caí en la cuenta de que ello solo podía obedecer a la suspicacia de Montero para impedirme el paso a la otra banda, en caso de que lo intentara al ser batido y perseguido por del Canto. Pero ¿qué podía recelar de mí —me preguntaba— que había reconocido su gobierno y de quién debía estar convencido de que mi única aspiración era la defensa del suelo patrio? Felizmente para el ejército del centro, las previsiones de Montero no se realizaron.

Mientras tanto, los chilenos se entregaban a una horrenda tarea de depredación y crímenes en todo el departamento de Junín. Pero el terror sembrado por el invasor enardecía en más el furor de los guerrilleros, multiplicando su dinamismo; y eran frecuentes los partes que recibía sobre las trampas y emboscadas tendidas al enemigo. Víctimas esos pueblos de los atropellos del chileno, un odio frenético impulsaba a sus moradores a la venganza. Así, un pequeño destacamento de merodeadores enemigos fue duramente escarmentado por los valerosos hijos del pueblo de Comas. En la mañana del 26 de febrero se presentaron 32 jinetes chilenos, guiados por dos extranjeros conocedores de esos parajes; estuvieron cosa de 3 horas en el pueblo, cometiendo todo género de tropelías y luego pasaron a la hacienda Runatullo para saquearla.

Los pobladores, reunidos en masa, resolvieron atacarlos a su regreso. Consiguieron algunos rifles y escopetas con los que se armaron unos cuantos y con rejones y hondas los demás. Designaron como jefe a Ambrosio Salazar, vecino prestigioso de la localidad, quien aceptó gustoso el título de comandante de las fuerzas del distrito de Comas. Preparado todo bajo su dirección para sorprender al enemigo, solo esperaron el momento de verlo descender por el camino de las alturas. El 2 de marzo, antes del mediodía, se cumplieron los deseos de los comasinos. Traían los chilenos un gran pillaje: 600 reses vacunas, 50 arrobas de mantequilla y otras subsistencias. Los guerrilleros y pobladores, parapetados en la cumbre de uno de los cerros más dominantes —el Sierra-Lumi— rompieron los fuegos a la vez que desprendieron “galgas” y, finalmente emplearon sus rejones en la lucha cuerpo a cuerpo; cayeron en la refriega 15 chilenos, entre éstos el cabecilla, huyendo los restantes a la desbandada.

El 19 de abril, al aproximarse un destacamento chileno a Chupaca, salióle a cerrarle el paso partidas de guerrilleros, a las que

se unieron los moradores de dicho pueblo, encabezados por Jacinto Salvatierra y el gobernador Cuevas.

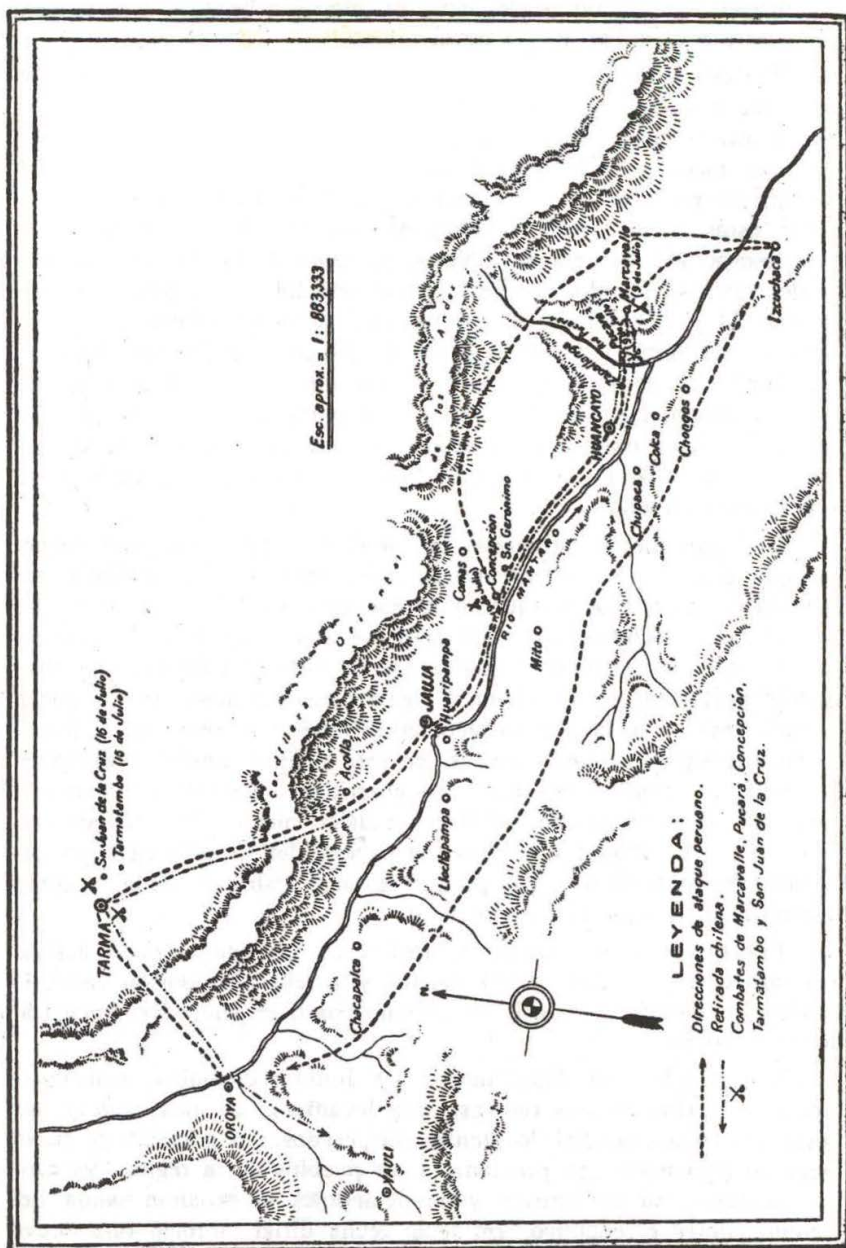
Trabóse reñida lucha, en la que los chupaquinos armados con unos pocos y viejos fusiles causaron algunas bajas al invasor, siendo los "honderos" los que más daño le inflingieran, aturdiéndole con una lluvia de piedras, hasta que acudieron los refuerzos clamorosa y urgentemente pedidos por los chilenos. Entonces, ya fuertemente reforzados éstos arremetieron furiosamente contra los chupaquinos que, tras desesperada resistencia, hubieron de retirarse. Dueño ya el enemigo del valeroso pueblo, cebóse en él arrasándolo e incendiándolo. En los días 21 y 22 de mayo se libraron otros combates entre las fuerzas chilenas, en número de 300, y los guerrilleros de Tongos, Pazos y Acostambo. A pesar de que en estos encuentros el enemigo hizo uso de su artillería, las pérdidas por nuestra parte no fueron de consideración. En Acostambo había sucedido una emocionante escena, durante un combate parcial librado entre una guerrilla de ese pueblo y una flancguardia chilena.

Dos guerrilleros peruanos, en momentos que intentaban despeñar una gran "galga" sobre una columna enemiga que desfilaba por la falda del cerro donde aquellos se encontraban, fueron sorprendidos por un soldado chileno que, furiosamente, para impedir el lanzamiento del pedrejón, se abalanzó contra uno de esos guerrilleros, y le atravesó el pecho con su bayoneta. El guerrillero peruano, por su parte, y con la misma furia que era acometido hundió su rejón en el pecho de su enemigo, quedando ambos, en esta actitud, unidos y atravesados por sus armas, hasta que otro guerrillero, machete en mano, le cortó la cabeza al chileno. Al llegar a dicho pueblo, fui recibido con júbilo por sus habitantes, y al ver la cabeza del soldado enemigo enclavada en un rejón averigüé porqué se encontraba insepulta, y como respuesta hiciéronme el anterior relato.

Fui a visitar al guerrillero, apellidado Menéndez, cuya herida, a pesar de su gravedad, no era mortal, y al felicitarle por su valor, le recomendé guardara el fusil del chileno como imperecedero recuerdo de tal episodio.

Los pueblos del departamento de Junín reclamaban con insistencia el auxilio de mis fuerzas, para levantarse en masa contra sus opresores cuya crueldad los tenía exasperados. El primero de junio lancé en Ayacucho una proclama a los pueblos de la región del centro alentando su patriotismo y anunciándoles la próxima salida del ejército contra el enemigo. En igual fecha dirigí también otra breve proclama a mis tropas.

CONTRAMARCHA DEL EJERCITO DEL CENTRO DE AYA-
CUCHO A IZCUCHACA. CONTRAOFENSIVA DEL EJERCITO
DEL CENTRO. COMBATES DE MARCAVALLE, PUCARA
(segundo) Y CONCEPCION



CROQUIS Nº 11

Contraofensiva de Cáceres en el valle del Mantaro.

Marcapallé-Pucará (2º) — Concepción. 9-17 de julio de 1882

Después de una permanencia de más de tres meses en Ayacucho, bien aprovechada en la reorganización del ejército y mejoramiento de su instrucción militar y disciplina, emprendí a principios de junio, la contramarcha por Huanta, Acobamba y Huancavelica, hasta Izcuchaca, donde establecí mi cuartel general. Hasta entonces, la defensa del puente de Izcuchaca estaba encomendada a una columna de guerrilleros, a órdenes del patriota don Tomás Patiño, prefecto de Huancavelica.

Del lado enemigo, el grueso de la división de del Canto acantonaba en Huancayo, con destacamentos avanzados de protección en Zapallanga, Pucará y Marcavalle hacia Izcuchaca y en Concepción hacia Jauja. En la Oroya estacionaba otro destacamento reforzado para guardar y vigilar la línea de comunicaciones con Lima.

Esta distribución de las fuerzas enemigas me sugirió la idea de encerrarlas en una amplia tenaza, de modo de aislarlas de Lima, para en seguida batirlas en detalle. Contribuía a favorecer la realización de tal proyecto la configuración del teatro de operaciones, su topografía y el estacionamiento desperdigado de las tropas enemigas a lo largo del valle del Mantaro, así como la probada capacidad de nuestras tropas para la ejecución de rápidas marchas en las serranías. Además, contábamos con nuevas y numerosas bandas de guerrilleros, vehementes por vengar los feroces atropellos del araucano invasor. Sumaban más de 3000, y fueron concentrados en el campo de Pazos para su oportuno adiestramiento. Mi propósito operativo consistía, pues, en breve, en encajonar la división de del Canto en el valle del Mantaro, mediante un doble movimiento de rodeo, cortándole la retirada hacia Lima, para luego batirla sucesivamente por partes.

Para ponerlo en planta repartí mis fuerzas en tres columnas, señalando a cada una de ellas su correspondiente cometido:

A la primera, al mando del coronel Gastó, compuesta del batallón Pucará Nº 4, las columnas guerrilleras de Comas y Libres de Ayacucho y fracciones del batallón América, marchar por las alturas este (derecha) del Mantaro y torciendo enseguida por Comas, caer sobre Concepción y batir el destacamento enemigo que ocupaba dicho lugar.

A la segunda, a órdenes del coronel Máximo Tafur, constituida por un batallón de regulares y destacamentos de guerrillas, seguir por las alturas oeste (izquierda) del mencionado río, por Chongos y Chupaca y discurriendo un extenso arco por encima de Llocllopampa y Chacapalpa caer sobre la Oroya, atacar la guarnición chilena y cortar el puente para impedir el escape de las tropas enemigas hacia Lima.

Yo, con el resto del ejército formando la tercera columna, avanzaría de frente sobre las posiciones chilenas de Marcavalle y Pucará.

Partidas de guerrilleros encubrirían el movimiento ofensivo, amagando incesantemente al adversario. Todas las guerrillas de uno y otro lado del valle del Mantaro cooperarían a las operaciones del Ejército.

A la vez impartí órdenes para que se alertaran las guerrillas de Canta y Huarochirí, hostilizaran al enemigo y obstaculizaran su probable fuga, destruyendo el puente sobre el río Purhuay. El 29 de junio salí de Izcuchaca para Pazos, donde permanecí algunos días, dando así tiempo para la marcha de Tafur y de Gastó, y dictando las últimas disposiciones, a fin de sincronizar los movimientos para emprender el ataque en el día prefijado. Mientras tanto, entretenía al enemigo (a tres leguas de distancia) practicando continuos reconocimientos y avanzando hasta cerca de su campamento.

ASALTO DE MARCAVALLE Y COMBATE (SEGUNDO) DE PUCARA

Al doblar la tarde del 8 de julio levanté el campamento, para ir a vivaquear sobre las alturas que dominan Marcavalle, donde se pernoctó. El asalto debía darse al amanecer del siguiente día, 9. Antes de las cinco de la madrugada, nuestras fuerzas hallábanse ya en pie, y después de comer su frugal ración de rancho, fueron a ocupar sus puestos, entusiastas y en el mayor silencio, sin que el enemigo advirtiese su presencia.

La orden de ataque disponía lo siguiente: que el coronel Manuel Tafur, con la segunda división, los guerrilleros de Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo y Pillichaca y tres piezas de artillería, atacara por las alturas occidentales (izquierda) del cuello de Marcavalle.

Que el coronel Secada, con el batallón Tarapacá, de la primera división, cuatro piezas artilleras, los guerrilleros de Huaribamba y la primera columna de Pampas, acometiera por el centro de la antedicha garganta de Marcavalle. Yo, con mi escolta, los batallones Zepita e Izcuchaca y los guerrilleros de Pazos, Tongos, segunda columna de Pampas y cuatro piezas de artillería, tras efectuar, por la derecha, un movimiento de protección a los anteriores destacamentos, iría a situarme frente a Marcavalle, un tanto hacia la derecha. Al coronel Gálvez, comandante general de las guerrillas, le ordené que con la columna Voluntarios de Izcuchaca y los destacamentos guerrilleros de Domingo Cabrera, Segura y de otros cabecillas guerrilleros, ganase las alturas inmediatas a la izquierda, para obstruir al enemigo el camino de Pucará; haciendo luego adelantar partidas de "rejoneros", que se apostarían entre Pucará y Zapallanga y hacia el norte de este último lugar, con la misión de permitir la comunicación con Huancaayo, donde se encontraba el grueso de la división chilena.

Dispuestas las tropas para el ataque, al romper el alba una compañía del Tarapacá entró en contacto con las avanzadillas del contrario; instantes después, nuestra artillería, desde su asentamiento en la altura de Curacán, cañoneó las posiciones enemigas de Marcavalle, siendo luego acometidas de frente por el Tarapacá, en tanto que otras fuerzas nuestras amenazaban desbordar sus flancos.

Empeñóse un violento combate, por corto tiempo, y el adversario —una compañía del batallón Santiago— viéndose doblemente

flanqueada, interrumpió la refriega y emprendió precipitada fuga. Perseguidos los chilenos por dos compañías del Tarapacá, fueron empujados sobre Pucará, donde reforzados por las restantes compañías de su batallón, opusieron nueva resistencia. En estas circunstancias cayeron por la espalda los guerrilleros de Gálvez y Cabrera, al mismo tiempo que eran estrechados de frente por tropas regulares. Desalojados de Pucará, escaparon a Zapallanga, que hubieron de abandonar más que de prisa a la aproximación de los nuestros. Los restos del destrozado enemigo continuaron su fuga hasta el caserío de La Punta (una legua al sur de Huancayo), donde fueron recibidos por el grueso de la división adversaria, que había salido apresuradamente de Huancayo al enterarse de la derrota del Santiago. Del Canto recogió los restos del deshecho batallón y contramarchó a Huancayo.

Las pérdidas sufridas por el enemigo en las acciones de Marcapalle y Pucará fueron de consideración. Entre muertos y heridos pasaron de 200. Dejaron en nuestro poder unos 200 fusiles y sus municiones, la caja del cuerpo, una bandera, caballos, vestuario y otros despojos de guerra. Los numerosos muertos que quedaron en el campo fueron enterrados por nuestras tropas; entre ellos se encontraron un jefe y 5 oficiales, para quienes se dispuso darles sepultura especial, rindiéndoles los honores correspondientes.

COMBATE DE CONCEPCION

Aquel mismo día, alrededor de las tres de la tarde, las fuerzas del coronel Gastó atacaron al destacamento chileno acantonado en Concepción: una compañía del batallón Chacabuco.

Los chilenos no habían advertido la marcha de los nuestros por las alturas. Mas, al avistarlos, cuando ya descendían por las agrias laderas, corrieron a apostarse en las bocacalles de la plaza. Y allí opusieron obstinada resistencia a las primeras acometidas de los guerrilleros, causando a éstos numerosas bajas, pero sin lograr rechazarlos. Al contrario, abrumados luego por las reiteradas embestidas guerrilleras retrocedieron precipitadamente a guarecerse en un antiguo caserón conventual, donde también acuartelaban.

Y, parapetados en el soportal del derruido edificio y ventanas de la contigua iglesia, renovaron porfiada resistencia. Y aunque su nutrido y certero fuego de fusilería producía terribles estragos en las filas de los asaltantes, éstos, incesantemente reforzados, mantenían su impulso arrollador; y la lucha cobraba, por momentos, feroz encarnizamiento.

Extinguiéndose ya el día comenzó a declinar también la refriega. Pero el improvisado reducto estaba ya completamente cercado. A pesar de todo, el enemigo continuó defendiéndose con inaudita fiereza, hasta que la niebla y la oscuridad envolviendo el campo tornó la brega en intermitente tiroteo. Y así, ambos adversarios, con el alma en vilo, se mantuvieron en acecho toda la luctuosa noche, hasta

que poco antes de amanecer del 10 de julio, los guerrilleros, testigos y víctimas de los crueles atropellos, saqueos, violaciones e incendios de los chilenos, les dieron un furioso asalto, del cual no se salvó ni uno solo de los 76 hombres que componían el destacamento enemigo.

RETIRADA DE LA DIVISION DE DEL CANTO

El día 10 reanudé la marcha sobre Huancayo, resuelto a continuar la lucha; pero del Canto había evacuado ya la población, dirigiéndose a Jauja. El enemigo, en su fuga, incendió los pueblos de Concepción, Matahuasi, Matamalzo, Ataura y San Lorenzo, asesinando al paso a multitud de indefensos pobladores.

Al retirarse de Jauja los chilenos, se disponían a saquear la ciudad, cuando de improviso les cayeron los guerrilleros de Concepción; por lo cual, sin tiempo para realizar sus fechorías dejaron la población y se encaminaron a Tarma.

El 15, por la noche, después de un ligero encuentro entre las guerrillas de nuestra vanguardia con la retaguardia enemiga, cuyo grueso se hallaba ya en Tarma, llegué a Tarmatambo, una legua distante de aquella ciudad.

Este era el momento propicio para lanzar un ataque resolvente con el grueso de mis fuerzas, y así lo concebí al instante. Pero, juzgando en seguida que un combate reñido en tales condiciones iba a traer como consecuencia la destrucción de la ciudad, opté por asediar al enemigo, cerrándole todas las avenidas y obligándole a hacer frente a los amagos e incursiones de los guerrilleros. Por otra parte, no me daba prisa en atacarle esperando el aviso de Tafur, de haber cortado el puente de La Oroya.

El día 16 envíe un pequeño destacamento por las alturas de San Juan de la Cruz que dominan la ciudad de Tarma por el noreste, donde se engarzó en gresca con un destacamento contrario, al que causó algunas bajas, haciéndole retroceder hacia la población.

Luego ordené marchar hacia Acobamba, a dos leguas al norte de Tarma a un destacamento de guerrilleros que, unido a los de aquel pueblo, debía cerrar también el paso al enemigo, el cual hasta el día 17 permanecía en la ciudad, sin dar señas del propósito de abandonarla. En la tarde del mismo día, dispuse que la segunda división y el destacamento guerrillero de San Jerónimo fueran a ocupar las alturas que dominan Tarma, sobre el camino que sale por La Oroya. Avisados los chilenos de la presencia de éstas fuerzas en dichas alturas, midieron el inminente peligro de que fuera cortada su retirada hacia Lima. Y emprendieron la fuga inmediatamente, en la noche del 17, tomando las mayores precauciones para no ser sentidos. Fue la tal retirada favorecida no solo por las sombras de la noche, sino también por la densa neblina que en la mañana del 18 cubría la campiña, impidiendo distinguir los sitios en donde instalaban los días anteriores sus puestos avanzados. De otra suerte, hubiérase

advertido la ausencia de tales puestos en la madrugada misma del 18 y se habría practicado un reconocimiento a fondo hasta la ciudad y dispuesto la persecución. Los escuchas apostados en las alturas que bordean el angosto y hondonado camino, tapizado de nieve, por el cual se deslizaban furtivamente las tropas enemigas, no pudieron verlas ni menos oír el paso de su silente marcha nocturna.

Se ignoró pues, la escapada de los chilenos hasta eso de las siete de la mañana, en que disipándose ya un tanto la niebla, se me dio el consiguiente parte. Inmediatamente con lo más escogido de mis tropas y destacamentos guerrilleros, emprendí la marcha en su seguimiento. Creí alcanzarle en La Oroya y allí batirle. Pero al llegar jadeante a dicho lugar, ya del Canto había cruzado el puente, haciéndole volar en seguida, para asegurar su retirada.

Tafur no había cumplido la misión que se le encomendó, y el puente de La Oroya quedó libre para el paso de los chilenos.

Mi propósito de encerrar a la división de del Canto en el valle del Mantaro y destruirla, habíase, por cierto frustrado.

Sin embargo, se consiguió expulsar el enemigo del departamento de Junín, tras infligirle una serie de derrotas (Marcavalle, Pucará, Concepción) y acosarle durante nueve días consecutivos (desde Marcavalle hasta Tarma), sin dejarle punto de reposo.

En cuanto al proyecto operativo propiamente tal, no obstante su magnitud y la desproporción de tropas regulares con respecto a las del enemigo, habría alcanzado el éxito deseado, de no haber ocurrido el infortunado contratiempo de Tafur.

La atropellada retirada de la división chilena tuvo todos los caracteres de una desastrosa fuga. Perdió mucha gente y dejó abandonados por doquier rifles, municiones y equipos, así como ganado vacuno y bestias de silla y de carga; todo lo cual fue recogido por los nuestros y oportunamente aprovechado.

Siéndome imposible seguir adelante, regresé a Tarma, donde asenté mi cuartel general, deplorando que mi plan concertado en Izcuchaca e iniciado con tan halagüeñas perspectivas, no llegase a su cabal realización.

Luego hube de dedicarme a la tarea de reorganizar mi diezmado ejército, que ya no sumaba sino 890 hombres de tropa regular y 500 guerrilleros.

La indignación contra los chilenos cobró considerable incremento e intensidad entre los naturales de los pueblos comarcanos, a causa de los atroces crímenes que aquellos cometieron durante su fuga a Lima. La huella de su paso estaba tétricamente señalada por la multitud de cadáveres de pacíficos e inermes pobladores, cruelmente victimados, y por las violaciones, la depredación y el saqueo. Y por todas partes surgían guerrilleros, dispuestos a luchar sin cuartel contra el odiado invasor.

LLEGADA DEL CONTRALMIRANTE MONTERO A TARMA

Por aquellos días llegó a Tarma el contralmirante Montero, quien ejercía la presidencia de la república desde la expatriación a Chile del doctor García Calderón. Montero que, a la sazón, se encontraba en Cajamarca, confió la jefatura política y militar del norte al general Iglesias, y él se trasladó, en el mes de febrero, a Huaraz; permaneció algún tiempo en esta ciudad, pasando luego a Arequipa, donde estableció la sede de su gobierno.

A su llegada a Tarma con su comitiva, salí a recibirle, rindiéndole los honores que correspondían a su alta investidura; Montero revistó las tropas y quedó bien impresionado de su presentación y disciplina. Aproveché entonces la oportunidad para solicitarle el armamento que necesitaba, y él me ofreció proporcionármelo y ayudarme eficazmente tan luego como llegara a Arequipa. Ofrecimientos que nunca cumplió.

REORGANIZACION DEL EJERCITO DEL CENTRO EN TARMA

Libre por segunda vez de las fuerzas invasoras el departamento de Junín, me dediqué, como antes he referido, a la reorganización del ejército en Tarma. Las tropas existentes alcanzaban un efectivo de 890 hombres de las tres armas, formadas por los batallones Zepita, Tarapacá, Junín y Pucará; 11 cañones y el escuadrón Cazadores del Perú, unidades todas incompletas.

Haciéndose de todo punto necesario aumentar el efectivo para proseguir la campaña, hice un llamamiento a los voluntarios de las provincias de Jauja, Huancayo y Tarma, los cuales acudieron presurosos a las filas, formando luego los batallones Apata, Concepción y Tarma. La juventud de esta última población armó a su propia costa un pequeño escuadrón de caballería, cuyo mando confié al sargento mayor Agustín D. Zapatel. Desde entonces el departamento de Junín quedó convertido en un verdadero campamento.

Grande era, pues, la actividad desplegada en la faena reorganizativa del ejército. Podía disponer de numeroso personal, pero carecía de armas y municiones. En vano esperé las ofrecidas por Montero y las que pudieron venir de Bolivia. Las varias comisiones que mandé a Arequipa, no fueron atendidas; y así trascurrieron tres meses en espera de esos elementos, durante los cuales los chilenos prepararon contra el ejército del centro la formidable campaña que había de finalizar en Huamachuco.

LA SITUACION POLITICA. MI PROTESTA ANTE LA ACTITUD DE IGLESIAS

Mientras yo y el abnegado grupo de jefes que me acompañaba hacíamos todo género de esfuerzos para organizar y armar las tropas

del centro, y mantener en alto el pabellón nacional, la anarquía devoraba al país. Existían dos gobiernos en la república: el de Arequipa, con Montero que, vacilante, no se resolvía a continuar la guerra enérgicamente con las fuerzas y recursos con que contaba, ni prestaba el menor auxilio al ejército del centro; y el de Cajamarca, con Iglesias, que había alzado la bandera de la paz y lanzado en Montán (hacienda situada en la provincia de Chota) el 31 de agosto de 1882, un manifiesto desconociendo al gobierno provisional de Montero y aceptando la paz, bajo las condiciones impuestas por el enemigo¹⁷.

Esta anómala situación política empeoraba de día en día no sólo la causa de la defensa sostenida por el ejército del centro, sino la del país en todo orden de cosas. La anarquía se extendía de un confín a otro de la república y le presagiaba días aún más sombríos y desventurados.

En la región del centro, uno de los primeros pueblos que se declaró por el manifiesto de Montán fue el de Canta. Nada de extraño hubiera tenido que la opinión de sus habitantes se manifestara en el sentido de la paz, no obstante sus humillantes condiciones, si sólo allí hubiese quedado; pero lo lamentable y delictuoso fue que los corifeos de la paz, encabezados por Vento, hicieran causa común con los enemigos de la patria y fueran los más eficaces instrumentos para la destrucción y exterminio de los defensores de la integridad nacional. Así como Canta, otros pueblos se plegaron al manifiesto de Montán; pero las provincias que eran la llave de las operaciones militares en el centro, como Canta y Huarochirí, tenían para el alto mando chileno particular importancia.

En el "*Diario Oficial*", órgano del jefe de la ocupación, apareció el manifiesto de Iglesias junto con el decreto expedido en Cajamarca segregando de la autoridad de Montero la región del norte de la república. Ese número del citado periódico fue recibido en mi despacho. La lectura de tales documentos me estremeció de estupor; y no pude menos que dirigir, de inmediato, dos proclamas: a mi ejército y a los pueblos del centro, respectivamente, protestando de la ominosa e insólita actitud del general Iglesias. Y seguidamente envié una circular a las autoridades políticas y comunales de mi dependencia.

"Los pueblos del Perú —decía en el último párrafo de esta circular— y en particular los pueblos del centro, que me obedecen, no hacen la guerra por el deseo de continuarla y llenar el territorio de luto y de miseria; no derraman la sangre preciosa de sus hijos por el insensato placer de sacrificar estérilmente víctimas en los altares de la patria; prosiguen la guerra y hostilizan infatigablemente al enemigo con el único objeto que se proponen los pueblos y que prescriben las leyes eternas del derecho internacional respecto de la guerra, con el fin de alcanzar el desagravio de sus derechos, por medio

de un tratado que no esté en pugna con su dignidad y soberanía nacional”.

Tal era el criterio que dominaba mi espíritu, porque jamás, nunca, podía avenirme a la aceptación de una paz de servidumbre. Y así lo expresaba también en la *Memoria* que envíe al gobierno de Arequipa, en enero de 1883:

“... El infortunio sufrido con nobleza y dignidad es preferible a un cobarde y vergonzoso abatimiento; si la guerra impone sacrificios, fuerza es apurarlos hasta la última gota de sangre, cuando la paz no ofrece más expectativas que un porvenir sombrío. En vez de legar a las generaciones venideras la herencia de una transacción oprobiosa condenada por la conciencia nacional, es preferible sucumbir en la demanda, dejando abierto el campo de la lucha, para que nuestros hijos se encarguen de vengar la sangre de sus antepasados...”.

EXPEDICION A CANTA Y HUAROCHIRI

Tan luego como recibí una regular cantidad de fusiles enviada de Lima, burlando la vigilancia chilena, armé los nuevos contingentes de voluntarios y resolví expedicionar sobre Canta, que se hallaba en poder de Vento, y cuya posesión por el enemigo amenazaría seriamente el flanco derecho del ejército del centro, anulando nuestros propósitos de recuperar la quebrada de Huarochiri.

Dejé en el cuartel general de Tarma, a cargo del jefe de estado mayor, coronel Manuel Tafur, los batallones Concepción, Marcavalle, el escuadrón 2 de Mayo, una fracción del Cazadores del Perú y dos piezas de artillería de ánima lisa, y con las demás tropas emprendí la marcha, el 29 de enero de 1883, hacia Casapalca.

Aquí dividí estas tropas en dos columnas, una a mis inmediatas órdenes, y la otra a las del coronel Secada.

La primera componíase de los batallones Tarapacá Nº 1, Zepita Nº 2 y el escuadrón Tarma, al mando del coronel Cáceres; el Apata y el San Jerónimo, cuatro piezas de artillería y la fracción restante de Cazadores del Perú, a órdenes del coronel Manuel Reyes Santa María. Con estas fuerzas tomé el camino de Canta. En el trayecto se me unieron algunos destacamentos guerrilleros, distinguiéndose entre ellos el batallón Guerrilleros del Rímac, con el coronel Manuel Vivar, a la cabeza, y el escuadrón Grau, al mando del sargento mayor Agustín Lora. Estas fuerzas hacían un total de 800 hombres.

La columna del coronel Secada siguió a Matucana, cubriendo nuestro flanco izquierdo contra la división chilena de Urriola, acantonada en Chosica.

El 4 de febrero llegué a Lachaqui, a tres leguas de Canta. Esta población estaba en poder de Vento al frente de 300 hombres. Noticiado Vento de mi marcha, había apostado vigías en la ruta Canta-

Tarma, por Marcapomacocha, descuidando la de Asunción de Huanza, por donde yo avanzaba.

El 5 dirigí un oficio a Vento, en el cual le manifestaba la conveniencia de reintegrarse al ejército del centro para robustecer la acción contra el enemigo de la patria, y le pedía, al propio tiempo, hiciera preparar rancho y alojamiento para mis tropas. Luego reanudé la marcha, observando los caminos de Pariamarca y Obrajillo y enviando descubiertas de los escuadrones Tarma y Cazadores del Perú, las que fueron recibidas con un nutrido fuego de fusilería desde los pueblos de San Miguel y San Buenaventura. Esta alevosa agresión me decidió arremeter contra Vento, sorprendiéndole por donde menos lo esperaba. Mandé emplazar la artillería, y a los primeros cañonazos desbandáronse sus fuerzas. Vento huyó con algunos de sus parciales hacia Huamantanga, y de aquí siguió hasta la hacienda Caballero, cerca de Lima, donde fue recibido por los chilenos y conducido, con una escolta, a presencia de Lynch, quedando yo dueño de Canta. Hice recoger los rifles abandonados por los fugitivos e incorporé a mis tropas la mayor parte de los soldados de Vento.

EXPEDICION DE LEON GARCIA GUIADA POR VENTO CONTRA EL EJERCITO DEL CENTRO

Llegado Vento a Lima, engañó a Lynch diciéndole que su presencia allí no significaba la derrota de sus fuerzas, las cuales, al contrario, se encontraban íntegras en Huamantanga, llenas de entusiasmo y que, con el auxilio de una fuerza chilena, podría atacar y destrozor las mías.

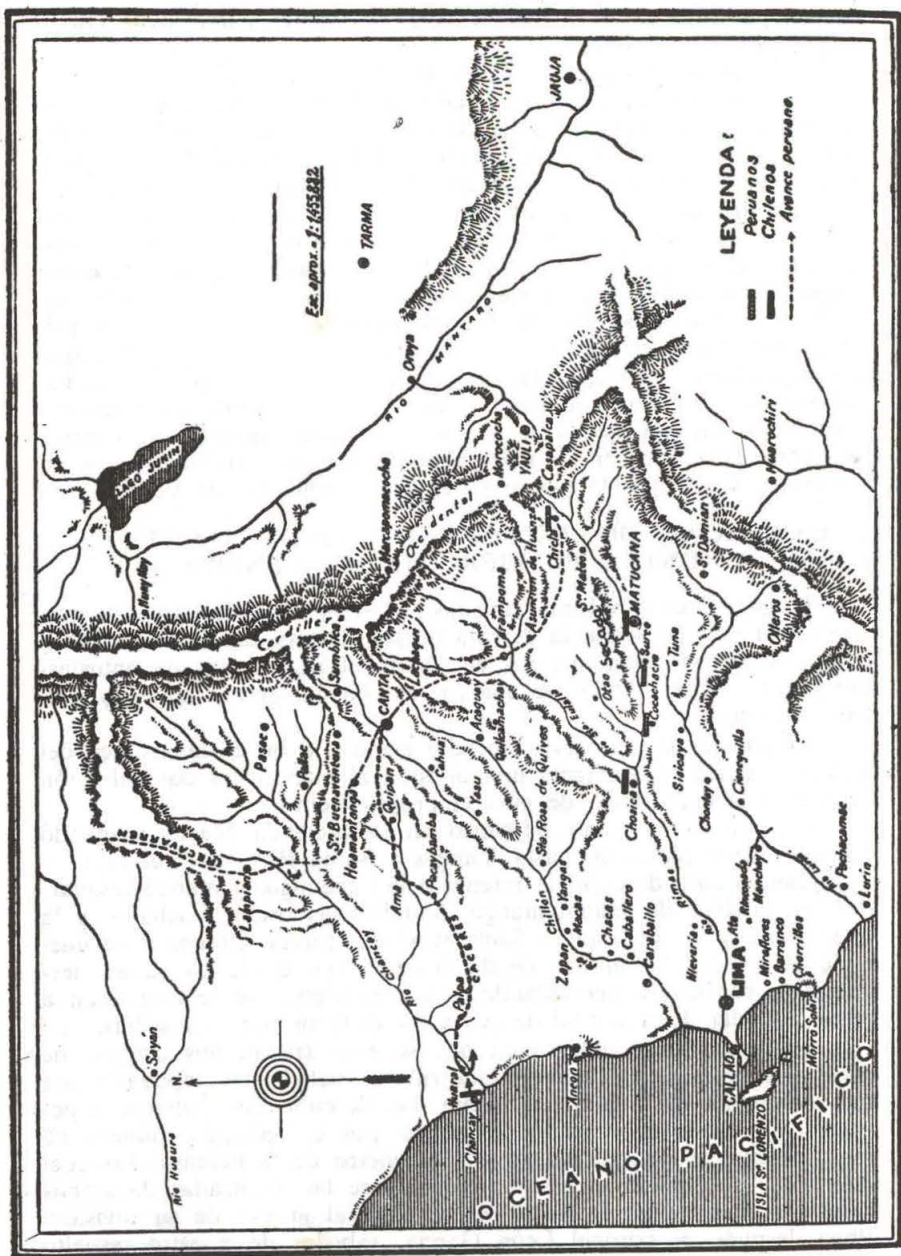
El jefe de la ocupación accedió gustoso a las insinuaciones del traidor y envió rápidamente una división al mando del coronel León García, a la cual sirvió de guía el propio Vento.

La expedición tomó descanso en la hacienda Macas y mandó patrullas de exploración hasta Yangas y Santa Rosa de Quives.

Bien pronto descubrí la intención del enemigo, y mandé resguardar los pueblos de Huamantanga, San Buenaventura, Lachaqui y la quebrada que va de Canta a Santa Rosa de Quives. Ordené a los guerrilleros coronar las alturas de dicha quebrada, desde las cuales desgargarían pedruzcos, anonadando a los enemigos que se atrevieran a pasar por ella. Esta actitud detuvo a los chilenos por varios días.

La expectativa violenta en que se encontraban mis tropas, me decidió a destacar el batallón Guerrilleros del Rímac, apoyado por una compañía del Tarapacá, sobre las descubiertas chilenas, esperando que, entusiasmados los enemigos por el reducido número de esas fuerzas, avanzaran dentro del perímetro de la defensa. Lo cual ocurrió, y se entabló un recio tiroteo entre las avanzadas de ambos bandos, replegándose la caballería chilena al grueso de su división. Poco después, el coronel León García, sabedor de nuestro resuelto avance contra sus posiciones, recogióse apresuradamente hacia Lima.

DEMOSTRACION SOBRE CHANCAY Y EXPEDICION DE RECAVARREN AL DEPARTAMENTO DE ANCASH



CROQUIS N° 12

Segundo período de la campaña. Marcha del destacamento Recavarren hacia Ancash. Demostración de Cáceres sobre Chancay.

Me encontraba en Canta, cuando llegó a Tarma el coronel Isaac Recavarren, procedente de Arequipa, trayendo 200 carabinas Remington y un pequeño cañón, fundido en aquella ciudad por el doctor Morales Alpaca, y obsequiado por éste a Recavarren.

Dejando el material de guerra en Tarma, se trasladó Recavarren a Canta. Aquí se acordó destacar una pequeña fuerza hacia el departamento de Ancash, para que sirviera de base a la formación de un destacamento de ejército, que debía operar en la región del norte, donde se encontraba don Jesús Elías, a quien el gobierno de Arequipa había nombrado jefe superior político y militar del norte, por la defección de Iglesias. Encargado de esta importante misión el propio coronel Recavarren, puse a su disposición el batallón Pucará de 250 plazas y 3 piezas de artillería, con cuyas tropas partió a últimos de marzo hacia la provincia de Cajatambo, para seguir luego a Huaraz. Según las circunstancias, dicho destacamento marcharía sobre Cajamarca, para someter a Iglesias.

Como en Chancay y Huacho existían guarniciones chilenas que podían obstaculizar la marcha de Recavarren, resolví efectuar una demostración sobre aquellas fuerzas, con objeto de atraer su atención sobre las mías y facilitar así el paso de la expedición. El 31 de marzo emprendí directamente la marcha de Canta al pueblo de Chancay, al frente de los batallones Tarapacá y Zepita, el escuadrón Tarma y cuatro piezas de artillería. El 2 de abril llegué a la hacienda Palpa, distante unas cinco leguas de Chancay, e hice avanzar hacia este lugar al prefecto de Lima, coronel Elías Mujica, escoltado por el escuadrón Tarma. Las fuerzas chilenas que guarnecían Chancay, lo evacuaron y embarcaron en la corbeta Chacabuco, surta en la bahía y que en seguida bombardeó, por unos minutos, el puerto. De esta manera quedó abierto el paso de Recavarren a Cajatambo y realizado con todo éxito el objeto que me había propuesto. Comunicado el hecho por telégrafo al cuartel general chileno en Lima, Lynch despachó inmediatamente una división de 1,500 hombres, de las tres armas, en buques de su escuadra, al mando del coronel Arriagada, para batirme. Pero cuando éstas tropas llegaron a Chancay, ya no me encontraron, pues satisfecho mi propósito, regresé por Huaral, a Canta. Arriagada, viendo frustrada su misión, embarcó para el Callao.

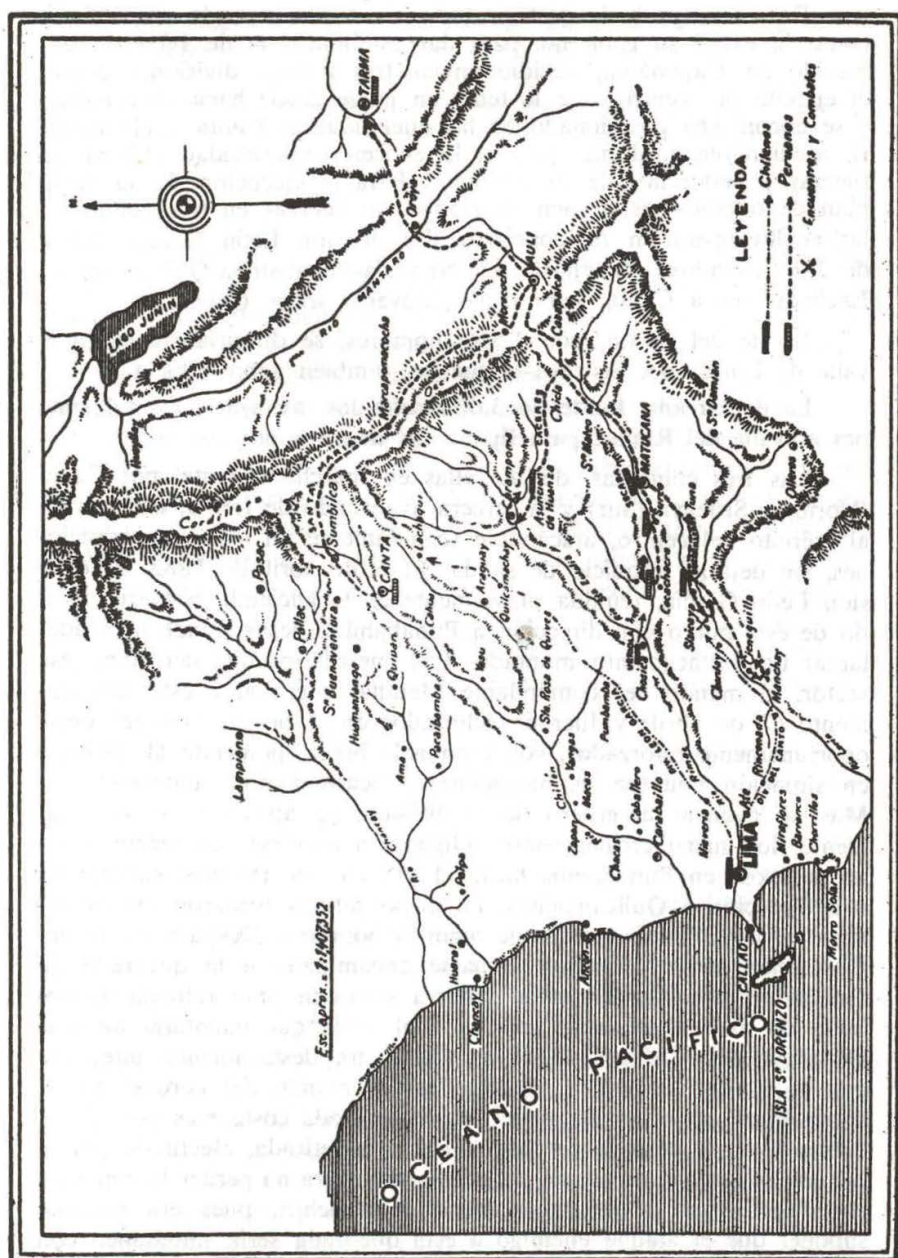
DEFENSA DE LA QUEBRADA DE HUAROCHIRI. NUEVA REAGrupación DE LAS TROPAS DEL EJERCITO DEL CENTRO

El coronel Secada, que había protegido nuestra marcha sobre Canta, dispuso en seguida la defensa de la quebrada de Huarochirí, permitiendo con ello la realización de otras tareas de urgencia. En el dispositivo de defensa de la quebrada, la derecha hallábase defendida por el batallón Atahualpa, del comandante Medina, posicionado en San Jerónimo y la quebrada lateral de Santa Eulalia; el

centro por el batallón Guerrilleros del Rímac, del mayor Wenceslao Incháustegui, situado en la fuerte posición de Purhuay y Huachinga, que eran los puntos más avanzados delante de Matucana. La izquierda, defendida por el escuadrón Rímac, situado en Cocachacra, y el batallón Huarochirí, del comandante Ismael González, en la quebrada de Sisicaya, ocupando Balconcillo, las alturas de Yanacoto y Chaimallán. Estas fuerzas guerrilleras estaban apoyadas por los batallones Jauja y Junín, acantonados en los pueblos de Cocachacra y Surco. Secada con su estado mayor se instaló en Matucana. Distribuidas así las fuerzas del coronel Secada, mantenían inquietas a las del coronel chileno Urriola, que ocupaba Chosica; siendo por tanto frecuentes las escaramuzas y choques entre las avanzadas de uno y otro bando, en los cuales casi siempre eran rechazados los chilenos. Entre los choques habidos, los de Purhuay y Yanacoto fueron verdaderos combates de encuentro, en los cuales el enemigo sufrió pérdidas relativamente considerables.

Batido Vento en Canta; rechazada la expedición chilena del coronel León García y realizada con feliz éxito la demostración sobre Chancay, se procedió a una nueva agrupación de las fuerzas del ejército del centro, pasando la segunda división a constituir la reserva general, que a órdenes del coronel Tafur, acantonó en Tarma.

EL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO INVASOR RESUELVE ENVIAR UNA FUERTE EXPEDICION PARA BATIR DEFINITIVAMENTE AL EJERCITO DE LA RESISTENCIA



CROQUIS N° 13

Ultimas operaciones de la Quebrada. Avance chileno por las quebradas de Canta y Sisicaya contra Cáceres.

Deseoso Lynch de destruir toda resistencia armada en el Perú, como lo exigía su gobierno, para dar estabilidad al de Iglesias establecido en Cajamarca, decidió enviar tres fuertes divisiones contra el ejército del centro, que le tenía en jaque desde hacía diez meses, y se encontraba posesionado en las quebradas de Canta y Huarochirí, asediándole en Lima, pese a la enorme superioridad chilena en fuerzas y pertrechos de todo género. Para la ejecución de su vasto plan de operaciones, Lynch distribuyó sus fuerzas en tres columnas, las cuales operarían de concierto. La división León García, fuerte de 2,000 hombres, marcharía por Nievería-Punabamba-Quilcamachay-Lachaqui hacia Canta, para luego convertir sobre Chicla.

La de del Canto, con 1,500 hombres, se dirigirá siguiendo el valle de Lurín, por Sisicaya-Matucana, también sobre Chicla.

La de Urriola, fuerte de 3,000 soldados, avanzaría frontalmente por el valle del Rímac, para fijar a las nuestras por ese lado.

Las tres columnas, dos de ellas en marcha rodante, por Canta (Norte) y Sisicaya (Sur) y la tercera avanzando de frente, encerrarían al ejército del centro, atacándole seguidamente en todas sus posiciones, sin dejarle resquicio de salida. El 6 de abril de 1883, la división León García, reunida previamente en la hacienda Nievería, partió de este punto con dirección a Punabamba, desde donde hizo adelantar un destacamento montado. Los guerrilleros que defendían ese sector, al mando del comandante Medina, atacaron a este destacamento (7 de abril) y fueron rechazados en el primer embate; pero, oportunamente reforzados, volvieron a la brega, poniendo al enemigo en situación apurada, rechazándole y ocasionándole algunas bajas. Mas, al avanzar el grueso de la división, en apoyo de su destacamento, los guerrilleros vieron obligados a retirarse. La fuerza chilena detúvose en Punabamba hasta el 10, en que reanudó su marcha con dirección a Quilcamachay, en cuyas alturas tornaron los guerrilleros a hostilizarla, matándole algunos hombres. Después de la demostración sobre Chancay, habíame encaminado a la quebrada de Huarochirí con las divisiones primera y cuarta para reforzar la defensa de dicha quebrada, por la cual sabía que intentaría avanzar Urriola desde Chosica. Dejé en Canta un destacamento integrado por la cuarta división y un batallón, al mando del coronel Reyes Santa María, con la misión de defender a toda costa esas posiciones, debiendo en el caso de ser compelido a la retirada, efectuarla por el camino de Lachaqui, Laraos y Carampoma, para no perder la conexión con las fuerzas de la quebrada de Huarochirí, pues era racional suponer que el ataque enemigo a esta quebrada sería simultáneo con otro, llevado a cabo por el lado de Canta.

Púseme luego en camino a Tarma, donde se encontraba la segunda división, del coronel Tafur, como reserva general, con el fin de tener esas tropas a la mano, para lanzarlas oportunamente contra el enemigo. Ya de vuelta de Tarma, apenas hube llegado a Chicla, recibí aviso de los guerrilleros de Canta, que una fuerte división enemiga avanzaba por el camino de Nievería-Punabamba, por lo cual me pedían urgentemente refuerzos. Ordené entonces a Santa María, por medio de propios, que saliera de Canta y ocupara el portachuelo de Lachaqui, a fin de impedir a la división chilena el avance sobre Canta, mientras yo me encaminaba de Chicla hacia Asunción de Huanza, con la intención de atacar al enemigo por el flanco y retaguardia. Al frente de la segunda división y un batallón de la primera y acelerando la marcha todo lo que humanamente fue posible, recorrí catorce leguas por las alturas hasta llegar al anochecer a Asunción de Huanza, en la seguridad de que Santa María se encontraba en Lachaqui, defendiendo el paso que se le había encomendado. Pero mi decepción fue grande cuando al término de la jornada recibí la noticia de que Santa María había abandonado Canta y se dirigía, por Marcapomacocha, a Tarma, quedando así frustrado mi propósito. León García atravesó el Portachuelo de Lachaqui (13 de abril) y prosiguió su marcha sobre Canta, que la ocupó sin resistencia. Con la posesión de Canta por el adversario, quedaba flanqueado el ejército del centro. En consecuencia, se imponía la retirada, evacuando todas las posiciones.

De Canta destacó León García una columna mixta de infantería y artillería sobre Huamantanga, ocupada por el prefecto Elías Mujica, con 150 hombres. Avistado el enemigo, hacia el mediodía del 27 de abril, se empeñó un porfiado combate que duró, con intermitencias, hasta las cuatro de la tarde, muriendo la mayor parte de nuestros oficiales y cayendo prisioneros los demás, que fueron fusilados, y entre los cuales recuerdo con pena al coronel José Mariano Villegas, mayor Manuel Vargas, capitanes Francisco Robles, José María Toro, Manuel López, teniente Buitrón, subteniente Manuel Tagle y Sargento Nolasco López.

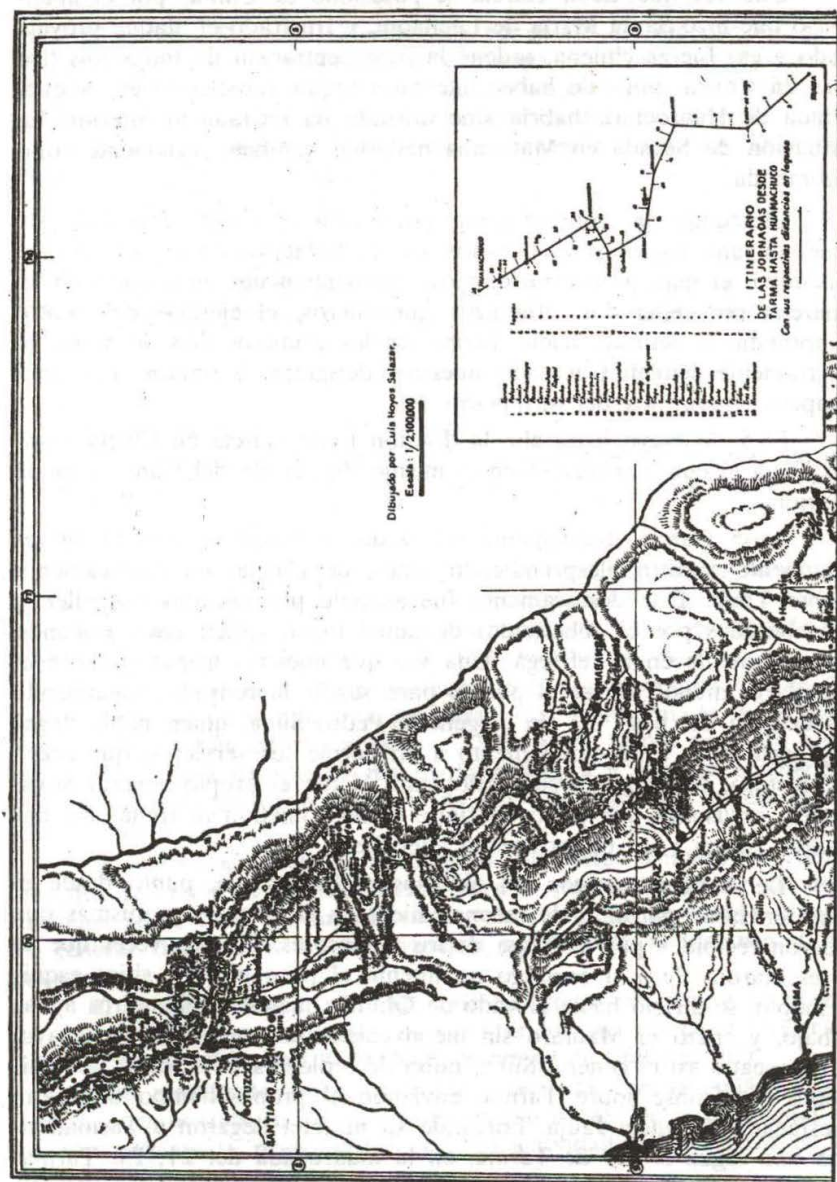
Aquel mismo día libróse otro combate entre los guerrilleros de Quipán y el grueso de las tropas chilenas en Canta. Ignorantes los guerrilleros de que la población estaba ocupada por tropas enemigas, marcharon desprevenidamente sobre ella, enzarzándose en reñido combate, que duró cosa de una hora, hasta que al fin fueron derrotados los guerrilleros, por la enorme superioridad de fuerza del contrario. Mientras estos hechos ocurrían en el sector de Canta, realizábanse otros en la quebrada de Huarochirí.

El 10 de abril, los guerrilleros del comandante Ismael González salieron de Yanacoto y atacaron las avanzadas chilenas de Chosica, en la mañana de aquel día, ocasionándoles algunas bajas y obligándolas a replegarse desordenadamente a su cuerpo principal. Después de lo cual, regresaron los guerrilleros del comandante Ismael González a replegarse desordenadamente a su cuerpo principal. Después de lo cual, regresaron los guerrilleros a Yanacoto.

El 22 del propio mes despachó Urriola un destacamento de 300 hombres, de Chosica hacia el puente de Purhuay, para proteger los trabajos de reparación de la línea férrea, que estaba destruida, pero el destacamento no llegó más que a media legua de distancia de Purhuay. Al intentar transponer las alturas fue acometido por los guerrilleros. Trabóse entonces una enconada lucha de dos horas, tras la cual el destacamento chileno hubo de retirarse a Chosica, con 30 soldados menos. Mientras tanto, del Canto, que tenía por cometido atacar el flanco izquierdo del ejército del centro, había partido de Lima el 24 de Abril, avanzando por el valle de Lurín sobre Sisicaya. Llegó a Cieneguilla y continuó hasta Mal Paso, donde pernoctó. El 25 emprendió su marcha sobre Balconcillo, posición que estaba defendida por los guerrilleros de Huarochirí, del comandante González. Al acercarse una descubierta enemiga a la posición peruana, fue atacada por los guerrilleros. Púsose entonces en movimiento toda la división enemiga, fraccionada en dos columnas, y avanzó resueltamente contra los guerrilleros. Estos sostuvieron el combate por más de una hora causando bajas al contrario, y luego recogieron a sus posiciones de Sisicaya. Desde aquí intentaron los guerrilleros, en la madrugada, un asalto al campamento chileno; pero habiendo los chilenos coronado las alturas, tras una marcha nocturna de seis horas, aquellos tuvieron que retirarse. En la corta escaramuza cayó prisionero el mayor Sacravilca.

Después de estos combates replegaronse los nuestros a sus posiciones, y los chilenos siguieron su marcha a Tuna, y luego a San Bartolomé, que se encontraba ya desocupada por nuestras fuerzas, cuya retirada habíase efectuado ordenadamente en toda la extensión del frente que ocupaba, desde Canta por el norte, hasta Cieneguilla por el sur.

CONCENTRACION DEL EJERCITO DEL CENTRO EN CHICLA
Y SU RETIRADA A TARMA. LOS CHILENOS PASAN EL
MANTARO Y SE DIRIGEN A TARMA



CROQUIS Nº 14

Croquis de la Campaña de la resistencia: 1881-1883.

Plano geográfico del ámbito de las operaciones entre Tarma y Huamachuco. Itinerario de la marcha del ejército peruano.

Una vez que León García se posesionó de Canta, por el abandono que hizo Santa María de Lachaqui, y frustrado el ataque proyectado a esa fuerza chilena, ordené la reconcentración de todas mis tropas en Chicla, pues de haber intentado seguir resistiendo en la quebrada de Huarochirí, habría sido cortada mi retirada al interior. La situación de Secada en Matucana hallábase también seriamente comprometida.

Efectuada la concentración en Chicla con toda felicidad, sin que ninguna fracción de nuestras tropas hubiera sido copada por el enemigo, el que, al contrario, vióse frecuentemente, molestado en su marcha por reiterados alfilerazos guerrilleros, el ejército del centro emprendió la retirada hacia Tarma, en los primeros días de mayo. Si ciertamente habían fracasado nuestros designios, logramos, por contrapeso, cruzar los del adversario.

El 5 de mayo ingresaba la división León García en Chicla, punto hacia el cual concurrían en el mismo día, la de del Canto y la de Urriola.

León García, fuertemente reforzado, continuó su marcha en seguimiento nuestro, desprendiendo antes, de Chicla, un destacamento sobre Yauli. Este destacamento fue atacado por partidas guerrilleras, encabezadas por el gobernador de aquel lugar, quien cayó peleando valerosamente en la refriega. Una vez que nuestras tropas pasaron el Mantaro, mandé cortar el puente para seguir la retirada. Encomendé la defensa del paso del río al general Pedro Silva, quien había llegado hacía poco a mi campamento a ofrecerme sus servicios, que acepté gustoso, encomiando su patriotismo. Y fue el propio general Silva, quien, entusiasta, me pidió confiarle dicho cometido al frente del batallón Tarma y un destacamento guerrillero.

De Yauli avanzaron los chilenos a Pachachaca, punto desde el cual enviaron patrullas de reconocimiento a la Oroya, las mismas que fueron recibidas por el fuego de los defensores, las dos veces que se presentaron. Pero el enemigo no intentó el paso por ese sitio; esquivándolo, se dirigió hacia el vado de Quinille, algunos kilómetros aguas abajo, y cruzó el Mantaro sin inconveniente alguno, el 20 de mayo. Flanqueado así el general Silva, hubo de replegarse a Tarma. Los chilenos pusieron sobre Tarma, enviando al propio tiempo un fuerte destacamento hacia Jauja. Forzando su marcha llegaron a Tarmatambo una legua al sur de Tarma, en la madrugada del 21. En Tarmatambo fueron acometidos por los guerrilleros del lugar, que tras reñido combate, hubieron de retirarse, dejando algunos prisioneros en manos del enemigo, los cuales fueron fusilados.

NOTAS

16.—El coronel Francisco Mendizábal, comisario del ejército del centro, en los años 81, 82 y 83, en sus *Memorias*, publicadas en Ayacucho, en febrero del 83, da cuenta minuciosa de los gastos efectuados durante la campaña de la resistencia, por orden del general Cáceres.

He aquí el resumen general de los ingresos y egresos de la comisaría del ejército del centro:

<i>Ingresos</i>		<i>Egresos</i>
1881	78,125.61	77,258.09
1882	167,517.21	159,877.25
1883	87,169.57	95,304.99
Suma:		332,439.99

Existencia para 1884: S/. 372.40

Total gastado en el ejército del centro, desde el comienzo de su organización (27 de abril de 1881) hasta el 31 de diciembre de 1883: S/. 332,439.99.

17.—Al ser expatriado a Chile el dr. García Calderón, el contralmirante Lizardo Montero, a la sazón jefe superior político y militar del norte, hízose cargo de la presidencia de la república, en su calidad de vicepresidente, el 15 de noviembre de 1881, en Cajamarca.

Iglesias asumió su flamante cargo con una proclama (23 de febrero), que suponía toda una promesa: "La redención de la afligida patria, resume mis íntimos anhelos... Váis a ser jueces de cómo ejerzo las facultades de que se me ha investido, y a vuestra conciencia apelaré cuando me toque la suerte de dar a la república cuenta estrecha de mis actos..."

La sugestiva proclama de Iglesias no dispó empero el recelo con que fue recibida su designación para la jefatura superior del norte, pues ya se tenía en Cajamarca noticia cierta de su entrevista con el general Baquedano. Y sus enemigos políticos la propalaban a su manera.

El primero de abril de 1882, Iglesias "lanzó su célebre proclama en que manifiesta la necesidad de celebrar la paz con Chile." (Carlos Vicuña: *LA LIBERTAD DE OPINAR*, Santiago de Chile, p. 298).

Este manifiesto de Iglesias fue recibido con beneplácito por Lynch, pues ocurría en circunstancia en que el jefe de la ocupación se hallaba seriamente preocupado con las actividades de Cáceres en el centro.

Mas, la vibrante proclama que lanzó Iglesias en Cajamarca el 16 de julio, a raíz del combate de San Pablo (13 de julio) le enfureció

y sacó de quicio, porque ella denotaba un rotundo mentís a su manifiesto de primero de abril. Y ni corto ni remiso decidió mandar una expedición punitiva a Cajamarca, al mando del teniente coronel Ramón Carvalho Orrego, jefe de la guarnición chilena en Trujillo.

En los primeros días de agosto movióse de Trujillo a Cajamarca la división chilena (1200 hombres) de Carvalho Orrego. Iglesias al enterarse de su aproximación a Cajamarca, disolvió las pocas tropas que integraban el ejército del Norte y se retiró a Chota con una pequeña escolta y acompañado de sus ayudantes, allegados y amigos. Carvalho Orrego ingresó en Cajamarca el 8 de agosto.

Permaneció en esta ciudad durante algunos días cometiendo todo género de atropellos, y en seguida emprendió la marcha en seguimiento de Iglesias. Al acercarse Carvalho Orrego a Chota, Iglesias la abandonó y se dirigió a su hacienda de Udima; pero luego detúvose en Montán, propiedad de don Rufino Espinoza.

En Montán, ante un selecto concurso de calificadas personas de su comitiva y otras invitadas, Iglesias lanzó su "Grito de Montán", en el cual declaraba terminada la guerra desde la derrota de Chorrillos, y se pronunció francamente por la paz..." (Carlos Vicuña, Ob. cit. p. 300).

Iglesias expidió luego un decreto por el cual segregaba de la autoridad de Montero la región del norte. Y en otro decreto convocaba a una asamblea legislativa del norte, la que se reunió en Cajamarca el 5 de diciembre de 1882; cinco días después se instaló el congreso del norte o *Asamblea de Montán*, con representantes provinciales de algunos departamentos nortños. Este congreso investigó a Iglesias con el título de "Presidente regenerador" y le otorgó plenos poderes para tratar de la paz con Chile.

TERCER PERIODO DE LA
CAMPAÑA
OPERACIONES EN EL NORTE

JUNTA DE GUERRA EN TARMA. SE RESUELVE LA RETIRADA HACIA EL NORTE DE LA REPUBLICA

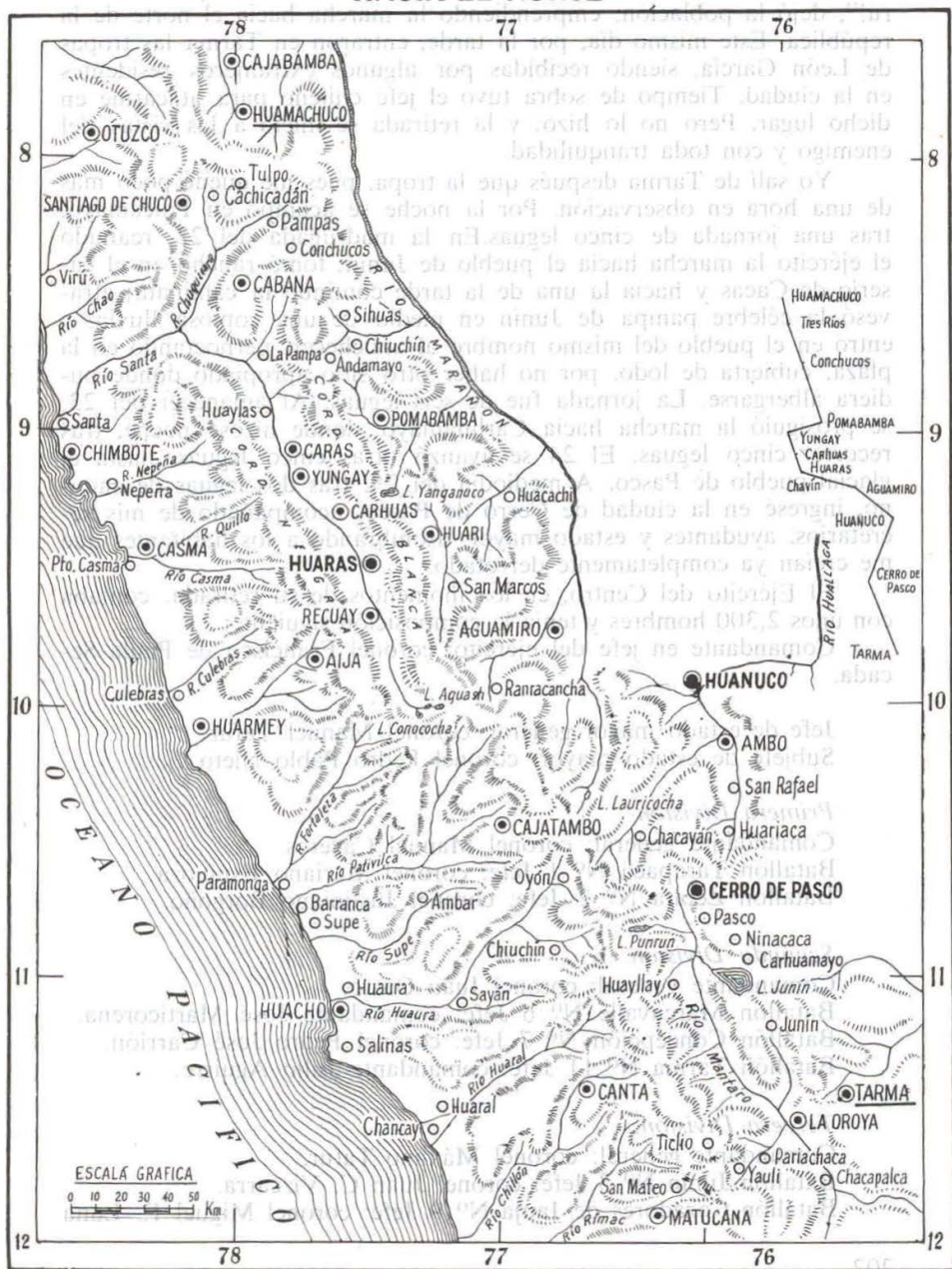
En vista de las apremiantes circunstancias que rodeaban al ejército en Tarma, convoqué a una junta de guerra. Reunidos el 20 de mayo por la tarde el comandante en jefe del ejército, el jefe y sub-jefe de estado mayor y los comandantes divisionarios les propuse dos puntos para que deliberasen: primero, si era conveniente hacer frente al enemigo y presentar batalla; y segundo: en caso contrario, determinar hacia donde debía emprenderse la retirada. Las opiniones de los jefes se dividieron: unos, como el coronel Manuel Tafur, estuvieron por el combate inmediato; otros, como los coroneles Secada, Borgoño y Carrión, fueron del parecer que se emprendiese la retirada hacia el norte. Secada abundó en razones en apoyo de esta última tesis, haciendo notar el reducido efectivo del ejército, la deficiencia del armamento, y escasez de municiones y la falta de caballería. En tales condiciones, el combate podía ser decisivo y de resultado infeliz para nuestras armas. Consideróse, además, que los pueblos del centro estaban ya desprovistos de recursos y que no podía esperarse ningún auxilio del gobierno de Arequipa, cuya intención de no favorecer al ejército del centro era de sobra conocida, pues ni siquiera había remitido las armas que prometió, no obstante las repetidas instancias que se le hizo. Túvose también en cuenta la reunión del destacamento de Recavarren, en Huaraz, con el cual se reforzaría el ejército y se imprimiría nuevo vigor a las operaciones. Iglesias mismo volvería quizá sobre el camino de la defensa patria, arriando la bandera de la paz que su ambicioso círculo le había incitado a levantar.

En consecuencia, se resolvió la retirada hacia el norte. No dejó de preocuparme por momentos la realización de tal operación. Las retiradas pertenecen a aquellas operaciones de guerra que más preñadas están de dificultades y asechanzas. El principal inconveniente consiste en el ánimo de la tropa, el cual, en tales casos, desmejora. Es de ver cuán diversa es la impresión que el enemigo hace a los soldados, cuando éstos le miran de frente, que cuando le vuelven las

espaldas. Allá ven la realidad; aquí el fantasma del peligro agranda su imaginación. Quise, pues, cerciorarme del estado de ánimo de mis tropas. Les hablé alternativamente en español y en quechua, tocándoles el patriotismo y recordándoles Tarapacá, Marcavalle y Pucará. Encontré un espíritu bien templado; su moral intacta. Y sabía que tenían plena confianza en mí. No necesitaba más. La resolución de la retirada la comuniqué de inmediato a los prefectos del centro, al jefe superior del norte, al coronel Recavarren que se encontraba en Ancash, y a los alcaldes de los concejos provinciales del departamento de Junín.

Ordené al coronel Dávila, que se hallaba con una pequeña fuerza en Castrovirreina, que avanzase hasta el puente de Izcuchaca y defendiese este sitio en unión de las fuerzas que pudieran alistar las autoridades de los departamentos de Ayacucho y Huancavelica. Puse, por último, la resolución adoptada en conocimiento del gobierno de Arequipa; luego di las órdenes convenientes para la marcha del ejército al día siguiente. Con la retirada del ejército del centro hacia el norte de la república se abría una nueva campaña —*La Campaña del Norte*—, que comenzó virtualmente tan luego como el ejército del centro penetró en la región del norte, sobrepasando los términos de la del centro. Tal disposición —como acaba de decirse— la había ya comunicado al gobierno; y, en lo concerniente a mis relaciones con el jefe superior, político y militar del norte, no podían ser mejores; el señor Jesús Elías se me subordinó voluntariamente en el orden militar, siendo mi más entusiasta, eficaz y decidido colaborador.

MARCHA EN RETIRADA DEL EJERCITO DEL CENTRO HACIA EL NORTE



El 21 de mayo de 1883, al medio día, formó el ejército en la plaza de Armas de Tarma y, después de dar un vibrante “¡Viva el Perú!”, dejó la población, emprendiendo la marcha hacia el norte de la república. Este mismo día, por la tarde, entraron en Tarma las tropas de León García, siendo recibidas por algunos extranjeros residentes en la ciudad. Tiempo de sobra tuvo el jefe chileno para atacarme en dicho lugar. Pero no lo hizo; y la retirada se inició a las vistas del enemigo y con toda tranquilidad.

Yo salí de Tarma después que la tropa, pues me quedé poco más de una hora en observación. Por la noche se acampó en Palcamayo, tras una jornada de cinco leguas. En la madrugada del 22, reanudó el ejército la marcha hacia el pueblo de Junín; tomó rancho en el caserío de Cacas y hacia la una de la tarde continuó la caminata; atravesó la célebre pampa de Junín en medio de una copiosa lluvia, y entró en el pueblo del mismo nombre al anochecer, pernoctando en la plaza, cubierta de lodo, por no haber otro sitio apropiado donde pudiera albergarse. La jornada fue de seis leguas. Al amanecer del 23, se prosiguió la marcha hacia Carhuamayo, donde hízose noche, tras recorrer cinco leguas. El 24 se avanzó otras cinco leguas, hasta el glacial pueblo de Pasco. A mediodía del 25, tras dos leguas de camino, ingresé en la ciudad de Cerro de Pasco, acompañado de mis secretarios, ayudantes y estado mayor, asombrando a los habitantes que me creían ya completamente derrotado.

El Ejército del Centro, en los momentos de su retirada, contaba con unos 2,300 hombres y tenía la composición siguiente:

Comandante en jefe del ejército: coronel Francisco de Paula Secada.

Jefe de estado mayor general: coronel Manuel Tafur.

Subjefe de estado mayor: coronel Pedro Pablo Nieto.

Primera División

Comandante general: coronel Manuel Cáceres.

Batallón Tarapacá Nº 1 Jefe: coronel Mariano Espinoza.

Batallón Zepita Nº 2 Jefe: coronel Justiniano Borgoño.

Segunda División.

Comandante general: coronel Juan Gastó.

Batallón Marcavalle Nº 6 Jefe: comandante José Marticorena.

Batallón Concepción Nº 7 Jefe: coronel Pedro José Carrión.

Batallón Tarma Nº 11 Jefe: comandante Julio Aguirre.

Tercera División.

Comandante general: coronel Máximo Tafur.

Batallón Junín Nº 3 Jefe: coronel Juan C. Vizcarra.

Batallón Cazadores de Jauja Nº 9 Jefe: coronel Miguel E. Luna

Cuarta División

Comandante general: capitán de navío Germán Astete.

Batallón Cazadores de Apata Nº 8 Jefe: coronel Ramón Patrón.

Batallón San Jerónimo Nº 10 Jefe: coronel M. Gonzáles.

Artillería. Jefe: coronel Federico Ríos.

Material: 8 piezas de diverso sistema (de ánima lisa y rayadas).

Caballería. Escuadrón Cazadores del Perú. Jefe: comandante

Viana.

Parque (conducido en más de cien mulas), jefe: el de la maestranza; comandante Yáñez.

Administración, a cargo de los sargentos mayores Callirgos y Castillo.

Servicio de sanidad, bajo la dirección del cirujano mayor doctor Juan A. del Valle.

Afectos de la jefatura superior del ejército, los ingenieros tenientes coroneles Teobaldo Eléspuro y Ernesto de la Combe.

La secretaría en campaña, comprendía la secretaría de guerra, confiada al comandante Lizandro la Puente; la de gobierno, al doctor Pedro Manuel Rodríguez (quien reemplazó al doctor José Salvador Caverro, que había ido a Arequipa) y la de economía, al doctor Daniel de los Heros. El teniente coronel Florentino Portugal era el secretario general de la jefatura superior del centro y a la vez jefe del cuerpo de ayudantes.

El cuerpo de ayudantes estaba constituido por el mismo personal ya mencionado en el lugar correspondiente y en el que ingresaron luego el mayor Benigno Peñaloza Arauco, el capitán Pedro Silva, teniente Abelardo Gamarra y subteniente Alejandro Montani.

La escolta, en la cual se alistaron muchos jóvenes de Tarma, tenía como jefe al mayor Agustín D. Zapatel.

La sección imprenta, a cargo de don Manuel F. Horta.

Por estos mismos días, del Canto, cumpliendo terminantes órdenes de Lynch, habíase puesto en movimiento, y el 26 de mayo llegaba a Tarma, reuniéndose con León García. Ambas divisiones, sumando un total de más de 3,000 hombres, emprendieron la marcha hacia Cerro de Pasco, ocupada a la sazón por nuestras tropas.

En esta ciudad dirigí dos proclamas, una a los pueblos del centro y otra a mi abnegado ejército, tendientes a levantar y retemplar el espíritu de los moradores y de las tropas, y preparar a éstas para afrontar con energía todas las dificultades y peligros, y acometer con brío la grande empresa a que estaban destinadas.

En la misma ciudad recibí comunicaciones del señor Jesús Elías, jefe superior del norte, que se encontraba en Huaraz, en una de las cuales hacíame saber la marcha de una expedición chilena a Huamachuco, para proteger, contra las fuerzas de Recavarren, a Iglesias, quien, como ya se ha dicho, había lanzado su manifiesto de Montán

desconociendo la autoridad de Montero, proclamando la paz con Chile y aceptando sus condiciones.

Inmediatamente despaché a Huaraz dos oficiales: uno por Cajatambo y otro por Huallanca. El capitán Collazos, siguió el primer camino, llevando comunicaciones para el subprefecto de Cajatambo, don Juan del Carmen Félix, y para el prefecto de Lima, don Elías Mujica, que se encontraba también en aquel lugar. Prevenía a estas autoridades que tuviesen preparadas bestias, víveres y los contingentes que pudieran reunir, pues por esa ruta debía seguir el ejército su marcha a Huaraz. Por Huallanca se encaminó el teniente Bao, con comunicaciones para el señor Jesús Elías y el coronel Recavarren, anunciándoles la marcha del ejército del centro hacia el norte.

Permanecí cuatro días en la ciudad del Cerro, con objeto de dar descanso a la tropa, agenciar fondos y adquirir datos sobre los movimientos del enemigo. Logré reunir buen número de mantas para el ejército, obsequiadas en su mayor parte por los vecinos extranjeros. Una equivocada información, recibida por el coronel Secada, hizo que variase el itinerario de marcha, que debía de realizarse por Cajatambo a Huaraz. Tomóse entonces la ruta de Huánuco, por creer, según la noticia recibida, que por ese camino venía a unírseme Recavarren. El 29 de mayo, al rayar la aurora, partí con el ejército en dirección a Huánuco, haciendo una jornada de cinco leguas y pernoctando en la hacienda Melaochaca, cerca de Cajamarquilla.

En la mañana del 30 continuóse la marcha hacia San Rafael, pasando por Huariaca, donde se hizo un gran alto, tras una etapa de seis leguas.

El 31, a primera hora, seguimos por Ambo, descansando antes en Salapampa y caminando siete leguas. Ambo, pueblo entusiasta por la causa nacional, manifestó grande alborozo al ver al ejército. Yo y mis tropas fuimos esmeradamente atendidos por las autoridades y vecinos del lugar. El primero de junio, al despuntar el alba, se continuó la marcha hacia Huánuco, llegando a dicha ciudad, asentada en un hermoso valle, antes de mediodía. Estaba casi despoblada por el considerable número de familias que habían huido para evitar los ultrajes del enemigo. Quedéme en Huánuco hasta el día 4, tiempo durante el cual pude conseguir algunos recursos, así como noticias sobre los movimientos del chileno, que aunque me seguía de cerca, no se atrevía a atacarme resueltamente. La modesta suma de dinero obtenida sirvió para cubrir en pequeña parte los gastos demandados en la adquisición de subsistencias para las tropas. El mismo día 4, hacia la una de la tarde, salimos para Higuera y, después de caminar unas cuatro leguas, acampamos al raso en la quebrada de este nombre, entrando ya la noche. La ruta en adelante era montuosa y difícil de seguir en la nocturnidad; sin embargo, el coronel Secada, con las divisiones tercera y cuarta avanzó, hasta Mito, para acampar también a la intemperie. Esa noche se extraviaron o desertaron algunos soldados.

El 5 se continuó la marcha hasta Chasquín, caminando cinco leguas y acampando, por necesidad, en una frígida puna y sin vituallas ni forrajes. El 6, al clarear el día, después de sufrir los efectos de un impetuoso aguacero, partimos para Sulluyaco. Pasamos en seguida el Marañón, cuya corriente es tranquila en esos sitios y ofrece una hermosa vista. Llegamos al villorio de Chacabamba, en la orilla opuesta, donde descansamos y tomaron rancho las tropas, comenzando luego a subir la larga cuesta que conduce al apacible pueblo de Sulluyaco. Aquí acudieron los indios de la vecina estancia trayendo comida para mí y los jefes y oficiales, y carne, papas y trigo para el rancho de la tropa. Estos pobres indios impulsados por su acendrado amor patrio atendieron gustosos a los soldados y ocupáronse ellos mismos en cocer el rancho durante la noche. El día 7 tras tomar un ligero desayuno, reseguiamos la marcha hacia Aguamiro. En el sitio denominado Malpo se hizo alto para dar descanso a los soldados. En esa cruda puna dejábase sentir la necesidad del alimento y de un poco de aguardiente para restaurar las fuerzas debilitadas de las tropas en tan agotadora caminata; pero ambos eran escasísimos. El cura de Aguamiro y el de Carhuamayo, doctor Chávez, se unieron al ejército en ese punto, y obsequiaron a los jefes con dos botellas de arguadiente de caña que, no obstante ser malo, nos supo muy bien y sirvió de algún alivio.

Llegamos a Aguamiro cuando ya anochecía, y tras soportar una furiosa tempestad, acampamos en unos potreros llenos de fango. Aquel día y aquella noche sufrió el ejército los efectos del hambre, pues no fue posible preparar ningún rancho. Ordené que el subprefecto acusado por los vecinos, fuera destituido de su puesto y sometido a juicio. El gobernador, acusado también de haber ocultado los víveres, se había fugado, resultando inútil las órdenes que dicté para hacerle comparecer. Ya de madrugada, impelido por la necesidad, mandé abrir las puertas de su casa, y se encontró efectivamente en ella gran cantidad de papas, ollucos, granos y coca, que fueron distribuidos entre los hambrientos soldados, que se regocijaron de tan oportuno hallazgo. Nombré un nuevo gobernador, que se mostró muy solícito en sus atenciones para el ejército.

En el decurso de la mañana del día siguiente 8, se me presentó el señor Serna, prefecto de Huánuco, a quien encomendé alistar gente y darme aviso de los movimientos del enemigo. Recibí también 17,000 soles en billetes, remitidos por el señor Elías, suma que sirvió de gran auxilio para el ejército.

El día 9 ordené se pasara revista de comisario y se diera un sueldo a los oficiales y su correspondiente pre a los soldados, de los fondos recibidos de Huaráz.

El señor Manuel Pinzás me escribió de Huánuco, dándome noticias de la llegada de los chilenos a aquella ciudad y de la ruta que seguían en mi persecución, mandándome además una copia de la vergonzosa nota que el titulado jefe superior del centro, Milón Duarte,

nombrado como tal por Iglesias, había dirigido a la municipalidad, pidiendo víveres para el rancho de la tropa enemiga y amenazando a los huanuqueños con cupos y extorsiones, si no entregaban los suministros que indicaba en término perentorio. Remitió después una lista de las personas que se habían prestado para formar la nueva municipalidad y que solícitas atendían a los chilenos.

En la noche del propio 9 de Junio llegó a Aguamiro el Secretario del Jefe Superior del Norte, ingeniero Augusto Benavides, acompañado de don Francisco de la Vega, vecino de Huallanca y muy conocedor de los caminos, quien me informó que la ruta por Chavín era la más corta y abundante en recursos, lo cual me decidió a seguirla, abandonando la de Huallanca, no obstante saber que éramos esperados por el vecindario de ese lugar.

El 10 de junio, antes del amanecer, salió el ejército de Aguamiro por un camino pedregoso, pesado y lleno de atolladeros; luego siguió el de los incas, ancho y llano, y acampó en Tarapaco, estancia donde se encontraron tres chozas de paja abandonadas, que fueron deshechas y utilizadas como combustible para la preparación del rancho de una parte de la tropa, quedando el resto sin poder hacerlo por falta de leña, recibiendo sólo su escasa ración de "cancha" (maíz tostado). Yo, mis secretarios y ayudantes hubimos de conformarnos con un poco de infusión de hojas de coca, mi bebida frecuente y habitual en esas heladas punas, donde el frío hacía insoportable por su extrema crudeza. Se había caminado seis leguas.

El 11, muy temprano, se reanudó la marcha, por un camino mucho más escabroso que el anterior. Despeñáronse algunas mulas en los barrancos, o quedaron sumidas en el cieno, perdiéndose con ellas la carga que llevaban. La artillería hubo de ser pasada a cuestras y las bestias cuidadosamente guiadas por sus acemileros. Así se recorrió ocho leguas hasta un paraje cercano a Chavín donde se acampó.

El 12, al mediar la mañana, me adelanté hacia Chavín y esperé a las tropas, que llegaron una hora después. Los habitantes del pueblo me recibieron con mucho entusiasmo, proporcionaron todos los víveres que les fue posible para la alimentación de los soldados, y el subprefecto Boubi consiguió cabalgaduras para los oficiales que caminaban a pie. Tan escasos eran los medios de movilidad que vime precisado a dejar en el trayecto varias cargas de munición, así como algunos enfermos confiados a la caridad de los pueblos del tránsito. Ya en Aguamiro hube de dejar enfermo al subprefecto de Canta, Pardo, que me había acompañado hasta dicho punto, y quien fue después cruelmente asesinado por los chilenos.

El pueblo de Chavín posee un buen clima, y en sus inmediaciones existen las ruinas de un palacio subterráneo, de época, al parecer, anterior a la de los incas. Mis secretarios, que lo visitaron, lo describían con lujo de detalles, quedando encantados de tan magnífico monumento arqueológico.

Para reponernos de las fatigas del viaje, permanecí con mi ejército dos días en Chavín, durante los cuales no tuve noticias de los chilenos, ni mucho menos de la ruta que seguían. El 14, al despuntar el día, se continuó la marcha y, promediando la tarde, llegamos hasta la base de la cordillera, en el paso de Arguaycancha. La ascensión parecía imposible; así lo comprendieron los chilenos que llegaron pocos días después y hubieron de retroceder admirando la intrepidez de mis soldados. Acostumbrados éstos a vencer toda clase de dificultades, subieron esta casi inaccesible cuesta de dos leguas, sembrada de peligrosos vericuetos, llevando en hombros la artillería y parte del material del páque, pues las acémilas con carga pesada no podían transitar por esa abrupta pendiente. El ejército llegó a la cumbre cercana ya a la puesta del sol. Desde allí se divisaba el hermoso Callejón de Huaylas, formado por las cordilleras Negra y Blanca, ésta coronada de nieve perpetua. Caminando un poco más se acampó en el lado occidental de las montañas, precisamente en el sitio llamado Arguaycancha, bajo los rigores de un congelante frío. Desde este punto envíé a mis secretarios Rodríguez y de los Heros y al ingeniero Eléspuro al pueblo inmediato de Olleros, para pedir acémilas a Huaraz y recomendar a las autoridades de Recuay la diligente búsqueda de noticias sobre los movimientos del enemigo. Llegados mis delegados a Olleros, comunicaron inmediatamente, con un "chasqui", mis instrucciones al señor Elías y a las autoridades de Recuay.

El 15 de junio, hacia mediodía, llegamos a Olleros; descansamos una hora, y, después de comer el rancho, ofrecido generosamente por el vecindario del lugar, continuamos el camino ya llano a Huaraz. En el trayecto me dio alcance el señor Elías y, al caer la tarde, entramos en la capital de Ancash y ocupamos los alojamientos ya preparados. Algunas calles estaban embanderadas y las damas de la ciudad expresáronme su simpatía, obsequiándome ramos de flores, atados con cintas bicolores.

Mandé apresar en Huaraz a dos individuos, uno peruano y otro español, acusados de espías; pero como no llegó a probarse su culpabilidad, a pesar de las fundadas sospechas que existían, ordené su libertad.

Al día siguiente 16, llegaron a Huaraz, procedentes de Yungay, el coronel Recavarren y el doctor Manuel Cisneros, y me insinuaron entrar en comunicación con uno de los jefes de la expedición chilena para tratar sobre la paz. Les manifesté que a nosotros no nos correspondía gestionarla, sino al gobierno de Arequipa, agregando que las condiciones impuestas por los chilenos eran inaceptables, y que sólo una victoria decisiva de nuestras armas o la prosecución de la campaña, en la cual yo esperaba aún contar con el apoyo unánime de los pueblos para reduplicar la resistencia, podrían modificar tales pretensiones; y que, en consecuencia, debíamos continuar la lucha, lo cual quedó acordado.

Mi esposa e hijas, que me habían acompañado hasta Huaraz sufriendo todas las penalidades e incidencias propias de una marcha de campaña tan larga y llena de incomodidades, quedaron en esta ciudad, al amparo de una familia amiga.

En Huaraz hízome saber el señor Elías que en el departamento de Cajamarca se encontraba el doctor Puga, con una pequeña fuerza de 300 hombres, que pensé utilizar en su oportunidad. Dile algunas instrucciones a Elías para que se las transmitiese a Puga, manifestando lo mucho que lamentaba que se le hubiese separado el valeroso coronel Becerra¹⁸.

También me participó Elías que sabía de buena fuente que Iglesias había firmado, a comienzos de mayo, un protocolo preliminar por el cual se comprometía a celebrar un tratado de paz conforme a las condiciones estipuladas por el invasor. Tal noticia me contristó intensamente. Hasta entonces no había perdido la esperanza de hacer volver sobre sus pasos a Iglesias, para que coadyuvara a la defensa de la integridad nacional. Lúgubres presentimientos me atormentaron. Como habían transcurrido ya algunos días sin tener noticias sobre el enemigo, mandé agentes para inquirirlas. Pero éstos no regresaron, o trajeron noticias inexactas. Por fin, después de mucha inquisición, fui informado que las fuerzas chilenas de del Canto y de León García —ya bajo el mando conjunto de Arriagada— marchaban de Recuay sobre Olleros, por el sur de Huaraz.

Proseguí entonces el movimiento en retirada, en la mañana del 18, hacia Carhuaz, a donde llegué tras recorrer las siete leguas que separan esa población de la de Huaraz, teniendo que pernoctar en la plaza. El 19 de junio, al clarear el alba, salí de Carhuaz para Yungay, población de clima delicioso y hermosa campiña. Sus bondadosos habitantes atendieron con solicitud a la tropa, y muchas fueron las atenciones que yo y los jefes y oficiales recibimos de las familias que nos dieron hospedaje. Al día siguiente 20, se me reunió el destacamento de ejército del norte, constituido por tres batallones, un pequeño escuadrón de caballería y cuatro piezas de artillería, sumando en total unos 900 hombres, regularmente vestidos, pero carentes de adiestramiento militar y muchos sin armas. Inmediatamente dispuse que el batallón Tarma del ejército del centro pasara a formar parte del destacamento del norte.

Las tropas de Recavarren venían de Huaylas, lugar desde el cual habían contramarchado, no pudiendo seguir adelante porque las fuerzas de Gorostiaga habían ocupado Corongo, al otro lado del río Santa, con el fin de cerrarles el paso hacia Cajamarca, donde Iglesias negociaba la paz por su cuenta. Recavarren mandó cortar el puente de Yuracmarca sobre el Santa y obstruir a trechos el camino desde este punto hasta Huaylas, para retardar el avance de Gorostiaga, que a la sazón se encontraba —según acabo de indicarlo— en Corongo.

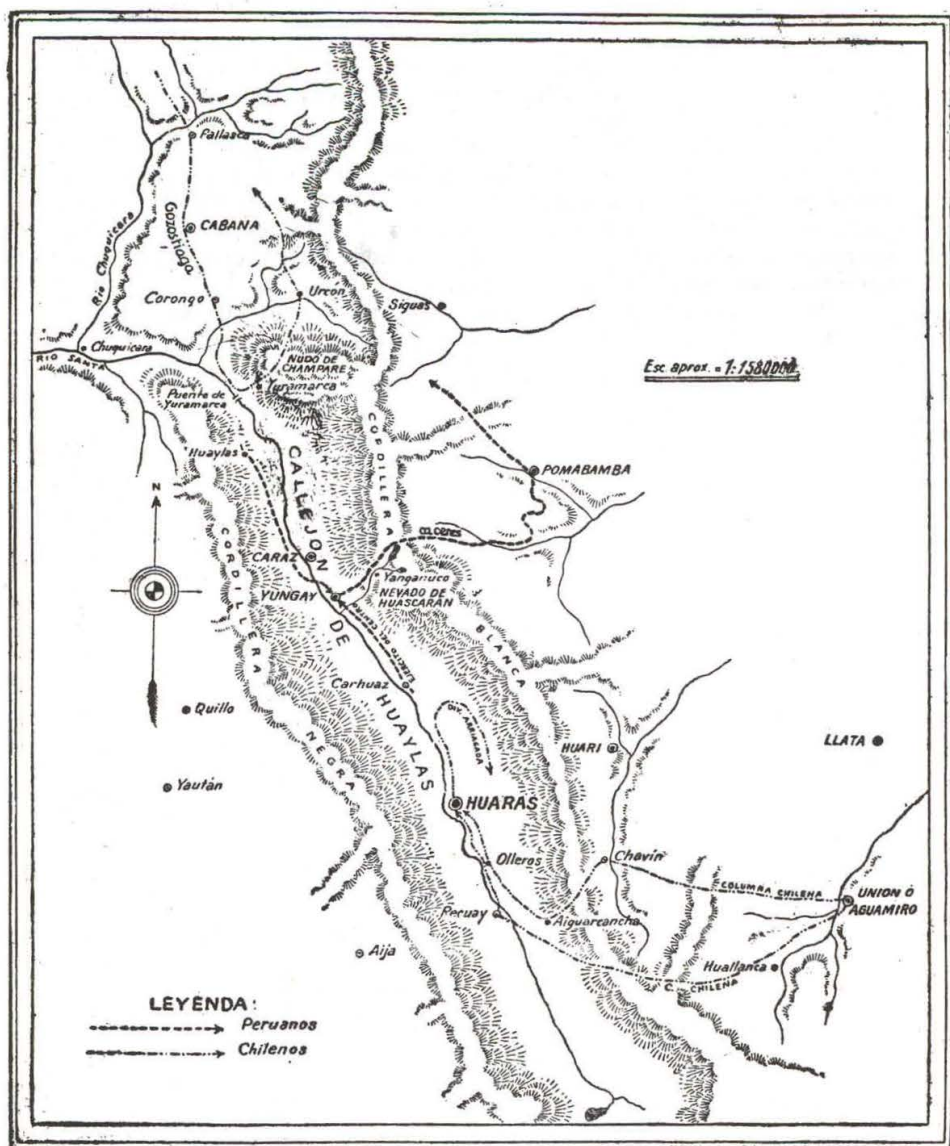
Aquel mismo día comisioné al secretario de la jefatura superior del norte, ingeniero Benavides, para ir a Carhuaz en busca de fondos para el socorro de la tropa; regresó trayendo S/. 500.00 que fue lo único que pudo conseguir.

Mientras tanto, tropas enemigas habían ocupado y mandado avanzadas hacia Carhuaz, adonde también envié una fracción de mi escolta en busca de noticias.

Los vecinos de esta villa habían hecho acopio de víveres y forrajes para los chilenos, temerosos de los excesos que pudieran cometer en caso de no atenderles. Todas estas provisiones fueron en parte tomadas y en parte destruidas por los jóvenes de mi escolta, quienes tras esperar en vano cerca de una hora la aparición de las descubiertas enemigas, regresaron a Yungay.

Para evitar cualquier sorpresa, saqué al ejército de este lugar y lo hice acampar al pie de la cordillera Blanca.

ARDID DE YUNGAY. MANIOBRA "POR LINEAS INTERIORES" Y PASO DE LA CORDILLERA DE LLANGANUCO



CROQUIS Nº 15

Llanganuco "maniobra por líneas interiores".

La situación militar del ejército de la resistencia en Yungay, el 21 de junio de 1883, era de lo más crítica que pudiera imaginarse. Por el norte, se me acercaba Gorostiaga; por la costa otra expedición que, según se aseguraba, debía partir de Casma; por el sur, Arriagada, que ocupaba Huaraz, y por el este se alzaba la empinadísima cordillera Blanca, rama oriental de la de los Andes. Me encontraba, pues, en un callejón sin salida. Justamente en el Callejón de Huaylas. Situación excepcionalmente apurada, que no admitía dilación alguna.

Resolví entonces, como único recurso salvador, recurrir a la clásica maniobra por "Líneas interiores", tramontando la cordillera Blanca (20,000 pies sobre el nivel del mar) y dirigirme a Pomabamba. Para despistar al enemigo, hice esparcir la noticia de mi regreso al departamento de Junín, por el camino antes recorrido. Y a este efecto envié algunos paisanos en tal dirección, y Arriagada tragó el anzuelo.

El paso de esta cordillera constituye una de las más grandes dificultades vencidas por nuestros soldados en aquella complicada retirada. Los obstáculos que hubieron de salvarse, la elevación de esas montañas, el estado de las tropas y las condiciones en que se encontraban, dieron a este extraordinario acto el mérito de un verdadero triunfo.

Comienza la ruta con un terreno montuoso y pedregoso que conduce al portachuelo de Llanganuco, al norte del famoso nevado del Huascarán. Dicho desfiladero está formado por rocas cortadas casi a pico, delante de una laguna que hay que bordear por una senda estrecha practicada en las rocas, formada a trechos por puntales y barbacoas, y que tiene a un lado las peñas y al otro la profunda laguna. Todo lo cual lograron salvar nuestras tropas con felicidad, conduciendo el parque, la artillería y el ganado hacia la parte oriental de dicha laguna, donde pasaron la noche.

Yo con mi escolta pernocté en el lado occidental para atender a las emergencias que pudieran sobrevenir. Pasamos la noche sin comer, por falta de víveres, los cuales no pudieron ser adquiridos con la debida anticipación por carecer de fondos para ello.

El día 22 a la madrugada, comenzó el desfile del ejército, y una vez que, valiéndose de pilotes de circunstancias en algunos sitios, hubieron pasado todas las tropas por el serpenteante sendero que bordea la laguna, ordené al ingeniero Eléspuru destruir dicha vereda, lo que fue inmediatamente ejecutado. Luego comenzaron las tropas la subida de una escarpada cuesta de tres leguas, en cuyas cimas están los picos más altos de la cordillera de los Andes peruanos.

Penosa y difícil fue la ascensión de esta cordillera. Varias bestias con jinetes y otras con carga se despeñaron precipitándose al abismo. Las dificultades y peligros aumentaban a medida que más se aproximaba el ejército a la cumbre. Los senderos eran cada vez más estrechos e inseguros, la respiración difícil, la visión atormentada por el

“surumpe”, el cansancio grande y el malestar del cuerpo enorme. Pero nuestros soldados todo lo vencieron, y mediando la tarde alcanzaron la cumbre de la montaña. Desde allí pudimos contemplar con emoción y cariño el vasto panorama que ofrecía a nuestros ojos aquella región del territorio patrio; al norte y al sur una serie de picos nevados, que rematan las montañas de los Andes; al oeste la cordillera Negra, que cierra el hermoso Callejón de Huaylas; al oriente, las dilatadas regiones de la selva, regadas por el caudaloso Marañón, y sobre nuestras cabezas un cielo azul y profundo.

Transpuesta la cumbre, empezó el descenso hacia Tingo, hacienda situada en la falda oriental de la cordillera, en cuyas cercanías, una legua antes, se acampó ya a boca de noche. Media hora más tarde llegué al campamento, pues marchaba siempre a la cola cuando el enemigo estaba a retaguardia. Después de dos horas de descenso se avanzó a Tingo a la luz de la luna. Aquí se me presentó el joven López, natural de Huari, trayéndome un paquete de comunicaciones del enemigo, arrancado a los estafetas de Arriagada, a quienes, en compañía de tres amigos suyos, habían sorprendido en el camino de Huallanca a Huaraz. Estas notas oficiales confirmaban los datos que ya tenía sobre el plan enemigo de encerrarme en el Callejón de Huaylas. Pero el paso de la cordillera de Llanganuco y mi marcha a Pomabamba, desorientaron al mando chileno por completo.

Las fuerzas de Arriagada, que me seguían más de cerca, y habían avanzado hasta Carhuaz, pretendieron transponer la cordillera de Quebrada Honda, pero se detuvieron presas de desaliento, ante obstáculos al parecer infranqueables. En estas circunstancias recibió Arriagada noticias de mi contramarcha a Cerro de Pasco, y regresó inmediatamente a Huaraz, desde donde, confirmados los informes recibidos, contramarchó también hacia el centro, y muy a prisa, con el propósito de darme alcance.

Más tarde se interceptaron nuevas comunicaciones de Arriagada a Gorostiaga, en las cuales anunciaba a éste su contramarcha a Junín en mi seguimiento. El ardid de Yungay y el subsiguiente paso del desfiladero de Llanganuco, surtieron el efecto deseado: logré *desprenderme* del más fuerte de mis enemigos (Arriagada), pudiendo ahora dirigirme solamente contra Gorostiaga.

Para premiar el valor y patriotismo del joven López, le nombré comandante militar de la provincia de Huari, con la facultad de levantar gente para hostilizar a los chilenos. Antes de salir a Tingo recomendé a los vecinos del lugar recoger las cargas de munición que habían quedado en la cordillera por falta de acémilas.

CONTINUACION DE LA MARCHA DE TINGO A TULPO

El 23 de junio hízose una jornada de tres leguas desde Tingo a la hacienda Yurma, donde tuvo el ejército que pasar la noche en pie a causa de un persistente aguacero.

El día 24 salí muy temprano de Yurma y me encaminé a Seccha, donde el señor Roca y su familia, propietarios de Yurma, me obsequiaron y atendieron gentilmente, y donde esperé el ejército, que llegó después.

Habiéndome asegurado los coroneles Alcázar y La Puente, en Seccha, ese día, haber divisado tropas chilenas dirigiéndose a Tingo, ordené al coronel Borgoño que con el batallón Zepita, contramarchara hasta las alturas, de Cruz Circa, y el batallón Tarapacá permaneciera en la orilla opuesta del río Seccha, mientras las demás fuerzas seguían la marcha hacia Acobamba, tres leguas de Seccha.

Toda esta alarma y demora fue originada por una equivocación de los indicados jefes, pues los tales chilenos no eran otros que pacíficos lugareños que, en número de ciento, iban de Yamana a Tingo, con el objeto de recoger las municiones dejadas en la cordillera y que recomendé fueran a buscarlas.

El 25 continué la marcha hacia Pomabamba, adonde llegué con las tropas en las primeras horas de la mañana; se acampó en la plaza, encontrando ya listo el rancho, merced a la actividad del general Silva, aposentador del ejército, y del subprefecto Delgado, que se esforzó en atender a las tropas. Aquí supe que Gorostiaga había avanzado de Corongo hacia Yuracmarca; pero al enterarse del movimiento de nuestras tropas hacia el norte, había contramarchado en dirección Corongo-Pallasca-Mollepata. Sobre las fuerzas de Arriagada, que me perseguían por el sur, no sabía más de lo que decían las comunicaciones chilenas interceptadas, esto es, que contramarchaba al centro, para cortarme la retirada por esa parte.

Después de un día de descanso en Pomabamba, el 27 se prosiguió la marcha con dirección a Chullín, caminando siete leguas y acampando al raso. Habiendo seguido su marcha el ejército del centro por una ladera montuosa llamada Palo Seco, extraviáronse las tropas en la oscuridad de la noche y desertaron algunos soldados. Cuando llegué a este lugar, tuve que guiar uno por uno, con antorchas de paja, a los batallones, buscándoles sitio apropiado para descansar. Terminada esta penosa tarea, yo y mis ayudantes vímonos obligados a pernoctar en una peligrosa cuesta, en donde se nos perdieron dos caballos, uno mío y otro de mi secretario, doctor de los Heros.

El 28, al romper el día, emprendimos la marcha de Palo Seco a Chullín. Aquí encontramos a las tropas de Recavarren, que, siguiendo el camino de las alturas, habían llegado temprano a ese lugar. Comido el parco rancho, continuamos a la hacienda Andaymayo, adonde llegamos a mitad de la tarde.

En Mitobamba, hacienda situada no lejos de Chullín, yo, mis ayudantes y los jefes que me acompañaban fuimos obsequiados con un suculento almuerzo, el primero y último que tomé en el largo trayecto de Yungay a Huamachuco. Sus propietarios, el señor y señora

Cifuentes, esmeraron sus atenciones para con nosotros; y luego partimos, muy agradecidos, en pos de las tropas.

En Andaymayo, hacienda de la familia Cisneros, no recibimos en cambio, la menor atención de parte del administrador. Pagué una lata de kerosene y un poco de cebada tomado por algunos soldados con 200 soles en billetes, y tuve que dejar bajo recibo parte del archivo, varias cargas de munición y algunos objetos de mi propiedad por falta de bestias de carga. De las mulas del parque, algunas perecieron en el camino y otras tantas estaban completamente inutilizadas y hubo también que dejarlas en aquel lugar.

El día 29 partimos para Urcón, hacienda de un señor Terry, que tenía una fábrica de paños. Fue más extremada la mezquindad con que nos trató el terco administrador, negándose incluso a venderme algunas piezas de burdo paño para los oficiales que iban lastimosamente vestidos de harapos, y dejando sin comer a mis ayudantes, que llegaron con algún retraso.

Al saber mi aproximación, Gorostiaga, que se encontraba en Pallasca, se retiró del lugar, después de saquear las casas, incendiarlas y matar a muchos pobladores, entre ellos dos niñas, y llevarse presos a otros.

El 30 nos encaminamos hacia Conchucos, deteniéndonos en Pariachuco y acampando al pie de la cordillera de Pelagatos, con un intensísimo frío; no había combustible para cocer el rancho, y las tropas sólo pudieron beber un poco de infusión de coca.

Bajo la acción de este agarrotante frío continuamos nuestra marcha el primero de Julio, paralelamente a la cordillera de Pelagatos, y llegamos a Callaringa, cerca de Conchucos. Varios soldados murieron en el camino durante esta áspera jornada de hambre y de frío, y no pocos sufrieron los estragos del "soroche". La pequeña cantidad de ajos que llevábamos para precaver este mal de la montaña, se nos había terminado y ya no fue posible conseguirlos.

En la madrugada del 2 seguimos para Conchucos, llegando a éste lugar antes del mediodía. Fuimos bien recibidos por los pocos moradores que habían quedado, pues la mayor parte había fugado a la aproximación de las fuerzas de Gorostiaga, temerosos de seguir la misma suerte de los infelices de Pallasca. La tropa comió el rancho que se le tenía preparado y del cual se había privado en las dos jornadas anteriores, pudiendo también descansar, tras la larga y extenuante marcha realizada.

Ese mismo día envié dos oficiales, uno por el lado de Mollepa-ta, y otro por el lado de Pallasca, con objeto de observar al enemigo, que se decía estaba en el primero de los pueblos indicados. Regresado que hubieron, me informaron que las fuerzas de Gorostiaga continuaban retirándose hacia el norte.

Por nuestra parte, se me informó haber avistado otras fuerzas chilenas en marcha hacia Pallasca. Dispuse entonces que Recavarren

se dirigiese a dicho lugar, con el fin de entretener al enemigo por ese lado, retardando su avance, en tanto que yo marcharía con el ejército del centro en busca de Gorostiaga.

El día 3 envié a Mollepata, escoltado por un pelotón de caballería, una comisión formada por don Jesús Elías, uno de mis secretarios y dos de mis ayudantes, con objeto de adquirir datos más exactos sobre las fuerzas de Gorostiaga. Súpose, en efecto, que Gorostiaga se había retirado a Huamachuco, para proteger a Iglesias, en cumplimiento de las órdenes recibidas del jefe de la ocupación en Lima.

El 4 de julio, poco antes de despuntar el día, se levantó el campamento de Conchucos. Las fuerzas de Recavarren se dirigieron a Pallasca y las del centro a Mollepata, acampando estas últimas en Pampas, lugar cercano. Yo fui hasta Mollepata.

A poco se comprobó que las informaciones sobre el avance de fuerzas enemigas a Pallasca eran falsas. Los señores Porturas, hacendados de Angamarca, que habían observado de cerca la marcha de los chilenos, me confirmaron la noticia de la presencia de Gorostiaga en Huamachuco. Inmediatamente mandé contramarchar a Recavarren y ordené la concentración de todas las fuerzas en Tulpo. Los Porturas me acompañaron hasta este lugar, desde el cual les envié, con un oficial, para que verificasen las noticias obtenidas sobre el enemigo.

Entre tanto, Gorostiaga, viéndose aislado y reconociendo lo difícil de su situación, había solicitado urgentemente refuerzos a Lynch, quien no demoró en mandárselos.

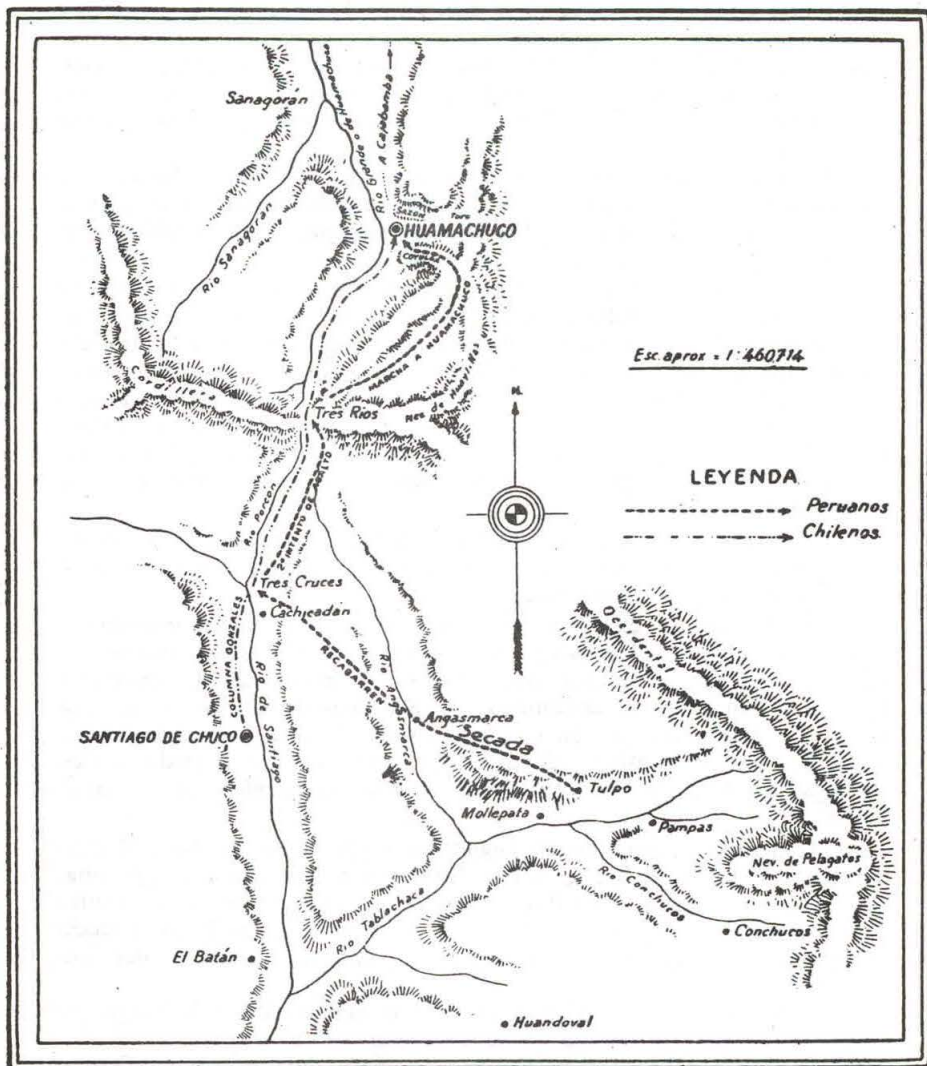
Los Porturas y el oficial de información, a su vuelta, corroboraron la presencia de Gorostiaga en Huamachuco, y además hiciéronme saber que un fuerte destacamento chileno, al mando del Comandante Herminio González, se encontraba en Santiago de Chuco, y que un vecino de Mollepata llevaba comunicaciones de este jefe para Gorostiaga. Me enteré asimismo de que días antes habíase reunido a Gorostiaga, en Angamarca, otro destacamento conducido por el mayor Parra.

Momentos después de mi llegada a Tulpo, llegó también al mismo lugar el emisario que el señor Elías había enviado a Cajabamba, con una nota urgente para Puga; pero no encontrándole, se la remitió con un propio a Ichocán, pueblo en el cual permanecía Puga, cuando se le creía ya en Cajabamba, según las órdenes remitidas del jefe superior del norte.

Hacia medianoche mandé un oficial explorador a Santiago de Chuco en busca de noticias más concretas sobre el enemigo. Interceptadas también las comunicaciones en clave de González a Gorostiaga, supe por ellas, una vez descifradas por el doctor de los Heros, que las fuerzas de González ascendían a 781 hombres, con cinco piezas de artillería, buena cantidad de municiones y prendas militares.

En estas comunicaciones se indicaba además el día en que dichas fuerzas debían incorporarse a las de Gorostiaga.

INTENTO DE SORPRESA A LAS FUERZAS DE GONZALEZ



CROQUIS N° 16

Fracaso del intento peruano sobre el dest. González.

No había, pues, que perder la oportunidad de copar y batir esas fuerzas antes que se reunieran a las de Huamachuco. Con tal propósito me trasladé, el día 5, de Tulpo donde acampaban mis tropas, a la hacienda de Angasmarcha, y aquí supe positivamente que ese día, salía González de Santiago de Chuco y debía pernoctar en la hacienda de Porcón, obligado término de la jornada; y que al siguiente 6, a las dos o tres de la tarde, deberían pasar las tropas chilenas por el sitio llamado Tres Cruces, situado en el trayecto de Porcón a Tres Ríos.

Resuelto el ataque por sorpresa a González para el día 6, regresé a Tulpo y expedí las órdenes pertinentes para la marcha del ejército hacia Tres Cruces, al amanecer.

Poco antes de las cinco de la mañana del 6, las tropas se encontraban en pie, comiendo ya el rancho, y a las seis estaban listas para emprender la marcha. Yo me adelanté para llegar a Tres Cruces y elegir posiciones antes que pasaran las fuerzas enemigas. Por desgracia se perdió una hora en castigar algunos soldados que intentaban desertar de las fuerzas de Recavarren, que debían salir a vanguardia, y éstas partieron a las siete. Una hora más tarde, a las ocho, partió el ejército del centro, que también demoró en el camino, por haberse hecho pasar a las tropas a la desfilada (de a uno) por un portillo estrecho y haber descargado la artillería para atravesar un riachuelo.

A la hora precisa me encontraba en Tres Cruces, esto es, a las dos de la tarde. El coronel Recavarren y sus fuerzas llegaron hora y media después.

Desde el alto de Tres Cruces veía desfilar por la pampa a los chilenos, y el ejército del centro aún no llegaba. Pregunté a Recavarren si podía lanzar el ataque con sus tropas; repúsome que no tenía confianza en ellas. Ante tan ingrata respuesta, envié uno de mis ayudantes al coronel Secada, ordenándole forzara su marcha. Entre tanto, las tropas enemigas avanzaban tranquilamente de Tres Cruces a Tres Ríos, por el camino de Huamachuco.

Mis miradas dirigíanse impacientes escudriñando los puntos por donde debían aparecer las tropas de Secada, pero éstas no aparecían. Esperé con ansiedad hasta las cinco de la tarde. Los chilenos llegaban a Tres Ríos. Mi propósito se frustraba.

Cuando una hora más tarde llegaron las fuerzas del centro, el enemigo había ya pasado Tres Ríos y acampaba en Mollebamba, un poco más allá de aquel punto, según me lo dijeron el señor Terry, hacendado de Urcón, y otros individuos que volvían de Huamachuco, después de haber sido apresados y puestos en libertad por los chilenos. Me aseguró asimismo el señor Terry que las fuerzas de Gorostiaga no pasaban de 500 hombres.

Pretendí nuevamente sorprender a González en Mollebamba. No obstante la oscuridad de la noche se emprendió la marcha por una

extensa pampa, salpicada de ciénagas, yendo yo con mi Escolta a la cabeza del ejército. Tras una abrumadora marcha nocturna, que costó al ejército unas 600 bajas, a causa de la deserción habida en las tropas de Recavarren, principalmente, se llegó a Tres Ríos, donde fui informado que González había seguido, sin detenerse, hasta Huamachuco. Mi nuevo intento resultaba igualmente fallido.

En Tres Ríos, el 7 de julio, convoqué a una junta de guerra. A pesar de haber fracasado la tentativa de copar y batir al destacamento chileno de González, consideré llegado el momento de presentar batalla.

Gracias a la oportuna y feliz maniobra de Llanganuco, había logrado desprenderme de Arriagada, y aislado y compelido a retroceder a Gorostiaga. Habíase, pues, operado un cambio favorable en la situación militar, lo que contribuyó también notablemente a levantar el ánimo de las tropas. Circunstancias que debía aprovechar. Pasaría entonces a ser el agresor. Sin embargo, quise saber el parecer de los jefes. La mayoría se declaró por el combate. Resuelto, pues, el ataque, mandé ese mismo día una patrulla de exploración, la cual regresó a eso de las ocho de la noche, después de comprobar que los chilenos permanecían en Huamachuco.

“ORDEN DE BATALLA” DEL EJERCITO DE LA RESISTENCIA EN MARCHA A HUAMACHUCO

Al salir de Yungay el *ejército de la resistencia*, como se llamó desde entonces, tenía, sobre poco más o menos, el siguiente “Orden de Batalla”:

Ejército del Centro

Comandante en Jefe: Coronel Francisco de Paula Secada.
Jefe de estado mayor: coronel Manuel Tafur.

Primera división

Jefe: coronel Manuel Cáceres

Batallón Tarapacá Nº 1: coronel Mariano Espinoza
Batallón Zepita Nº 2: coronel Justiniano Borgoño

Segunda división

Jefe: coronel Juan Gastó

Batallón Marcavalle Nº 6: coronel Felipe S. Crespo
Batallón Concepción Nº 7: coronel Pedro José Carrión.

Tercera división

Jefe: coronel Máximo Tafur (hijo)

Batallón Junín Nº 3: coronel Juan C. Vizcarra

Batallón Jauja Nº 9: coronel Miguel E. Luna

Cuarta división

Jefe: capitán de navío Germán Astete

Batallón Apata Nº 8: coronel Diego Goyzueta

Batallón San Jerónimo Nº 10: coronel Melchor González

Caballería

Escuadrón Cazadores del Perú: mayor Santiago Zavala

Escuadrón Tarma (escolta), mayor Agustín D. Zapatel

Artillería

Al mando del coronel Federico Ríos (8 piezas)

Destacamento de ejército del norte

Comandante en jefe: coronel Isaac Recavarren

Primera división

Jefe: coronel Mariano Aragonéz

Jefe de estado mayor: Coronel Leoncio Prado

Batallón Pucará Nº 4: teniente coronel Ponce de León

Batallón Pisagua Nº 5: teniente coronel Toledo Ocampo

Segunda división

Jefe: coronel Ciriaco Salazar

Jefe de estado mayor: coronel Manuel A. Prado

Batallón Tarma Nº 11: teniente coronel Julio Aguirre

Batallón Huallaga Nº 12

Caballería: Escuadrón *Húsares*, teniente coronel José Cabrera.

Artillería: 4 piezas.

A causa de las bajas sufridas en el largo trayecto recorrido, y más que todo a la gran desertión habida en la noche anterior en el destacamento de ejército del norte, que quedó materialmente en cuadro, el efectivo total del ejército de la resistencia en la batalla de Huamachuco, no sumaba más de 1,800 hombres.

Fue por aquellos días cuando más lamenté la ausencia de mis guerrilleros, que tan valiosos servicios prestáronme en la Campaña del Centro. La exaltación patriótica de los pobladores de la región de mi mando (la del centro), constituyó, precisamente, la nota medular y característica de aquella memorable campaña.

En cambio, a medida que avanzábamos en la comarca del norte, dejábase sentir cada vez más la oprobiosa labor de los agentes de Lynch y de Iglesias, que pululaban por todas partes, sembrando el indiferentismo por la causa patria, mediante la propagación de las más absurdas como falaces mentiras. A pesar de todo, esos sinietros agentes no lograron completamente su objeto, gracias a la altiva y firme actitud de numerosos e íntegros patriotas; pero sí nos ocasionaron grandes daños minando los cimientos de la resistencia armada.

Desde que ingresamos en la región del norte, cesó casi por completo la presentación de voluntarios en nuestras filas. De ahí que nos fuera sumamente difícil remplazar las bajas que, por diversas causas, se producían durante el larguísimo trayecto.

MARCHA SOBRE HUAMACHUCO

Resueltos por la junta de guerra la marcha sobre Huamachuco y el ataque a los chilenos, que se habían posesionado de la ciudad con el notorio propósito de cerrarnos el paso hacia Cajamarca, se inició muy temprano, el 8 de julio, el movimiento de avance sobre aquella población. Dejé el camino usual (de Santiago de Chuco) que conduce de Tres Ríos a Huamachuco, por el cual fueron las tropas de González, y tomé el de las alturas, llamado de la “Escalerilla” o “Balconcillo”, que lleva por la cordillera de Huaylillas a los altos cerros situados al sur de la ciudad, como son el Negro y el Cuyulga. Para prevenir los efectos del frío en esas alturas, hice que las tropas tomaran un buen rancho y se les distribuyera un poco de aguardiente, que mandaron los señores Porturas de su hacienda de Angasmarca.

La ascensión fue difícil y penosa, y la marcha por las punas duró seis horas, no obstante la corta distancia —unas tres leguas— que separa Tres Ríos de Huamachuco. Vencidas todas las dificultades ocasionadas principalmente por la falta de acémilas para la carga del parque y la artillería, llegamos, por fin, a eso de las dos de la tarde, a las alturas del sureste de Huamachuco; en esas circunstancias apareció, por las que quedan al sur, el jefe superior del norte, señor Elías, con algunos milicianos (no guerrilleros) de Santiago de Chuco. Ordené luego que el ejército, sin mostrarse al enemigo, continuara la marcha por las faldas meridionales de los cerros, para hacer alto en una especie de hondonada detrás del Cuyulga. En seguida me

encaminé a este cerro, acompañado de los comandantes generales, coroneles Secada y Recavarren, de mis secretarios y ayudantes, con objeto de observar al enemigo y reconocer el terreno para las posiciones que debían ocupar nuestras tropas.

Los chilenos no se habían movido de la ciudad y sus caballos pacían en los potreros inmediatos. Esta aparente calma del enemigo provenía, sin duda, de que habiendo éste mandado exploradores en dirección de Tres Ríos, éstos aún no regresaban con la noticia de nuestro movimiento de avance. De esta suerte, mi aparición por sitio tan inesperado fue una sorpresa que puso en alarma al enemigo. Practicado el reconocimiento, regresé con mis acompañantes al lugar donde vivaqueaban las tropas, y luego dicté las disposiciones de urgencia más oportunas.

EL CAMPO DE BATALLA

La ciudad de Huamachuco está asentada en la parte occidental del llano denominado Purrubamba, que mide cerca de cuatro kilómetros de largo (este a oeste), por menos de dos de ancho (norte-sur) y está rodeado de alturas..

Por el sur y s.e. siguiendo el camino de la cordillera, se elevan los cerros Negro (o Prieto), Cuyulga y Amamorco, el segundo de los cuales se prolonga hacia la ciudad, formando el morro de Santa Bárbara. Por el este lo limitan las alturas de Chochoconda, una de las cuales es el cerro Toro, rico en minerales de oro. Hacia el oeste están los cerros Cacañán, Tushcán y la colina Alto de las Flores. Por el norte se eleva el cerro Sazón. Por la parte oeste del llano corre, de sur a norte, el río Huamachuco o Grande, y por la del este, corriendo en el mismo sentido, el río Toro, entre el cerro de este nombre y el del Sazón.

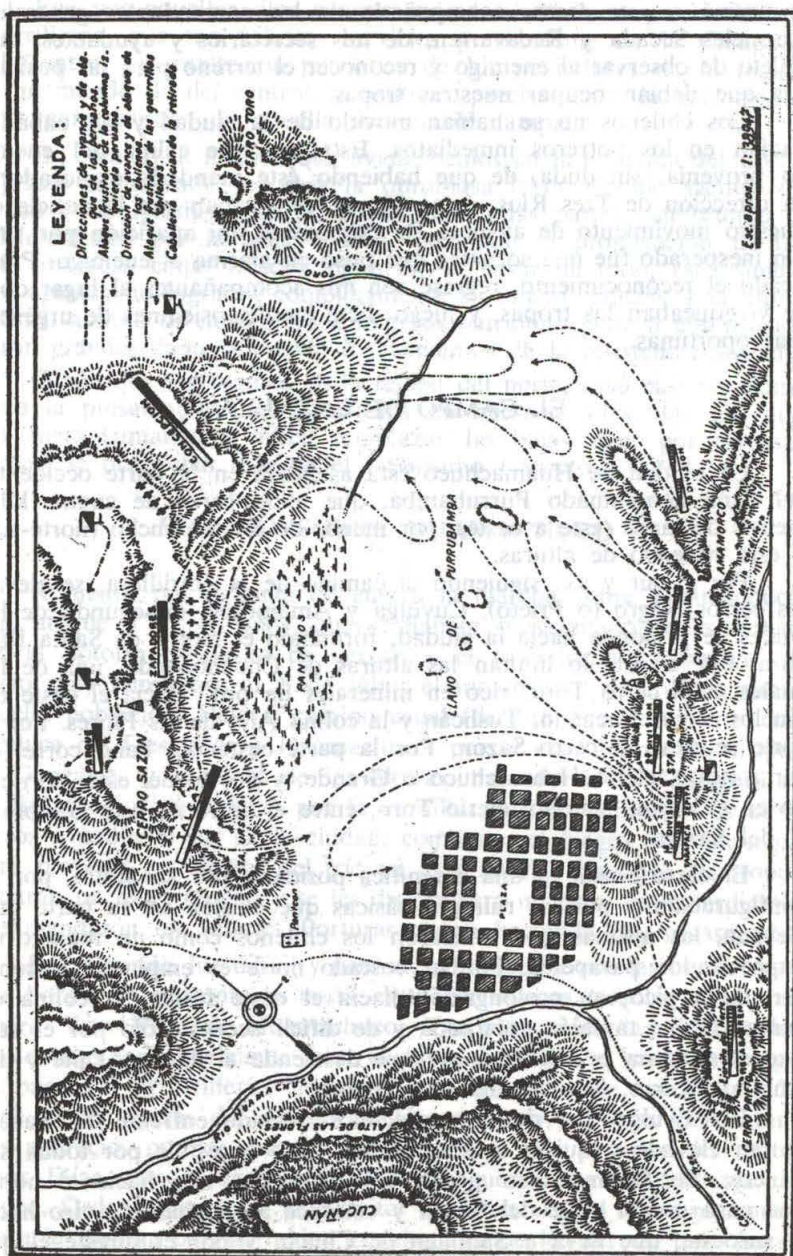
El cerro Sazón es una magnífica posición, por su altura, por su configuración y por las ruinas incásicas que existen en su parte más elevada, las mismas que utilizaron los chilenos como un reducto de improvisados parapetos. Por su costado norte es empinado y como cortado a pico; su prolongación hacia el oeste forma la colina de Santa Ursula, también escarpada y de difícil acceso; sólo por el sureste ofrece una pendiente suave que desciende al llano. Al pie y delante del cerro, se extiende un pantano.

El Cuyulga, por donde aparecimos, situado enfrente del Sazón, es tan elevado o quizás más que éste, pero accesible por todos sus flancos. De Huamachuco parten tres caminos: uno hacia el norte, que pasa por el oeste del Sazón y conduce a Cajabamba; otro hacia el suroeste, que lleva a Santiago de Chuco, y por el sureste el que va hacia Pataz.

Toma de la ciudad, 8 de julio

Direcciones de avance y de abanico de las permutas.
 Ataque frustrado de la columna 12.
 Cuarteles peruanos.
 Dirección de avance y de ataque de las chilenas.
 Ataque frustrado de las guerrillas chilenas.
 Artillería iniciando la retirada.

Sec. 8 prom. = 1: 39947



Plano de la batalla de Huamachuco, ocurrida el martes 10 de julio de 1883. Situación de los combatientes de 6 a 11 a.m.

UNMSM-CEDOC

Tan pronto como los chilenos nos divisaron en las alturas del Cuyulga, agrupáronse atropelladamente en la plaza y calles contiguas de la ciudad y encamináronse a todo correr hacia el Sazón. Sin pérdida de tiempo ordené la toma de posiciones, disponiendo que Secada ocupara el morro de Santa Bárbara y asentara allí la artillería. Seguidamente mandé a Recavarren tomar la ciudad por el lado occidental, o sea el del Alto de las Flores, y que una fracción de caballería y una compañía del Zepita, descendieran al camino de Santiago de Chuco y amagaran la población por ese lado.

Mientras tanto, los artilleros chilenos cargaban sus cañones, para arrancar también hacia el Sazón.

Asentada ya nuestra artillería, Secada mandó abrir fuego sobre las faldas del Sazón, por donde subían precipitadamente las tropas enemigas, causándoles algunas bajas. Pero el corto alcance de nuestros cañones no permitía batir la parte superior de la ladera; sus tiros llegaban apenas hasta la mitad de la pendiente.

Por la izquierda, según lo dispuesto, las fuerzas de Recavarren posesionáronse de la colina Alto de las Flores y entablaron un vivo fuego de fusilería con las tropas enemigas ya dueñas del collado de Santa Ursula, prolongación del Sazón. Por el centro, nuestra caballería se acercaba a los suburbios de la población, sosteniendo un activo tiroteo con los elementos de retaguardia enemigos.

Poco después, las tropas nacionales entraban en la ciudad, apoderándose de buen número de caballos, así como de vestuario, cajas de munición y documentos importantes dejados por los chilenos en su carrera al Sazón. En este acto inicial distinguióse el general Silva, quien poniéndose a la cabeza de una fracción de nuestras fuerzas tomó la caballada. Pero luego una bala enemiga haríale pagar su coraje dejándole gravemente herido, para caer después bajo el bárbaro tajo del "repase". Por los documentos recogidos se comprobó que el efectivo de las tropas chilenas ascendía a más de 2,000 hombres, de las tres armas.

Entre tanto, se me presentó en el Santa Bárbara un individuo con un pliego que el señor Elías remitía al coronel Puga, quien debía encontrarse ya en Cajabamba. En dicha comunicación ordenábase Elías a Puga ponerse de inmediato en marcha a Huamachuco. Me enteré del oficio y advertí al propio que dijera, en mi nombre, al doctor Puga que en la madrugada del día siguiente 9, debía situarse convenientemente sobre la retaguardia del chileno, para cooperar al ataque general. Por desgracia, como me informé después, cayó el propio en manos de las patrullas chilenas aquella misma tarde. Pero

astuto el expreso, aprovechó de la neblina para ocultar el pliego en un matorral en el momento en que iba a ser capturado. En el interrogatorio a que fue sometido, limitóse a declarar que se había extraviado del paraje, siguiendo su hato de ganado. Sin embargo, no le soltaron, sino a la mañana siguiente. Inmediatamente recogió la comunicación y prosiguió su viaje, casi sin parar, llegando a Matara, donde se encontraba Puga, al amanecer del 10. Puga púsose en marcha en la tarde de ese mismo día; pero al mediar la mañana del siguiente 11, y a pocos kilómetros de Cajabamba, se enteró de nuestra derrota. Puga que debía estar, a más tardar, el 8 de julio en Cajabamba, conforme a las instrucciones del jefe superior del norte, habíase trasladado de Ichocán a Matara, distanciándose así del lugar indicado¹⁹.

Con la toma de la ciudad decreció el tiroteo, haciéndose luego intermitente. Al anochecer, las fuerzas de Recavarren se retiraron de la población, quedando en ella sólo un piquete de caballería. Los chilenos, entre tanto, disparaban su Krupp sobre el Santa Bárbara; pero sus tiros demasiado altos pasaban por encima de nuestras posiciones del morro y los proyectiles iban a estallar en las cumbres del Cuyulga.

Después de esto, sobrevino el silencio, y el resto de la noche transcurrió encalmado. Los chilenos quedaron posesionados del Sazón y nosotros de los cerros de enfrente. Ambas posiciones, separadas por la planicie de Purrubamba, distaban, una de otra, algo menos de dos kilómetros.

Yo velé sobre la cima del Santa Bárbara, tomando las precauciones del caso, para evitar cualquier sorpresa. Ordené la concentración de las fuerzas del centro en dicha altura y dispuse que la tercera división, del coronel Tafur, se situara hacia el este, en sitio adecuado, en la parte inferior de la pendiente del Cuyulga, para proteger el flanco derecho. Recavarren fue a situarse en la colina Alto de las Flores, protegiendo el flanco izquierdo.

ESCARAMUZAS DEL 9 DE JULIO

Al amanecer de este día vimos que de la ciudad se conducía una recua de burros con carga en dirección del Sazón. Comprendiendo que se trataba de provisiones para el enemigo, partió rápidamente la fracción de la Escolta, que estaba de avanzada, y en unión del piquete de caballería dejado en la población, apoderáronse de la recua de acémilas cargadas con sacos de papas. Entablóse con tal

motivo un violento tiroteo con los chilenos, que disparaban desde sus parapetos en la altura, sin atreverse a salir de ellos.

A mediodía dispuse que Recavarren hiciera un reconocimiento sobre las posiciones enemigas, avanzando hasta cerca del panteón, lo cual se realizó sosteniendo un corto combate de fuego de fusilería con los puestos avanzados chilenos de la colina de Santa Ursula. Conseguido su objeto, replegóse a su anterior posición.

Tras estas escaramuzas, se permaneció en relativa tranquilidad el resto del día, interrumpida sólo por intermitentes cambios de balas.

Aprovechando esta calma, los vecinos de la ciudad, en considerable número, la abandonaron, encaminándose hacia parajes apartados, temerosos de la lucha próxima.

Hacia las tres de la tarde de aquel día llegaron al campamento 200 hombres, hijos del patriota pueblo de Santiago de Chuco, a las órdenes de los señores Santiago Calderón, Porturas, Uceda y otros vecinos notables, con el objeto de prestar servicios auxiliares en el ejército, y trayendo víveres para las tropas y fiambre y coñac para los jefes y oficiales.

De esta manera, en medio de la penuria general, contribuía el pueblo santiaguino con la sangre de sus hijos y con sus recursos a la defensa de la patria, desafiando la ira del enemigo que le castigó después, pero ganando un digno puesto al lado de los defensores del honor nacional.

Contrastaba este notable comportamiento con el de algunas familias pudientes de la ciudad de Huamachuco que, partidarias del manifiesto de Montán, proporcionaban al enemigo toda clase de vituallas que a nosotros nos las negaban. A pesar de tan insólita como reprochable conducta de esas pocas familias, muchos vecinos de aquella histórica ciudad hubieron de sufrir los más ignominiosos atropellos y vejámenes de la soldadesca araucana.

Los víveres y fiambres traídos por los santiaguinos nos sirvieron de magnífico reconfortante en esas gélidas alturas.

El batallón Milicianos de Santiago de Chuco estaba constituido, en su mayoría, de gente de la ciudad de este nombre, y tenía un cuadro de jefes y oficiales bien organizado e integrado por personas de las más caracterizadas de dicha localidad.

PLAN DE ATAQUE A LAS FUERZAS CHILENAS

Ante la formidable posición del Sazón, pensé por un momento que lo más indicado sería asediarla dada la configuración natural del

cerro, y luego abrumar al enemigo con ataques parciales, hasta agotarlo. Pero tal operación requería tiempo y mayores efectivos de los que contábamos, y al prolongarse demasiado sólo nos ofrecía perspectivas desfavorables. Los mismos habitantes de aquel retazo del suelo patrio —ya trabajados de largo tiempo por chilenófilos agentes— no estaban declaradamente por nosotros, lo cual constituía una gran inconveniencia, tanto más si se considera el carácter de la guerra que acaudillábamos. La bandera de la paz, alzada en Montán, había trastornado su patriotismo y desgarrado los nervios de la lucha en defensa de la patria.

Además, desde el punto de vista militar era también urgente acometer a Gorostiaga, antes que Arriagada, dándose cuenta del engaño sufrido, se revolviera y se nos echara encima por la espalda. Por el momento nos separaba aún una gran distancia. Todas estas circunstancias apremiabanme a la realización del ataque. En la tarde del 9 de julio reuní a los comandantes generales, coroneles Secada y Recavarren, con objeto de acordar un plan de ataque contra el enemigo. Acordado que fue, di a ambos jefes las directivas generales para su ejecución en la madrugada del día siguiente 10.

El ataque debía dirigirse contra la parte vulnerable de la posición enemiga: la del sureste del Sazón. El plan a seguir consistía en el ataque del ala y flanco izquierdos del chileno, en combinación con un amago simultáneo por su frente.

Para su ejecución, se convino en que hacia la medianoche debían concentrarse las fuerzas en los lugares previstos en el Santa Bárbara, para luego romper de la base de partida elegida la marcha de avance contra el enemigo, siguiendo Recavarren una dirección frontal, en tanto que Secada, con el grueso de las fuerzas, avanzaría paralelamente a aquél, por la parte este del llano, hasta ocupar unas lomas allí existentes, para seguidamente convertir sobre su izquierda y atacar al enemigo de flanco. De este modo, el destacamento del norte y el ejército del centro formarían una especie de ángulo delante del extremo sureste del Sazón. Destacamentos de caballería y fracciones de infantería amagarían por el camino de Cajabamba, para caer en el momento oportuno y obstruir la retirada al adversario. Como reserva quedaría la división Cáceres, o sea los batallones Zepita y Tarapacá. Puga, a quien se había oficiado el día 8, caería sobre la retaguardia del chileno, o por lo menos, cooperaría a la acción principal, amenazándole de cerca o llamándole la atención.

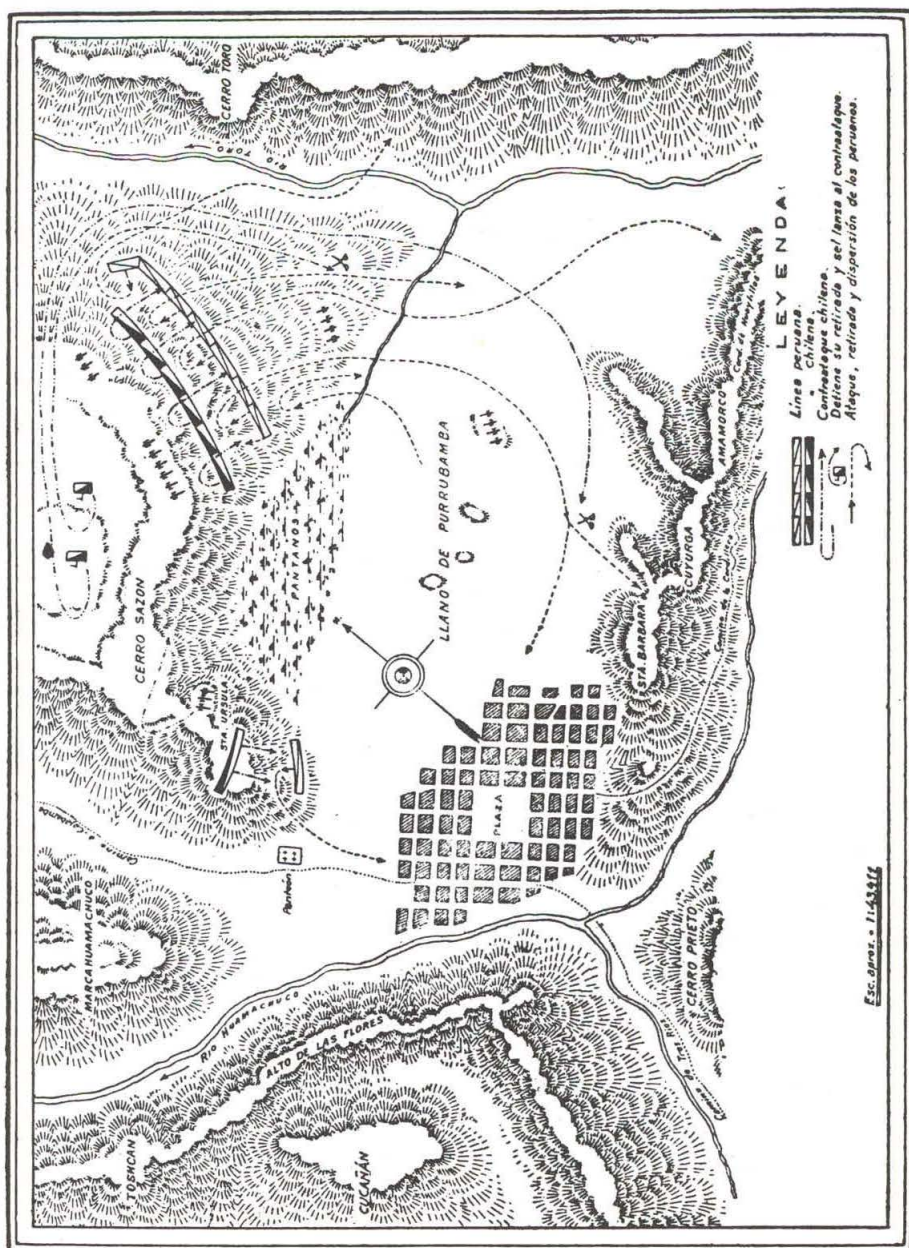
Proyectado así el ataque; convencido de la firmeza física y moral de las tropas del centro, de la que dieron palpables pruebas en

el terreno de la acción, tenía fundada fe en el éxito de la empresa. Para que sirvieran de guías durante el avance nocturno solicité del señor Manuel I. Cisneros, alcalde de Huamachuco, un par de mozos expertos y entusiastas que pudieran prestarnos tan valioso servicio. Este caballero consiguió inmediatamente seis muchachos del pueblo y los puso a mi disposición.

Teniendo en cuenta la fragosidad del terreno y deseoso de ganar tiempo en los preparativos para el avance, mandé a mis ayudantes, coronel La Puente, comandante La Combe y mayor Costa y Laurent, hacia las nueve de la noche, para que previniesen a los comandantes generales tomar con la debida anticipación las medidas conducentes a la acción proyectada. A su vuelta me informaron que el coronel Secada hallábase listo; pero que el coronel Recavarren se encontraba enfermo. Informe este último que me causó indecible impresión. Tentado estuve de ir a verle personalmente; pero luego desistí de ello y, con los mismos ayudantes, le reiteré la apremiante orden. Les manifestó que se encontraba materialmente imposibilitado con una fiebre alta y que así me lo comunicaran. A consecuencia de este lamentable malestar del comandante general del destacamento de ejército del norte, quedaron en suspenso las disposiciones preparatorias para el ataque. Y éste hubo de ser diferido para el día 11. Aplazamiento que nos sería fatal, por la pérdida de la iniciativa que entrañaba. No fue posible designar en tan difíciles momentos a otro jefe para reemplazar a Recavarren, si bien lo pensé al punto. Es sumamente peligroso el cambio de mando en el curso de un proceso bélico en tropas improvisadas. Y en el caso presente existían también otras circunstancias y consideraciones especiales. Desde Huaraz noté cierto enfriamiento en las relaciones de amistad entre Recavarren y Secada; pero, además, hallábame al corriente de la subrepticia labor que algunos jefes ya interesados por los parciales de Montán hacían cerca de Recavarren, insinuándole que me abandonara y entrase en negociaciones con el enemigo. A todo lo cual resistió ciertamente Recavarren. Reemplazarle habría sido, pues, herir la susceptibilidad de este jefe, antiguo compañero mío y a quien estimaba preferentemente, suscitando por tal motivo, algunas veces, las francas protestas de Secada.

Fracasado el proyecto de ataque resolví, harto amargado, ponerme a la expectativa. Pero los acontecimientos se precipitaron y se desarrollaron de manera intempestiva para ambas partes, como luego se verá.

LA BATALLA
(Martes 10 de julio de 1883)



CROQUIS Nº 18

La batalla de Huamachuco. Situación hacia las 12 m.

El mando chileno que estaba seguramente bien informado por los agentes de Huamachuco del plan de ataque que tenía proyectado para la madrugada de aquel día 10, al ver que no lo realizaba, creyó que me había retirado, y, para cerciorarse de ello, decidió practicar un reconocimiento en fuerza sobre nuestras posiciones.

En efecto, hacia las seis de la mañana, y traslapadas por la niebla, dos compañías chilenas, destacadas del Sazón, atravesaron la pampa, dirigiéndose sobre nuestra derecha, formada por la división Tafur, en el Cuyulga. Ya intentaban subir la pendiente oriental, cuando arremetió contra ellas una compañía del batallón Junín, haciéndolas retroceder. Luego acudieron nuevas fuerzas enemigas en apoyo de las primeras. Al avistarlas, les salieron al encuentro las restantes compañías del Junín, con el coronel Vizcarra a la cabeza, y seguidamente el Jauja, con el coronel Miguel E. Luna.

Estos batallones bajaron rápidamente y arrojándose con brío sobre los chilenos, los contuvieron y obligaron al retroceso.

Seguidamente desprendiéronse del ala izquierda enemiga otras fuerzas que acudieron a la carrera a recibir a las que retrocedían. Ordené entonces que bajara la división Gastó, con los batallones Marcavalle, del coronel Crespo, y el Concepción, del coronel Carrión. Estas unidades entraron rápidamente en acción, apoyando la izquierda de Tafur, y arrollando igualmente a las tropas adversarias. Nuevas fuerzas chilenas bajaron del Sazón, en apoyo de las anteriores. De nuestra parte descendió la división Astete. El Apata y el San Jerónimo, con sus jefes, los coroneles Goyzueta y González, respectivamente, a la cabeza, avanzaron a "paso de carga" por la izquierda enemiga amenazando envolverla.

En estos precisos momentos se me presentó el coronel Recavarren, un tanto pálido y con el brazo en cabestrillo. Le ordené que atacase en seguida, con las tropas que tuviese a la mano, la derecha del contrario, por el lado del panteón. Al propio tiempo dispuse que la primera división del coronel Cáceres, esto es, los batallones Zepita y Tarapacá, mandados por los coroneles Borgoño y Espinoza, se aproximasen convenientemente, para intervenir en la lucha tan luego recibieran mis órdenes. De esta suerte quedó empeñada la batalla en una extensa línea, desde las cercanías de la ciudad hasta las alturas que se elevan por el oriente, a lo largo del llano de Purrubamba.

La lucha se desenvolvió desde el comienzo enconosamente pertinaz, cargando su peso sobre la izquierda enemiga que resistió con firmeza durante dos horas, hasta que los nuestros lograron rechazarla. Entonces entraron en línea todas las fuerzas contrarias en apoyo de su desfalleciente flanco, y la batalla recrudeció de nuevo: jefes, oficiales y soldados rivalizaban en valor, y ganaban trecho a trecho terreno al adversario, empujándole hasta una loma del sudeste del Sazón, donde tórnó a resistir con denuedo y desesperada rabia.

En estas circunstancias, y cuando me dirigía con mis ayudantes y escolta al sitio culminante de la brega, para dar con mi presencia mayor impulsión al ataque, vino hacia mí un soldado herido y, pretendiendo tomar las riendas de mi caballo, me detuvo diciéndome: "Taita, mi general, ve que he cumplido mi juramento de los Tres Ríos" y desplomóse muerto. Esta escena de fidelidad y patriotismo me conmovió hondamente. Nuestra artillería, cuyo corto alcance le hacía ya inútil en el Santa Bárbara, hubo de ser bajada al llano para apoyar el ataque. Su recio fuego y el ímpetu de la infantería obligaron a los chilenos a abandonar la indicada loma y refugiarse en sus altos parapetos, donde reiteraron la resistencia, entablándose furiosa lucha, a unos 30 metros de distancia. En estos momentos calló la artillería enemiga y se notó en las filas contrarias el desconcierto precursor de la derrota. Su caballería comenzó a alejarse hacia el camino de Cajabamba. La infantería se sostenía, pero ya vacilante y empezaba a ceder. La victoria parecía inclinarse a nuestro favor, elevándose al máximo el ardor bélico en nuestras filas.

Pero en estos instantes supremos, y cuando ya nuestros bravos soldados iban a romper la jadeante muralla humana que tenían delante, los fuegos de fusilería empezaron a debilitarse: *se habían agotado las municiones en las cinco horas de combate*. El parque hallábase un tanto alejado; y por más que se hizo no fue posible conseguir que se pusiera oportunamente a nuestro alcance; así como tampoco fue posible contener a las tropas que se creían justamente victoriosas en su airoso empuje sobre la hueste enemiga.

En tal estado de la lucha, realizábase también el cambio de posición de la artillería hacia adelante, para seguir apoyando el ataque de la infantería y acelerar la derrota del adversario. Infortunadamente dicho cambio se hacía con el total de las piezas y no parcialmente como se tenía previsto. De manera que había cesado el fuego artillero mientras se alistaban las piezas para tomar un nuevo emplazamiento.

Advirtiendo entonces los chilenos nuestra falta de municiones, reaccionaron prestamente y se lanzaron en formidable contraataque, tanto por el fuego como a la bayoneta contra los nuestros, que, inermes, sin municiones ya, sin arma blanca para luchar cuerpo a cuerpo y en posición desventajosa en la pendiente, se defendían a culatazos, y, dominados, al fin, comenzaron a retroceder.

La situación era terrible. Pedí la reserva y ordené que volviera la artillería al Santa Bárbara. Pero pronto advertí que los batallones Zepita y Tarapacá habían entrado en la refriega sin orden mía, y, faltos de municiones, también retrocedían. Se declaraba la derrota. ¡Repentina y traidoramente cambiaba el aspecto de la fortuna!

Los chilenos volvieron a hacer uso de su artillería y lanzaron su caballería al llano para consumar la derrota. Una fracción de ésta atacó y copó nuestra artillería en circunstancias en que se realizaba la carga de las piezas.

Mandé a todos mis ayudantes para contener la dispersión. Pero todo fue inútil. El contraataque enemigo se produjo tan recio y continuado, que no dio tiempo para que reaccionaran nuestras tropas.

Yo mismo me lancé con mi escolta a contener a los dispersos, y, lejos de conseguirlo, fui atacado por la infantería chilena. Mi escolta fue destrozada, y luego me vi envuelto por jinetes chilenos a punto de caer prisionero. Completamente solo, me abrí paso entre el enemigo y pude alejarme rápidamente, gracias a la agilidad de mi caballo (el "Elegante"), que salvó unos lodazales saltando en seguida un acequión, que sirvió de momentánea valla a mis perseguidores.

"Triste, muy triste —decía en el parte remitido al gobierno de Arequipa, sobre esta infortunada acción de armas— triste, muy triste es para el que ama a su patria, verla hundirse de improviso desde la altura en que la levantara durante la lucha el valor de sus buenos hijos. Pero en medio del revés sufrido, queda a los que han peleado en Huamachuco, la satisfacción de haber cumplido notablemente con su deber, sacrificándose en defensa de la patria y con la conciencia de que sólo la más manifiesta fatalidad pudo haber sorprendido al enemigo con la victoria en medio mismo de su derrota...".

La persecución emprendida por los chilenos, tras la batalla, duró varios días, siendo fusilados todos los prisioneros y "repasados" los heridos en el campo de combate.

Luego ya no fue una persecución propiamente tal, sino que se convirtió en una inhumana cacería de hombres. Piquetes de caballería chilena, guiados por los adictos de Montán, recorrieron las chozas y cabañas de las aldeas y caseríos vecinos, asesinando a oficiales y soldados que habíanse cobijado en ellos. Mas, es digno de señalar que buen número de nuestros soldados dispersos escaparon por la serranía empuñando sus rifles. Lo que hice constar en el parte que remití al gobierno de Arequipa, sobre la para nosotros infausta batalla.

DESPUES DE LA BATALLA VIAJE A TARMA

Escapado del campo del desastre, como lo he referido, se me unió a poco uno de los hijos del hacendado señor Porturas, y me guió por sitios que él conocía, a campo traviesa, un considerable trecho. En el camino encontré al coronel Leoncio Prado, gravemente herido, y a un cura de Huamachuco, a quien le recomendé le atendiera. Este mismo clérigo me dio alcance momentos después y díjome que Prado acababa de morir, habiéndole auxiliado en sus últimos instantes. Pero, como me enteré más tarde, no había sido sino un paroxismo, y Prado fue hecho prisionero por infame delación. Llevado a Huamachuco fue fusilado en esta ciudad, admirando su valor los propios enemigos.

Cerca de Angamarca, en una vaquería de esta misma hacienda, se despidió Porturas; y yo continué, ya solo, el viaje por el camino

llamado del Inca, que conducía antiguamente a Aguamiro. Me detuve y desmonté para descansar un momento. En medio de la soledad embargaban mi espíritu los más dolorosos y tristes pensamientos, abismándome en una profunda meditación sobre la fatalidad implacable que nos perseguía.

En estas circunstancias, llegaron el coronel Borgoño, que venía herido de un brazo, mis ayudantes comandante Florentino Portugal y sargento mayor Félix Costa y Laurent, y luego mi asistente Saavedra, que había salvado parte de mi equipaje. En compañía de los cuales seguí mi marcha hasta Mollepata, donde hicimos noche. Sintiendo aún la angustia de nuestra inmerecida derrota, lancé en aquel pueblo una corta proclama (12 de Julio) manifestando mi firme resolución de no doblegarme ante la adversidad y continuar la lucha contra el invasor, hasta donde me lo permitiesen mis fuerzas y mi voluntad inquebrantable.

Al día siguiente, empezando a pintar el alba, proseguimos el caminar, sin mayores tropiezos, hasta Huaraz. Permanecí en esta ciudad el tiempo indispensable para descansar y continuar mi viaje a Tarma, con el ya concebido propósito de levantar un nuevo ejército, para lo cual me serviría de núcleo los 100 hombres que había dejado en el centro a órdenes del coronel Justo Pastor Dávila.

El 16 de julio, a eso de las diez de la mañana, llegué al alto de Tres Cruces, en las goteras de Chiquián, con mi pequeña comitiva compuesta por los coroneles Justiniano Borgoño, Aurelio Alcázar, los comandantes Florentino Portugal y Lizandro La Puente, el mayor Félix Costa y Laurent y mi asistente. Salí a recibirme en cabalgata un grupo de jóvenes del mencionado pueblo, entre los cuales se encontraba el infortunado Luis Pardo. Al hacer alto en la cumbre, me ofrecieron coñac y aguardiente de pisco, y luego templando las guitarras que habían llevado consigo, pusieron a cantar, improvisando los siguientes versos que copió uno de mis ayudantes y que los consigno aquí como un recuerdo de la emoción que me produjeron.

“Cuando el peruano pelea y pierde, — no desespera de la victoria, porque en coraje crece y se enciende — y en nueva empresa verá la gloria. — ¡Oh patria mía!, no me maldigas — porque al chileno no lo vencí, — qué bien quisiera haber perdido — la vida entera que te ofrecí. — Mas queda un bravo, noble soldado — que aquí en la Breña luchando está; — tú eres ¡Oh Cáceres! nuestra esperanza; — tu fe y constancia te harán triunfar”.

En dicho lugar, se nos separó Borgoño, tomando otro camino y prometiéndome enviarme sus noticias, las que no tardaron mucho en llegar.

Más adelante, al tocar en Cajatambo hallábase el pueblo celebrando una fiesta religiosa, y con tal motivo había mucha gente embriagada, por lo cual nos detuvimos sólo pocos momentos, y continuamos caminando hasta el pie de la Cordillera Negra, donde descansamos. Mandé a mi asistente para que llamara al gobernador, quien muy solícito buscó inmediatamente alimentos y vino en seguida a ofrecérnoslos, permaneciendo en nuestra compañía hasta la madrugada en que emprendimos la marcha. Antes de partir, le recomendé que hiciera todo lo posible por conservar el orden en la población, y mantenerla entusiasta por la causa nacional, pues muy pronto habría de renovarse la campaña.

Atravesamos la cordillera soportando un inclemente frío, y descendimos sin novedad. A poco, por el llano, distinguimos un grupo de jinetes que claramente se veía que eran soldados. Mandé al coronel Alcázar para que averiguase el objeto de la presencia de tales hombres, mientras yo quedaba esperando a una distancia conveniente, con el resto de mis acompañantes. Alcázar los detuvo: eran soldados chilenos. A las preguntas que se les hizo respondieron que iban en comisión a preparar rancho para su batallón. Me acerqué entonces a ellos y les dije: “¿Van ustedes a preparar rancho? Ya veo que tienen trazas de rancheros”. Al comprender los soldados que no creía lo que decían, desmontó uno de ellos y se me acercó diciéndome: “Señor: usted es el general Cáceres, que tanto trabajo nos viene dando; en verdad, hemos desertado, porque ya estamos cansados de tantas marchas y contramarchas; todos los soldados lo admiramos por su bravura; recomiéndenos, señor general, por favor, a las autoridades del pueblo al cual vamos a llegar, para que no nos maltraten”.

Compadecido de estos individuos, aunque eran enemigos, extraje de mi cartera una tarjeta y escribí unas cuantas líneas al gobernador de Cajatambo, recomendándole que los amparase contra las iras de la muchedumbre embriagada. Alejéronse agradecidos, y me enteré luego que el gobernador les había atendido, y ellos seguido su camino sin novedad.

Yo y mis acompañantes continuamos nuestro viaje, y al anoecer llegamos a una hacienda de las inmediaciones del pueblo de Ondores, ocupado por tropas chilenas que iban en contramarcha.

Este lugar está situado hacia el oeste del lago de Junín, el cual lago por su lado oriental colinda con el pueblo de este nombre, que se hallaba también ocupado por el enemigo. A un peón de la hacienda le pregunté por los caminos y díjome que no existía otro que el que va entre Ondores y la orilla del lago, por donde precisamente fuerzas chilenas se dirigían a Lima.

No obstante el peligro a que me exponía, decidí pasar esa noche por el camino indicado, para lo cual comprometí los servicios del mayordomo de la hacienda, a fin de que nos guiara en este difícil trayecto, gratificándole con diez soles en billetes.

Eran más de las diez de la noche cuando dejamos la hacienda para ponernos en camino. Habíamos recorrido apenas unos cuantos metros, cuando sentimos el tropel de una caballería, que se dirigía hacia el pueblo. Inmediatamente nos ocultamos entre unos pajonales y montones de piedras; permanecimos así unos cuantos minutos hasta que observamos que el piquete chileno había llegado al poblado. Resolví entonces pasar solo con el guía, mientras mis acompañantes se quedaban observando, advirtiéndoles que si no oían tiros, era que no había ocurrido novedad. Pero no quisieron quedarse, todos querían seguirme. El peligro era inminente, y no deseaba exponerlos; pero al fin convenimos en que todos se quedaran, y solamente me acompañaría el comandante Portugal.

Partí con toda precaución, revólver en mano, resolviendo con Portugal pasar al galope, y a sangre y fuego, si fuese necesario, sobre cualquier patrulla que encontrásemos en nuestro camino. Seguimos por el borde del lago; el chapoteo del agua impedía se oyera el paso de nuestras cabalgaduras, en tanto que nosotros sí oíamos la voz de algunos soldados enemigos, cuando pasamos delante de la población.

Felizmente no fuimos sentidos, y hacia medianoche, cuando ya estábamos a más de una legua de distancia del pueblo, nos detuvimos para observar si éramos seguidos. Como no ocurrió ninguna novedad, continuamos nuestra marcha, para luego parar ante una choza, por haber indicado el guía que allí habitaba un campesino, a quien llamé y pedí nos proporcionase algo de comer. Este buen hombre lamentó no poder atendernos; pero nos ofreció lo poco que tenía, que era coca, chancaca y una copa de "chacta". El agua de coca y el aguardiente que bebimos nos sirvió para reanimarnos un tanto contra el frío que nos tenía ateridos. En esto llegó un individuo que venía del pueblo de Junín, y me dijo que acababa de dejar allí al guía de los chilenos, Milón Duarte, que hacía preparar rancho para el piquete de caballería que le acompañaba y se componía de cincuenta hombres bien montados.

Mis acompañantes habían logrado también pasar sin ningún percance, y a eso de la una de la madrugada ya estábamos nuevamente juntos y continuando la marcha hacia Tarma, adonde llegamos a cosa de las ocho de la noche del siguiente día. Me alojé en casa de la familia Guido, con la que me ligaba una estrecha amistad. Como esta familia se diera perfecta cuenta de que necesitaba reposar, me instaba a que me retirase a dormir. Pero el señor Santa María, y mi paisano y amigo, el señor Albino Carranza, opinaban que debía seguir mi marcha, pues mi ayudante Lecca, que había quedado de Subprefecto en Tarma, y a quien le pedí noticias sobre el enemigo, manifestaba que éste había llegado al pueblo de Junín, y que con toda seguridad estaría en Tarma al día siguiente. En consecuencia, debía continuar mi viaje inmediatamente para evitar ser capturado. Como mi caballo se encontraba en lamentable estado, el señor Santa Ma-

ría me ofreció una buena bestia para reemplazarlo. Hube, pues, de dejar mi caballo el "Elegante" recomendándole a mi amigo Santa María que le cuidase bien. Tras mi reiterada recomendación, mandé que trajeran mi caballo al patio; estaba completamente despeado, que apenas podía caminar; pero al acercárseme irguió la cabeza y luego la inclinó estirándola hacia mí. Le acaricié, como tenía por costumbre, hablándole cariñosamente. Ya jinete en el nuevo caballo, el mío me siguió con la vista, reflejando en sus grandes ojos su tristeza. "*Adiós Elegante*" le gritó desde el zaguán, y el caballo alzó la cerviz orgulloso, dando un fuerte relincho, como respondiéndome²⁰.

Pasadas las nueve de la noche del 26 de julio salí de Tarma, escoltado por un piquete de 12 hombres, que tenía el subprefecto, a órdenes del teniente Vílchez. Antes de llegar a Tarmatambo, a una legua de Tarma, me sentí enfermo, con vómitos, y resolví descansar sobre el mismo camino. A este efecto ordené a Vílchez que colocara un par de centinelas que vigilaran el camino; y en seguida tendí el pellón de la montura en el suelo y me acosté, quedando a poco profundamente dormido, lo propio que el comandante Portugal y mis demás compañeros. No habían transcurrido más de dos horas cuando nuestro sueño fue interrumpido por las detonaciones de los disparos hechos por los centinelas apostados en el camino y por los jinetes enemigos que venían siguiéndonos. En el acto púseme de pie, revólver en mano, así como Portugal y demás acompañantes, y fuimos al encuentro de los perseguidores conteniéndoles momentáneamente, hasta que llegaron otros jinetes y hubimos entonces de picar nuestras cabalgaduras. El piquete enemigo había llegado a Tarma después de mi salida de esta ciudad, e inmediatamente mandó batidores sobre Tarmatambo. Fue entonces cuando los jefes que me acompañaban me urgieron a proseguir la marcha, asegurándome que ellos irían en pos protegiéndome. Convenido así, me puse en camino solo. Apenas había avanzado algunos metros, cuando observé que un perrito blanco seguía al aire de mi marcha al pie del caballo; había momentos en que este animalito se adelantaba para husmear el camino y regresaba luego corriendo y alegre como para darme a entender que no había novedad, proporcionándome así este nuevo acompañante un gracioso entretenimiento durante toda la noche de mi viaje.

Con el amanecer llegué a Jauja, en momentos en que el "pongo" (sirviente) de la casa del cura Dianderas abrió el portón de la calle; pregunté por él y le mandé decir que yo estaba allí esperándole. Salió mi amigo, muy sorprendido con mi inesperada visita, y trató de inquirir la causa que la motivaba; le respondí que por el momento no podía suministrarle ningún dato, ni pormenores de ninguna clase; y que solamente deseaba me proporcionase una taza de té y una copa de coñac y cama, porque estaba rendido de sueño y cansancio, suplicándole que no me despertara hasta que le llamase, y que también atendiera a los jefes que me acompañaban, que luego llega-

rían. Me acordé de mi canino compañero y encargué que lo buscaran; pero no lo encontraron.

Tomé la apetecida taza de té y una buena copa de aguardiente de pisco, y dormí todo el día y toda la noche hasta el día siguiente, en que mi amigo me despertó para tomar algún alimento, lo que acepté gustoso, sorbiendo un buen caldillo de huevos, después de lo cual continué durmiendo hasta el otro día, en que fui nuevamente despertado para almorzar. Ya confortado con los dos días y las dos noches de sueño y el excelente alimento que había tomado, púseme a conversar con mi amigo el doctor Dianderas, contándole todas las peripecias que había corrido para burlar a los enemigos y llegar a Jauja.

NOTAS

18.—El viajero que, por camino de herradura, se dirija del caserío de Milco al pueblo de San Marcos, se topará en un recodo del tortuoso sendero con una vieja y rústica cruz de madera bajo una precaria techumbre de paja. Es la llamada Cruz de Becerra, venerada por los lugareños y caminantes que, a su paso por aquellas soledades, no dejan de persignarse y algunas veces encenderle velas. Es un hecho histórico casi desconocido el que determina su existencia:

La campaña del general Cáceres contra el gobierno del general Iglesias firmante del tratado de Ancón, iniciada en el centro y sur del país, fue secundada en el norte. En mayo de 1885, fuerzas caceristas al mando del coronel Tomás Romero y Flores se apoderaron de Trujillo derrotando al prefecto de La Libertad, coronel Gregorio Relayza.

El coronel Romero y Flores, ya con el carácter de jefe superior político y militar de los departamentos del norte, y el coronel Manuel José Becerra, con el de comandante en jefe del ejército del norte aún en ciernes, pusieron en marcha hacia Cajamarca, siguiendo la ruta Cajabamba — Ichocán — San Marcos, con el objeto de alistar gente en apoyo de la campaña constitucional.

Ambos jefes eran conocidos como valientes y frecuentemente chocaban sus belicosos caracteres. Romero y Flores era oriundo de San Pablo, distrito de la provincia de Cajamarca; Becerra era chotano y buen guerrillero.

En determinado momento de su marcha —precisamente cerca de la oquedad donde se levanta la referida cruz— tuvieron un agrio altercado. Minutos después, Becerra, que acompañado de su ayudante se había adelantado un corto trecho, cayó abatido a tiros disparados por la espalda. Fueron los lugareños quienes recogieron y enterraron su cadáver bajo el túmulo de Milco.

19.—Afirma Dellepiane (*Historia Militar del Perú*, T. II, p. 471) que "Cáceres acordó con sus jefes principales que el ataque se realizara en la madrugada del 10, sin esperar la llegada del dr. Puga que, opuesto a Iglesias y disponiendo de una fuerza de 500 hombres, actuaba en Chota y se encontraba listo a secundar a Cáceres."

Nada más falso. En primer término, Puga no se encontraba en Chota. De ser así su cooperación en Huamachuco no habría sido en modo alguno oportuna, por la distancia que tendría que recorrer, atravesando lugares ocupados o estrechamente vigilados por los iglesistas.

Puga no se encontraba en Chota desde el mes de mayo del año anterior (1882), en que hubo de abandonar esa ciudad al fracasar el alzamiento contra Montero-Iglesias. Puga encontrábase en Ichocán, con unos 250 hombres, la mayoría peones de sus haciendas. En ese lugar recibió comunicaciones de don Jesús Elías enterándole de los movimientos del ejército de la resistencia y ordenándole que se pusiera

en marcha hacia Cajabamba. Lo que Puga no cumplió y más bien se trasladó a Matara, alejándose así de Cajabamba.

Precisamente en Matara le alcanzó, al amanecer del 10 de julio, el expreso que le mandó Elías con instrucciones urgentes para que avanzara a Cajabamba. Puga púsose en marcha en la tarde del mismo día 10 y al día siguiente, 11, a pocos kilómetros de Cajabamba, se enteró de la derrota de Cáceres.

20.—En el año de 1909, el presidente, señor Augusto B. Leguía, encomendó al general Cáceres la compra de 10,000 fusiles Mauser en Alemania.

Una vez en Berlín, el general Cáceres fue presentado al Kaiser Guillermo II, quien ya informado de la personalidad del general peruano, le recibió con estas palabras: "Me complace estrechar la mano del vencedor de Tarapacá".

Era por entonces cónsul del Perú en Berlín un rico comerciante judío, Alex F. Schwabach. En cierta ocasión el general Cáceres le refirió algunos episodios de la campaña de La Breña, entre ellos el relativo a su caballo favorito, el Elegante, que le salvó de ser prisionero de los jinetes chilenos que le perseguían de cerca, a raíz de la batalla de Huamachuco, y del triste fin que tuvo el noble animal en manos de un alemán, el coronel Carlos Pauli, quien hallándose al servicio del gobierno de Cáceres se pasó a los revolucionarios encabezados por don Nicolás de Piérola en 1895.

El cónsul, ni corto ni remiso, delató a Pauli ante la alta autoridad jurisdiccional castrense alemana como ladrón del caballo de batalla del general Cáceres, presidente del Perú. Pauli, que vivía ya en Berlín, fue inmediatamente procesado.

Carlos Pauli era un oficial del antiguo ejército imperial alemán, en el cual ostentaba el grado de capitán. Como era de reglamento en dicho ejército, al dejar el servicio activo obtuvo la clase superior inmediata de mayor.

Un buen día embarcó para América en busca de fortuna. Estuvo algún tiempo en una de las repúblicas centroamericanas como instructor militar. Luego se dirigió al Perú.

Ejercía entonces la presidencia de la república el general Andrés A. Cáceres, cuando se le presentó ofreciéndole sus servicios que el general aceptó gustoso reconociéndole el grado de coronel y designándole instructor general del ejército.

Pauli se dedicó con ahinco y entusiasmo a su tarea. Dio, en primer término, una nueva y moderna composición al estado mayor general, y luego introdujo oportunas modificaciones en la constitución orgánica del ejército...

Cumplida la comisión que le encomendó el gobierno, el general Cáceres dispuso su viaje de regreso al Perú. Antes de emprenderlo vi-

sitó la cancillería imperial con objeto de expresar su agradecimiento por las atenciones recibidas, manifestando, al despedirse, que pronto estaría de vuelta y con la representación diplomática del Perú en Alemania.

En 1911, el general Cáceres fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Alemania y Austria-Hungría. A insinuación suya obtuve yo el cargo de agregado militar a la legación del Perú.

El cónsul, señor Schwabach, ya tenía reservado alojamientos en el hotel Adlon, situado en la Avenida Unter den Linden.

Recién instalados, una mañana de enero de 1912, el administrador del hotel anunció la visita de un caballero que deseaba hablar con el ministro. El general se encontraba en su habitación con el peluquero. El secretario de la legación, dr. Caveró, y yo estábamos en la sala; Caveró se marchó y quedé yo en espera del anunciado visitante.

A poco llegó éste: un caballero de alta estatura, largas patillas blancas y un tanto encorvado por el peso de los años. Aproximándoseme, tomó mi mano entre las suyas diciéndome: "Soy el coronel Pauli y vengo a arrodillarme ante s. e. el señor general, para suplicarle me perdone y saque de la aflictiva situación en que me encuentro por mi propia culpa".

Le invité a que tomara asiento. Pauli extrajo luego del bolsillo interior de su levita una revista en la que él aparecía, en un fotgrabado, sentado en un banquillo ante el tribunal militar que le juzgaba. Sollozando me leyó la sentencia dictada por el tribunal, tras examinadas las causales del proceso (felonía, deshonor del uniforme, robo del caballo de batalla del general Cáceres, presidente del Perú). "¿Cómo, señor, se preguntaba, enjugándose las lágrimas, cometí semejante infidelidad en contra de s. e. quien me atendió siempre desde el primer momento en que me presenté? Pero solo él puede aún salvarme con su valiosa recomendación."

Entonces le pregunté: ¿Cuál fue el motivo, coronel Pauli, que le indujo a abandonar el puesto que ocupaba usted y pasarse a los revolucionarios? —"Verá usted, me repuso, concretamente, los ofrecimientos y promesas que me hicieron los emisarios del jefe de la revolución, señor de Piérola: ascenso y reconocimiento del grado de general y contratación de una misión militar alemana, de la cual sería yo el jefe. Esto significaba un gran aliciente para mí. Ya puede usted colegir que se me consideraba como un elemento esencial para la buena marcha y resultado de la campaña revolucionaria. Debía, por tanto, reunirme a Piérola y ser su consejero militar."

"Cuando me entrevisté con Piérola, me confirmó los ofrecimientos hechos por sus delegados. Señor: vaya un petizo tan perspicaz para persuadir y engatuzar a uno, dejándole convencido y dispuesto a seguirle."

"Y así fue como me puse a su servicio y a ser su constante consejero, y puedo asegurarle que sin mi asesoramiento no habría conseguido el objeto que ambicionaba."

Esta afirmación de Pauli me fue confirmada algunos años más tarde, en cierta ocasión, por don Isaías, hijo del señor de Piérola, muy germanófilo y admirador de los militares alemanes. Decíame: "Si no es por Pauli no habría entrado en Lima don Nicolás" (era el trato que daba a su padre).

Y dígame usted coronel Pauli —volví a inquirir,— usted que conocía tan bien el ejército de Cáceres ¿estaba seguro de derrotarle con la montonera? — "No; de ninguna manera —fue su respuesta— Era un ejército disciplinado, valiente y aguerrido que adoraba a su general..." ¿Y entonces?— "De lo que estaba yo persuadido —prosiguió— y lo preveía, era de que el general Cáceres no daría nunca orden alguna de acometer a la población. Figúrese usted en qué estado habría quedado la ciudad de Lima si las tropas de Cáceres se hubieran lanzado contra los edificios y casas desde cuyos balcones, ventanas y azoteas les disparaban a mansalva. Las tropas de Cáceres eran tropas aguerridas al par que férreamente disciplinadas, en tanto que la montonera tenía solo el entusiasmo y el fanatismo partidario. Con todo, hubo una terrible mortandad; felizmente encontramos un lugar donde resguardarnos: el convento de San Agustín, gracias a las diligencias del delegado apostólico, gran amigo de Piérola y quien emprendió seguidamente también gestiones para el cese de las hostilidades y la dimisión del general Cáceres."

¿Y lo del caballo de batalla del general Cáceres, coronel Pauli? "Ah, sí: Cuando marchábamos ya sobre Lima, cerca de Vitarte, se me indicó el fundo del general (Barbadillo), asegurándome que allí se encontraba el famoso caballo el Elegante. Lo hice traer. Hermosa estampa de animal, que merecía el nombre que le habían puesto; pero, ya algo viejo, no pudo resistir mucho el peso del jinete que era yo y... quedó en el camino... No debí haberlo montado."

En esto salió el peluquero y entré yo en la habitación para anunciar al general Cáceres la visita de Pauli, diciéndole la forma como se había presentado. "Sea cualquiera que fuere —me respondió—, no deo verle; no solo me traicionó sino que también robó mi caballo y lo mató."

CUARTO PERIODO
DE LA GUERRA

SE INICIA LA FORMACION DE UN NUEVO EJERCITO, DESPUES DE LA BATALLA DE HUAMACHUCO PARA CONTINUAR LA RESISTENCIA. RESURGEN LAS GUERRILLAS

Después de algunos días dedicados exclusivamente a mi descanso en Jauja, hice un llamamiento a las armas a los pueblos del centro, para la renovación de la lucha contra el invasor.

Y, luego di comienzo a la formación de un nuevo ejército sobre la base de los cien hombres armados que, según tengo dicho, había dejado al mando del coronel Justo Pastor Dávila. Solicité la cooperación de los comerciantes y vecinos acomodados de la ciudad, quienes ofrecieronme gustosos ayudarme en todo lo que les fuera posible. Y recibí también adhesiones y promesas de los lugares convecinos.

Iniciada ya mi tarea organizativa, enteróse de ella el coronel Urriola, jefe de las tropas enemigas acantonadas en Tarma, y púsose sobre Jauja, con la división de su mando (1,050 hombres). En vista de lo cual, me recogí inmediatamente, con mis pequeñas fuerzas, a Huancayo, donde permanecí varios días y de allí remití (30 de julio de 1883) al gobierno de Arequipa el correspondiente parte de la batalla de Huamachuco.

Como Urriola reanudase su marcha en mi seguimiento, opté por continuar la mía hacia Ayacucho. Dirigí entonces una nota (12 de agosto) al contralmirante Montero, expresándole que el desastre sufrido en Huamachuco, lejos de abatir mi espíritu, había avivado más si cabe, mi fervor por la causa patria, y que me sentía firmemente resuelto a seguir consagrandome mis esfuerzos a su defensa. Lo propio habíale ya insinuado en el aludido parte sobre la batalla.

Conocía muy bien al enemigo y hallábame firmemente persuadido de las desdichadas circunstancias que concurrieron a nuestra inmerecida derrota. De modo que no podía considerar como definitivamente terminada la resistencia armada. En tal virtud, trazábale a Montero un croquis general de la condición y estado de la gran co-

marca del centro, haciéndole ver lo mucho que importaba, desde el punto de vista militar como político, contener el avance de las fuerzas invasoras hacia el departamento de Ayacucho en la línea de Izcuchaca, o más atrás, en la del Pampas, en el caso de verme obligado a retroceder. Que con tal fin procuraba organizar un nuevo ejército del centro; y que, si para ello contaba con numerosos voluntarios, faltábame en cambio, las armas necesarias. En consideración a lo cual se las solicitaba con urgencia, confiado en que se apresuraría a remitírmelas, para colocar a los departamentos de la zona de mi jurisdicción en pie de defensa y proseguir vigorosamente la actividad armada. Mi llamamiento hecho en Jauja iba, en tanto, produciendo el resultado deseado. En el mismo Ayacucho se me presentaron 50 jóvenes ofreciéndome sus servicios. Con éstos, la tropa de Dávila y los voluntarios que se alistaban en el trayecto, llegué a formar una columna de 200 hombres, con la que continué la retirada, al tener al enemigo a un día de camino. Por otra parte, alzábanse de nuevo las guerrillas, prontas a combatir y desesperar al invasor.

Ya en su marcha sobre Ayacucho, las fuerzas de Urriola experimentaron frecuentes y repentinas acometidas guerrilleras.

Señaladamente audaces fueron la de Acostambo, sorprendiendo a la extrema vanguardia enemiga y ocasionándole algunas bajas, y la de la quebrada de Izcuchaca, donde los guerrilleros intentaron cerrar el paso del puente al chileno, trabándose enconada lucha hasta que, al fin, abrumados por el fuego enemigo, refugiáronse los guerrilleros en las alturas, desde donde desgalaron enormes piedras, sembrando el pavor en la retaguardia adversaria.

Asaz cauteloso y en constante sobresalto prosiguió Urriola hasta Huancavelica, donde hizo un gran alto para reponerse. Y luego reanudó su cauta marcha sobre Ayacucho, pero al acercarse a Huanta, los guerrilleros huantinos cayeron intempestivamente sobre la columna enemiga punzándola de punta a cabo. Empeñóse seguidamente un furioso combate de corta duración, que ocasionó numerosas pérdidas, en muertos y heridos, de ambos bandos. Cuando Urriola llegaba a Ayacucho (a últimos de setiembre), yo cruzaba el río Pampas, con dirección a Andahuaylas, dejando el puente destruido, para impedir, o por lo menos, entorpecer la marcha del enemigo. Pero Urriola no continuó adelante; detúvose en Ayacucho hasta mediados de noviembre.

VA SURGIENDO EL NUEVO EJERCITO — ENTUSIASMO EN ANDAHUAYLAS

Tan luego como llegué a Andahuaylas, provincia de Apurímac, el prefecto de ese departamento, coronel Juan Rosendo Samanés, primo mío, púsose en actividad, dirigiéndose a los hacendados y comerciantes, solicitándoles telas para el vestuario de mi reducida tropa, así como las armas que pudieron conseguir. Fue tal el empeño y entusiasmo con que me secundó el coronel Samanés que al cabo de ocho días,

la columna que vino conmigo aumentó a unos 500 hombres, regularmente armados y uniformados. También se constituyó otra columna de jóvenes voluntarios de Andahuaylas, que tomó el nombre de "Columna Cáceres" y designó como su jefe al coronel Morales Toledo.

El ardor patriótico iba cundiendo por todos los pueblos de Apurímac, Huancavelica y Ayacucho, y de día en día aumentaba el efectivo de mis fuerzas. Llegaban también a Andahuaylas jefes, oficiales y soldados (casi todos con sus propias armas) que escaparon del campo de Huamachuco y que atravesando cordilleras y quebradas, hambrientos y descalzos, venían en nuestra busca a incorporarse a las filas del incipiente ejército y animosamente decididos a enfrentarse de nuevo al enemigo. Palmaria demostración de no haberse agotado la energía en el corazón de aquellos intrépidos veteranos y mucho menos desvanecido la esperanza.

PROPOSICIONES DEL CAPITAN DE NAVIO CAMILO N. CARRILLO — REFUERZOS DE LOS CORONELES LUNA Y ZAMUDIO

En Andahuaylas me visitó el capitán de navío Camilo N. Carrillo, ex ministro de García Calderón, con objeto de persuadirme a que tomase las tropas acantonadas en Arequipa, para proseguir la campaña, aduciendo para ello que yo era el único jefe que hacía frente al enemigo, luchando con patriotismo y sin contar con la ayuda y protección del gobierno establecido en la ciudad del Misti. Opinaba el capitán de navío Carrillo que debía trasladarme a aquella ciudad, asegurándome que bastaría mi presencia para que las tropas se pusieran de mi parte. Le agradecí sus insinuaciones, manifestándole que de proceder como él me lo indicaba, aparecería como un caudillo ambicioso; que jamás fomentaría la lucha intestina en el país, y que, en caso extremo, combatiría al gobierno impuesto por el extranjero; que mi misión se concretaba únicamente a luchar contra el enemigo común. Mis razones no le convencieron, y continuaba alegando que eran escrúpulos que debía desechar, en atención a los sagrados intereses de la patria, por la cual estaba bregando sin contar con el auxilio del gobierno, el cual no se decidía a tomar ninguna actitud definida. Juzgaba el capitán de navío Carrillo que el ejército de Arequipa se iba a perder sin haber hecho nada por la patria, y que más tarde me arrepentiría de mis escrúpulos y de no haber procedido como él me lo sugería. Sin conseguir su objeto, el señor Carrillo se marchó para Lima.

Hacía cosa de un mes que estaba dedicado a levantar fuerzas para poder regresar a Ayacucho y atacar a Urriola, que ocupaba dicha ciudad, cuando llegó el coronel Francisco Luna, acompañado del coronel Armando Zamudio, al mando de una columna de 250 hombres. Grande fue mi alegría al considerar que el contralmirante Montero había decidido, por fin, ayudarme enviándome esas fuerzas. Sentía, pues, íntimo regocijo al ver ese refuerzo de soldados bien armados y equi-

pados; pero la decepción que experimenté en seguida fue mayor, al mostrarme el jefe de la columna la comunicación que acababa de recibir, traída por un chasqui, y que decía lo siguiente:

"Tan luego como reciba esta orden, póngase en marcha con la tropa, a marchas forzadas, antes de que caiga en manos de Cáceres. Montero".

Encendido de cólera ante semejante orden, díjele al coronel Luna: "Está bien, usted puede cumplir la orden del presidente, pero la tropa se queda conmigo".

Entusiasmóse el coronel Luna a tal punto con mi resolución, que me respondió: "Yo también me quedo, pues usted es el único jefe que cumple con su deber combatiendo al enemigo; y, por consiguiente, yo no obedezco ninguna orden antipatriótica y continuaré a su lado, para ayudarle en su ardua tarea de organizar tropas contra el invasor". Igual protesta de adhesión hízome el coronel Zamudio.

VISITA DE UN ABORIGEN A MI CAMPAMENTO. EL EJERCITO DE ANDAHUAYLAS. MARCHA SOBRE AYACUCHO. DES-OCUPACION DE LA CIUDAD POR URRIOLA. INCIDENTES OCURRIDOS EN LA POBLACION. NOTICIAS DE AREQUIPA.

Un día llegó a mi campamento de Andahuaylas un indiecito, armado con su rejón, en mi busca, mandado por las comunidades de Ayacucho. Encontrábame en la puerta de la comandancia con algunos jefes, cuando se me acercó el indiecito y, expresando su sorpresa al verme, me besó la mano y con voz conmovida díjome en quechua:

"Taitay: Wanunnñachari nirccanikun noccaikucca. ¿Imanasca-tacc saccerpawarankiku? Kunanmantacca cusisccana kasaccku. Intiina tuyapaccpi lloccsimuptiiki". *Taita: te creíamos muerto ¿Nos has abandonado? Pero ya nos tranquilizaremos, porque de nuevo apareces como el sol después de noche oscura"*).

Esta manifestación la hizo en términos tan patéticos, que me conmovió hondamente hasta el punto de nublar mis ojos de lágrimas; los jefes que me acompañaban, tampoco pudieron disimular su emoción. Le abracé con el cariño que siento por esta raza noble e infeliz, que por centenares estaba dando héroes a la patria e hice que descansara y se le atendiese con los alimentos de mi escasa mesa.

Como la organización de mis tropas estaba ya bastante avanzada y aumentados sus efectivos con la llegada de nuevos contingentes remitidos de los distritos circunvecinos, comencé a preparar mi regreso a Ayacucho. Y aproveché entonces los servicios del indiecito para transmitir mis instrucciones a determinadas personas. Así, recomendábale a mi amigo el doctor Alvarado, juez de la provincia de Cangallo, que a mi aproximación pusiera en movimiento a los Morochucos; a don Miguel Lazón, comandante general de las Guerrillas de Huan-ta, que alertara a los *quillanos* de la provincia, para que entorpecieran la fuga de los chilenos a mi llegada. Además, mandé aviso a los

jefes de las distintas parroquias, a fin de que se aprestaran a acometer al enemigo desde los cerros inmediatos.

Después de haber recibido todas estas instrucciones verbales, partió el inteligente y experto indiecito y fue luego tocando en los lugares indicados y comunicándolas a las personas a quienes iban dirigidas.

Entretanto, aceleraba yo la organización del nuevo ejército. Designé como jefe de estado mayor al coronel Francisco Luna, quien tomó muy a pecho su empleo, siendo activamente secundado por oficiales veteranos ya incorporados. El pequeño ejército de Andahuaylas, que serviría de base para la organización del nuevo ejército del centro, componíanlo cinco batallones: Ayacucho Nº 1, Junín Nº 2, Callao Nº 3, Cuzco Nº 4 y 9 de Diciembre Nº 5, constituyendo dos divisiones, mandada la una por el coronel Pablo Solís Rosas, y la otra, que obedecería al coronel Remigio Morales Bermúdez, quien se hallaba en comisión. A estas tropas incorporáronse luego unos 200 voluntarios procedentes del Cuzco y algunas provincias de Apurímac.

Constituyóse asimismo un escuadrón de caballería con vecinos de Andahuaylas y lugares comarcanos, quienes, jinetes en sus propios caballos, acudieron a ofrecerme sus servicios.

Al coronel Armando Zamudio le nombré comandante general de la caballería, con la misión de organizar en su debida oportunidad columnas volantes de a caballo, con los voluntarios morochucos, gente apta para ello. Al frente de mi pequeño ejército, ya organizado, cuyo efectivo subía a poco más de 1,500 hombres, púseme en marcha sobre Ayacucho, con el propósito de combatir a Urriola.

Encontrándome ya a una jornada de Ayacucho, me avisaron que el doctor Alvarado esperaba mi llegada a la cabeza de 1,000 morochucos. A mi aproximación, salieron también a recibirme los jefes de las parroquias inmediatas, cuyos guerrilleros desparramados en la falda de uno de los cerros y coronando su alta cima, ofrecían un soberbio y sugestivo cuadro, exornado con el agudo y vibrante resonar de los "pututos" de sus bandas de guerra.

Al llegar a la ciudad, ésta había sido ya evacuada apresuradamente por las fuerzas chilenas, las que fueron hostilizadas en su marcha de regreso por los guerrilleros huantinos, dificultándoles el paso del río. Ordené que la columna ligera Cáceres partiera inmediatamente en seguimiento del enemigo, para ver si era posible alcanzarle y atacar su retaguardia, lo que no pudo conseguirse porque las tropas chilenas llevaban ya el adelanto de un día de marcha. Sin embargo no dejaron de ser duramente hostigadas, sobre todo en las cercanías del pueblo de Pampas, donde las descubiertas y retaguardia de la columna enemiga fueron bruscamente acometidas por los guerrilleros poniéndolas en aprietos.

Apenas instalado en la ciudad, fui informado de que el pueblo había atacado el domicilio del coronel Rocha, por haber sido frecuen-

tado por los chilenos. Rocha había servido como proveedor de las fuerzas invasoras, y su conducta exasperó el ánimo del pueblo que le castigó matándole y arrasando su casa. Con el fin de evitar la repetición de semejantes hechos, dicté las medidas preventivas más convenientes.

Poco después visité a la familia Sáenz —la señora Carlota y sus dos hijas— cuyo patriótico comportamiento era comentado encomiásticamente en la ciudad. Urriola, impuesto de la hermosura de la señora Sáenz y sus hijas, trató de conocerlas y se valió de un alemán, que servía a los chilenos como cirujano, pero la familia se negó rotundamente a ello. Y como el alemán insistiese advirtiéndole que si no recibía a Urriola, éste procedería por la fuerza, la señora le manifestó que regresara al siguiente día para darle la respuesta. Cuando volvió el alemán, encontró que la familia se había desfigurado horriblemente, cortándose los cabellos y rapándose las cejas. El médico alemán, sorprendido, elogió el patriotismo de esta familia, y se retiró a contar a Urriola lo ocurrido; y éste desistió de su propósito. A punto de abandonar Ayacucho, recibí una carta de mi ex secretario, doctor Cavero, enviada de Arequipa.

En ella informábame de la instalación de un congreso (22 de abril de 1883) en aquella ciudad (congreso de Arequipa), remitiéndome adjuntas copias del mensaje de Montero leído ante dicho congreso y del proyecto de ley relativo a mi designación como segundo vicepresidente de la república, el cual proyecto había sido aprobado en la sesión del 2 de junio de 1883.

MARCHA DE AYACUCHO AL CENTRO. EN EL TRAYECTO RECIBO NOTICIAS DEL FUNEBRE TRATADO. LOS CHILENOS DESOCUPAN JUNIN. NOTA DE MONTERO

Después de haber dado algunos días de descanso a mis rendidas tropas, que bastante lo necesitaban, y conseguido algunas telas para su vestuario, gracias al interés y diligencia del prefecto, coronel Pedro José Ruiz, dispuse la marcha hacia Junín, habiendo antes licenciado a los patriotas morochucos y a los demás guerrilleros, a quienes en el acto del licenciamiento recordé el deber que tenían de pelear por la patria, para lo cual debían estar siempre listos al primer llamamiento que les hiciera. Asimismo, di las gracias al juez de la provincia de Cangallo, doctor Alvarado, y a los huantinos y su cabecilla, por los obstáculos que pusieron a los chilenos en su contramarcha. Seguí mi viaje, sin novedad, al frente de mi pequeño ejército por Huancavelica y pueblos del departamento de Junín, libres ya de las tropas de Urriola. Mientras continuaba mi marcha, con el propósito de renovar la campaña, las proyecciones de la derrota de Huamachuco hacíanse sentir en el campo de la política y en el cuerpo de la patria.

Iglesias, que había firmado el Protocolo de mayo y recibido al punto efectivo apoyo de Lynch para afianzar su gobierno, habíase trasladado de Cajamarca a Lima, al amparo de las bayonetas chilenas²¹.

Proseguí mi marcha hasta Tarmatambo, donde impuesto de la firma del Tratado de Paz de Ancón (20 de octubre de 1883), contramarché a Huancayo, para establecer allí mi cuartel general, dispuesto a proseguir la lucha. Mis pensamientos volaban hacia Montero, para persuadirle me diera el mando del ejército de Arequipa. Pero, ¡Oh desgracia!, en el trayecto hacia Huancayo recibí una nota del contralmirante Montero, fechada el 28 de octubre, a bordo del "*Yavari*", en el Titicaca, en la que me comunicaba la defección del ejército del sur, al tener noticias de la celebración del Tratado de Ancón, y su voluntario alejamiento del país, indicándome que, en mi carácter de segundo vicepresidente de la república, me hiciera cargo del gobierno provisional.

La verdad de lo ocurrido, como luego me informé, fue la siguiente: Montero no tomó las medidas adecuadas que requería la situación para oponer una resistencia firme y organizada a las fuerzas chilenas que, al mando del coronel Velásquez, avanzaban desde Moquegua sobre Arequipa. Sus vacilantes disposiciones de última hora resultaron inútiles y contraproducentes. Flanqueadas las tropas peruanas en Huasacachi, retiráronse sin combatir, a Arequipa. Entre tanto, en esta ciudad habíanse sublevado algunos batallones de la guardia nacional y reinaba la más completa confusión y desconcierto. La indisciplina cundió pronto en las tropas regulares y todo el ejército de Arequipa se dispersó.

Montero hubo de huir de la ciudad del Misti —en las primeras horas de la madrugada del 25 de octubre— acompañado de su ministro y consejero, doctor Valcárcel y algunos jefes, dirigiéndose a Bolivia por el lago Titicaca, a bordo del vaporcito "*Yavari*". Con todo, se debe reconocer a Montero la entereza que demostró ante el chileno, rechazando sus condiciones de paz, las cuales ya habían sido también antes repulsadas por García Calderón.

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA BATALLA DE HUAMACHUCO Y LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA

La batalla de Huamachuco se originó, como se ha visto, del contacto de los tentáculos de ambas fuerzas antagónicas en presencia. El reconocimiento de la fuerza chilena al topar con los puestos avanzados de seguridad peruanos, fue la chispa que encendió la batalla. Hasta esos momentos, ambos mandos nos hallábamos a la expectativa: Gorostiaga en el Sazón; yo en el Santa Bárbara.

Al comienzo se desarrolló una lucha frontal, en la cual los nuestros hicieron cejar, paso a paso, al enemigo, empujándole hacia la extremidad sureste del Sazón. La brega fue acortando la distancia y poniendo en duro atrenzo el flanco izquierdo del chileno, obligándole luego a trepar la

pendiente. La victoria sonriéndonos acrecienta el entusiasmo de los defensores de la tierra patria. Mas, a punto ya de coronar los esfuerzos con el triunfo, faltan las municiones y el arma blanca para dar la postrer arremetida. . . La fortuna, veleidosa, vuélvenos la espalda y la victoria vuela al campo adversario.

Con la batalla de Huamachuco culminó, virtualmente, la porfiada campaña de resistencia al invasor, que veníamos sosteniendo por más de dos largos años. Fue esta batalla la de mayor trascendencia en el orden político. Pero no solo salvó el prestigio de las armas peruanas, sino que representó el esfuerzo supremo por salvar el honor del país e impedir que se firmara la paz, en la forma unilateral que la preparaba el enemigo.

Con la derrota de Purрубamba quedó de hecho consolidado el gobierno de Iglesias, ya de antemano dispuesto a aceptar las condiciones de paz formuladas por Chile. De ahí que la política chilena se apresurase a explotar su inesperado triunfo militar, considerando llegado el momento oportuno de dar por concluida la contienda armada e ir cuanto antes a la celebración de la paz, para ahogar en brote la reanudación de la campaña en la sierra andina, que ya se ponía de manifiesto en Andahuaylas.

Chile dedicó toda su actividad a la consecución de tal propósito, valiéndose de los medios más viles e inescrupulosos. Y para mayor desdicha encontró compatricios nuestros que, inspirándose más en sus personales ambiciones que en las supremas conveniencias de la patria, tornáronse en eficaces colaboradores del invasor.

Si nos cupo, pues, tan mala suerte, no se debió en modo alguno a la ferrea presión de las armas enemigas, sino que es imputable más bien al estado de desorganización en que se encontraba el Perú; a los desaciertos de sus dirigentes y a la menguada actitud de elementos pudientes que no supieron ni quisieron mantener firme hasta el último extremo la voluntad de luchar por la integridad territorial de la nación; y que, lejos de esto, coadyuvaron a la labor emprendida con inaudito refinamiento por el enemigo, dejando al ejército patrio no solo sin apoyo alguno, sino restándole el que podían haberle proporcionado.

En el sur, el ejército de Arequipa, fuerte de más de 4,000 hombres, y sin haber prestado ningún servicio a la patria, se dispersó sin combatir. En el norte, se proclamó la paz a todo trance aceptándose las cláusulas de paz del invasor. En la capital de la república, gente acomodada que al comienzo deseaba la guerra, abominaba de la resistencia armada y solo pensaba en poner a salvo sus personas y sus bienes con el advenimiento de la paz.

Pero discurramos la mirada sobre el aspecto meramente bélico de la campaña de la resistencia y haciendo luego un somero registro de lo realizado, podremos inferir lo que pudo alcanzarse con la prosecución de ella, precisamente después de Huamachuco.

El alto mando chileno no estuvo feliz en sus expediciones militares

a la sierra del centro, y recibió más de una vez golpes contundentes que le hicieron vacilar. No estaban sus tropas preparadas para una guerra de montaña y de guerrillas, que iba desgastando y aminorando su fuerza física y su moral combativa, lo que, lógicamente, tenía que conducir a un cambio en las condiciones militares de la campaña.

Mas, un cúmulo de circunstancias mediatas y accidentales concuerrieron en la región del norte a crear un ambiente hostil a la resistencia armada y favorable a los ambiciosos planes del chileno invasor; lo que habría de determinar la esterilización de todos nuestros esfuerzos.

Perdimos la batalla de Huamachuco, pero ello no significaba ni mucho menos el definitivo fracaso de la campaña. Esta podía renovarse, como púsose ya de manifiesto tres meses después de la derrota de Purubamba.

El entusiasmo con que se formó el pequeño ejército en Andahuaylas, constituyó para mí una alentadora promesa, robustecida luego por el resurgimiento de la energía patria en los pueblos del centro y algunos del sur.

La armipotencia del invasor había experimentado ya considerable decremento en los años corridos de la movida campaña. El efectivo de sus tropas hallábase hartamente mermado, y lo que es peor iba cundiendo en ellas el desaliento. Todo esto tenía que intranquilizar y alarmar al gobernador militar del Perú, pues comprendía de sobra que la prosecución de la campaña en las sierras andinas traería consigo el seguro e irremediable agotamiento de las fuerzas invasivas. Y, en consecuencia, no tardaría mucho en devenir un equilibrio que anularía las ventajas materiales que hasta entonces ostentaban en efectivos y armamentos; y esfuermaríanse también las perspectivas de decidir la contienda por medio de las armas.

El nuevo ejército del centro resurgía mucho más pujante y fuerte que el anterior dispersado en Purubamba. Estaría integrado por más de 1000 hombres de a caballo de la provincia de Cangallo (los famosos "morochucos") y miles de montañeses de las serranías de Huancavelica, Apurímac, Ayacucho y Junín, teniendo por núcleo el ya formado en Andahuaylas y en cuyas filas estarían aguerridos veteranos de las campañas del centro y del norte, ansiosos de volver a plantar cara al invasor.

De ahí que los peruanos podíamos esperar fundadamente un paciente y favorable vuelco en el proceso de la resistencia armada (nos favorecía el espacio, el tiempo y el terreno).

Poseo, pues, la firme convicción que de haber encontrado la campaña de la resistencia apoyo decisivo y unánime de todos los sectores del país, especialmente de la clase social acomodada, el invasor hubiérase visto compelido a renunciar sus pretensiones. Y de ello estaba seguramente persuadido el enemigo. Lo cual explica el afán y apresuramiento de la política chilena y los ajeteos de su avispada diplomacia de llegar cuanto antes a la conclusión de la paz, impidiendo así el desarrollo de la renovada resistencia armada, que habría conducido a una paz que, por cierto, no habría sido jamás, nunca, la de Ancón.

El Ejército de la Resistencia no fue en modo alguno un ejército de "montoneros", como lo declaró el chileno, sino un ejército regular, si bien improvisado, constituido en su mayoría de jefes y oficiales y sinnúmero de soldados veteranos, que habían combatido desde Tarapacá hasta San Juan y Miraflores; organizado y disciplinado, consciente de su patriótica misión y altamente encuadrado en los sentimientos del honor y deber militares.

Los guerrilleros no fueron sino auxiliares de ese valiente ejército y ni éstos han debido ser declarados fuera de las leyes internacionales, puesto que defendían sus hogares y su propio suelo. Así lo reconocieron algunos de los propios jefes chilenos, como los coroneles del Canto y Urriola, cuando en dos diversas etapas de la campaña (abril de 1882 y abril de 1883) dirigieron sendas notas al jefe de las comunidades de Visco y Laraos y al cabecilla guerrilleros comandante Gonzáles, solicitando pactar con ellos.

La conducta del mando chileno ordenando fusilar a los jefes y oficiales del ejército de resistencia, que tuvieron la desgracia de caer prisioneros (la mayor parte de ellos heridos), no tiene excusa alguna, ni puede tenerla semejante infamia. Aún persiste en mi memoria el luctuoso recuerdo de tan ignominioso crimen.

El alto mando enemigo pretendió, sin duda, que con esos fusilamientos iba a atemorizar a los defensores de la patria peruana, aniquilando todo vestigio de resistencia; se equivocó de medio a medio, pues, antes bien, provocó una poderosa reacción en el alma colectiva de los pueblos, desde Andahuaylas hasta Tarma, y surgió un nuevo ejército, así con enjambres de guerrilleros, dispuestos a empezar la faena contra el invasor.

La división Urriola esquivó medir sus armas con el pequeño ejército de Andahuaylas, y sus destacamentos fueron escarmentados más de una vez por los guerrilleros de Huanta y Acostambo.

Réstame ahora dedicar aquí mi cariñoso recuerdo a todos mis compañeros de armas de aquella memorable resistencia patria, en las que culminaron tantas abnegaciones y virtudes haciendo honor al Perú y dejando a las generaciones venideras ejemplos que imitar. Y van, igualmente, desde el fondo de mi alma mi sentido reconocimiento a todos y cada uno de los pueblos de la región del centro, y a los del sur que se sumaron a ellos, que no escatimaron ni su oportuna ayuda ni propio sacrificio a los defensores de la patria.

Ojalá que las nuevas generaciones se compenetro de los múltiples ejemplos de patriotismo y de valor en que abunda esta campaña y consideren de cuánto eran capaces y cuánto hubieran podido alcanzar nuestros soldados y guerrilleros si la desunión de los peruanos y la ninguna voluntad de sus dirigentes de proseguir la resistencia armada, no hubiera hecho desastrosa crisis en aquellos trances terribles y decisivos.

NOTAS

21.—Con la derrota de Cáceres en Huamachuco quedó de hecho consolidado el gobierno de Iglesias. Y ya en su calidad de presidente regenerador, con plenos poderes otorgados por la asamblea de Montán y con la efectiva ayuda de los chilenos, dispuso su marcha a Trujillo, para de allí pasar a Lima.

A su partida de Cajamarca lanzó una extensa proclama. En Trujillo era esperado por su pariente Vidal García y García, delegado ante las autoridades chilenas.

Pero hasta entonces Chile no había reconocido oficialmente al gobierno de Iglesias. Tal reconocimiento le era indispensable para firmar la paz como presidente del Perú.

Veamos lo que sobre este extremo dice el ya citado catedrático chileno Carlos Vicuña:

"Poco después (septiembre de 1883) el ministro de relaciones exteriores de Chile, don Luis Aldunate, se dirigió a Lima y allí se convino con Novoa y Lynch en que Iglesias se embarcara en Salaverry y tomase tierra en Ancón. Entonces Chile le reconocería como presidente del Perú y le entregaría Lima y el Callao. Todo se hizo como se convino. El 18 de octubre, Novoa, por una nota oficial reconoció a Iglesias. Sus partidarios juntaron unos pocos soldados y los congregaron en Ancón, en donde desembarcó con una pequeña tropa, que reunida a la de sus amigos alcanzó a sumar 830 hombres. En Ancón le esperaban también su cuñado, don Mariano Castro Zaldívar, don José Antonio de Lavalle, que era su ministro de relaciones, y don Jovino Novoa, redactor del Tratado de Ancón, en su forma definitiva, la cual era en sustancia la misma convenida en Chorrillos. Y el tratado se firmó en Lima el 20 de octubre de 1883..." (Carlos Vicuña, Ob. cit. p. 305).

GUERRA CIVIL

(octubre de 1883 a junio de 1886)

CAMPAÑA CONSTITUCIONAL

Con el Tratado de Ancón, celebrado el 20 de octubre de 1883, termina la guerra con Chile. Sin embargo, publicamos el presente capítulo de las Memorias del mariscal Cáceres, por ser justamente la guerra civil consecuencia inmediata de aquel tratado.

La nota del contralmirante Montero, ya mencionada, comunicándome la disolución del ejército de Arequipa y su alejamiento del país, púsome en situación asaz difícil. Encontrábame solo y sin entrever ninguna perspectiva de auxilio para continuar la lucha contra el invasor, desconociendo el Tratado de Ancón. La nación estaba en éxtasis, como consecuencia de la mutilación que acababa de experimentar.

Al fin, tras una angustiosa pugna interior, me resolví a aceptar el pacto de Ancón, como un hecho consumado, pero no así al gobierno firmante, impuesto por Chile.

El gobierno del general Iglesias era, efectivamente, repudiado por la mayoría de los pueblos de la república. Al comienzo pudo ahogar por la fuerza las protestas aisladas en diversos lugares; mas, pronto el grito hízose general, unánime e incontenible.

Era el clamor de la patria mutilada. Y todas las miradas volvíanse hacia mí, lo cual echaba sobre mis hombros un nuevo y laborioso deber, que no podía ni debía rehuir. Presentí el incendio de la guerra civil, aunque todavía tenía esperanzas de evitarla, si Iglesias abandonaba el poder atendiendo al manifiesto deseo de los pueblos.

VIAJE A AYACUCHO. ENTUSIASMO PATRIOTICO DE LOS PUEBLOS. CARTA DEL GENERAL IGLESIAS Y MI RESPUESTA

Instalado ya mi cuartel general en Huancayo, hice viaje a Ayacucho con algunos de mis ayudantes, con objeto de concentrar en esta ciudad las pequeñas fuerzas diseminadas en la región del Pampas, a la vez que impartir algunas instrucciones relacionadas con el alistamiento de nuevos voluntarios. Desde mi llegada a Ayacucho, no

tuve casi momento de reposo, dedicado como estaba a recibir y atender las delegaciones y comisiones venidas desde los más apartados pueblos y comunidades de la dilatada comarca a ofrecermé sus servicios, así como contestar sinnúmero de cartas, oficios y mensajes que llegaban diariamente con idéntico propósito. Era realmente conmovedor el patriótico entusiasmo de estos pueblos, que se crecían a los rigores del destino. Hallándome entregado a esta labor, recibí una carta del general Iglesias, a la que di inmediata respuesta (29 de diciembre de 1883). Transcribo en seguida algunos de los párrafos más salientes de entrambas cartas:

De la de Iglesias: "...Desde Montán hasta Lima he venido devolviendo al Perú los territorios que ocupaba Chile y que puso bajo el doloroso arbitraje de sus armas.

Los triunfos que han salvado al Perú son los de la fe en la lealtad de mis propósitos y la perseverancia con que los he perseguido hasta cumplirlos a satisfacción del patriotismo nacional...

Pero falta para que mi anhelo tenga plena consagración y vuelva el país a la conquista de su régimen político y de su perdida tranquilidad, que cesen las luchas internas, sea cual fuere su móvil y su objeto y contribuyan, a la empresa que he tenido el honor de iniciar, todos los elementos, todas las ideas y todos los hombres capaces de secundarla para la felicidad y ventura de la nación...

Yo he sido y soy el intérprete de las aspiraciones del país, y al traducirlas he tenido la fortuna de reivindicar su autonomía, poniéndolo en condiciones de libertad y de independencia para que exprese sus deseos soberanos y designe a los que crea llamados a cumplirlos...

Firmada la paz con Chile, establecido mi gobierno, reconocido por el vencedor, como será bien pronto por todas las potencias neutrales, y extendida mi autoridad a la gran mayoría territorial de la república, toda resistencia que se oponga a la fuerza de estos hechos, que se legitimarán por nuestras leyes, viene a perturbar una obra que el país ha acogido, que sostiene y que ha aprobado y desea mantener...

Al hacer a usted rápida exposición de los hechos y al significarle mis intenciones, pretendo desvanecer toda duda acerca de la sinceridad y rectitud de mis procedimientos...

En mi persona que le exhibe como títulos su honradez y su fidelidad, y en su gobierno que cumple su programa de reconciliación encontrará usted todas las garantías y seguridades que le permitan volver al seno de los suyos y compartir con sus compatriotas la tarea de salvarlos..."

De la mía:

"... Aunque se lisonjea usted de haber realizado sus nobles propósitos de pacificar al país, a satisfacción del patriotismo nacional, o mucho me equivoco, o temo fundadamente que el pacto de paz ajustado con Chile, cuyas condiciones no conozco todavía, sea más que un

arreglo decoroso, el pacto de una ominosa ley impuesta por el implacable vencedor al vencido que implora de rodillas su clemencia...

Empero, sea de ello lo que fuere, para dar contestación categórica acerca del llamamiento que se sirve usted hacerme en su citada carta, he menester que se me ponga al corriente de las condiciones en que se ha ajustado la paz con Chile. Si ellas responden a las exigencias del decoro y a los bien entendidos intereses de la república, créame usted señor general, que me apresuraré a ofrecerle de todas veras el modesto contingente de mis servicios y a compartir con usted la ardua y gloriosa tarea de salvarla, porque así quedarían satisfechas mis más vehementes aspiraciones y habré alcanzado el objetivo que vengo persiguiendo con incesante afán a través de una sangrienta lucha de cuatro años...

En caso contrario, nada será parte a hacerme renunciar las profundas convicciones y arraigados sentimientos que han inspirado la línea de conducta que vengo siguiendo paso a paso y ajeno a toda ambición personal, en el dilatado curso de la guerra, sin hacer cuenta de los peligros y dificultades de la empresa; porque no hay sacrificios que no pueda hacerse en aras de la patria; siendo preferible sucumbir como buenos en la demanda, antes que verla humillada bajo la coyunda de una paz ignominiosa...

Mientras tanto, procuraré mantener siempre viva la llama de la fe y del entusiasmo patriótico, conservando asimismo inalterable el orden en el seno de los valerosos pueblos que sostienen la hermosa bandera de la resistencia patria..."

Satisfecho, en lo esencial, el objeto que me llevó a Ayacucho, retorné a mi cuartel general, en Huancayo.

RECONOCIMIENTO DEL TRATADO DE PAZ. UN DESTACAMENTO CHILENO MARCHA SOBRE JAUJA. MI PROTESTA.

En los primeros días de junio, se me informó que un destacamento chileno, que se encontraba en Tarma, habíase puesto en marcha sobre Jauja. Tal noticia la recibía, justamente, cuando sopesando la situación del país, y persuadido de que mi actitud al frente del nuevo ejército del centro (aún en formación) constituía el explotado pretexto para la no desocupación del territorio nacional, me resigné a reconocer el tratado de paz de octubre —según ya subrayé como un hecho consumado.

Lógicamente tenía que alarmarme tan mala nueva. Para prevenirme y salir de dudas, dirigí una nota al comandante del destacamento enemigo (6 de junio de 1884), preguntándole a qué móviles obedecía el desplazamiento de sus tropas hacia Jauja; que ignoraba si ese movimiento implicaba la reanudación y continuación de las hostilidades. Lo que significaría el rompimiento del tratado de paz, por par-

te de los mismos que lo celebraron. Y que en tal inteligencia, se sirviera manifestarme a qué obedecían los actuales movimientos, para normar según ello mi conducta, haciéndole a él responsable de las consecuencias que la renovación de las hostilidades pudieran originar. Mi actitud mereció la aprobación general de los departamentos de mi mando. El jefe chileno respondió sin demora mi nota, diciéndome que la había enviado, con un propio, al contralmirante Lynch, para que su general en jefe le diera la respuesta que yo deseaba.

MISION DEL DOCTOR ARMSTRONG

En estas circunstancias recibí aviso de que el secretario del contralmirante Lynch, doctor Armstrong, venía a conferenciar conmigo, enviado por su jefe.

Efectivamente, llegó a Huancayo para instarme a que reconociera al gobierno de Iglesias, ofreciéndome como recompensa toda clase de garantías. Mi respuesta la formulé en pocas palabras. Ante todo, díjele al doctor Armstrong, que desconocía el derecho con que el señor Lynch tomaba parte en nuestros asuntos internos. Que no podía aceptar el gobierno de Iglesias, impuesto por las bayonetas chilenas; y representando yo la opinión general del país, continuaría luchando hasta conseguir que el Perú tuviera un gobierno elegido por la libre voluntad de los pueblos. Y agregué: "El gobierno chileno ha conseguido todo lo que ha querido; ahora debe retirar sus tropas para dejar libre al Perú, a no ser que pretenda dominarlo por la fuerza, lo cual no conseguirá, salvo el caso de convertir al país en un cementerio, pues mientras me quede un hombre con su rejón, flameará en alguna puna el pabellón nacional, y continuaré luchando." Terminada nuestra entrevista, el dr. Armstrong se despidió manifestándome su simpatía por mi decisión, no obstante los continuos reveses sufridos.

Había llegado escoltado por un fuerte destacamento, cuyo jefe, el coronel José Antonio Gutiérrez, apodado "El Araucano", me escribió una carta, diciéndome que tenía orden de atacarme, en caso de no aceptar la propuesta del doctor Armstrong; pero que no lo haría sin participarme antes su resolución, pues no atacaría de sorpresa a un jefe que honradamente defendía su patria. Le contesté que me agradaba tener como adversario a un jefe caballeroso y que, si llegaba el caso, podríamos batirnos con fuerzas iguales en campo abierto.

Antes de marcharse me escribió nuevamente, y como prueba de su simpatía y recuerdo me envió su retrato con la sencilla y significativa dedicatoria: "A mi estimado enemigo". Le respondí agradeciéndole su gentileza y, como recíproco testimonio de mi simpatía, le remití también el mío.

CONDICIONES DE ADVENIMIENTO

El plenipotenciario chileno, don Jovino Novoa, participó a Iglesias el resultado de la conferencia llevada a cabo entre el señor Armstrong y yo en Huancayo, y le recomendó un advenimiento, idea que al principio fue bien acogida.

El concejo de ministros autorizó al ministro de gobierno, don Ignacio de Osma, para que entablara negociaciones conmigo, concediéndome toda clase de garantías. Así me lo manifestaba el señor de Osma en la nota que me dirigió con tal objeto, a la que contesté en 19 de junio, proponiendo las siguientes condiciones como base de un arreglo:

1ª: que el general Iglesias, en virtud de su palabra empeñada a la nación y en cumplimiento del tratado concluido por él mismo, hiciera que las tropas chilenas abandonaran en el acto el territorio peruano.

2ª: que nombrase un ministerio digno de la confianza de la nación, pudiendo ser miembro de él el señor de Osma.

3ª: que depusiese Iglesias el poder en manos del ministerio.

4ª: que el mismo gabinete convocase a elecciones para presidente, vicepresidente y una constituyente.

Una vez aceptadas, yo reconocería la autoridad del nuevo gobierno.

Fundaba esas bases en que se había falsificado o coactado el sufragio popular; y era indispensable que a cargo del gobierno de la república se hallasen personas independientes, cuya rectitud sirviera, durante el período electoral, de garantía al libre voto ciudadano.

En cuanto a las garantías que me ofrecía el señor de Osma, en nombre del consejo de ministros, decíale que ni yo ni los míos las necesitábamos. Que eran los delincuentes, los desertores de una buena causa que habían abandonado a la patria en las horas del peligro y que la habían visto en la desgracia con fría indiferencia, los que habían menester garantías, para escudarse con ellas del fallo justiciero de la historia. Para facilitar los arreglos envié a Lima una comisión compuesta de los doctores Epifanio Serpa, Luis Carranza y coronel Guillermo Ferreiros.

Mas, los esfuerzos de estos señores resultaron infructuosos, por haber declarado Iglesias, cediendo al influjo de su círculo, que solo depondría el mando en manos del sucesor que eligiera el pueblo, y que con tal motivo convocaría a elecciones, como lo hizo (decreto de 8 de Julio de 1884), para un congreso que restableciera la constitución de 1860.

Los comisionados regresaron a Huancayo, y el doctor Carranza provocó una reunión de jefes, a quienes enteró del fracaso de las negociaciones. Los jefes resolvieron mantenerse en armas hasta que yo, aclamado por ellos presidente de la república, entregase pacificamen-

te el ejercicio del poder ejecutivo al vicepresidente La Puerta, quien había sido derrocado por Piérola en 1879, y a quien según la constitución, correspondía el poder, a fin de que convocase a elecciones generales.

MI PROCLAMACION COMO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA. ACEPTACION DEL CARGO. FORMACION DEL GABINETE MINISTERIAL. NUEVAS TENTATIVAS DE ADVENIMIENTO.

Hasta entonces había rehusado el cargo presidencial que anteriormente se me había ofrecido varias veces, y sólo había aceptado continuar con el de jefe superior político y militar del centro, actuando dentro de la esfera de mis atribuciones de tal. Pero esta vez decidí asumirlo, en mi calidad de segundo vicepresidente, designado por el congreso de Arequipa, como uno de los medios más oportunos de dar unidad al movimiento surgido en todo el ámbito de la república.

En este concepto, lancé el 16 de julio de 1884, desde mi cuartel general de Huancayo, una proclama, en la que trazaba el triste cuadro que presentaba el Perú, a raíz de la ratificación del tratado de paz de octubre —“sin discusión alguna y en las sombras del secreto”— por la asamblea iglesista reunida en Lima, y dando luego a conocer los propósitos que inspiraban mi actitud. En la misma fecha expedí un decreto por el que asumía el mando supremo de la nación como presidente provisional. Y seguidamente organicé mi gabinete ministerial nombrando como ministros a los doctores Epifanio Serpa, Francisco Flores Chinarro, Luis Carranza, José M. García y Andrés Menéndez.

Comenzando por Cajamarca y Trujillo, los departamentos del norte desconocieron la autoridad “impuesta por los chilenos”, y se declararon uno tras otro a favor de mi gobierno. En los departamentos del Sur se produjo el mismo movimiento de dignidad nacional. De esta manera quedó, pues, predominando en casi todo el país el Partido Constitucional, organizado por entonces.

Poco después se resolvió que una comisión, de representantes de este Partido y otra del Partido Civil y del Liberal encabezada por el doctor José María Quimper, conferenciara con Iglesias, para inquirir sus propósitos en materia eleccionaria y en lo concerniente al restablecimiento del orden. Estas comisiones consiguieron que el decreto de convocatoria a elecciones, expedido por Iglesias, para representantes a congreso, se ampliase a toda la república y que, como garantía para la libertad del sufragio, propusiese yo un ministro de guerra en el gobierno de Lima y a las personas que deberían ser autoridades políticas en el centro y sur de la república, pudiendo acantonar mis fuerzas, durante las elecciones, en uno de los departamentos, cuya designación se haría después. Cuando los comisionados se dirigían a Matucana, adonde me había trasladado para que me diesen a conocer el re-

sultado de sus gestiones, salí a recibirlos hasta San Bartolomé. Declaré discutible la proposición y aplacé la respuesta hasta que llegaran de Tarma mis ministros. Faltóme tiempo para darla. Impaciente Iglesias, hizo que me la reclamaran por telegrama, al cual respondí con otro, diciendo: "Espero llegada ministros, que tendrá lugar mañana, para constatar."

Pero entretanto, el círculo del presidente impuesto había recuperado ya su valimiento. Al imponerse Iglesias de mi telegrama manifestó al doctor Quimper, que se encontraba aún en Lima, que las negociaciones habían terminado, y le conminaba a salir para el extranjero dentro de 24 horas. Exigió, pues, mi sometimiento incondicional como único recurso para la paz interna. Quimper vino a Tarma para decirme que no quedaba otro recurso que apelar a las armas.

Ciertamente que para ello el efectivo de mis tropas era harto pequeño, pues, una vez reconocido el Tratado de Ancón, hube de licenciar en Huancayo a la mayoría de los voluntarios de las provincias de Apurímac, Huancavelica y Ayacucho, con la formal promesa, desde luego, de presentarse inmediatamente a mi llamado. Sin embargo, las exigencias de Iglesias habían llegado al colmo y la guerra civil hízose inevitable.

MI ULTIMA CONMINATORIA. RUPTURA DE LAS HOSTILIDADES. MI PRIMERA ENTRADA EN LIMA Y SU FRACASO

Conociendo las intenciones de Iglesias, hube de prevenirme y me trasladé a Matucana, desde donde le escribí una carta (15 de agosto). Decíale en ella que, en mi deseo de evitar una contienda civil, había-le propuesto un arreglo decoroso que imponiéndonos recíprocos sacrificios, abriese para la república una era de tranquilidad al amparo de sus instituciones. Y terminaba diciéndole que aún era tiempo para que reflexionase, e insistiendo en su dimisión, que yo haría lo propio ante la legítima autoridad constitucional. Pero que, en caso contrario, declinaba sobre él todas las responsabilidades.

Como Iglesias me diera la callada por respuesta, alisté mis tropas en la quebrada de Matucana, para atacar las fuerzas del coronel Rosa Gil que, en número de 2,000 hombres, estacionaban en Quiroz y Santa Clara, a pocos kilómetros de Lima. Pero, primeramente debía deshacer a las tropas organizadas en Canta por Vento, el mismo que antes abandonara la quebrada de Huarochirí.

Con tal objeto envié al coronel Solís Rosas y dos batallones ligeros al mando del coronel Toledo Ocampo; pero no pudieron realizar su cometido.

Fracasado mi propósito en Canta, hube de variarlo, retirándome de la quebrada y dejando solamente con algunos de mis ayudantes, al capitán Manuel Bedoya, que tenía a su disposición una máquina del ferrocarril Central, en la que, parapetados con fardos, hacían recorri-

dos y amagaban a menudo a la división Rosa Gil, manteniéndola en constante intranquilidad; mientras yo, con el resto de mis tropas, avanzaba por Cieneguilla y Lurín hasta Pampa Grande y Pampa Chica. De Lurín mandé al coronel Zamudio para que trajera la columna Cañete de los hermanos Zapata, poniéndose de acuerdo con el jefe de la provincia, que la había organizado.

En el estrecho valle que de Manchay conduce a Lurín se me unieron las fuerzas organizadas en Ica y Cañete, cuyo efectivo llegaba a 600 hombres. El coronel Manuel Vargas vino también a unírseme con una pequeña columna de 100 hombres, del pueblo de Pampas. Tenía además el ofrecimiento que me hizo el coronel Recavarren, de ayudarme con el concurso de jóvenes entusiastas que obedecían al capitán de navío Sánchez Lagomarcino, en el Callao. Contando, pues, con el ofrecimiento de estos jefes, preparé el ataque por sorpresa a Lima; y para que el coronel Sánchez Lagomarcino tuviera conocimiento de mi propósito en el Callao, mandé al comandante La Combe, acompañado de mi ayudante capitán José Mercedes Castañeda y de varios amigos entusiastas.

Pero como la noche sorprendiera a La Combe en el camino, debido a que se extravió por causa de inexpertos guías, acampó en la banda opuesta del río Rímac, en las inmediaciones de una hacienda, en vez de continuar su marcha toda la noche para amanecer en el Callao. El hacendado denunció a la comisión que se había alojado clandestinamente en su hacienda. Inmediatamente envió el gobierno un piquete de caballería que, tras un corto tiroteo, dispersó a mis emisarios en la misma noche en que proyectaba la sorpresa a Lima, resultando muerto el capitán Castañeda.

Sin conocer yo este desgraciado suceso, atacué Lima, al amanecer del 27 de agosto, con las pocas fuerzas de que disponía: 200 hombres de la columna Junín, que se apoderaron de la torre de la catedral, y los 100 hombres del coronel Vargas, que se situaron en los portales de la plaza de Armas y atacaron el palacio de gobierno; y los de cañete que avanzaron por distintas bocacalles. Mi antiguo ayudante y leal amigo el capitán José Miguel Pérez, que contaba con el apoyo de la columna Gendarmes de su tío, quien la mandaba, fue muerto por su valor y confianza en este ataque. Aguardaba yo el auxilio de Recavarren; pero habiéndole fallado los hombres con que creyó contar para la empresa, se me presentó solo, en momentos en que hacía los mayores esfuerzos en el ataque a palacio. El ataque se sostuvo hasta las doce del día, en que se presentó en Lima la división Rosa Gil. En vista de la inutilidad de nuestros esfuerzos, ante la llegada de fuerzas superiores, y la inactividad de la población, ordené la retirada, que luego se convirtió en desbandada. Acompañado de algunos jefes, de mis ayudantes y de 30 soldados, salí de la capital.

El mismo día llegué a la hacienda de don Vicente Silva, en Lurín, donde pasé la noche tendido en una hamaca. Allí fueron llegando

los restos de la columna Cañete, que fue la última que salió de Lima. Mi amigo Silva me atendió espléndidamente, pero estaba nervioso ante el peligro que yo corría de caer en manos de mis perseguidores. Le calmé diciéndole: "No hay peligro, amigo Silva; Iglesias no sabe por donde voy, ni cuáles las fuerzas con que cuento. Ahora sólo piensa en celebrar su triunfo. Déjeme dormir, pero sólo hasta las dos de la madrugada."

A media noche, un ayudante que había oído sonar algunos tiros en el camino, vino hacia mí para despertarme y prevenirme, temiendo que fueran fuerzas del gobierno que me perseguían. "No; son nuestros, díjele: tiene usted, en los oídos el toque de rebato de las campanas de Lima." No me equivocaba. Eran jinetes, con sus jefes, los Zapata, de la gente de Zamudio, con los que aumentó a ciento y tantos el número de los de mi comitiva, con la que proseguí mi marcha a las dos de la mañana del 28. En Cañete la disolví, previniéndoles a todos que guardasen sus armas y estuvieran listos para el día de mi regreso.

DE CAÑETE A PISCO

Sin ningún contratiempo en el camino, llegué a Pisco, siendo recibido por mis amigos Ismael y Juan de Dios de la Quintana, Isidoro Elías, Alonso del Valle y otras personas, que me agasajaron en tal forma que la sencilla cena que me ofrecieron, adquirió los contornos de un banquete. La tertulia que siguió después, fue muy amena; les referí en animada charla los fracasos y peripecias que había sufrido para llevar a cabo mi proyectado ataque por sorpresa a Lima, participándoles, de paso, mi viaje a Arequipa, por Ica y Ayacucho. Efectivamente, conforme a mis deseos preparáronse la marcha. Más en el momento en que el tren estaba listo en la estación, con los caballos ya embarcados para partir a Ica, apareció en el puerto un buque de guerra.

En los primeros momentos creímos que el buque llegaba del sur, suponiendo que en él viajara el general Canevaro, con tropas que había organizado en Arequipa; pero tal presunción no convenía a mis amigos, quienes más bien creían que el buque llegaba procedente del Callao, en mi persecución. En ese instante de incertidumbre, el señor Juan de Dios de la Quintana sugirió la idea de embarcarse con el capitán de puerto en el bote de la capitanía, para ir a bordo y averiguar cuál era el objeto de la presencia del buque en el puerto. Así lo hizo; pero al acercarse al barco, salió una embarcación a su encuentro y los apresó, llevándoles al buque. Este venía, pues, en mi seguimiento.

Luego, el doctor del Valle advirtió que la aparición del buque como llegado del sur, era porque pasó sin ser observado hasta la caleta meridional del puerto, con el objeto, probablemente, de desembar-

car algún piquete de caballería, para impedirme el paso a Ica. Tal suposición era muy acertada, y demostraba que esa maniobra respondía a un bien concebido ardid, por lo cual ordené inmediatamente que bajaran los caballos del tren.

Efectivamente, Iglesias había mandado dos expediciones para someter los departamentos que se negaban a reconocer su gobierno, encomendando el mando de una de ellas al coronel Juan Martín Echenique, y la otra al coronel Pedro Mas. El buque de guerra que conducía a esta última echó ancla en Pisco, el 31 de julio, es decir, al día siguiente al que yo y mis ayudantes llegamos a dicho puerto. Quise impedir el desembarco de esta fuerza expedicionaria con los gendarmes de la ciudad; pero mis amigos se opusieron, porque iba a comprometer a la población y a mi amigo, el señor de la Quintana, que se hallaba preso a bordo. El doctor del Valle opinó que lo más indicado era proseguir mi marcha hacia Arequipa, ofreciéndose a guiarme, a campo traviesa, por entre los viñedos. Hacia el mediodía abandonamos el puerto, el doctor del Valle, yo y mis ayudantes, llegando a hacer noche en una hacienda administrada por un italiano, cuyo nombre siento no recordar, quien al saber que yo le solicitaba hospedaje, se deshizo en manifestaciones de aprecio, improvisando una confortable cena, rociada con excelente vino.

El doctor del Valle dijo al italiano que me proporcionase un caballo, porque el mío ya estaba cansado. Bastó esta insinuación para que el italiano condujese al doctor del Valle al interior de su casa y le mostrase un caballo que tenía oculto en su propio dormitorio, diciéndole que ofrecía ese caballo de toda su estimación con el mayor gusto y voluntad, porque "estaba orgulloso de podersele obsequiar al general Cáceres". El mismo lo ensilló cuidadosamente, abrazó al caballo por el cuello en señal de despedida y le vació una copa de aguardiente de pisco en la cabeza hablándole a la oreja, como a una persona, que "iba a tener la dicha de ser montado por el hombre más patriota del Perú". Tales palabras tan sinceramente vertidas tocáronme sensiblemente. Despedíme de mi improvisado amigo, ofreciéndole mis servicios para cuando nos viéramos en Lima. Dejamos la hacienda muy de mañana, después de haber tomado un buen caldillo de huevos, una taza de té y sendas copas de aguardiente de uva.

Al mediodía, ya en pleno camino, me despedí de mi amigo del Valle, abrazándole cariñosamente y agradeciéndole los cuidados y atenciones que me había prodigado.

DE PISCO A AYACUCHO Y AREQUIPA. RECIBIMIENTO QUE SE ME HIZO EN ESTA ÚLTIMA CIUDAD

Tomado que hube el camino de Ayacucho, continué mi viaje sin ningún obstáculo, hasta dicha ciudad, donde fui recibido con singular regocijo por mis numerosos amigos y por el pueblo, que me rodeó

en masa y me obligó a dar una vuelta por la plaza de Armas, en medio de las más cálidas aclamaciones. Permanecí un día en Ayacucho, en medio de mis parientes y amigos, y lancé una proclama a la nación, manifestando mi firme propósito de continuar la campaña emprendida, hasta dar fin con el chileno-filo gobierno de Lima, para en seguida echar las bases de la reorganización nacional fundándola en el respeto a la constitución y a las leyes.

Al día siguiente, el 7 de septiembre dejé la ciudad y emprendí marcha hacia Apurímac, en donde pensaba permanecer algunos días para dirigirme luego al Cuzco, donde por indicaciones del coronel Rosendo Samanéz, se habían organizado ya algunas tropas, sobre la base de una pequeña columna que obedecía al coronel Morales Bermúdez.

Púseme en seguida sobre el Cuzco, adonde llegué el día 20 de septiembre, siendo ya esperado por una comisión especial, a cuya cabeza iba el prefecto y comandante general, coronel Samanéz. En la recepción habida en mi honor, en el local de la prefectura, se me obsequió una artística tarjeta de oro. Entre tanto, el coronel Morales Bermúdez habíase movido hacia Puno, marchando luego a Arequipa, para ponerse de acuerdo con el capitán de navío Andrés Freire, jefe de un batallón de guarnición en dicha ciudad. Al acercarse Morales Bermúdez a Arequipa, plegóse la guarnición a la causa constitucional, y el prefecto, señor de Osma, hubo de abandonar la ciudad.

Por su parte, el general Canevaro, que se encontraba en Bolivia, desembarcó en Puno, y al frente de una pequeña columna de milicianos, rápidamente formada, marchó sobre Arequipa, ya pronunciada en mi favor.

Dirigíme entonces a la ciudad del Misti, cuyos habitantes me esperaban ansiosamente. Una comisión de recepción habíase adelantado hasta Pampa de Arrieros, en compañía de la cual tomé el tren; y hacia las 2 de la tarde del primero de octubre, ingresamos a la ciudad en medio del más grande entusiasmo popular. Los principales vecinos, encabezados por el alcalde, señor Manuel de la Fuente, diéronme la bienvenida en la estación del ferrocarril. El señor Francisco Oviedo me saludó, con un emocionante discurso, en nombre del club Patriótico. Al dejar la estación fui conducido en hombros un buen trecho. En la calle de la Merced habíase levantado un arco, al pie del cual una niña, apellidada La Torre, me alcanzó un ramillete de flores y una tarjeta de oro, en nombre del club Cáceres. Las pocas tropas, ya organizadas, formaban a lo largo de dicha calle, al mando del coronel La Torre, y las familias desde los balcones y ventanas de sus casas me aplaudían y arrojaban flores. Al ingresar en la catedral

pusiéronme bajo de palio. Entre los muchos obsequios que recibí aquel fausto día recuerdo muy gratamente el de la viuda del mariscal San Román consistente en la banda y la faja de su finado esposo, y que puso en mis manos el señor Francisco Ballón. Los artesanos de la ciudad honráronme también con una corona de laurel, trabajada en plata con las hojas de oro, y una medalla del mismo metal con el escudo de armas de la república. Concluida la recepción, me alojé en casa del señor Luis Mesa, donde fui gentilmente atendido.

ORGANIZACION DE NUEVAS TROPAS. PROPOSICION DEL MINISTRO AMERICANO

Terminados los agasajos y manifestaciones de simpatía que me tributaron la sociedad y pueblo arequipeños, me dediqué a la tarea de organizar nuevas tropas con el alistamiento de voluntarios, aprovechando el entusiasmo de la población.

El primer arequipeño que apoyó mis esfuerzos en este sentido fue el doctor Morales Alpaca, quien, al propio tiempo, dio comienzo a la fundición de cañones en la maestranza del ferrocarril, utilizando para ello el material antiguo y fuera de servicio. Terminada su paciente labor, el doctor Morales Alpaca hízome entrega de las piezas que llevaron su nombre. En Arequipa encontré funcionando el Partido Constitucional, recientemente organizado en defensa de la constitución, cuyo restablecimiento exigía la campaña contra el gobierno de Lima. Designé al prestigioso capitán de navío Manuel E. Villavicencio, compañero mío, para que presidiera la junta directiva, que en dicha ciudad debía secundar mis esfuerzos.

Por aquellos días hallábase en Arequipa, de paso para La Paz, el ministro americano, mr. Gibbs, quien de acuerdo con su colega en Lima, mr. Phelps, me propuso un advenimiento en pro de la pacificación de la república. Acogí gustoso su iniciativa y designé para que discutiesen las bases al general Canevaro, al doctor Flores Chinarro y a don Francisco Ballón. Los comisionados se embarcaron en la corbeta *Shenandoah*, puesta a mi disposición por los diplomáticos norteamericanos. Pero, poco antes, mr. Phelps y el ministro argentino, señor Villegas solo habían conseguido como resultado de sus gestiones ante Iglesias, el ofrecimiento de un decreto de amnistía y, de una manera privada, el de una plenipotencia para mí en Europa. Cuando me enteré de la propuesta, tuve verdadera indignación. No obstante, con la esperanza de llegar a una solución satisfactoria, dispuse que zarpara la corbeta llevando los comisionados al Callao; pero no se les permitió desembarcar. Sin escucharles, continuaba Iglesias exigiendo mi incondicional sometimiento a su autoridad.

Mientras que por un lado, mis amigos arequipeños, con todo entusiasmo procuraban armas y vestuario; por mi parte, atendía a la organización de las fuerzas y a la administración del departamento. Confirmé el nombramiento del coronel San Román como prefecto de Arequipa.

Para la formación del ejército constitucional sirvió de núcleo el pequeño batallón del coronel Freire; y con los voluntarios que se presentaron y los contingentes que llegaban remitidos por las autoridades de algunas provincias, merced a la infatigable actividad del prefecto San Román, pronto pude formar dos batallones, aunque escasos de armamento. Para conseguir éste, escribí al general Campero, amigo mío, a la sazón presidente de la república de Bolivia, solicitándole la devolución de los 2,000 rifles que el Perú había prestado a esa nación, al comienzo de la guerra. No demoró la respuesta del general Campero, remitiéndome los 2,000 fusiles con su respectiva dotación de municiones. Con la llegada de dicho armamento y el ingreso de nuevos voluntarios aumentó el efectivo del ejército a más de 2,000 hombres, que recibían activa instrucción militar. Ya en ciernes la constitución del ejército, nombré comandante general al coronel Remigio Morales Bermúdez, y jefe de estado mayor al coronel Francisco Luna. Para atender a la subsistencia de las tropas, el prefecto, coronel San Román, apeló a los vecinos acomodados y a los comerciantes de la ciudad, quienes generosamente contribuyeron con todo lo que se les solicitaba. El jefe de estado mayor, coronel Luna, se encargó de la composición orgánica de las diversas unidades tácticas del nuevo ejército, así como del abastecimiento. En este último aspecto, mostróse asaz económico, pues dispuso que la menudencia y cueros del ganado destazado para la tropa se vendiese en el mercado, a fin de utilizar el producto de la venta para otros menesteres. Dispuso asimismo que parte de los cueros se emplease en el atalaje de las mulas y en la confección de correas para las mochilas de los soldados. Con el concurso de tan activo y económico jefe, la preparación del ejército marchaba satisfactoriamente. Las mulas para cargar la artillería fueron remitidas de Moquegua por el prefecto de ese departamento, capitán de navío Sánchez Lagomarcino. Constituidas, armadas y equipadas las diversas unidades de tropa, di por terminada la organización del nuevo ejército, con sus servicios respectivos. En él volvían a figurar, con gran regocijo mío, antiguos jefes y soldados que me habían acompañado en la larga campaña de las serranías del centro y del norte, de Tarma a Huamachuco. Bien podía decir que volvía a resurgir el veterano y bravo Ejército del Centro.

Y así uno de aquellos días ordené la formación de todo el ejército en traje de campaña, para revistarlo. La formación fue de lo

más correcta. El pueblo que no permanecía indiferente a los arres-tos marciales, al ver desfilar las tropas por las calles de la ciudad, con su banda de guerra a la cabeza, acudió también al lugar de la parada para verlas, quedando admirado del estado de su adiestra-miento, lo que demostraba el esfuerzo, entusiasmo y actividad de to-dos los jefes y oficiales que se dedicaron a tan laborioso cometido; no pudiendo comprender cómo en tan poco tiempo (cinco meses) de mi permanencia en esa ciudad había podido presentar un ejército con todos sus servicios auxiliares y en ese pie. Terminada la revis-ta, la tropa regresó a sus cuarteles, seguida por el pueblo que la ova-cionaba en el trayecto.

RENUNCIA DEL PRIMER GABINETE MINISTERIAL. SU SUSTITUCION POR UN MINISTERIO GENERAL DE ESTADO. CONSEJO DE MINISTROS

Paralelamente a mi labor concerniente a la organización del nuevo ejército, debía ocuparme también del gobierno de la región del centro y de gran parte de la del sur, que habían reconocido la causa constitucional. Mi primer gabinete ministerial, formado en Huanca-yo (el 16 de julio) presentó su renuncia, que fue aceptada. En su lu-gar fue nombrado un ministerio general de estado, mediante un de-creto expedido el 13 de octubre. En la misma fecha, designé al ge-neral César Canevaro como ministro general de estado.

En seguida se estableció cuatro direcciones: de guerra, de econo-mía y comercio, de gobierno y policía y de justicia, instrucción, cul-to y beneficencia, y una secretaría general, dependientes del minis-terio general de estado.

Se constituyó asimismo una secretaría de la presidencia, a car-go del coronel Morales Toledo, y un cuerpo de ayudantes, en el cual figuraban, entre otros, los coroneles Somocurcio, Florentino Portugal; Francisco Márquez, comandante Ernesto de la Combe, mayor Lizaandro Cortés (de nacionalidad boliviana), mayor Darío Enríquez y ma-yor Lizandro La Rosa, quien pasó luego a la secretaría.

Hacia últimos de noviembre, renunció el general Canevaro y para reemplazarle nombré al doctor Juan Francisco Oviedo, el mis-mo que fue encargado, más tarde, de la formación de un nuevo ga-binete ministerial. Resuelto a abrir campaña contra Iglesias, debía asumir la dirección de las operaciones militares en calidad de ge-neral en jefe del ejército, lo que me privaba del ejercicio de la presi-dencia; y de acuerdo con nuestras prácticas constitucionales, expedí un decreto (20 de diciembre) encargando el poder ejecutivo al conse-

jo de ministros, integrado por los señores Juan Francisco Oviedo, presidente del consejo y ministro de economía y comercio; doctor Francisco Flores Chinarro, ministro de relaciones exteriores; doctor José M. García, de justicia, instrucción y culto; doctor Luis Carranza, de gobierno y policía, y coronel Luis I. Ibarra, de guerra.

EL EJERCITO CONSTITUCIONAL SE PONE EN MOVIMIENTO DE AREQUIPA HACIA LOS DEPARTAMENTOS DEL CENTRO

Listo ya el ejército, era llegado el momento de recomenzar la campaña constitucional. A dicho efecto, preparé mi marcha al centro. Y en la segunda quincena de marzo de 1885, ordené la salida de la primera división, con parte de la artillería, al mando del coronel Morales Bermúdez. Días después partí con el resto del ejército hacia Andahuaylas, donde di descanso a la tropa; terminado el cual, seguimos para Ayacucho.

En esta ciudad, fui recibido con el mismo entusiasmo que la vez pasada, permaneciendo varios días, los cuales fueron utilizados para prevenir a los otros departamentos mi próxima marcha a Huancavelica y Junín, a fin de que los habitantes se apercibieran a la defensa en Huancayo, Acostambo, Pasos, Moquínhuayo, Tongos y demás pueblos entusiastas por la causa constitucional.

De Ayacucho me trasladé a Huancavelica, donde permanecí pocos días. En este lugar recibí la "visita" de San Miguel, santo patrón del pueblo. Hallábame en casa del doctor Serpa cuando oí música y cohetes en la calle. Pregunté a qué obedecía semejante algarrabía y me respondieron que era San Miguel que venía a "visitarme". En efecto, conducido en una anda, adornada con fajas rojas y blancas, los colores de nuestra bandera, llegó el santo, vestido con uniforme militar y sombrero de picos con plumas y la espada en alto, en la diestra. Como San Miguel era mudo, el mayordomo de la fiesta habló por él diciéndome que "venía a visitarme para ofrecerme su ayuda en la obra patriótica en que estaba empeñado, a fin de que saliera triunfante arrojando al gobierno chileno-filo del poder".

Pasados algunos días continué la marcha, dejando una división en esa ciudad. Llegué al pueblo de Zapallanga, donde me avisó un amigo de confianza que el batallón iglesista que ocupaba Huancayo, estaba a punto de emprender la retirada. Mandé entonces al coronel Zamudio, al frente de un batallón, para que se aproximara al pueblo tomando las consiguientes precauciones. Encontró al batallón adversario dispuesto a la defensa; pero Zamudio no pudo contener sus impulsos y precipitó el ataque que le resultó un fracaso, perdien-

do más de la mitad de su batallón y frustrando la acometida nocturna que se proyectaba. Como no era posible comprometer el resto de la tropa, opté por recogerme a Izcuchaca, para esperar allí las demás tropas que, a órdenes de Morales Bermúdez, habían salido ya de Huancavelica.

El coronel Pedro Mas, jefe de las fuerzas de Iglesias, creyó que mi retirada se debía a una completa derrota y avanzó en mi seguimiento, pero en Izcuchaca fue detenido por los guerrilleros del cura Cárdenas, que le atacaron y tras un violento combate le obligaron a retroceder. En esta acción, en que perdió la vida el valiente sacerdote, operaron por primera vez los cañones de Morales Alpaca, haciendo certeros tiros que causaron considerables bajas a las tropas iglesistas. Avancé entonces hacia el pueblo de Conaica y seguí a Moya —que fue el campamento del mariscal Castilla en 1854— donde se me unió el coronel Morales Bermúdez. Entonces contramarché a Huancayo, y establecí mi cuartel general en dicha ciudad. A poco llegó a este lugar a unírseme don Miguel Lazón, a la cabeza de buen número de guerrilleros procedentes de Huanta, que marcharon siguiendo las huellas del ejército. También uniéronseme luego las guerrillas de Tongos, Pazos, Acostambo y Ñahuimpuquio. De Arequipa llegó el general Bustamante, a quien nombré comandante general del ejército constitucional; el jefe de estado mayor, coronel Francisco Luna, quedó de prefecto en el departamento del Cuzco, y en su reemplazo, desempeñaba accidentalmente el cargo el coronel Antaya, quien tenía a la vez el mando de una división.

Tras corta permanencia en Huancayo, marché sobre Jauja, donde se encontraba la división del coronel Mas. En el pueblo de Ataura había una pequeña fuerza contraria y mandé allí a Lazón con sus guerrilleros para que practicara un reconocimiento. La pequeña guarnición iglesista de Ataura fue batida por los guerrilleros de Lazón y el pueblo ocupado por éstos. Como consecuencia de este hecho, esperaba que el coronel Mas saliera a mi encuentro, pero lejos de esto, sin intento agresivo alguno, me mandó anunciar que estaba próxima a llegar una comisión enviada de Lima para conferenciar conmigo, proponiéndome al propio tiempo una suspensión de armas. Le contesté que estaba pronto a recibir a los comisionados y convine en la suspensión de armas que se pactó el 17 de junio.

FRACASO DE LA CONFERENCIA CELEBRADA EN JAUJA EN CASA DEL ARZOBISPO DE BERITO. OTRAS CONFERENCIAS

Por insinuación del coronel Mas, quien hizo telegramas a su gobierno aconsejando arreglos conciliatorios, Iglesias nombró a su

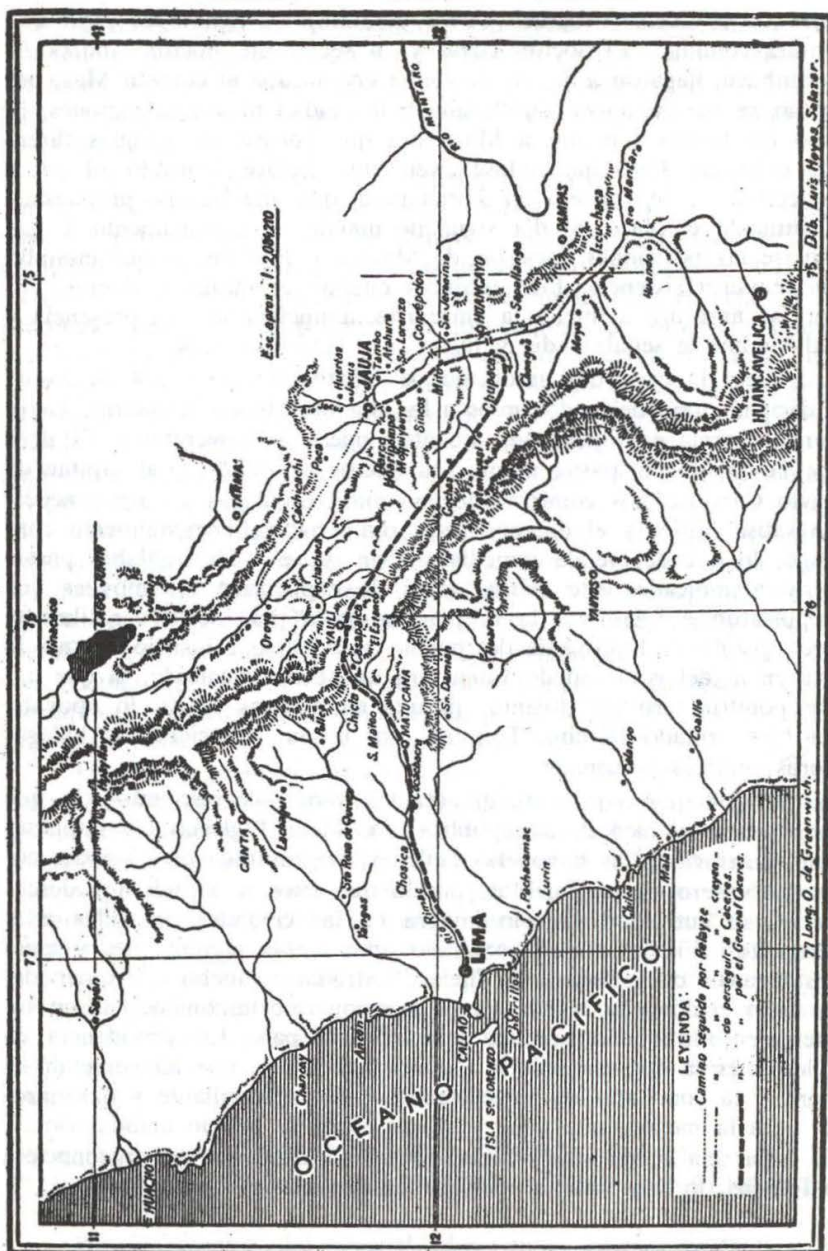
ministro el doctor Manuel Tovar con amplias facultades para que tratara conmigo. El doctor Tovar y su secretario, doctor Andrés A. Aramburú, llegaron a Jauja, donde se encontraba el coronel Mas; pero no se me comunicó su llegada a la ciudad ni sus intenciones, lo cual me movió a invitar a Mas para que entrase en arreglos directos conmigo. Pero habiéndose excusado, declaré fenecido el pacto concertado y le concedí 24 horas para que me hiciera propuestas. Terminado el plazo, al día siguiente mandé un destacamento a que tomase las posiciones iglesistas de Masma y Pomate, lo que cumplió sin mayor resistencia. Fue entonces cuando el ministro, doctor Tovar, se apresuró a iniciar la entrevista, anunciándome su presencia y pidiéndome le señalara día y lugar para llevarla a cabo.

Elegí la casa del arzobispo de Bérito, situada cerca de Jauja, y designé como delegados míos a los doctores Flores Chinarro, Dianderas, García e Hildebrando Fuentes, que era el secretario. El doctor Tovar, por su parte, nombró al doctor Aramburú y al capitán de navío Carrillo. Los comisionados no pudieron llegar a ningún acuerdo satisfactorio, y el doctor Tovar pidió hablar personalmente conmigo, lo que acepté de inmediato. Con suave y fácil palabra pastoral y alambicada, este clérigo trató de explicarme los móviles que impulsaron a Iglesias a la aceptación de la paz; sostuvo sutilmente que su autoridad provenía del pueblo agradecido e insistió en que la existencia del gobierno de Lima, era un hecho concluido, al que nadie pondría término violento, porque entre otras cosas, lo apoyaba un bien armado ejército. Terminó, por último, ofreciéndome halagadoras ventajas personales.

“Nada quiero para mí ni para los míos —le respondí— lo que exigimos es el bien de la república”. Y añadí: “Iglesias fue impuesto por la astucia y las bayonetas chilenas; no continúa en el poder como prisionero de los pueblos, puesto que éstos le repudian y desconocen su autoridad, y sólo impera en las ciudades ocupadas militarmente”. Finalmente, ya exaltado ante tantas pretenciones y aviesos recalcos del eclesiástico, díjele: “Extrañame mucho que quien debe traer el olivo de la paz, venga a enconarme imponiéndome un sometimiento que contraría la voluntad del país. La presidencia de Iglesias es la expresión de la voluntad de Chile, que ha sometido al Perú a la condición de protectorado. Eso es humillante y deshonoroso para la nación, que debe y quiere elegir su propio mandatario...”.

En una nueva conferencia, volvió a insistir en que reconociera a Iglesias, lo cual volví a rechazar indignado.

MANIOBRA Y COMBATE DE HUARIPAMPA. MARCHA DE FLANCO HACIA LIMA



CROQUIS N° 19

Campaña Constitucional la maniobra de Huaripampa. Movimiento de flanco.

Fracasadas así las negociaciones, mandé notificar a Mas la reanudación de las hostilidades, lo que ocasionó su retirada a La Oroya. Renováronse entonces en Lima y otras ciudades las represalias contra todos los que no simpatizaban con el gobierno de Iglesias, y muchos de ellos fueron puestos en prisión o deportados. Algunos decidieron prestar su activo concurso a la causa constitucional y se trasladaron a mi campamento, contándose entre éstos al doctor Pedro Alejandrino del Solar, que procedía de acuerdo con el Comité Carcerista limeño, y a quien nombré ministro de guerra, en lugar del coronel Luis Isidro Ibarra, que se encontraba de comisión en el sur.

Contaba Iglesias con un ejército de unos 6,000 hombres, bien armados y equipados; el mío llegaba escasamente a 2,000 hombres.

Iglesias resolvió tomar de inmediato la ofensiva para batirme en el valle del Mantaro, antes que terminase la organización de mis tropas y pudiera moverme sobre Lima. Con tal fin, mandó aprontar dos divisiones; la una, fuerte de 4,000 hombres —compuesta de cinco batallones de infantería, un escuadrón de caballería, 6 piezas de artillería y 4 ametralladoras— partió de Lima, el 28 de setiembre, a órdenes del coronel Relaiza, encargado del mando por fallecimiento del coronel Lorenzo Iglesias. La otra división, mandada por el coronel Echenique, marchó al departamento de Ica, con la misión de cortarme la retirada hacia el sur, al ser batido por Relaiza. Este marchó por tren con sus fuerzas hasta Chicla, de donde pasó a La Oroya, dedicándose, en seguida, a reparar el puente que había sido destruido por mis tropas. En tanto que las tropas iglesistas avanzaban y se detenían en La Oroya, para arreglar el puente, yo me encontraba con las mías en Jauja, adonde me había trasladado con el doble objeto de organizarlas debidamente y atraer hacia el interior a las fuerzas contrarias. Efectivamente, una vez reparado el puente, Relaiza avanzó sobre Jauja por el camino de Cachicachi. Siendo Lima mi objetivo principal, concebí la idea de burlar al jefe iglesista, tramontando las altas punas, y marchar en seguida sobre la capital, que se encontraba casi desguarnecida.

Para poner en planta mi proyecto, ordené al coronel Ruiz de Somo-curcio, jefe de estado mayor, que dispusiera el paso del grueso del ejército, así como la artillería y el parque al pueblo de Huaripampa, al otro lado del río Mantaro.

Para engañar al adversario y enmascarar el pasaje de las fuerzas propias, mandé un destacamento con soldados de diversas unidades. Y luego dispuse que el coronel Borgoño, al mando de dicho destacamento fuese a situarse en las alturas inmediatas a Jauja, en las ruinas de Sausa, por donde seguramente aparecería el enemigo. Allí opondría a éste una resistencia simulada y dilatoria, replegándose después a Concepción, para pasar en seguida el puente de este nombre e incorporarse al grueso del ejército.

Al coronel Pacheco de Céspedes (el "cubano"), ordené que con la pequeña columna de voluntarios montados, que le obedecía, y que se hallaba al pie de dichas colinas, en las ruinas de Jauja-Tambo, protegiera el repliegue de Borgoño, después de lo cual se replegase también hacia Concepción, cortando el puente luego de haber pasado a la otra banda del río. Todas estas fuerzas de retaguardia, una vez cumplimentada su misión, debían, pues, replegarse, siguiendo la margen izquierda del río Mantaro, por Ataura, hacia Concepción; franquear en este sitio el puente y seguir a Mito, para reunirse al grueso de las tropas.

El 14 de noviembre de 1885, por la mañana, desfiló la artillería y el parque con dirección al puente de Huaripampa, que se debía atravesar al anochecer, a fin de no estorbar el paso de la infantería en la mañana del día siguiente. Pero resultó que el puente se hallaba en mal estado, amenazando caerse al río con el peso de los cañones y de la tropa, la que no obstante el peligro y haciendo grandes esfuerzos, consiguió pasar una de las piezas a la ribera opuesta. Dispuse, en seguida, que el comandante La Combe se constituyese de inmediato, con la gente necesaria en el puente, para repararlo. Lo que se hizo durante la noche, a pesar de oscuridad, logrando dejarlo expedito en la madrugada del día siguiente 15, en que el grueso de las tropas cruzaba el puente encaminándose a Huaripampa. El puente era de mimbre y estaba suspendido por seis cadenas de fierro rieladas entresí, de las cuales dos estaban rotas. Hacia el mediodía, la división de Relaiza rompió los fuegos contra las tropas de Borgoño, encargadas del combate simulado. La apertura del fuego iglesista ocurría precisamente en momentos en que se hacía volar el puente de Huaripampa, después que el grueso del ejército había ganado ya la otra banda.

El destacamento de Borgoño opuso al comienzo seria resistencia al atacante, parapetándose en las ruinas de Sausa, y luego interrumpió el combate y comenzó a replegarse por escalones hasta Jauja-Tambo, en donde unido con la columna de Pacheco de Céspedes renovó la lucha hasta cerca de las cinco de la tarde, en que se recogieron a Concepción, de donde pasaron a Mito, en la orilla opuesta, destruyendo enseguida el puente. Entre tanto, los de Iglesias se creyeron victoriosos, por haber hecho algunos prisioneros entre los rezagados y heridos. Relaiza y sus tropas detuvieron en Jauja, festejando su "triumfo".

Aunque nuestro ejército podía estar ya tranquilo, sin la amenaza de ningún inmediato ataque enemigo, teniendo el invadible río de por medio, resolví pernoctar en Huaripampa, apercebido para cualquier contingencia. Al día siguiente, empezando a blanquear el alba, me trasladé a Mito, situado frente a Concepción, siguiendo por la derecha del Mantaro y pasando por los pueblos de Moquiyauyo y Sincos. Con no poco trabajo pude conseguir en Mito treinta burros,

en los que hice cabalgar a los heridos y enfermos que, al cuidado del coronel Delgado, mandé a Izcuchaca. Seguidamente telegrafí al prefecto de Huancavelica insinuándole consiguiera algunas reses y mandase preparar rancho para mis tropas, que debían llegar al día siguiente a Izcuchaca.

Relaiza y sus tropas, que se hallaban en la banda opuesta, divisaron a los enfermos y heridos montados en burros y varios campesinos que los acompañaban; jubiloso el jefe iglesista y exaltado por los lugareños, y creyendo que efectivamente era yo que me retiraba, hizo un telegrama a Iglesias comunicándole mi completa derrota y fuga, seguido por unos cuantos maltrechos soldados.

En Mito hice descansar a la tropa, que fue agasajada por el pueblo, ofreciéndole un buen rancho; y yo aproveché el tiempo mandando terminar la destrucción de los puentes sobre el Mantaro hasta la altura de Concepción. Ese mismo día 16, por la tarde, recibí un oficio, enviado de Huancayo, por los señores Flores Chinarro, Meléndez, García, Gordillo y mi secretario La Puente, que formaban mi gabinete ministerial, en el cual hacían formal renuncia de sus respectivas carteras, por “estar cansados —decía la nota— de la larga campaña, y cuyo término veían muy lejano todavía”.

Tal oficio se lo pasé al doctor del Solar para que lo leyera, manifestándole mi resolución de continuar la lucha, y añadiendo: “Si usted participa del mismo criterio que sus colegas, queda en completa libertad para seguir su ejemplo. A mí no me hacen falta los ministros; me bastan los buenos jefes y soldados”.

El doctor del Solar me respondió: “Yo he salido de Lima para acompañarlo y no me separaré de su lado hasta que termine nuestra misión, cumpliendo con el mandato de los pueblos”.

La respuesta de del Solar me satisfizo, a tal punto que, inspirándome confianza, le revelé el plan que tenía resuelto poner en práctica, el cual era, sencillamente, el siguiente: *Emprender la marcha a Yauli por las altas punas, para acortar distancia y no ser visto; caer en seguida de sorpresa sobre Lima, que seguramente se hallaba desguarnecida, porque una división del gobierno, a órdenes de Echenique, se encontraba en Ica, y la otra era la de Relaiza, que ya estaba dejando burlada en Junín.*

Entusiasmóse del Solar, pero conceptuó demasiado atrevido mi proyecto; respondiéndole yo entonces que empresas de tal índole, demandaban audacia, dinamismo y tenacidad, y que era sumamente peligroso de tales operaciones montañas e irregulares ponerse a cavilar más de la cuenta, tras haber pensado en la posibilidad de lo que se quiere alcanzar.

Seguidamente le designé como ministro general de estado, para reemplazar el gabinete ministerial que había renunciado.

Luego empecé a preparar la marcha hacia Chupaca, punto desde el cual se iniciaría el movimiento de flanco sobre Lima.

Dispuse que el coronel Guerra quedase en Mito con 50 hombres montados y bien armados, con la misión de proteger la marcha, vigilando los puentes destruidos, para impedir que el enemigo pudiera pasar a la banda opuesta en mi persecución; debía permanecer en tal actitud cinco o seis días, hasta recibir nueva orden, para unírseme luego en las puertas de Lima. Al recibir Guerra mis instrucciones quedóse perplejo; díjele entonces: "coronel: espero que sabrá usted cumplir su cometido como buen amigo mío y leal servidor de la nación".

Mientras ultimaba los preparativos para la marcha, Relaiza escribía a Lima: "El triunfo no puede ser más completo; actualmente trato de recoger la artillería y otros trofeos de guerra que han quedado abandonados en la orilla opuesta, tan pronto como se haya terminado la compostura del puente que ya se ha principiado. El jefe revolucionario huye despavorido, acompañado únicamente de unos cuantos de sus partidarios, probablemente a la buenaventura, convencido de su locura de querer combatir contra los amantes de la patria y defensores del orden".

El día 19 nos encaminamos hacia Chupaca, para comenzar enseguida la estupenda marcha sobre Lima, la cual, sea dicho en verdad, resultaba empresa temeraria, dada la fragosidad de la ruta y vistas las dificultades sin cuento que en esa época del año presenta la inhóspita cordillera con sus tempestades de pedrisco y de nieve.

La pequeña población de Chupaca dista tres leguas de Mito y está asentada enfrente de Huancayo; la distancia entre estos dos últimos puntos es, cuando más, de dos leguas. El mismo día 19, partimos de Chupaca, con dos buenos guías, tomando las alturas con dirección a Izcuchaca, aparentemente en retirada; pero en realidad salíamos para Lima, por las punas de Consac, ascendiendo las escabrosas cordilleras del Tragadero y Taptapa. La marcha tenía que ser penosísima; así lo comprendí, pues era necesario subir una cuesta de más de seis leguas de largo.

Después de tres horas de continuo caminar por la terrible cuesta, noté que mis soldados estaban completamente rendidos, por lo cual mandé hacer alto para que descansaran. Para probar su ánimo y fuerza moral, dije a del Solar, que marchaba a mi lado: "Quiero ver, a pesar del cansancio que les abrumba, lo que dicen mis soldados. Y dirigiéndome a ellos díjoles: "¡Muchachos! ¡Los veo algo flojos para caminar!". Me respondieron: "No taita, mi general: estamos algo cansados, ciertamente...". Luego les pregunté: "¿Quisieran marchar en retirada para Huancavelica, o ir a Lima?". Todos a una voz me respondieron: "A Lima... a Lima".

Pasada cosa de una hora de descanso, ordené continuar la subida de la cuesta. Todos a mi voz, como un solo hombre, levantáronse animosos para continuar la marcha.

Mas, al mediar la tarde, fuimos sorprendidos por una furiosa tempestad de rayos, truenos, y relámpagos y nieve, que ensombreció el día, obligándonos a detenernos. En esa situación comenzó a anochecer, y quedamos, por consiguiente, abandonados a la intemperie y a obscuras. Del Solar y yo, perdidos por habernos adelantado a buscar algún caserío o hacienda para acampar por esos caminos pedregosos y llenos de pantanos, no sabíamos qué dirección tomar, porque nuestros guías estaban también desorientados en la lóbreguez de la noche. Mientras buscábamos el camino, bramaba horrorosamente la tempestad. Atormentado por el sufrimiento de mis tropas, y en vista de no encontrar el camino, despaché a dos de mis ayudantes hacia el sitio donde se hallaba el jefe de estado mayor, para decirle que hiciera acampar las tropas en el sitio en que habían sido sorprendidas por la tempestad.

Esperaba ansioso la vuelta de los guías que había mandado hacia adelante en distintas direcciones, cuando, por fin cesó el temporal y, al despejarse la atmósfera, apareció la luna con sus plateados rayos, alumbrando la inmensa y silenciosa puna. A favor de la claridad de la luna llegaron los guías trayendo la grata noticia de haber encontrado el camino de Corta Quebrada, que conducía al mísero caserío de Izcacancha, compuesto de cuatro chozas.

La jornada de ese día, en constante tensión, fue solamente de seis leguas. Siguiendo los pasos a los guías, llegué al caserío, a eso de las diez de la noche; no había nadie. Solo moraba allí en tranquila paz, un infeliz sordomudo. Ordené a mis ayudantes que recorrieran los contornos en busca de algunas reses para el rancho de la tropa. Afortunadamente, aunque con gran trabajo, pudieron encontrar dos, y ellos mismos las degollaron y destazaron. Después de lo cual, acompañados de los guías, fueron hacia el sitio donde acampaba la tropa, para decir al jefe de estado mayor que al despuntar el día la condujera hacia el caserío, donde se tendría listo el rancho. Pero como faltaba el combustible para cocerlo, no hubo más remedio que echar abajo una de las miserables chozas para proporcionarnos lumbre. La noche que pasó el ejército a la intemperie fue horrosa. Yo la pasé en vigilia, angustiado por los sufrimientos de mis pobres soldados, completamente cansados, ateridos, sin abrigos y hambrientos. A pesar de todo, no dudaba ni por un instante de su lealtad y de la resignación con que sufrían, en silencio, ocultando sus dolores. No en vano se ha dicho que el valor de la abnegación es el más subido precio del soldado.

El 20, tras una penosa marcha de unos 40 kilómetros, por cerros de abrupta pendiente, llegamos a la hacienda Hatunhuasi, propiedad del coronel Luis I. Ibarra, que me acompañaba con el carácter de edecán. La tropa pudo comer un buen rancho; pero, acampada sobre la nieve, hubo de soportar, durante la noche una huracanada tempestad que comenzó al declinar la tarde.

El 21, hacia las cuatro de la madrugada, se prosiguió la marcha, haciendo el ejército una jornada de once leguas y acampando en una puna brava, con un frío de ocho grados bajo cero, por haber impedido una fuerte nevasca llegar a la hacienda de Cochas, que era la etapa de marcha para este día. Fue imposible preparar rancho, por falta de víveres. En esta difícil situación manifesté a mi tropa el pesar tan grande que me causaba el no poder proporcionarle alimentos; pero mis abnegados soldados me respondieron: "No importa, taita, mi general, otro día comeremos; lo que importa es llegar pronto a Lima." Esta admirable resignación me alentaba para continuar en la ardua empresa que había acometido. A pesar de encontrarse mi salud bastante quebrantada, con una especie de angina que me sobrevino desde el primer día de la marcha, iba junto a mis soldados, sobreponiéndome a todas las penurias. El 22, al mediar el día, llegamos, por fin, a la hacienda de Cochas, propiedad de don Francisco Vivas. La tropa descansó durante el día y tuvo doble ración de rancho, pues la hacienda nos proporcionó abundantes víveres.

Aproveché este día para mandar cortar el puente de la Oroya, a fin de que los de Iglesias quedasen sin comunicación con la margen derecha del río Mantaro. Encomendé tal cometido a los coroneles Salcedo y Toledo Ocampo, para que, con un destacamento mixto (un batallón y un pelotón de caballería) y acelerando la marcha durante toda la noche se apoderasen, antes del amanecer, de la Oroya, sorprendiendo a la guarnición iglesista, y cortasen el puente, para dejar completamente aislada de Lima a la división de Relaiza. Cumplida su misión se trasladarían a Yauli, donde debíamos encontrarnos.

El 23, a eso de las tres de la madrugada, se levantó el campo y prosiguió la marcha, caminando catorce leguas, durante el resto de la madrugada y el día siguiente, sobre la nieve que en algunos sitios tenía hasta un metro de espesor, y ocultaba horribles atolladeros, donde no era raro ver hundirse por completo algunas acémilas. No hubo mula de la artillería que no se hubiera atollado hasta diez veces; y solamente debido a la abnegación de los jefes y oficiales de esta arma, pudo salvarse el material, pues todos cedieron sus bestias de silla para transportarlo.

Por fin, escapándose ya la luz del día, fue posible llegar a un sitio denominado el Estanque de Llacsacocha, situado en plena cordillera, a los 15,000 pies sobre el nivel del mar. La nieve, el granizo, la lluvia y el frío diéronse cita en este lóbrego paraje. La tropa y los oficiales acamparon al raso; el doctor del Solar y su hijo Salvador se recostaron, envueltos en sus ponchos de jebe, cerca de un montón de piedras, y yo hice lo propio al lado opuesto de ellos, sufriendo todas las crueldades de esta espantosa noche. A pesar de todo, nosotros teníamos siquiera la defensa de los ponchos de goma. Cuando al romper el día extendí mi mirada sobre el campamento, sentí la más dolorosa impresión; los soldados se hallaban tendidos en el suelo y tan

cubiertos de nieve, que no parecía que allí hubiese ser viviente alguno. Dominaba un silencio profundo.

Al toque de diana sacaron la cabeza y, sacudiendo las mantas, que estaban blancas de nieve, pusiéronse en pie, completamente calados de frío. A la lista de diana, diecinueve voces dejaron de responder "presente", a consecuencia de haber sido silenciados para siempre por el intenso frío de esa horrible puna. Hallábame verdaderamente acongojado al contemplar a mi tropa en tan lastimoso estado. Se carecía de todo, pues no había ni un poco de coca que darle, ni menos aguardiente. Con la voz enronquecida por la angina que me atormentaba, le dirigí la palabra para alentarla, asegurándole unas buenas pascuas en Lima.

Con el amanecer del día 24 se reanudó la marcha, siempre por las punas y sus pésimos caminos, en medio de continuas y torrenciales lluvias. Yo me adelanté para inquirir noticias en el asiento minero de Carahuacra, propiedad de don Francisco Mendizábal, que debía encontrarse cerca. En dicho lugar fui informado por un indio que llegaba de Yauli, que ese día había pasado por este punto, con dirección a Casapalca, una pequeña columna de veinticinco a treinta hombres, custodiando a los prisioneros que nos habían hecho los iglesistas en el combate de Huaripampa. Inmediatamente ordené al capitán de fragata José Gálvez que, con diez oficiales, verificase tal información, tratando de dar un golpe de mano sobre Casapalca, para liberar a los prisioneros. Gálvez, partió sin demora hacia Casapalca, caminando toda la noche. Y al llegar a Yauli supo que, efectivamente, la columna iglesista con los prisioneros había pasado por ese pueblo dos horas antes; que el jefe de dicha columna tenía conocimiento de nuestra aproximación y, con tal motivo, se apresuraba a tomar el tren de Chicla, para continuar a Lima. Sin pérdida de tiempo prosiguió Gálvez su marcha a Casapalca, adonde llegó al anochecer. Aquí se informó que el destacamento adversario había seguido a Chicla, para embarcarse en el tren. Resolvió entonces darle alcance, y con tal fin avanzó sobre las alturas de Chicla, desde donde oyendo el piteo de la máquina, comprendió que el urgente pedido del jefe del destacamento al de la estación ferroviaria había dado por resultado la partida del tren. Las circunstancias eran apremiantes, y Gálvez no trepido en atacar Chicla, guarnecida por ochenta hombres. Aún no había amanecido y la neblina cubría el pueblo y la campiña.

La máquina se encontraba bajo presión, ya lista para partir. Pero el maquinista Enrique Wall, amigo mío, al divisar a mis oficiales demoró la partida del tren. El sorpresivo ataque del comandante Gálvez fue tan bien dispuesto, tan audaz y rápido, que le permitió apoderarse del pueblo, cuya guarnición se desbandó, y de todo el convoy, liberando a los prisioneros y haciendo once al contrario, entre jefes y oficiales, fuera de los individuos de tropa. Este audaz golpe de

mano nos proporcionó víveres y municiones en cantidad, así como armas y vestuario, y puso toda la línea férrea a nuestra disposición.

Entretanto, había llegado a Yauli la primera división del coronel Borgoño; y después de tomar rancho en este lugar partió, a las cuatro de la madrugada con dirección a Chicla. Marcharon las tropas bajo la acción de un crudo temporal de nieve, llegando a Chicla, tras una jornada de diecinueve leguas en veinticuatro horas. Aquel mismo día, el doctor del Solar, que iba con Borgoño, embarcó en el tren con un pequeño destacamento, haciendo un rápido reconocimiento hasta Santa Clara, y regresando luego a Chicla en el mismo tren. Mientras tanto continuaba yo la marcha con el resto de las fuerzas, de la hacienda de Mendizábal hacia Yauli. La incesante lluvia había formado atolladeros de peligroso paso, y todos seguían adelante cubiertos de lodo hasta la rodilla, mustios, pero resueltos. Entre los oficiales impresionaba especialmente el capitán Ernesto J. de Mora, (ascendido años más tarde a la alta clase de contraalmirante), que había cedido su mula para la carga de municiones; sin calzado ya, sin kepis, marchaba con los pies envueltos en fundas de rifle y ceñida la cabeza con un pañuelo.

Durante esta penosa marcha recibí el parte de la toma de Chicla y la liberación de los prisioneros. En breve arenga transmití la noticia a la tropa, enseñándoles los mensajes que había recibido; se iluminaron los adustos rostros de los soldados, estallando en entusiastas vítores; y al estrépido, como una singular nota de alegría se unió el relincho de las mulas que, enfangadas hasta el pecho, caminaban antes pesadamente, caídas las orejas, casi exánimes.

Tras ocho leguas de marcha, bajo una copiosa nevasca, llegamos a Yauli, donde la tropa, cansada y hambrienta pudo recibir una doble ración de rancho.

Después de atendida la tropa, me preocupé de mi salud que requería urgente alivio, pues la angina había empeorado con los rigores del intenso frío a que había estado expuesto en la brava puna. Por fortuna encontré allí al hijo del señor Remy, amigo mío, quien, generosamente, se encargó de mi asistencia, pasando la noche a mi lado y aplicándome unas cataplasmas que me aliviaron bastante. Los coroneles Salcedo y Toledo Ocampo, cumplida satisfactoriamente su misión en la Oroya, diéronme alcance en Yauli, conduciendo algunas vituallas para la tropa.

El día 27 proseguimos hacia Chicla. Yo salí a cosa de las diez de la mañana, después de tomar un ligero almuerzo, tras tres días de ayuno. Fui recibido en Chicla con gran entusiasmo por la tropa y oficiales que esperaban mi llegada, alojándome en seguida en el hotel. Allí me llevaron mis ayudantes las copias de los partes pasados a Iglesias por Relaiza, en los que éste le aseguraba haber obtenido un completo triunfo y le avisaba mi fuga al interior, seguido de unos cuantos hombres malparados.

Al coronel Borgoño y al doctor del Solar, que iba con él, habíales recomendado que tan pronto como llegasen a Chicla telegrafiasen a Iglesias comunicándole mi presencia en ese lugar. Al recibir la noticia en palacio, Iglesias y sus ministros quedaron estupefactos, pues me creían completamente derrotado y en fuga. Como la tropa se hallaba sumamente cansada y con la ropa mojada, ordené que descansara hasta el día siguiente en que se debía partir a primera hora en el tren que estaría listo, conducido por mi amigo Wall. El 29 nos embarcamos en el tren para Vitarte, donde se reunió toda la fuerza, consiguiendo también transportar en ese mismo día la artillería y el parque, sin que ocurriese ningún desorden y sin que faltase ni un solo hombre.

SEGUNDO ATAQUE A LIMA. TOMA DE LA CAPITAL

Mientras tanto, Iglesias, no dando su brazo a torcer, llamó a Echenique, que se hallaba en Ica con su división, de paso para el interior, donde dejé al coronel Morales Bermúdez, con una fracción de tropas para distraer a los iglesistas.

Desde Vitarte dirigí una circular al cuerpo diplomático residente en Lima, en la cual expresaba mi resolución de tomar a viva fuerza la capital; pero reiterando mis deseos de advenimiento, y allanándome a la dimisión de mi cargo, siempre que Iglesias hiciera lo propio, a fin de que el sufragio libre de los pueblos eligiese su mandatario. Infortunadamente esta propuesta, presentada por una comisión de aquel alto cuerpo, fue rechazada de plano por Iglesias. Decidido aún a combatirme, envió a mi encuentro un escuadrón de caballería, mandado por un negro apellidado Pachas, con un cañón de grueso calibre, con el que disparó, sin resultado, al llegar a "La pólvora". Mis ayudantes hicieron frente al escuadrón iglesista, y tras corto tiroteo fue compelido a volver gupas.

El día 30 de noviembre ordené el ataque a la capital. El coronel Borgoño con su división, avanzó sobre las posiciones abandonadas por las tropas de Iglesias; pero en las cimas de los cerros de San Bartolomé y Polvorín estaban apostados algunos grupos de celadores.

Mandé a los guerrilleros de la columna Atahualpa, de Adrián Medina, que los desalojaran rápidamente. Apoyados por el escuadrón Sama-Pachía continuaron la persecución de los contrarios hasta el cementerio de la capital, dispersando también al escuadrón del negro Pachas, que murió en el combate. Seguidamente dispuse que Borgoño con su división tomara la izquierda, por Barbones; del Solar, con otra división, por la derecha, en tanto que yo me coloqué en el centro. Pernoctamos en extramuros de Lima, tomando las precauciones requeridas. Al día siguiente, primero de diciembre, continuamos el avance hasta la plazuela de la Inquisición.

Las tropas que nos opusieron resistencia en las calles, comprendiendo su impotencia para continuar luchando, se reconcentra-

ron en el palacio de gobierno, que fue rodeado por los nuestros, empuñándose un rudo combate.

CESAN LAS HOSTILIDADES. CONSEJO DE MINISTROS. SE ME PROCLAMA PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Procurando evitar mayor derramamiento de sangre hermana, ordené cesar el combate, concediendo una tregua mientras dirigía a Iglesias la siguiente comunicación: "En presencia de la situación y después de dos días de lucha encarnizada, ha podido usted comprender, y debo asegurarle, que aún no han terminado los horrores de la contienda, ni se han agotado los medios de continuarla. Mas, inspirándome, como siempre, en mis deberes de peruano, cúpleme dirigirme a usted invitándole a un inmediato advenimiento. Los comisionados que ambos nombres fijarán las bases de arreglo a que debemos someternos.

Las ventajas que ante millares de testigos he alcanzado en las jornadas de ayer y de hoy, patentizarán en todo tiempo que el sentimiento que dicta estas líneas es el del patriotismo abnegado. Tenemos presente que somos peruanos y que los actuales momentos pertenecen a la historia."

Esta actitud mía y la imposibilidad en que se hallaba Iglesias para defenderse del ataque de mis fuerzas, tuvo por consecuencia final la aceptación de mi nota, y nombró para el efecto una comisión de notables, quienes se apersonaron a tratar conmigo las bases del arreglo. La conferencia fue presidida por el decano del cuerpo diplomático, el plenipotenciario de Chile don Jovino Novoa, y asistieron el ministro de España don Emilio de Ojeda, don Eusebio Sánchez, don Carlos Elías, Monseñor Tovar, don José M. García, el doctor Antonio Arenas, don Ignacio de Osma y don Aurelio Denegri. Estos señores concurrieron al local del congreso para manifestar que el general Iglesias aceptaba mi requerimiento e iniciar inmediatas gestiones conciliadoras.

Mis delegados, por su parte, manifestaron que acogían gustosos el arreglo, puesto que era el mismo tantas veces rechazado anteriormente; y porque a mí no me había llevado más que el santo y patriótico anhelo de luchar por la dignidad nacional.

Reunidos el mismo día en casa del ministro de España, don Emilio de Ojeda, los comisionados, convinieron tras seis horas de discusiones, en lo siguiente:

Que comenzase en el acto a regir la constitución de 1860;

Que se publicase la dimisión de ambos caudillos;

Que asumiese el poder un consejo de ministros nombrado por las comisiones, con designaciones de las carteras de que cada uno debía encargarse;

Que mis tropas, así como las de Iglesias, continuasen bajo el mando de cada uno de nosotros, pero a disposición del consejo de ministros, debiendo desocupar la capital al día siguiente, a la una de la tarde, para encaminarse a determinadas localidades, quedando la ciudad bajo la custodia de las fuerzas de policía;

Que constituyesen el consejo de ministros el doctor Antonio Arenas, el doctor José E. Sánchez, monseñor Tovar, el coronel Manuel Velarde y don Pedro Correa y Santiago.

Aceptado este acuerdo, al día siguiente dimití el mando, lo propio que hizo Iglesias, en decreto autorizado por sus ministros.

Instalado el consejo de ministros, convocó a elecciones generales.

El Partido Demócrata se abstuvo de exhibir candidaturas, y la opinión general del país se pronunció por mi proclamación a la presidencia de la república. Se organizó definitivamente el Partido Constitucional, defensor de la hasta entonces hollada constitución, el cual se robusteció notablemente con la alianza del Partido Civil, bajo la presidencia de don Manuel Candamo. Interpretando el deseo general del país, ambos partidos unidos exhibieron mi candidatura, la cual alcanzó en las urnas, por el libre sufragio popular, el éxito más completo.

Reunido el congreso en mayo de 1886, me proclamó presidente de la república, y el 5 de junio del mismo año, asumí el mando supremo de la nación. Para el mismo período constitucional fueron elegidos primer y segundo vicepresidente, respectivamente, el coronel Remigio Morales Bermúdez y don Aurelio Denegri.

Una vez que asumí la presidencia creí conveniente renunciar ante el congreso la clase de general de brigada, que me había sido conferida en febrero de 1881 y ratificada por el congreso de Arequipa. El congreso, en resolución de 31 de julio, aprobó mi actitud, otorgándome a la vez dicha clase con todos los atributos de la legalidad. En octubre del mismo año confirióme el poder legislativo la alta clase de general de división.

Un poco más tarde remití al mismo parlamento una propuesta para la rehabilitación de Iglesias, devolviéndole su clase de general de brigada, que había sido mandada borrar del escalafón militar por el gobierno de Montero. Con un emisario especial envié a Iglesias, que se encontraba en Cajamarca, sus nuevos despachos. Iglesias me escribió una carta expresándome su más sentido agradecimiento.

El Perú había quedado materialmente aniquilado, tras tan larga guerra y disturbios políticos. Mi labor tenía que ser, pues, de reconstrucción. Una de mis primeras disposiciones fue enderezada a la reorganización del ejército nacional (constituido en su gran mayoría, particularmente, por lo que a la oficialidad se refiere, por aquellos leales y sufridos hombres que habían hecho las campañas del centro y del norte contra los chilenos y luego la constitucional contra el go-

bierno impuesto por éstos) con el objeto de imponer respeto al engraido vencedor, y, bajo su amparo, trabajar con mayor eficacia en la obra que me había confiado la nación.

Intencionalmente me abstengo de ocuparme, pormenorizadamente, de mi labor al frente de la primera magistratura de la república. Espero que la historia de mi país la juzgue *sine ira et studio*. Pero sí, tengo para mí, y lo expreso muy en alto, la satisfacción íntegra de no haber tenido en mi vida política y militar otro norte ni otro derrotero que el bien y la grandeza de mi patria.

El 10 de noviembre de 1919, treinta y tres años después de obtenida la clase de general de división, la asamblea nacional, a propuesta del egregio mandatario señor Augusto B. Leguía, me confirió, por unanimidad, la alta dignidad de Mariscal del Perú.





Fotografía del mariscal Andrés A. Cáceres.



Fotografía de "La ayudantina" de Cáceres. Grupo de militares y políticos colaboradores del mariscal Andrés A. Cáceres hacia 1885.

Embajada del Perú ante el centenario de las Cortes de Cádiz. Fotografía tomada en el Palacio Real de Madrid el primero de octubre de 1912. De derecha a izquierda el mariscal Cáceres, coronel Gerardo Alvarez, comandante Loriga del ejército español, y el teniente Julio César Guerrero, redactor de la presente obra.



INDICE GENERAL

Prólogo de la primera edición	IX
Introducción	XIII

CAUSAS DE LA GUERRA

Breve ojeada retrospectiva sobre los antecedentes históricos y los orígenes del conflicto	3
Causas de la guerra entre el Perú y Chile	7
Estado económico, político y militar del Perú al romperse las hostilidades	11
Estado económico, político y militar de Bolivia	14
Estado económico, político y militar de Chile	15
Campañas del mar. Del Cuzco a Iquique	16
Combate naval de Iquique	17
Concentración de las tropas aliadas en Tarapacá-Tacna	19
Término de la campaña naval: captura del <i>Huáscar</i>	19
Campaña de Tarapacá	20
Los chilenos desembarcan en Pisagua	21
De Pozo Almonte a San Francisco	22
Retirada del ejército de San Francisco a Tarapacá	30
Batalla de Tarapacá	32
De Tarapacá a Arica	42
Sucesos de Iquique hasta la llegada a Arica	43
Campaña de Tacna. Expedición de Ite	46
Batalla de Los Angeles. Concentración del ejército aliado en Tacna	48
Nueva composición del ejército de Tarapacá en Tacna	49
Orden de batalla en vísperas de la batalla de Tacna	50
Plan de operaciones de los aliados	53
Batalla de Tacna	54
Intento de sorpresa en la Quebrada Honda	55
De Tarata a Puno	61
De Puno a Lima	61
Campaña de Lima. Preliminares	62
Llegada a Lima	64
Estado de la defensa de Lima	66
Los chilenos inician la campaña	67
Formación de la línea de defensa. Visita del dictador	69
Modificaciones de la línea de defensa. Dispositivo definitivo	70
Víspera de la batalla	72
Batalla de San Juan	74
Intervalo entre las batallas de San Juan y Miraflores. Piérola se niega a recibir al parlamentario chileno	78
El armisticio	79
Batalla de Miraflores	80
Después de Miraflores	86
Hacia la ambulancia de la Cruz Roja	87
Los chilenos buscan a Cáceres en las ambulancias	88
(Notas de la primera parte)	89

CAMPAÑAS DE LA RESISTENCIA DE LA BREÑA

Primer período. Operaciones en el centro. De Lima a Jauja	95
Comienza la formación del ejército. El primer batallón	98
Expedición chilena de Letelier. Cupo a Huancayo	99
Contramarcha de Letelier a Lima. Combate de Sangrar	102
Instalación del cuartel general en Tarma	102
Captura del destacamento peruano enviado por García Calderón. Acrecentamiento de las formaciones guerrilleras	103
De Tarma a Huánuco y regreso a Chicla. Escarmiento de los indios contra un cura. Organización del mando en Chicla	105
Instalación del cuartel general en Matucana	108
Adiestramiento de las tropas de acuerdo con las modalidades de la guerra de montaña	111
Evacuación de Chosica por los chilenos. Estragos del tifus	112
El gobierno de García Calderón. Sucesos políticos	115
La asamblea de Ayacucho	117
Proyecto de viaje a Chancay. Los desertores chilenos	117
Combate de Cieneguilla. Atentados contra Cáceres	119
Desconocimiento de Piérola en el sur y norte del país. Situación difícil del ejército del centro. Insistencia del gobierno provisional	120
Los pueblos del centro ofrecen la presidencia de la república a Cáceres. Conflicto político de Chosica	123
Vento disuelve sus tropas. Panizo no acude al llamamiento	127
Los carabineros de Chancay se solidarizan con el movimiento político de Chosica. Nuevo atentado contra Cáceres	128
Auxilios de Lima al ejército del centro	130
Crisis política y proposiciones para solucionarla	131
El mando chileno abre campaña contra el ejército del centro	132
Retirada del ejército del centro a Junín	133
De Chosica a Matucana. Traición de Lara y sublevación del escuadrón Cazadores. Medidas represivas	135
Primera expedición chilena contra el ejército del centro y su fracaso	137
Retirada a Tarma y apreciación de la situación	138
Junta de guerra en Jauja. Reconocimiento del gobierno de García Calderón	139
De Jauja a Huancayo. Combate de San Jeronónimo. Marcha a Pucará	141
Combate y retirada de Pucará	143
Llegada a Izcuchaca e invitación a Suárez a unirse	146
Marcha hacia Ayacucho. La horrenda tempestad de Julcamarca	147
Cumplimiento al decreto del expresidente García Calderón	149
Acuchimay	150
Entrada del ejército del centro a Ayacucho	152
(Notas)	154

SEGUNDO PERIODO DE LA CAMPAÑA

Reorganización del ejército de Ayacucho. Combates entre guerrilleros y chilenos en Comas, Chupaca y Acostambo	173
Contramarcha de Ayacucho a Izcuchaca. Combates de Marcavalle, Pucará y Concepción	176
Retirada de la división de Del Canto	180

Llegada de Montero a Tarma. Reorganización del ejército del centro en Tarma. Situación política y protesta por la actitud de Iglesias	182
Expedición a Canta y Huarochirí	184
Expedición de León García guiada por Vento	185
Demostración sobre Chancay y expedición de Recavarren al departamento de Ancash	186
Defensa de la quebrada de Huarochirí	187
El ejército invasor envía una fuerte expedición para batir al ejército de la resistencia	189
Concentración en Chicla y retirada a Tarma	193
(Notas)	195

TERCER PERIODO DE LA CAMPAÑA

Operaciones en el norte. Junta de guerra en Tarma y retirada al norte de la república	199
Ardid de Yungay. Maniobra "por líneas interiores". El paso de la cordillera de Llanganuco	210
Marcha de Tingo a Tulpo	212
Intento de sorpresa a las fuerzas de González	216
Orden de batalla del ejército de la resistencia en marcha a Huamachuco	218
El campo de batalla	221
Escaramuzas del 9 de julio. Plan de ataque de las fuerzas chilenas	224
La batalla de Huamachuco	228
Después de la batalla viaje a Tarma	231
(Notas)	237

CUARTO PERIODO DE LA GUERRA

Formación de un nuevo ejército después de la batalla de Huamachuco para continuar la resistencia. Resurgen las guerrillas	243
Entusiasmo de Andahuaylas. Refuerzos de Luna y Zamudio	245
Marcha sobre Ayacucho y desocupación de esta ciudad por Urriola	246
Marcha de Ayacucho al centro. Noticia del Tratado de Ancón. Los chilenos desocupan Junín. Nota de Montero	248
Breves consideraciones sobre la batalla de Huamachuco y la campaña de la resistencia	249
(Notas)	253

GUERRA CIVIL (1883-1886)

Campaña constitucional	257
Viaje a Ayacucho. Carta de Iglesias y respuesta de Cáceres	257
Reconocimiento del tratado de paz. Marcha de un destacamento chileno sobre Jauja. Protesta de Cáceres	259
Misión del doctor Armstrong	260
Condiciones de avenimiento	261
Proclamación de Cáceres como presidente de la república y aceptación del cargo. Formación del gabinete ministerial y tentativas de avenimiento	262

Ultima conminatoria de Cáceres. Ruptura de las hostilidades.	
Primera entrada en Lima de las fuerzas de Cáceres	263
De Cañete a Pisco	265
De Pisco a Ayacucho y Arequipa y recibimiento de Cáceres en esta ciudad	266
Organización de nuevas tropas. Proposición del ministro americano	268
Renuncia del primer gabinete ministerial y sustitución por un ministerio general de estado. Consejo de ministros	270
Movimiento del ejército constitucional de Arequipa hacia los departamentos del centro	271
Fracaso de la conferencia de Jauja	272
Maniobra y combate de Huaripampa. Marcha de flanco hacia Lima	274
Segundo ataque de Lima. Toma de la capital	283
Cesan las hostilidades. Consejo de Ministros. Se proclama a Cáceres presidente de la república	284

INDICE DE CROQUIS

Batalla de San Francisco	24
Batalla de Tarapacá (a las 8 a.m.; 9 a.m.; 3 p.m. y fase final)	35-38
Batalla de Tacna	56
Batalla de San Juan	74
Batalla de Miraflores	80
Operaciones en la Quebrada. Región Lima-Izcuchaca	137
Combate de Pucará	143
Contraofensiva de Cáceres en el valle del Mantaro	176
Marcha del destacamento Recavarren hacia Ancash	186
Avance chileno por las quebradas de Canta y Sisicaya	189
Croquis de la campaña de la resistencia 1881-1883	193
Mapa del ámbito geográfico de las operaciones entre Tarma y Huamachuco. Itinerario de la marcha del ejército peruano	201
Llanganuco "maniobra por líneas interiores"	210
Fracaso del intento peruano sobre el destacamento González	216
Batalla de Huamachuco. Situación de los combatientes entre las 6 y 11 a.m.	222
Batalla de Huamachuco. Situación hacia las 12 m.	228
Campaña Constitucional. La maniobra de Huaripampa	274

L A M I N A S

Fotografía del general Andrés A. Cáceres, antes de la guerra con Chile	287
Fotografía del mariscal Cáceres en 1912	288
Fotografía de la famosa "Ayudantina de Cáceres". 1885	189
El mariscal Andrés A. Cáceres asistiendo al centenario de las Cortes de Cádiz en el palacio real de Madrid	289

*Este libro se terminó de imprimir en los talleres de
Editorial Gráfica "Labor" S.A. (Reg. Ind. 8240-3)
el 15 de Febrero de 1973*

U.N.M.S.M. BIBLIOTECA CENTRAL



000000295453

UNMSM-CEDOC